

Los Nómades del Mar

por

Joseph Emperaire



Introducción

Capítulo Primero

El descubrimiento de los archipiélagos

Capítulo Segundo

El mundo de los archipiélagos

1. Rocas, bosques y pantanos
2. La vida del mar y el bosque
3. Archipiélagos de las tempestades

Capítulo Tercero

Las antiguas poblaciones de los archipiélagos

1. Las áreas del nomadismo
2. Evolución de los Alacalufes desde el siglo XVI al siglo XX
3. Los últimos Alacalufes

Capítulo Cuarto

El tipo humano

1. Descripciones y medidas
2. Observaciones médicas

Capítulo Quinto

Técnicas de ayer y de hoy

- I. La vida en el campamento
 1. El ambiente y la evolución técnica
 2. La vida material del campamento
 3. Armas y utensilios

Capítulo Sexto

Técnicas de ayer y de hoy

- II. Las técnicas del mar
 1. La canoa
 2. La caza y la pesca

Capítulo Séptimo

El mundo y las relaciones humanas

1. Observaciones de los navegantes
2. La oposición entre las nuevas y las viejas generaciones
3. El espacio, el tiempo, los números y los nombres
4. La vida social

Capítulo Octavo

Ayayema, el espíritu del mal

1. Creencias e interdicciones
2. Los ritos del nacimiento, de la enfermedad y de la muerte

Apéndice I

Apéndice II

INDICE

Introducción

I. El Descubrimiento de los Archipiélagos

Primeros viajes – La conquista de Chile Austral por los españoles – Juan Ladrillero – Dos viajes de Sarmiento – La ciudad del Rey Felipe – Soldados y misioneros – Expediciones científicas a Magallanes.

II. El Mundo de los Archipiélagos

- 1 Rocas, bosques y pantanos. Soledades. – Relieves. – Paisajes de granito. – Antiguos glaciares de la Patagonia. -Los glaciares actuales.- El bosque magallánico.
- 2 La vida del mar y el bosque. Animales de las pampas australes.- La fauna marina: los mariscos.- Los mamíferos marinos.- Las aves.- La vida de los bosques.
- 3 Archipiélagos de las tempestades. Lluvias y vientos.- El paisaje y el hombre de los archipiélagos.

III. Las Antiguas Poblaciones de los Archipiélagos

- 1.- Las áreas del nomadismo. Los indios nómades del extremo sur.- Los indios de la pampa.- Chiloé y los chilotes .- Los chonos .- Los yárganes.- Los alacalufes.
- 2.- Evolución de los Alacalufes desde el siglo XVI al siglo XX. Los documentos históricos.- Contactos con los chilotes.- Contactos con los blancos.- Onas y alacalufes en la misión de Dawson.
- 3.- Los últimos Alacalufes. La investigación demográfica.- Las partidas.- Las muertes violentas.- Las muertes por enfermedad.- La disgregación del grupo.- Lautaro Edén Wellington.

IV. El Tipo Humano

- 1.- Descripciones y medidas. Documentos históricos y prehistóricos.- El tipo actual.- El cráneo y la dentición.- La pilosidad.- La pigmentación.- Los grupos sanguíneos.
- 2.- Observaciones médicas.

V. Técnicas de Ayer y de Hoy. I. La Vida en el Campamento

- 1.- El ambiente y la evolución técnica.
- 2.- La vida material del campamento. La choza india de los archipiélagos.- El fuego.- La alimentación.- El vestuario.- Los adornos.- Los perros.
- 3.- Armas y utensilios. Materiales antiguos y nuevos .- El trabajo de las cortezas y del cuero.- Los trabajos de cestería.

VI. Técnicas de Ayer y de Hoy. II. Las Técnicas del Mar

- 1.- La canoa. La canoa de las tablas cosidas.- La canoa de cortezas.- Recuerdos y supervivencias.- La forma actual de la canoa y su construcción.- Selección y corta del árbol.- El adelgazamiento.- La formación.- Calafateo y terminación.- Los accesorios de la canoa.- El transporte de la embarcación.
- 2.- La caza y la pesca. La caza de focas .- La nutria, el coipú y el huemul.- La caza de pájaros.- La honda y el arco.- La pesca.

VII. El Mundo y Las Relaciones Humanas

- 1.- Observaciones de los navegantes
- 2.- La oposición entre las nuevas y las viejas generaciones
- 3.- El espacio, El tiempo, Los números y los nombres. Las divisiones del tiempo y del espacio.- El lenguaje y la conversación.- La numeración y los nombres.
- 4.- Vida social. Las relaciones entre individuos.- Manifestaciones estéticas.- La organización social.- El tchas.

VIII. Ayayema, El Espíritu del Mal

- 1.- Creencias e interdicciones. Los espíritus del mal.- Los sueños y presagios.- Los tabúes.- La importancia de los cabellos.
- 2.- Los ritos del nacimiento, de la enfermedad y de la muerte. Ritos y fiestas del pasado.- Tratamiento de las enfermedades.- Los curanderos.- El paso de la vida a la muerte.- El luto.- La última morada.

Apéndice I. Inventario de las materias primas autóctonas y de los aportes extranjeros contemporáneos.

Apéndice II. Bibliografía sumaria correspondiente a los nombres citados en la obra.

L Á M I N A S

- Lámina I. 1. El puesto militar de Edén. 2. Los árboles torcidos por el viento.
- Lámina II. 3. El pantano, dominio de Ayayema. 4. Un glaciar desembocando en un canal. 5. Un paso en los Archipiélagos.
- Lámina III. 6. Kostora algunas semanas antes de su muerte (1948). 7. Yuras, 55 años (1950). 8. Terekstat, 27 años, caso de sensibilidad precoz (1947).
- Lámina IV. 9. Kankstay, 30 años. 10. Kyewaytcaloes, 45 años.
- Lámina V. 11. Kyeyakyewa, 35 años. 12. Workwa, 20 años (1952).
- Lámina VI. 13. Markset, 15 años. 14. Tcakwol, 12 años. 15. Yanoeks, 10 años (1953).
- Lámina VII. 16. Madre e hijo.
- Lámina VIII. 17. El transporte del niño. 18. Juegos infantiles. 19. Niños desnudos en la nieve.
- Lámina IX. 20. Alacaluf sobre el puente de un navío. 21. Alacalufes de visita a bordo de un navío.
- Lámina X. 22. Kostora y su nieta, hacia 1930. 23. Tcefayok enfermo, con la frente vendada con una trenza de cuero.
- Lámina XI. 24. Tcelokwe (1952) confeccionando un cesto de junco. 25. Yuras (1950) remendando.
- Lámina XII. 26. Kyasto (1949) ciega. 27. Tcefayok (1948) delante de su choza.
- Lámina XIII. 28. Yuras descuartiza una foca. 29. Alacalufes en sus canoas junto a una goleta chilota.
- Lámina XIV. 30. La fabricación de la canoa, separando los dos lados del casco. 31. La fabricación de la canoa: levantando el casco.
- Lámina XV. 32. Canoas alacalufes. 33. Cobertura de la choza: pieles de focas, sacos, vestidos, planchas metálicas.

Lámina XVI. 34. La choza en la nieve. 35. Campamento alacalufe en un día de invierno.

Introducción

LA AMÉRICA DEL SUR alberga todavía varios grupos humanos, en vías de rápida extinción, que no dejaran otra huella en la historia de la humanidad que algunos estudios fragmentarios y algunos episodios curiosos contenidos en los relatos de los viajeros y de los navegantes de los mares australes. Pero su vida real, con sus resonancias afectivas, tal como se desarrolla cotidianamente, si la presencia más o menos perturbadora de un investigador insólito, escapa casi siempre a los hombres blancos. Entre los pueblos del Extremo Sur de América, algunos, como los indios chonos, han desaparecido completamente desde hace cerca de un siglo. Nadie notó su desaparición y ningún documento utilizable fue recogido de ellos. Los sobrevivientes de otros grupos, como los onas y los yaganes, se han incorporado ahora a las poblaciones blancas instaladas en sus territorios. Otros, como los últimos indios alacalufes, confinados al mundo hostil de los archipiélagos de la Patagonia occidental, han entrado más recientemente por los caminos rápidos y paralelos de la asimilación y de la desaparición. Son esos indios alacalufes los que constituyen el tema de este estudio.

Ciertamente, si reuniéramos todo lo que ha sido escrito sobre ellos desde los primeros sucesos de Magallanes, nos hallaríamos frente a una suma relativamente importante de documentos de valor muy desigual: relaciones anecdóticas, encuentros episódicos mencionados en los diarios de navegación, ensayos muy incompletos de síntesis, etc. A menudo la recopilación está cerca de la información directa, pero ninguno de estos testimonios constituye un estudio sistemático ni se apoya sobre una experiencia directa y de larga duración de este grupo humano, que, desde hace medio siglo, sobrevive desparramándose en una región aún mal conocida, una de las más desiertas y desoladas del mundo.

Apenas terminada la guerra, el doctor Robin y yo, volviendo a tomar un antiguo proyecto, quisimos emprender un estudio completo de este grupo fueguino constituido por los alacalufes. Queríamos realizar una manografía minuciosa de su vida real considerada en todos sus aspectos, técnicos-materiales, vida social, psicológica y religiosa. Nuestros medios eran limitados, pero decidimos pasar en compañía de los alacalufes todo el tiempo que fuera necesario para llegar a ser uno de ellos. En ese mundo lejano de los archipiélagos, la noción del tiempo se borra, por lo demás, bien pronto.....

El proyecto y el programa de esta misión fueron presentados al doctor Ribet, que los aprobó y estimuló. El Centro Nacional de Investigaciones Científicas nos concedió los fondos necesarios y pudimos así partir de Francia hacia América del Sur en el primer barco que reanuda los viajes normales después de una interrupción de varios años. Tras una corta estancia en Buenos Aires, llegamos a Santiago de Chile a mediados de enero de 1946. Tomamos allí contacto con las autoridades universitarias y administrativas chilenas que nos ayudaron a completar nuestra documentación sobre el estado actual y la situación de los diversos grupos indígenas de los archipiélagos. Gracias a la bondad del Ministro de Defensa, pudimos dirigirnos con la mayor rapidez a Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes.

El objetivo final de nuestro viaje era Puerto Edén, en la costa este de la isla Wellington. Allí vivían algunas familias de alacalufes, agrupadas al lado de un punto militar que debió servir de escala a una línea de hidroaviones destinada a unir Valparaíso con Punta Arenas. Después de un ensayo desgraciado, se abandonó este proyecto, pero el puesto militar subsistía a cargo de un sargento y la bahía continuaba como siempre sirviendo de refugio ocasional a los buques que seguía la ruta de los archipiélagos.

A fines de marzo, un barco de una compañía chilena de navegación nos desembarcó en plena noche en el puesto militar de la Isla Wellington. Era sobrecogedora la impresión de encontrarse bruscamente lanzado entre los últimos fueguinos, en el centro de esa gigantesca estela de archipiélagos desiertos, estirados a lo largo de doce grados de latitud entre la Cordillera Austral y el Pacífico, que fuera en otro tiempo el dominio de los nómades del mar. No había entonces en Puerto Edén sino cuatro chozas cuyos habitantes nos acogieron con sus rostros herméticos. Los otros, que eran poco más de cien en total, giraban en torno del Faro de San Pedro, noventa millas más al Norte. Poco a poco vinieron a instalarse unos tras otros en torno nuestro y los más se radicaron definitivamente en las playas pantanosas de la bahía. Pronto este mundo dislocado que se extiende desde la Isla de Chiloe hasta el Cabo de Hornos, y el fragmento de humanidad que lo habita, iban a vivir para nosotros con toda su fuerza y todo su atractivo. Se trataba ahora de conocer este espacio y aquellos hombres, fuera del tiempo y fuera del mundo. Pasamos allá lejos veintidós meses en que tratamos de integrarnos de una manera auténtica y profunda a las formas todavía vivientes de la vida étnica de los alacalufes y de encontrar en su memoria tradiciones y técnicas en vísperas de desaparecer junto a esa humanidad que ellas no animan ya.

Después de una larga estancia en esos archipiélagos, volvimos a Punta Arenas. Desde allí, en el curso de numerosos reconocimientos en las regiones vecinas al Estrecho y en la parte oriental de la Tierra del Fuego, tratamos de delimitar la antigua área de extensión del pueblo alacalufe. Este trabajo nos ocupó cuatro meses y necesitamos otros cuatro para consultar en los archivos y museos de Chile los documentos más antiguos sobre los pueblos del extremo Sur. Estuvimos de vuelta en Francia en septiembre de 1948¹

Este libro es el resultado de dos años de presencia y de vida cotidiana con una minoría humana, aislada, miserable, y condenada, a la que pronto nos unieron vínculos afectivos, durables y profundos. Nos proponemos exponer de la manera más objetiva posible la vida de ese grupo, buscando al hombre total y no sólo algunos de sus aspectos exóticos y pintorescos, los únicos que es posible conocer desde fuera. No tenemos otras referencias de objetividad que las que se traducen en contar sin retórica lo que hemos observado, sin prejuicios ni sistemas preconcebidos. Este libro no trata de defender ninguna tesis. Nos esforzaremos sólo por presentar lo esencial de los documentos recogidos. Todos los que se remontan a la época actual son, salvo mención contraria, fruto de experiencias personales. En lo que se refiere a las consideraciones históricas, ellas provienen de la literatura clásica sobre el tema o de documentos, entre ellos algunos escasos o inéditos, que fueron consultados en los archivos de Santiago.

Como disponíamos de mucho tiempo, pudimos dejar deliberadamente de lado el método de los cuestionarios y encuestas y utilizar un método más largo con menores riesgos de error. Las reacciones del indio son lentas y diferentes de las nuestras. Es, por eso, de rigor no precipitarlo, saber esperar y volver al asalto, y no recoger como válidos sino sus testimonios espontáneos. Cuando practicamos el interrogatorio, sus resultados fueron desastrosos y nos llevaron a los peores absurdos. Aún en su forma, las preguntas del

¹ Ver los trabajos de GUSINDE y en particular *Die Feuerland Indianer*, 1. *Die Selk'nam* (1931). 2. *Die Yamana* (1937). 3. *Anthropologie der Feuerland Indianer*. (1939) Modling bei Wien. Se envió una segunda misión a la misma zona desde agosto de 1951 a septiembre de 1953. Sus actividades fueron sobre todo arqueológicas, pero una breve estancia en Puerto Edén permitió completar la documentación lingüística y prolongar en 5 años los datos sobre la evolución demográfica.

etnólogo no corresponden a las categorías mentales del indio. Algunos ejemplos demuestran los errores a que puede conducir este método, y cuando las preguntas son más sutiles, los errores son aún más lamentables. No hay que imaginar que a fuerza de preguntas se pueda reconstituir el pasado próximo. En este dominio, sobre todo, el método interrogativo es más esterilizador que fecundo y provoca la mentira, la simulación, el sí y el no indiferentemente aplicados a los mismos objetos.

Era necesario primero aprender la lengua alacalufe, cuyo vocabulario y cuya gramática no eran completamente desconocidos. Los alacalufes no conocen sino algunas palabras muy elementales de español y, en ausencia de todo intérprete, esta adquisición fue larga. Aun ahora, nos hallamos lejos de dominar perfectamente la lengua fueguina, llena de riquezas y sutilezas sorprendentes. Conocemos, sin embargo, lo bastante como para escuchar una conversación e intervenir en la sin ser un elemento perturbador. Nos costó largo tiempo llegar a esta simple etapa. Durante semanas, debimos contentarnos con coexistir en silencio. La verdadera toma de contacto se produjo en ocasión de una epidemia que casi exterminó a todo el campamento. Tuvimos entonces la suerte de salvar a una parte de los enfermos. Cuando la epidemia terminó, nos habíamos incorporado definitivamente al grupo.

En esta civilización tan simple como la de los alacalufes, las técnicas materiales se aprenden relativamente pronto. Participando en una expedición de caza, ayudando a la fabricación de una canoa cavada en un tronco de árbol, mirando en la noche en la cabaña tallar un arpón de hueso y trenzar un canasto, probando uno mismo torpemente entre las risas de los demás, se aprende muy rápido lo esencial. Y después viene lo importante. Es inevitable que en uno u otro momento los indios hablen de su pasado, de sus tradiciones, de los ritos que ya no están en uso. Tales conversaciones son más frecuentes de lo que se piensa. El etnólogo tiene que aprovecharse de ellas. Si participa por dentro de la vida del grupo en el cual vive, si comparte su actividad en la más estrecha convivencia, no con una simple máscara de cordialidad, sino con la simpatía profunda nacida del contacto humano, percibirá bien pronto que las ocasiones de informarse sobre el pasado se le ofrecen a cada instante. Aunque las informaciones recogidas sean incompletas, tendrán por lo menos el privilegio de la verdad. Ellas constituirán, además, toda una documentación sobre la psicología del indio y sobre sus reacciones afectivas frente a la historia y al destino de su grupo. Tales fueron en sus grandes líneas, los métodos de trabajo que nos sirvieron para dirigir nuestra investigación. No quisimos trabajar ni sobre documentos recopilados muchas veces ni sobre testimonios provocados, sino sobre la vida misma, con el mismo ritmo con que ella se desarrolla, sobre los vestigios aún vivos de lo que fueron las actividades materiales, psicológicas y religiosas de los indios de las canoas, de los nómades del sur.

El programa de trabajo consultado constituía, en realidad una mamografía de los alacalufes. Pudimos realizarlo, por lo menos en sus líneas esenciales. Comenzamos por el estudio de los diferentes aspectos de la vida material de los alacalufes, en su estado actual y en lo que sobrevive de sus formas tradicionales. Las transferencias y los problemas de transculturación técnica son sorprendentes y fáciles de estudiar en este dominio, pues los contactos continuos de los blancos o con los mestizos de Chiloe no datan sino de hace treinta años y hay actualmente utilización simultánea de herramientas o productos de origen industrial y de técnicas primitivas que se remontan sin duda a varios milenios.

Desde el punto de vista antropológico, todos los datos antropométricos de base fueron obtenidos sobre el conjunto de la población. El estado sanitario de los indios y la apreciación de su morbilidad constituyeron también un elemento importante de nuestro

trabajo. Su estado sanitario actual es deficiente, a causa de una herencia patológica cargada. Los riesgos de contaminación son permanentes, pues, a causa de su declinación numérica, viven ahora agrupados. Además, la vecindad de cazadores y pescadores chilotes igualmente nómades, desfavorable a la propagación de ciertas enfermedades (sífilis, tuberculosis). Hemos observado muertes brutales e imprevistas entre seres jóvenes que parecían hallarse en buena salud. Es siempre de temer que, a causa de las facilidades de contagio y de la fragilidad de los alacalufes, cualquiera epidemia produzca un día estragos masivos y esta vez, irreparables.

Hemos establecido un inventario de la población indígena que ha vivido en los archipiélagos durante los últimos cincuenta o sesenta años, pues cada uno se acordaba fácilmente de sus padres y abuelos, de sus hijos o de sus hermanos o hermanas desaparecidos. Esta documentación genealógica ha permitido establecer que la rápida cadencia de mortalidad observada durante veintidós meses no era un hecho nuevo y que a debido seguir el mismo ritmo en un pasado reciente. Hace cincuenta años, los alacalufes eran por lo menos un millar y tal vez mucho más. Las causas de su desaparición eran más o menos las mismas de hoy, pero su renovación se verificaba de una manera más regular. Actualmente muchos jóvenes matrimonios son estériles y una importante proporción de niños muere a temprana edad. Toda precisión estadística sobre el porvenir sigue siendo, pues, catastrófica.

Hemos podido establecer que los alacalufes, cuando llevaban todavía una vida étnica independiente, se extendían sobre una gran parte, del territorio del extremo sur: los vestigios arqueológicos son importantes en todo ese dominio, pero en el curso de la primera misión, fueron objeto sólo de investigaciones rápidas a causa de la falta de tiempo y de medios, y sobre todo para no violentar la susceptibilidad de los indios escarbando en sus antiguos campamentos y sepulturas. La segunda misión se preocupó más especialmente de estos problemas de arqueología que serán el tema de una publicación separada.

Más importante que la descripción de las técnicas materiales de los alacalufes, que se llega a conocer muy pronto, pues son las de un grupo humano de los más atrasados de la humanidad, y que el estudio de su miseria fisiológica, es el testimonio, el testamento, podríamos decir, de la vida mental, social y religiosa de esta minoría que esta a punto de perder su unidad étnica por la muerte de los más y la asimilación definitiva de los sobrevivientes. Una era nueva se abrió bruscamente ante ellos, la de la tentación de un modo de vida que no tiene nada de común con sus tradiciones ancestrales. Poco a poco, por los contactos con los barcos, el puesto militar, el Faro de San Pedro o los cazadores chilotes, bien miserables, pero a los que ellos consideran como seres superiores, se han ido sumergiendo en un mundo nuevo. Los de más edad tienen la clara conciencia de que todo aquello a lo cual podían sujetarse se ha derrumbado, y los más jóvenes están impacientes por abandonar la dura vida nómada que les pesa, pero ignoran que no llegarán jamás a adaptarse. De todas maneras, en ausencia de todo plan de conjunto, de educación o de reeducación, solo una ínfima minoría podrá tener acceso a esta vida nueva.

A la pérdida de muchos elementos de su cultura material corresponde para los alacalufes la pérdida de la mayoría de las tradiciones y manifestaciones de la vida religiosa. No hemos podido recoger sino migajas de estas tradiciones, de estos cantos mítico, de estas creencias, y han sido sobre todo el estudio del nuevo psiquismo que ellos han adquirido durante este periodo de decadencia lo que constituye el documento humano al cual atribuimos más valor.

El mismo ambiente hostil y desolado de la Patagonia Occidental ha conferido a sus habitantes una especial personalidad. Agregándose a este hecho geográfico, su disminución numérica ha tenido por consecuencia su repliegue hacia un presente sin

objetivos y un porvenir irremediabilmente cerrado. El grupo de los alacalufes sufre actualmente del complejo de las minorías. En 1946 eran poco más de un centenar en un inmenso escalonamiento de archipiélagos más o menos vacíos de seres humanos. En 1953 quedaban 61. Contrariamente a sus hábitos de nómades, tienden a agruparse de una manera estable y, hallando más fácil pedir que buscar, se degradan progresivamente a la condición de mendigos. Pero ellos lo saben. Comprenden su incapacidad y están heridos en su dignidad íntima, desalentada y medrosa. Cuando a bordo de los barcos de tránsito los miran con curiosidad festiva, su aparente impasibilidad no es sino una máscara que encubre sus verdaderos sentimientos.

Nada de esto es nuevo, sin duda. Y recuerda extrañamente el drama de la desaparición de otras minorías de la América del sur o de otras partes. Los problemas relativos a la transculturación de los pueblos atrasados están a la orden del día. Los pueblos colonizadores comienzan a adquirir conciencia de sus responsabilidades frente a estas desapariciones y tratan de remediarlas. Pero para los alacalufes ya es tarde, demasiado tarde. Cuando los programas sean elaborados, los últimos alacalufes habrán desaparecido.

Capítulo Primero

El descubrimiento de los archipiélagos

Primeros viajes. El 1º de noviembre de 1520, Hernando de Magallanes penetraba por primera vez en el estrecho que denominó Estrecho de Todos los Santos, pero al cual la posteridad atribuyó su nombre. Después de que hubo atravesado sus dos angosturas, el paisaje desnudo y desolado de la costa plana que veía desde la baía de San Julian, cedió su lugar a las costas escarpadas y a las altas montañas de la que es hoy la Patagonia Occidental. En esta primera navegación, lenta e incierta, se divisaba cada noche sobre la costa sur del Estrecho la luz de grandes fuegos, únicos indicios de vida humana. La isla grande fue bautizada Terra del Fuoco, lo que erróneamente se tradujo al francés más tarde por "Tierra de Fuego", en lugar de "Tierra del Fuego". Las tres fragatas, que habían llegado a la extremidad austral del continente (Cabo Froward), hallaron, al seguir el estrecho canal del Noroeste, la desembocadura del Estrecho hacia el Pacífico. Al navegar en seguida frente a los archipiélagos. Magallanes no divisó ya de la costa occidental de la Patagonia sino las altas cimas nevadas de los Andes. Cerca de la latitud del golfo de Penas, enfiló hacia el Oeste: un océano solitario y tranquilo se abrió por primera vez en la historia ante las carabelas españolas en el nuevo camino de las Indias.

La audaz aventura de Magallanes alentó nuevas expediciones. Poco tiempo después de la vuelta de la última nave de la expedición, Carlos V equipó seis buques bajo el comando de Garcia Jofré de Loaysa, investido del título de "Capitán General y Gobernador de las Molucas". El segundo jefe de la nueva Armada, Sebastián Elcano, era uno de los 19 sobrevivientes de la expedición de Magallanes. Los seis buques partieron de España el 14 de agosto de 1525. El 14 de enero de 1526 se hallaban a la entrada del Estrecho. Una violenta tempestad los devolvió al Atlántico y se perdió una nave. Diez días después, Loaysa pudo de nuevo atravesar el Cabo Vírgenes, pero dos de sus barcos fueron por segunda vez rechazados al Atlántico. Uno de ellos naufragó y el otro fue arrastrado hasta el paralelo 55. Este pudo, sin embargo, reunirse a lo que quedaba de la flota, después de haber casi alcanzado, sin darse cuenta, hasta el extremo de la Tierra de fuego. Pero era tan

firme la creencia

-no compartida, por lo demás, por Magallanes-de que al sur del Estrecho se extendía otro continente, que el viaje de la fragata extraviada no halló crédito.

La flota debió volver por la ruta atlántica hasta el río Santa Cruz, para reparar sus averías. El 6 de abril de 1526, la expedición de Loaysa penetraba de nuevo al Estrecho, para encontrarse esta vez con calmas chichas que le impidieron pasar la primera angostura. Después de muchos esfuerzos y luchas contra la corriente, pudo penetrar a la parte más ancha del Estrecho. Como las tripulaciones de Magallanes cinco años antes, las de las cuatro fragatas divisaron a su paso fuegos encendidos en las dos orillas. Esta vez encontraron en tierra una canoa, unas costillas de ballena y "un arpón de hueso" y algunos días más tarde, el 22 de abril, vieron por primera vez, en el extremo occidental del Estrecho, en la costa sur, a unos indios que eran sin duda alacalufes. "Esos indios blandían tizones y algunos de nosotros pensaron que iban a incendiar las naves. No se atrevieron a avanzar y no pudimos perseguirlos en chalupa porque nos dejaban atrás con sus canoas." Por fin, el 25 de mayo, la flota, bien disminuida, entraba al Pacífico. Por lo demás, una solo de las naves llegó hasta las Molucas. Jofré de Loaysa y Sebastián Elcano murieron durante la travesía.

El rey de España, para estimular el espíritu de descubrimiento y empresa, dividió la América Meridional en cuatro provincias. La más austral fue confiada a Simón de Alcazaba. El monarca pensaba que un portugués al servicio de España podría triunfar allí donde había fracasado una tercera expedición hacia el Estrecho, la de Sebastian Cabot, que no pudo ir más allá del Río de la Plata. Simón de Alcazaba, con dos naves, la Madre de Dios y el San Pedro, dejó el Guadalquivir el 1 de septiembre de 1534 y llegó al Estrecho de Magallanes en enero de 1535. Allí encontró la cruz erigida por el propio Magallanes y despojos de la expedición de Loaysa. Sin embargo, Alcazaba no fue más allá del límite oriental del territorio de los indios alacalufes - la isla Isabel - , donde encontró algunos indígenas. De vuelta a la costa atlántica, intentó una expedición por tierra. Pero se declaró una hambruna, seguida de un motín. Alcazaba fue asesinado y su tripulación llegó a Brasil en busca de refugio, "después de haber devorado los cueros que forraban las vergas". Así terminó trágicamente la tercera expedición que logró penetrar el Estrecho de Magallanes.

Después de estas tentativas que tenían por fin el descubrimiento y la ocupación política de los territorios magallánicos, vinieron operaciones de carácter más netamente comercial. El Estrecho de Magallanes parecía ser la vía más cómoda para ir al Perú y se pensaba que era preferible a la difícil travesía por tierra del istmo de Panamá. El obispo de Plasencia, don Gutiérrez de Vargas lanzó hacia la ruta del Sur una flota de tres naves que había equipado él mismo a su costa "en hombres, pertrechos y todo lo necesario para una larga navegación". Los fines de la expedición eran puramente comerciales. La flota, bajo el comando de don Alonso de Camargo, partió de Sevilla en agosto de 1539. El 20 de enero de 1540, los buques entraban al Estrecho, pero el mal tiempo les impidió pasar la primera angostura. La nave capitana se perdió, pero su tripulación fue salvada. Las otras naves fueron rechazadas hacia la costa oriental de la Tierra del Fuego, hasta la isla de los Estados. Una de ellas volvió a España, y Alonso de Camargo, con un solo barco, pasó de nuevo el Estrecho y llegó hasta el Perú. El diario de navegación de ese primer viaje por mar al Perú es una relación casi ininteligible, sin indicaciones de lugares ni de posiciones geográficas, y no aporta casi ninguna luz sobre la región meridional de la Patagonia del Oeste.

La Conquista del Chile Austral por los españoles. El primer Conquistador de Chile Austral fue Diego de Almagro, compañero de Pizarro en la conquista del Perú. En julio de 1535,

Almagro partió del Cuzco y, después de una marcha forzada a través de las altiplanicies de los Andes, atravesó la Cordillera y llegó a Chile central por el Valle del río Aconcagua. El viaje fue para él una decepción, pues, en lugar de las riquezas esperadas, no halló sino plantaciones establecidas por los incas un siglo antes. Las tres columnas expedicionarias debieron, pues, retirarse tras una ocupación de algunas semanas, no sin haberse entregado a horrores dignos de los conquistadores de la época. La expedición, después de atravesar esta vez los desiertos de Atacama, llegó a Arequipa en 1537, justamente a tiempo de reprimir una revuelta de los indios del Perú. Pero Pizarro y Diego de Almagro codiciaban el mismo poder. Almagro fue tomado prisionero y decapitado.

La conquista de Chile recomenzó con el segundo gobernador, Pedro de Valdivia, que fundó a Santiago el 12 de febrero de 1541. El consolidó sus conquistas y quiso extenderlas hacia el sur, más allá del Bío-Bío, es decir, mucho más lejos que los incas. Así comenzó la conquista de la Araucanía, que debía durar tres siglos. La intención de Valdivia era alcanzar las comarcas más australes del continente, "desde el puerto de Valparaíso hasta el Estrecho de Magallanes". Se envió una expedición de dos naves hacia el Sur con este fin, pero no pasó más allá del grado 41 de latitud.

Después de este fracaso, Valdivia envió desde el puerto de su nombre otras dos expediciones encargadas de tomar posesión del territorio austral, la una por tierra, la otra por mar. La primera, bajo el comando de Villagra, debía avanzar por la Cordillera, pero ante la resistencia de los araucanos, no pudo llegar sino a la región del Lago Villarica. La expedición marítima, bajo el comando de Francisco de Ulloa y del piloto Cortés de Ojea, comprendía dos naves. Partió de Valdivia en octubre de 1553. Algunos días más tarde, las dos naves reconocieron sucesivamente en su travesía la isla de Chiloé y la isla de San Martín, llamado hoy Guafo. Siempre en dirección Sur, descubrieron por primera vez "un bosque de islas y el archipiélago de los Chonos, así como numerosas bahías y caletas". Trataron de desembarcar en la región de Cabo Gallegos (47° S.), pero los indios Chonos los rechazaron vigorosamente y les hicieron sufrir pérdidas importantes. Siguieron por el mar hasta el paralelo 51°, donde reconocieron numerosas entradas de mar hacia el interior de lo que presumían ser el continente. Penetrando por un estrecho "cerrado por cimas nevadas que parecía la entrada sombría del Estrecho de Magallanes", los pilotos y marinos intentaron con tenaz obstinación verificar ese hecho.

Un marino flamenco que había formado parte de la expedición de Magallanes y que se jactaba de conocer esos parajes, afirmaba que no era esa la entrada del Estrecho. Su opinión prevaleció, y "recorrieron de nuevo aquellos mares hasta que, sin poder resistir más a las tormentas, volvieron proa hacia Chile y, después de seis meses de ausencia, regresaron al puerto de Valdivia, sin otro resultado que el mérito de la obediencia y el reconocimiento de los archipiélagos de Chiloé y los Chonos".

Había sido un primer paso en el conocimiento de la Patagonia Occidental y de sus habitantes, hasta entonces completamente ignorados. Un poco más tarde, el capitán Juan Ladrillero iba a recorrer durante dos años el laberinto de los canales marítimos, recogiendo sobre la topografía, el país y sus habitantes informaciones de una precisión notable.

Juan Ladrillero. A pedido del Virrey del Perú, cuyo hijo, Gacia Hurtado de Mendoza, era gobernador de Mendoza, era gobernador de Chile, se envió una nueva expedición a reconocer y ocupar el estrecho de Magallanes. Comprendía dos naves San Luis, que tenía por capitán a Juan Ladrillero, y San Sebastián, bajo el comando de Francisco Cortés de Ojea, que había tomado parte en la expedición precedente. Los dos buques partieron de Valdivia el 17 de Noviembre de 1557. Tocarón tierra en la Bahía de Nuestra Señora, en la costa occidental de la actual isla Byron, Trabaron allí conocimiento con los naturales del

archipiélago, lo cual nos valió los primeros documentos históricos sobre los antepasados de los indios alacalufes.

Cuando prosiguieron la ruta hacia el Sur, una tempestad separó a los dos barcos, que no supieron más el uno del otro. Ladrillero comenzó por primera vez la exploración del laberinto insular. Recorrió el canal Fallos, salió hacia el océano por la costa occidental del Archipiélago Madre de Dios, donde se abre el actual Canal Concepción, que él tomó a su vez por la entrada del Estrecho de Magallanes. Se internó por allí, avanzando hacia el noroeste, y este error le significó descubrir el fiordo Eyre. Al no encontrar naturalmente salida, volvió sobre sus pasos y remontó hacia el Norte por el Canal Messier hasta el Golfo de Penas, explorando los archipiélagos Guayaneco, las islas Byron y Wager. En los últimos días de diciembre, Ladrillero volvió a partir, por el océano esta vez, en busca del Estrecho. Cometió otro error y lo confundió con el Canal Nelson. Por allí se metió entonces, navegando hacia el Este, y pasó por los canales San Esteban y Sarmiento, el Estrecho de Collingwood, para deslizarse por fin por el paso estrecho del Kirke, hacia un vasto laberinto de canales sin salida, llamados hoy Seno de Última Esperanza, Obstrucción y Desengaño. Una vez más, al no encontrar salida hacia el Atlántico, Ladrillero volvió a tomar el camino del Pacífico por la misma vía. Una tercera tentativa, más al Sur, tuvo al fin éxito, y las dos orillas del Estrecho de Magallanes pudieron por fin ser exploradas minuciosamente. Por razones que no esclarece su diario de a bordo, Ladrillero permaneció entonces cuatro meses en un mismo puerto, del cual salió el 22 de julio, continuando sus exploraciones costeras, hasta llegar a la primera angostura vecina del Atlántico. Antes de dejar esos lugares, tomó solemnemente posesión del Estrecho y de las tierras australes según el ceremonial acostumbrado, en nombre del Rey de España, del Virrey del Perú y del Gobernador de Chile.

Cumplida su misión, Ladrillero se dirigió a Concepción, a donde llegó a mediados de 1559. El diario de a bordo nada dice acerca de las peripecias del viaje de vuelta.

Ladrillero había dado cima a la primera exploración minuciosa de los archipiélagos de la Patagonia Austral, estudiando el complicado dédalo de los fiordos. No sólo había recorrido miles de millas. Además, había anotado con talento y sobriedad en un admirable diario de a bordo, insólito en los navegantes de esa época, los menores detalles geográficos e hidrográficos. Sólo algunos nombres se mencionan en la carta que él dibujó de los archipiélagos, la primera de esas regiones. Sin embargo, su itinerario está tan minuciosamente jalonado que es posible con exactitud todas sus evoluciones. Las descripciones de las montañas, de los glaciares, del clima, de la fauna y de los naturales son muy escasas. La posteridad, desgraciadamente, echó al olvido el derrotero del ilustre navegante. El olvido duró tres siglos y tendremos que esperar la expedición de Parker King y de Fitz Roy en 1830 para resolver el problema del acceso al Estrecho de Magallanes por los archipiélagos de la Patagonia. Entretanto, Cortés Ojea, en la San Sebastián, sufría los peores desagrados. La relación de su viaje, pintoresca y anecdótica, se debe al escribano Miguel de Goicuea. Si bien los detalles hidrográficos son menos abundantes que el diario de Ladrillero, la relación del escritor de la San Sebastián es el primer documento etnográfico preciso sobre los indios de los archipiélagos.

Separado de Ladrillero el 9 de diciembre de 1557, Cortés Ojea, por su lado, trató también de cumplir la misión que le había sido confiada. Los elementos no lo ayudaron. Después de costear la Isla Hanover para buscar el Estrecho de Magallanes, la San Sebastián fue asaltada por una tempestad de excesiva violencia. La fragata permaneció 19 días en un refugio natural de la Isla Campana con guardia permanente en los cables de las anclas, en un ruido infernal que no dejaba dormir de noche ni de día. La tripulación a cada instante se creía perdida. Por fin, sobrevino un día de buen tiempo que permitió la partida,

pero la tempestad volvió a comenzar al día siguiente y el viaje no fue durante un mes sino una sucesión de tempestades. Como el barco había perdido sus anclas, hubo que vararlo en una caleta del Canal Picton, en la costa oeste de la isla Wellington. Ahí se vio que el casco estaba irreparable, con lo cual la expedición tuvo que instalarse en tierra, desguazar la nave y, con los materiales de demolición y los árboles del bosque, pudieron construir un bergantín para regresar a Chile. El trabajo duró seis meses. Tal campamento, insólito y rústico, no dejó de llamar la atención de los indios y suscitar sus frecuentes visitas. Sobre los naturales, los documentos de Goicueta son precisos y sinceros.

El bergantín fue lanzado el 25 de julio, y el 03 de agosto, con muy buen tiempo, la tripulación remontaba el canal Fallos. Pero el buen tiempo no es nunca de larga duración en esas regiones. El 10 de septiembre no habían recorrido sino 20 leguas, cuando el bergantín estuvo a punto de naufragar. Cinco días después llegaban al Golfo de Penas y el buen tiempo favoreció su peligrosa travesía. La descripción del itinerario de vuelta se hace confusa, pero se puede suponer que, después de haber atravesado los archipiélagos Chonos y Guaitecas, Cortés Ojea y sus compañeros llegaron a Guafo. En el Golfo de los Coronados, su bergantín pasó sobre el lomo de una ballena que emergía en ese momento bajo la embarcación "y le dio tal choque que sus ocupantes la creyeron reducida a migajas".

Los dos viajes de Sarmiento. A pesar de estas tentativas, el tráfico comercial entre España y sus colonias de la costa del Pacífico se efectuaba por el istmo de Panamá. Sin embargo, en 1578, el corsario inglés Francis Drake utilizó con éxito el pasaje del Estrecho de Magallanes para fructíferas cacerías de galeones españoles. Este hecho podía señalar el fin de la seguridad colonial de España y los actos de piratería de Drake sembraron el terror en los Virreinos de América. Los territorios de Chile y Perú eran demasiado vastos para ser defendidos. La única estrategia posible era cerrar el estrecho de Magallanes para evitar la vuelta del corsario "enemigo de nuestra santa fe". Eso, por lo menos, pensó el Virrey del Perú, Francisco de Toledo, Comendador de Acebuche y Mayordomo de Su Majestad Católica Felipe II. Para realizar su designio, escogió una nueva figura de conquistador español, Pedro Sarmiento de Gamboa, ambicioso, letrado y devoto, muy versado en astronomía, magia y alquimia, lo que le valió, a pesar de su fe, algunas sospechas de la Inquisición. Pero como Drake, el hereje, era más amenazador aun para los intereses de la Corona de España, Francisco de Toledo puso bajo el comando de Sarmiento dos fragatas, la Nuestra Señora de la Esperanza y la San Francisco. Esta última tenía por capitán al almirante Juan de Villalobos.

Según las instrucciones del Virrey, las naves habían sido bien equipadas. Debían "descubrir" el Estrecho de Magallanes, tomar posesión de él en nombre de Su Majestad y estudiar sobre el terreno el proyecto de bloquear el paso. Debían anotar todo lo que descubrieran, y al dar cuenta de ello, averiguar la vida de los indígenas y tratarlos lo mejor posible. Y, "si llegaban a encontrar a Drake, que lo capturen, maten o deshagan", aun cuando la lucha fuera arriesgada para la expedición. Por fin, debían dirigirse a España "para dar cuenta de la ejecución y de cumplimiento de sus instrucciones ante Su Real Persona y el Real Consejo de Indias.

Así fue como Sarmiento y Villalobos partieron del Callao el 11 de octubre de 1579. El 19 de noviembre se encontraban a la altura del Golfo Trinidad (49°9,S). Desde las dos bahías vecinas de Puerto Rosario y Puerto Bermejo exploraron todo el archipiélago Madre de Dios con una chalupa y diez hombres. Hasta el final de las operaciones de reconocimiento, los buques permanecieron en Puerto Bermejo, mientras Sarmiento exploraba en chalupa todos los canales marítimos hasta la península Zach, buscando un paso para entrar al Estrecho sin correr los peligros del mar abierto.

El 21 de enero de 1580, las dos naves, más un bergantín construido entretanto con los medios de que podían disponer, volvieron a partir por el océano en busca del Estrecho. Pero, desde la primera noche de navegación, se elevó una violenta tempestad y el San Antonio fue arrastrado hasta más allá de la Tierra del Fuego. El 21 de febrero estaba de vuelta en Valdivia.

Por su lado, la fragata de Sarmiento se hallaba en estado lamentable, con los cables podridos y molidos, las anclas perdidas y la tripulación fatigada, desesperado ya de encontrar la entrada del Estrecho y falta de confianza en su jefe. Pero Sarmiento estaba determinado a perseverar hasta el fin, a "descubrir el estrecho o perder la vida buscándolo, y a esto no tengo nada que agregar sino que en un instante nos hacemos a la vela".

La Nuestra Señora de la Esperanza se encontraba entonces de lleno en el Estrecho tan buscado, pero tardaron largo tiempo en darse cuenta de ello, de tal manera es confusa y laberíntica su salida por el Oeste. Hacia la mitad del Estrecho, tuvo lugar la más solemne de las tomas de posesión, la tercera que allí se verificaba. Conforme a las instrucciones recibidas, Sarmiento, una vez cumplida su misión, tomó el camino de España, para dar cuenta dó el camino de España, para dar cuenta de todo a Felipe II y convencerlo de que "era tan necesario como fácil fortificar las dos costas de la primera angostura y más tarde poblar el Estrecho".

Con los viajes de Ladrillero y de Sarmiento fueron exploradas las primeras arterias marítimas de la Patagonia occidental. No sólo los diarios de navegación de los dos navegantes contienen las observaciones geográficas más minuciosas, claras y exactas. Además, Sarmiento nos proporciona documentos comparativos muy preciosos sobre la vida de los naturales a fines del siglo XVI.

La España de 1580 pensaba más en utilizar sus descubrimientos que en realizar otros nuevos, Sarmiento, satisfecho de su primer viaje, parecía hallarse en el buen camino de la gloria. Los especialistas de la corte de Badajoz contabilizaban los gastos que iba a ocasionar la defensa del Estrecho, estudiaban los planos de las fortificaciones futuras y, entre otras medidas, proponían tender una fuerte cadena entre las dos orillas y consideraban aun, como última defensa contra los agresores de Su Majestad Católica en sus posesiones, la excomuni6n.

El 25 de septiembre de 1581, una armada de 25 naves zarpó del Puerto de San Lúcar de Barrameda en direcci6n al Estrecho de Magallanes. Llevaba a bordo tres mil personas, una tripulaci6n minuciosamente escogida que debía proveer a todas las necesidades futuras. La expedici6n incluía 600 soldados, que debían apoyar la conquista de los araucanos del Sur. El futuro Gobernador de Chile, Alonso de Sotomayor, los acompañaba. Diego de Flortes Valdés era capitán General de la expedici6n, al paso que Sarmiento no exhibía sino el título de "Capitán General del Estrecho de Magallanes y Gobernador de quienes hayan de poblarlo". Además de los mejores marinos de España y de los inevitables funcionarios, el resto de la flota estaba compuesto de los futuros pobladores del Estrecho: 30 mujeres, 23 niños y hombres de todas las profesiones.

Desde la partida una violenta tempestad asaltó a la flota, que perdió 4 barcos y 800 personas. se necesitaron más de dos meses para reparar el desastre, y el 9 de diciembre la flota reconstituida partía de nuevo de Cádiz. Entonces empezó el más impresionante crucero de la historia de navegaci6n. Todo parecía coaligarse para impedir el éxito: adversidad del tiempo, motines de una parte de la tripulaci6n, fallas del material, incompetencia de los jefes, rivalidades mezquinas y pusilamidad de Flores Valdés. La flota llegó a Río de Janeiro hacia fines de 158. Forzosamente tuvieron que esperar en la costa brasileña la vuelta del verano austral y al fin sólo dos naves pudieron tomar direcci6n al Sur. El mal tiempo los persiguió, se deterioró la moral, y para colmo, una violenta tempestad, en

el mismo sitio de la llegada, rechazó la flota al Atlántico. Uno de los buques naufragó. No hubo otra solución que volver a las costas del Brasil. Otra nave se perdió en este trayecto. Además, la escuadra se desorganizó, pues el Gobernador de Chile, Sotomayor, inquieto por tantas aventuras y poco interesado en el conocimiento del Estrecho, tomó el partido de dirigirse a su puesto por otra vía. Con su equipo y sus 600 soldados desembarcó en el Río de la Plata, desde donde atravesó las pampas y la Cordillera, considerando más segura la ruta terrestre.

La armada reducida se dirigía de nuevo hacia el sur cuando una nueva tempestad la rechazó por segunda vez hacia las costas del Brasil. Un barco naufragó en el camino. Esta vez, Diego de Flores Valdés, el propio jefe, a pesar del refuerzo de cuatro nuevos enviados por la metrópoli, dio medrosamente la orden de volver a España. Las mejores tripulaciones no pedían otra cosa que capitular con sus jefes y con las mejores naves, Flores volvió a tomar la ruta de España.

Sarmiento se quedó solo, con 5 barcos y más o menos 500 personas. No tomó el título de jefe de la expedición, pero nombró como reemplazante de Diego Flores Valdés a Diego de Ribera, quien pasó a ser General de la Armada. El 22 de diciembre de 1583, dos años después de su partida de España, la flota volvió a zarpar del Brasil e hizo por fin un viaje sin percances hasta el Estrecho, adonde llegó el 1º de febrero de 1584. Ya era tiempo, pues una tempestad tan repentina como violenta se elevó en ese momento. Hubo que anclar con urgencia cerca de Cabo Vírgenes. El viento era tan fuerte "que los cordajes vibraban como cuerdas de violín a punto de romperse". La gran bahía que protegía, a pesar de todo, a las naves, parecía un lugar favorable para la futura población. Pero nada podía hacerse sin una nueva toma de posesión sobre las tierras que en adelante estarían bajo el dominio español. Sarmiento fue el primero en desembarcar con una brillante escolta. Eligió un valle propicio y erigió una cruz sobre el futuro emplazamiento del fuerte. Alzó allí también una horca y enterró bajo un montón de piedras el pergamino donde estaba registrada el acta de fundación de la colonia y de toma de posesión de estas tierras. La futura iglesia debía elevarse en tal sitio.

Dos días después de estas solemnes formalidades (6 de febrero), los trescientos primeros colonos del Estrecho de Magallanes pudieron desembarcar en la playa de esta inhospitalaria región, por lo que se extendían hasta perderse de vista las deslucidas ondulaciones de un terreno recubierto de pastos escasos y de arbustos espinosos; por lo demás, dos años de travesía les habían informado ampliamente sobre las condiciones del clima. Una colina protegía de los vientos a la futura ciudad. Las fuentes de un valle podrían alimentarla. El pasto que debe acompañar a la fundación de toda nueva ciudad se desarrolló sobre el mismo terreno: se aclamó solemnemente a España y a Felipe II, y el servicio religioso fue celebrado en el espacio reservado a la futura iglesia. Se delimitaron con cordeles las calles de la ciudad "que debe ser como un taller de ajedrez". Con la fiebre de la organización, nada fue olvidado, ni el árbol de la justicia, ni el consejo administrativo en regla. Cada cual fue provisto de una parcela de terreno. Así fue fundada la primera ciudad del Estrecho, que se denominó Nombre de Jesús.

Faltaba ahora dedicarse al trabajo y hacer eficaz aquella serie de ceremonias, y, cuando la ciudad hubiese adquirido forma, cuando cabañas miserables se hubieran edificado a lo largo de las calles trazadas a cordel, habría que sembrar, quizás sin muchas ilusiones, las semillas traídas de España.

Durante este período de actividad, la tempestad maltrataba a los barcos, excepto el más grande, la Trinidad, que había sido varado para facilitar el desembarco. Varias veces los barcos habían sido arrastrados hacia el Atlántico, pero volvían con el buen tiempo. Finalmente, El General de la Armada, Diego de Ribera, tomó sin decir nada, con los tres

mejores navíos, la ruta de España. Sarmiento quedaba solo con sus esperanzas y sus desilusiones, a cargo de más de trescientas personas desprovistas de vestimenta, de provisiones, de muebles, en el extremo del mundo. Su único navío, el más pequeño, La María, en malas condiciones, era incapaz de emprender el viaje de regreso, y no podía siquiera alcanzar a la colonia española más cercana.

La ciudad del Rey Felipe. Era evidente que Nombre de Jesús no podía subsistir en esas condiciones. Sarmiento recordó un paraje mejor, encontrado cuatro años antes, hacia la mitad del Estrecho donde hallarían un buen puerto, bien abrigado, con una playa, bosques y un riachuelo, y donde sería fácil pescar y cazar. Había que encontrar este lugar. Mientras La María, incapaz de llevar más de cincuenta hombres, se hacía a la mar, Sarmiento y un centenar de soldados trataron de seguirle por vía terrestre. Del 7 al 25 de marzo, van a recorrer caminos interminables.

Acompañados de sus 80 perros, sin vestidos ni zapatos, siguen por más de cuatrocientos kilómetros una playa en la que no encuentran más que una marga subsistencia de mariscos y aves de mar. A pesar de los discursos emocionales y promisorios del jefe, están a punto de amotinarse, cuando una chalupa de La María viene a su encuentro y les anuncia que el navío está anclado en el lugar de la cita, la Punta Santa Ana.

Aparentemente, el lugar es favorable. No hay necesidad de buscar más lejos. En el estado de miseria en que se encuentra, la pequeña tropa se vería en serias dificultades si prolonga la búsqueda en medio de esos escarpes de rocas y de esos bosques impenetrables que contrastan con el aspecto desnudo de la primera colonia.

El ceremonial solemne de la toma de posesión en forma por Vuestra Majestad se repite. El lugar es despejado de árboles; la cruz, la iglesia y el árbol de justicia ocupan su lugar. Las calles son trazadas a cordel y se nombra un concejo. Como los naturales de esta región son poco seguros, la nueva ciudad es fortificada y puede contar con la defensa de sus cañones. En pocos días la ciudad del Rey Felipe ha surgido del bosque. Sarmiento puede estar satisfecho. No lo está, sin embargo, pues piensa en lo que el porvenir reservará a este puñado de hombres, privados de víveres, de vestidos y de calzado en los comienzos de un invierno que se anuncia desde abril por una abundante nevada. Estas sombrías perspectivas tampoco escapan a los colonos. Fomentan una revuelta, pero antes de que estalle, su promotor, Antonio Rodríguez, es decapitado, y su cabeza expuesta, como ejemplo en el árbol de la justicia. En la ciudad magallánica del Rey Felipe, no se debía dudar de la energía del jefe.

El 25 de marzo, con 30 hombres, Sarmiento se embarca a bordo de La María para hacer una visita a la primera colonia y traer armas y municiones para la ciudad del Rey Felipe. Pero lo que aprende, aun antes de desembarcar, no es para tranquilizarlo: un hombre ha sido colgado pues ha intentado asesinar al lugarteniente de Sarmiento; los colonos sufren y se quejan. Mientras Sarmiento, desde la borda de su navío, recibe sus quejas, una tempestad repentina se levanta; las amarras se rompen y La María es rechazada hacia el Atlántico contra toda previsión, y se encuentra veinte días más tarde en la capital brasileña. ¿Qué pensar de tal suceso? ¿Será una huida ante el fin trágico previsto desde mucho tiempo antes, y la tempestad no será sino un pretexto bien recibido

Sarmiento no volvió nunca a las colonias magallánicas. De Río trató de enviarles algunos socorros, pero el navío de refuerzos no llegó jamás al Estrecho. Quiso equipar un segundo barco, pero no lo pudo. Quedaba sólo recurrir a España. Sarmiento decidió hacer el viaje, pero durante la travesía, el corsario inglés Walter Raleigh, le hizo prisionero y lo llevó a Inglaterra, donde la reina Isabel le devolvió su libertad. Fue por poco tiempo, pues Sarmiento fue de nuevo capturado, esta vez por los hugonotes franceses, y encarcelado

durante dos años. Finalmente fue rescatado por Felipe II.

¿Que sucedió con lo 293 colonos abandonados a su suerte en dos puntos del Estrecho de Magallanes? Hostigados por el hambre y por el frío invierno austral, los colonos de Nombre de Jesús, bajo las órdenes de Andres de Viedma, tomaron la ruta de tierra para tratar de alcanzar a la ciudad del Rey Felipe, adonde llegaron hacia la mitad de agosto de 1584. Ellos esperaban un lugar menos desamparado, en el cual pudieran vivir juntos a la espera de algún socorro.

Pero pronto Viedma debió rendirse ante la evidencia: sería la muerte para todos si toda esa masa de población permanecía en la ciudad del Rey Felipe. Envía, pues, a todos los soldados, 200 aproximadamente, a Nombre de Jesús. Un año de sufrimiento y de muerte transcurre todavía en las dos colonias. Ninguna nave aparece a la entrada del Estrecho. Los colonos de la ciudad del Rey Felipe construyen dos rústicos barcos para tratar de regresar al lugar de aquellos otros que pueden contener unas cincuenta personas. Una de las dos embarcaciones se destroza contra la costa a gran distancia del punto de partida, pero los ocupantes son salvados.

Afines de 1586, los sobrevivientes, una veintena, resuelven tomar a su vez el camino de Nombre de Jesús, que creen ya socorrida. El camino está jalonado con los cadáveres de los 200 soldados que habían partido el año anterior. Cuando la tropa frenética llega a la Bahía Posesión, el 7 de enero de 1587, hay tres barcos en el Estrecho. Al día siguiente, bajan una embarcación que se dirige a tierra para ver quienes son esos errantes insólitos.

Son los navíos del Corsario inglés Cavendish, ilustre émulo de Drake, saqueador de los galeones y de las ciudades españolas de la costa del Pacífico, quien ofrece repatriar a los desgraciados al Perú. Unísono acepta de buenas a primeras. Los demás vacilan largo tiempo en confiarse a un navío hereje. Y cuando al fin deciden aceptar la oferta, es demasiado tarde: un fuerte viento acaba de levantarse y Cavendish ha ordenado izar las velas. Ya se alejan los barcos, dejando a los desgraciados españoles condenados a la muerte.

Poco después, Cavendish llegaba a la ciudad desierta del Rey Felipe.

Los cadáveres estaban todavía en las casas "donde murieron como perros". A pesar de todo, hasta los últimos días que precedieron el abandono, y después de tres años de miserias, se había aplicado una justicia severa, y del patíbulo colgaba aún el cuerpo de un ajusticiado. La fortaleza como sus cuatro bastiones estaba en ruinas. Hombre práctico, Cavendish se apoderó del único bien utilizable: los cuatro cañones de fierro que los españoles habían enterrado en el momento de su partida. Los corsarios permanecieron algunos días en la ciudad del Rey Felipe para rehacer su provisión de agua y de leña. Cavendish denominó a este lugar Puerto del Hambre, nombre que debía conservarle la posteridad. Después de 53 días de navegación por el Estrecho, desembocó en el Pacífico para continuar sus incursiones en las costas de Chile y Perú. En cuanto a Tomé Hernández, el único que se escapó de la ciudad del Rey Felipe, aprovechando su papel de intérprete y parlamentario, se escapó del navío inglés en la bahía de Quintero, cerca de Valparaíso.

Soldados y Misioneros. En esta época, los holandeses, tratando de liberarse de la dominación española, buscaban en el Norte de Europa y de Asia un pasaje que le daría también acceso a las riquezas de las Indias. En sus tentativas encontraron tantas dificultades que, siguiendo el ejemplo de los corsarios ingleses, Drake y Cavendish, tomaron la ruta del estrecho de Magallanes, con la esperanza de saquear, de pasada, como ellos, a las naves españolas. La primera expedición, llamada "de los cinco barcos de Rotterdam", fue equipada por los Estados Generales de Holanda y tenía por misión saquear

las posesiones españolas y portuguesas de las dos Indias.

Las cinco naves, colocadas bajo la dirección de Sebald de Weert y Simón de Cordes, salieron de Texel en 1598. Las relaciones de este viaje dan detalles numerosos sobre los indígenas encontrados.

El mismo año, la expedición de Van Noort, que tenía la misma misión que la precedente, se encontraba también en el Estrecho: los holandeses recibieron una acogida brutal de parte de los fueguinos. Unos y otros se masacraron recíprocamente. Al relato de Van Noort se debe la creencia, que no carece quizá de fundamento, en el canibalismo de los fueguinos.

En 1613 tuvo lugar una nueva expedición de corsarios holandeses, bajo las ordenes de Georges de Spilberg. Las dificultades de la travesía del Estrecho estaban por amilanar a la flota de Holanda en su empresa de intercepción de las fuentes de riquezas españolas, cuando un descubrimiento importante les permitió volver a sus antiguos proyectos.

Jacobo le Maire era hijo de un rico comerciante de la ciudad de Hoorn. Con la intención puramente comercial de sustraer algunos asuntos privados de la tiranía de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que tenía el privilegio exclusivo de la travesía por el Cabo de Buena Esperanza y por el Estrecho de Magallanes, buscando un nuevo pasaje por el Sur, descubrió, en 1616, el Estrecho que lleva su nombre y desemboca en el Cabo de Hornos. Así se conocieron para siempre las formas y los límites de la Tierra del Fuego. El descubrimiento de este nuevo paso, más corto y más fácil, que abría a la navegación unos mares y acaso continentes sobre los cuales España pretendía tener derechos, alarmó a la Corte de Madrid. Organizó inmediatamente una nueva expedición, bajo las órdenes de los hermanos Nodales. Estos se limitaron a rehacer el viaje de Le Maire y a volver a bautizar los descubrimientos holandeses. Desde el punto de vista que nos interesa, esta expedición fue, sin duda, la primera en traer a España documentos de historia natural y objetos utilizados por los fueguinos.

Otro almirante holandés, Jacobo l'Hermite, en 1624, puso a prueba el poderío marítimo de su país. Una flota de 11 navíos, de 300 cañones y equipado con 1.700 hombres, fue organizada por Mauricio d'Orange, que pretendía con ella conquistar al Perú. En el curso de su viaje por el nuevo Estrecho, encontró algunos indígenas en las costas de Tierra del Fuego, sobre los cuales su juicio es tan somero como definitivo: "estos salvajes se aproximan más a los animales que a los hombres: fuera que despedasan a los hombres y devoran su carne cruda y sangrienta, no se nota en ellos la menor huella de religión ni de policía". Un tal juicio se adelanta en los siglos y casi en términos idénticos al de Darwin.

La última expedición holandesa, la de Brouwer, trato de valerse de otro medio: sublevar a los indígenas contra los españoles. Brouwer reconoció en su travesía que la Tierra de los Estados era efectivamente una isla y no formaba parte de ningún continente. Su incursión no tuvo más que un efecto muy limitado a Chiloé y Araucanía.

Los comienzos del siglo XVII y el largo período que va a seguir están marcados por una intensa actividad de descubrimiento en toda la costa occidental de la Patagonia. Las causas de este movimiento son muy diversas. Una de las más influyentes fue quizás la búsqueda de la fabulosa ciudad de los Césares. Se decía que una tierra de suelo fértil y rico se hallaba poblada con descendientes de españoles que habían remontado desde el Estrecho de Magallanes hasta 41° de latitud Sur. Esta leyenda estaba, seguramente, fundada en el desastre de la flota del Obispo de Plasencia, en 1536, o quizás en el desgraciado ensayo de Sarmiento.

Otras leyendas se mezclaban confusamente a ésta.

Se contaba, por ejemplo, que un El dorado había sido descubierto en 1530, en las faldas orientales de la Patagonia por uno de los capitanes de la expedición de Sebastián

Cabot. Incas fugitivos habían encontrado ahí refugio, y, si duda, en esta misma región maravillosa se habían refugiado los españoles después de la destrucción de las ciudades del Sur, como Osorno y otras, en 1601.

Cualquiera que fuese su origen, la leyenda de la Ciudad de los Césares suscito empresas de conquistadores ávidos de enriquecerse y de misioneros que pensaban descubrir nuevas poblaciones que catequizar. Los gobiernos de Lima, de Santiago, de Buenos Aires, y aun la Corona de España, a pesar de no creer mucho en las leyendas de las fabulosas riquezas, no se desinteresaban, sin embargo, del hecho, creyendo, efectivamente, que ciertos puntos del territorio austral deshabitados y apenas conocidos, pudiesen estar ocupados por enemigos.

Por otra parte, la conquista española, durante largo tiempo aún inestable en la Araucanía, se había extendido más al Sur hasta la isla de Chiloé. Dos fuertes españoles fueron construidos en la isla Grande: Chacao y Castro. Estas dos ciudades serían en adelante puntos avanzados de vigilancia sobre los territorios del Sur, y un centro de partida más accesible para las futuras expediciones de reconocimiento.

La primera expedición que partió de Chiloé fue una misión religiosa. El superior religioso de la provincia de Chile era el padre Diego de Torres, quien designó para evangelizar las islas del archipiélago de Chiloé a los P.P. Melchor Venegas y Juan Bautista Ferrufino. Se embarcaron en octubre de 1608 en un navío chilote, que llevaba cada año a Valparaíso un cargamento de indios esclavos. Los que eran objeto de este comercio no eran otros que los indios que vivían en los contornos del Golfo de Penas.

La actividad religiosa de estos misioneros nos la cuenta el P. Pedro Lozano, en su Historia de la Compañía de Jesus en la provincia del Paraguay (1755), según las cartas anuales del P. Diego de Torres, quien era informado, a su vez, por los misioneros.

Después de dos años de estada en Chiloé, los dos religiosos fueron llamados a Santiago. Luego el P. Venegas volvió a Chiloé con un nuevo compañero, el P. Mateo Esteban. Los dos misioneros trabajaron desde 1611 hasta 1614 en el archipiélago de Chiloé, las islas Guaitecas y Chonos.

Desgraciadamente, muchos de los documentos relativos a sus actividades son poco explícitos y los más interesantes han desaparecido. Las notas y los informes fueron entregados a la Casa de los Jesuitas de Lima. Sabemos tan sólo que el P. Esteban aprendió el idioma de los indios Chonos, tradujo plegarias, redactó un catecismo para el uso de los indios dispersos en las islas. Venegas y Esteban llevaron a cabo tres misiones lejanas entre los Chonos. Utilizaban el material de navegación de los indios convertidos que los acompañaban, es decir, la piragua hecha de tres tablas de ciprés ensambladas con lianas. Era realmente una expedición extraordinaria a través de esas islas desheredadas, minuciosamente reconocidas, exploradas, en busca de indios Chonos. Al P. Venegas no le inspira confianza esta mar interior: ... "el mar de este país es loco, y más locos aún son los vientos: ahora el mar está como una taza de leche y en el instante después la tempestad aúlla con furia".

Los escasos documentos que nos quedan después de estas expediciones contienen pocas notas puramente geográficas, pero sí observaciones muy equilibradas y nítidas sobre la esterilidad de este país, "en el cual podemos extrañarnos de que los raros y pobres habitantes puedan mantenerse con vida y no desaparecer". ¡Ay!, ya estaban en vías de aquello, pues no queda ni un solo Chono en nuestros días. Las observaciones de los misioneros los describen como seres pacíficos ("La naturaleza, por el hecho de haberlos relegado a los confines del mundo, los ha librado de la codicia y de los defectos que dominan en los países más aventajados"), y dan algunos detalles sobre su modo de vida.

Sabemos pocas cosas sobre lo que sucedió a las misiones de Chiloé a partir de 1614. Los dos padres fueron llamados a Concepción y de ahí, el P. Venegas, con todos los documentos de su misión, se dirigió a Lima. Las expediciones posteriores entre los Chonos, y en particular las de P. Agustín Villaza, no agregan ningún nuevo detalle.

Afines del siglo XVII, una expedición, militar esta vez, nos muestra hasta que punto los españoles temían una intrusión extranjera en los territorios del Sur. Como contara un indio de Chiloé, que unos extranjeros se habían establecido en los archipiélagos, el Gobernador de Chiloé envió una expedición, al mando de Bartolomé Díaz Gallardo. Se trataba de un reconocimiento de poca envergadura, de acuerdo con los recursos de la isla: comprendía 7 embarcaciones chilotas, con una tripulación de 30 españoles y 40 indios. Durante su largo periplo a través del mar interior de Chiloé, de las Guaitecas y de los Chonos, capturaron algunos indios, para obtener de ellos datos sobre los posibles invasores. Como la expedición no podía contornear, con medios tan precarios, la temible península de Taitao, atravesó por tierra el istmo de Oíqui y continuó sus búsquedas costeano el Golfo de Penas. El viaje duró más de un año (1674-1675) y no aportó ningún hecho nuevo. Habría podido dar lugar a observaciones interesantes, pero la relación de Gallardo es muy confusa y ofrece poco interés.

La expedición siguiente de Antonio de Veá (1675-1676), organizada con los mismos fines y con los mismos medios, ha dejado un diario aún más confuso que el precedente, y, además, las distancias recorridas están exageradas y las estimaciones de la rutas exploradas son calculadamente inexactas. Es evidente que ni Gallardo ni Veá alcanzaron el paralelo 48, y que estas dos expediciones no adelantaron gran cosa en el conocimiento geográfico de la región. Otra expedición, dirigida por Pascual de Iriarte, debía de reunirse con la de Veá en el Estrecho de Magallanes, pero después de serias dificultades en la Islas Evangelistas, fue obligada a regresar a Chiloé.

Antes del tratado de 1677, las relaciones entre Inglaterra y España habían estado lejos de ser cordiales; mejoraron a continuación, pero con reticencias recíprocas justificadas. Un inglés, John Narborough, pudo, con toda tranquilidad, efectuar en 1670 un viaje de exploración en el extremo Sur. Fue un trabajo pacífico y muy importante de hidrografía e historia natural y una gran parte se dedicó a las observaciones sobre la vida de los indios del Estrecho y de los archipiélagos. Sin embargo, España estaba inquieta con esas incursiones extranjeras por los dominios de su Corona. El viaje Narborough, y, sobre todo, las giras de los filibusteros que pasaban por el Estrecho, habían dado la voz de alarma: el contrabando y el pillaje amenazaban la seguridad del comercio. Los filibusteros y los navíos ingleses y españoles que les daban caza, así como las flotas de las naciones que los sostenían, fueron a menudo obligados por las fortunas del mar a vivir largos meses en los archipiélagos, y los raros testimonios que de ellos nos quedan son de un inestimable interés.

El tratado de Utrecht, de 1713, que puso fin a la guerra de sucesión, dejaba a España mutilada y a Inglaterra gananciosa por ciertas cláusulas marítimas y coloniales. Inglaterra había obtenido el privilegio de importar esclavos negros a las colonias españolas de América, y el libre tránsito de un barco de 500 toneladas, una vez al año, por esas mismas colonias. Estos privilegios originaron abusos que debilitaron de manera singular el comercio español con sus posesiones de América. El contrabando inglés era en todas partes bien acogido y protegido. España trató de reprimirlo: tal fue la causa de un nuevo conflicto que estalló en 1739.

Se suponía que la flota del Almirante Anson daría fácil cuenta de los barcos españoles. Más las tempestades del Cabo de Hornos se encargaron de dispersar las dos Armadas tan poderosamente equipadas la una como la otra. Este suceso no habría tenido

ninguna relación con el descubrimiento de los archipiélagos, si uno de los navíos ingleses no se hubiera despedazado contra las rocas de una de las islas Guayaneco el 14 de mayo de 1741. Los náufragos, un centenar, se rebelaron casi unánimemente contra el Capitán Cheap, comandante del Wager, el buque naufragado que a todo precio debía de reunirse con el Almirante Anson en las islas de Juan Fernández. A esta solución, 80 amotinados prefirieron la increíble tentativa de llagar al Brasil por el Estrecho de Magallanes, con la ayuda de tres pequeñas embarcaciones sin puentes. El viaje de estos hombres harapientos fue una de las más aventuradas odiseas de la historia de la navegación: sin víveres, en barcas en mal estado, alimentándose a su paso con los perros de los indios, llegaron, después de 8 meses de luchas y de sufrimientos increíbles, al Brasil. En cuanto al Capitán Cheap, no pudo conquistar para su causa sino a unos 12 hombres que necesitaron 13 meses de asombrosas aventuras para atravesar los pocos cientos de millas que los separaban de Chiloé. Sólo cuatro de ellos llegaron vivos a la meta y se entregaron prisioneros a los españoles. Entre ellos se encontraba el joven guardiamarina John Byron, quien 20 años después debería dirigir otra Expedición al Estrecho. Las narraciones de los náufragos del Wager proveen datos preciosos sobre la vida de los indígenas, entre los que vivieron durante largos meses, compartiendo sus miserables condiciones de vida. En particular, debemos al relato de Byron documentos de alto valor sobre la vida de los alacalufes y de los chonos, gracias a los cuales los náufragos ingleses pudieron salvar la vida.

Los españoles doblaron la guardia. Enviaron a los archipiélagos de la Patagonia Occidental expediciones de vigilancia, gracias a las cuales avanzó un tanto el conocimiento de esas regiones.

Desgraciadamente, los resultados de los trabajos de Miguel de Orizuela y de Mateo Abraham (1750), de Pedro Mancilla y de Cosme Ugarte (1768) no fueron jamás publicados. Sería necesario buscarlos en los archivos de la Marina española.

Por otra parte, los resultados obtenidos por la última expedición no debieron de satisfacer a los españoles, pues, a fines de 1768, el Gobernador de Chiloé puso en camino una nueva comisión encargada de explorar el archipiélago austral y el Estrecho.

La goleta Nuestra Señora de Montserrat partió de Chacao el 17 de diciembre, bajo el mando de José de Sotomayor, acompañado del piloto venezolano Francisco Machado. Como de costumbre, el viaje se efectuó entre las Guaitecas y los Chonos y luego por la laguna San Rafael. Para atravesar el istmo de Ofqui, la expedición hizo uso de piraguas chilotas y estas mismas embarcaciones sirvieron para explorar los archipiélagos Guayaneco. Las islas Ayautau, la extremidad norte del canal Messier y el canal Fallos hasta la isla Campana. Si bien los datos geográficos e hidrográficos de Machado son infinitamente preciosos, abundantes y precisos, en cuanto a las poblaciones indígenas que encontró, no nos dejó sino unas pocas observaciones. Su expedición terminó en junio de 1769.

Los misioneros establecidos en Chiloé hicieron, hacia fines del siglo XVIII, algunas expediciones por los archipiélagos. Hay que señalar, entre otras, la inestable relación del P. García Martí sobre su viaje a "la nación Calen", es decir, entre los indios que vivían al suroeste del Golfo de Penas (1766). Entre otros, los informes sobre la vida religiosa son detallados: el P. García describe minuciosamente y sin interpretarlas, algunas escenas de "brujeñas" que lo habían impresionado particularmente. Por otra parte, inconscientemente y luchando por la buena causa, el P. García Martí, que aplicó "los métodos de reducción"

recomendados por su Orden², contribuyó a despoblar las islas Chonos y Guaitecas en beneficio de la misión de Chiloé. Cuando los jesuitas fueron expulsados de los Virreinos españoles, los franciscanos ocuparon su lugar en las misiones de Chiloé. Los PP. Benito Martín y Julián Real hicieron, en 1778, una expedición a los archipiélagos del Sur. Cuando llegaron al Canal Fallos, fueron recibidos sin amabilidad por los indios alacalufes. Sin embargo, pudieron convencer a uno de ellos para que los siguiera a la misión de Chiloé". Al año siguiente, los PP. Francisco Menéndez e Ignacio Vargas hicieron una expedición a la misma región en solicitud de indios gentiles.

Con el tratado de París, Francia perdió casi todo su imperio colonial. Luis Antonio de Bougainville era, en el Canadá, oficial de dragones y ayuda de campo de marqués de Montcalm. Luego del tratado, cambió su título de coronel por el de capitán de fragata, con el fin de crear en las islas Malvinas un centro de colonización francesa. Fundó, en 1764, la modesta colonia de Port-Louis. Al año siguiente, hizo un viaje al Estrecho para traer madera de construcción y cepas de árboles que necesitaba la colonia de Port-Louis. Pero, 1766, la soberanía de las Malvinas fue imperiosamente reclamada por España, y Bougainville fue encargado por Luis XVI del traspaso de la soberanía. Esto dio ocasión a un nuevo viaje al Estrecho, en 1768, y allí, antes de emprender su viaje alrededor del mundo, Bougainville se puso en contacto con los indios de Puerto Galant.

A principios de 1765, Byron, el antiguo oficial de la flota Anson, ahora Comodoro, se dirigía hacia las Indias Orientales con la fragata Dolphin y la corbeta Tamar; pero el objetivo secreto de su viaje era la exploración clandestina de los mares del Sur. El Amirantazgo planeaba apoderarse de las Islas Malvinas. Los dos navíos ingleses se encontraron en el Estrecho de Magallanes, al mismo tiempo que el Aigle de Bougainville. Al regreso de Byron (1766), el Dolphin fue puesto inmediatamente bajo el mando del capitán Wallis y volvió a tomar, en compañía del Swallow, la ruta del Estrecho. Los relatos de Wallis y de Byron tienen interesantes descripciones de la vida de los indígenas y de sus relaciones amistosas con la tripulación.

Expediciones científicas a Magallanes. Wallis y Carteret estaban todavía en el Hemisferio Sur, cuando la Sociedad Real de Londres equipaba la expedición del Endeavour, bajo el mando del capitán Cook para observar en Tahiti el paso de Venus sobre el disco solar. Fue en el curso de este primer viaje, en 1769, cuando Cook descansó en los parajes del Cabo de Hornos. Un segundo viaje, en 1774, esta vez con la Resolution y la Adventure, permitió a Cook reconocer la zona entonces desconocida, en la cual se suponía la existencia de un Continente Austral. Fue aquél uno de los viajes más notables de todos los tiempos en él Cook visitó de nuevo las islas más australes de Tierra del Fuego. En la relación de sus dos primeros viajes, Cook nos ha dejado extensas descripciones sobre los naturales de la región. Si bien los detalles de la vida material de los seres humanos han sido bien captados, el juicio sobre este pueblo es sumario. "su vida afectiva, escribe, se acerca más a la de los brutos que la de cualquiera otra nación". Cook perpetuó, por su parte, la idea ya emitida por Jacobo l'Hermide, sobre el canibalismo de los indios. Es de notar que en todos estos relatos se recalca que los indios de los Archipiélagos o del Estrecho perdieron el siglo XVIII la agresividad que habían a menudo manifestado contra la tripulación de los buques. Llegaron a ser, a la vez, deferentes y más desconfiados.

² En 1608, Felipe III encargó a los jesuitas del Paraguay establecer su autoridad sobre los indios. Fundaron centros de evangelización y de colonización llamados reducciones. Los mismos métodos fueron empleados en otras partes de América del Sur.

Hacia fines de 1785, con el fin de facilitar el tráfico comercial entre España y sus colonias, la fragata española Santa María de la Cabeza, bajo el mando de Antonio de Córdoba, inició la primera exploración minuciosa del Estrecho. Durante largos meses, los oficiales de este barco estuvieron en relación con los alacalufes de Puerto Galant y de Port-Famine. Estaban sorprendidos de "lo que después de dos meses y medio de permanencia continuada con los indios, y a pesar de sus esfuerzos, no pudieron recoger sino pocos datos" y que " otros viajeros pudiesen adquirir en dos o tres días conocimientos definitivos sobre las costumbres, las leyes, la religión y aun sobre el idioma de los indígenas".

A pesar de ser escasos, los datos y las observaciones anotadas en la relación del viaje provienen de una investigación minuciosa hecha con real objetividad sobre la vida de los indígenas, sus vestimentas, sus canoas, sus habitantes, sus procedimientos de caza y pesca, etc. Se tomaron algunas medidas antropológicas. Se completó este precioso documento con el ensayo sobre la vida psicológica de los diversos grupos humanos del extremo sur, sus relaciones y sus conexiones recíprocas.

Como el gobierno español hallara insuficientes los datos recogidos por la expedición de la Santa María de la Cabeza, otra expedición científica fue confiada a un marino italiano al servicio de España, Alejandro Malespina, que debía de configurar las cartas del Estrecho de Le Maire y de la región del Cabo de Hornos (1793).

Los trabajos hidrográficos y geográficos más interesantes de esta época sobre los archipiélagos situados entre las islas de Chiloé y el sur del Golfo de Penas, son los de Moraleda y Montero. Los recorrió durante cuatro años (1792-1796) con embarcaciones y remeros chilotes. Los informes obtenidos sobre las poblaciones son los de un hombre que las ha frecuentado, conocido y comprendido íntimamente. Trató a su vez de descubrir, después de tantos otros, la misteriosa Ciudad de los Césares.

Las expediciones de los cazadores de focas y de los balleneros y las expediciones de descubrimiento antártico recalaron en el Estrecho o en los archipiélagos. Entre los diarios de a bordo que contienen algunas indicaciones sobre la vida de los indígenas, hay que citar el de Weddell (1823) y de J. Clark Ross (1842). En cuanto a las dos expediciones de Morell (1823 y 1825), sus descripciones edénicas de los Archipiélagos del Oeste pueden dejarnos escépticos sobre la veracidad de su relato, y aun sobre la autenticidad de sus viajes.

De todos los trabajos que en esta época llevaron al conocimiento geográfico de los archipiélagos, los más importantes y los más completos son incontestablemente los de los capitanes Parker King y Fitz Roy. La primera expedición duró tres años (1826-1830). En 1831, en el curso de su viaje alrededor del mundo, Fitz Roy, esta vez acompañado por Darwin, volvió a Tierra del Fuego para traer de regreso a tres jóvenes indios (2 alacalufes y un yagán), que había llevado, muy contra su voluntad, en su primer viaje para educarlos en Inglaterra.

A partir del momento en que Chile ocupó los territorios de la Patagonia Occidental (1842), la vida del estrecho adquirió un carácter propio y definitivo. Punta Arenas, primero colonia penitenciaria, crece lentamente y se transforma en el centro de la vida económica austral, cuyos territorios son valorizados. Las expediciones hidrográficas, los estudios del inmenso litoral magallánico y los reconocimientos que efectúa periódicamente la marina chilena, hacen avanzar, sobre todo entre 1880 y 1914, el conocimiento de los archipiélagos. Los documentos humanos recogidos a lo largo de estas expediciones son de valor desigual. A veces los encuentros con indios son mencionados como simples sucesos episódicos; otras veces las tripulaciones recogen observaciones más completas, hasta vocabularios. Desgraciadamente, la huella de una nueva civilización en la "tierra de los indios" coincide con la desaparición de éstos.

No obstante, las expediciones científicas extranjeras conservan la libertad de entregarse a sus investigaciones en aguas chilenas. Son especialmente numerosas en la segunda mitad del siglo XIX. La mayor actividad científica recae entonces sobre la Tierra del Fuego. Todas las naciones se encuentran allí representadas. En 1855, es la expedición de Parker Snow; de 1866 a 1869, la corbeta inglesa Nassau explora la parte occidental del Estrecho y los archipiélagos del Oeste, al mismo tiempo que la corbeta italiana Magenta. Los trabajos científicos ingleses fueron reiniciados en 1879 por el Alert, que pasó ocho meses en el archipiélago Madre de Dios, seguido en 1882 por la Sylvia. La marina italiana, por su parte, continuó sus trabajos científicos, enviando tres misiones, la de Vittorio Pisani, del Cristóforo Colombo y del Caracciolo. Hay que señalar también la expedición alemana del Albatross en los archipiélagos y la de la Romanche, en 1882, en el sur de la Tierra del Fuego.

Se realizaron muchas expediciones de menor envergadura que tenían por objeto los aspectos variados de las ciencias naturales, la misión sueca de Nordenskjöld, la misión del museo Carnegie, la expedición del á Bélgica, las de Steffen, Furlong y Skottsberg, para no citar sino las principales. Todos los problemas botánicos, geológicos, zoológicos, paleontológicos son estudiados o abordados; sólo el hombre de tierra del Fuego y de los archipiélagos tiene, para la mayoría, un interés menor.

Capítulo Segundo

El mundo de los archipiélagos

1. Rocas, bosques y pantanos

Soledades. La extremidad austral del Continente Americano se divide en dos mundos bien distintos: al Este el lado atlántico, las inmensas Pampas de la Patagonia que se prolongan hasta Tierra del Fuego; al Oeste, bordeando el pacífico, las alturas rocosas de los Andes que terminan en el Océano con un fantástico desgarramiento de islas y de islotes montañosos. Glaciares completamente inexplorados forman un obstáculo infranqueable entre las dos vertientes, que, por más de 12 grados de latitud, no se comunican sino por la única ruta marítima del Estrecho de Magallanes.

Punta Arenas, la ciudad más austral de Chile, y también del mundo, está situada sobre la costa norte del Estrecho en el límite de los territorios marítimos, montañosos y boscosos del Oeste de las Pampas del Llano atlántico. Tiene 36.000 habitantes. 350 kilómetros más al norte, también en los límites del bosque y la estepa, la pequeña ciudad de Natales alinea sus pocos centenares de casa de zinc ondulado a lo largo del Seno de Ultima Esperanza, una especie de callejón sin salida al mar, completamente alejado del tráfico de los buques. En Tierra del Fuego los únicos núcleos de población son la ciudad chilena de Porvenir, al borde del Estrecho, centro de una región de crianza de animales, que cuenta con unos dos mil habitantes, y, en el extremo meridional de la gran isla, la antigua penitenciaría argentina, Ushuaia, conservada en vida, gracias a la creación de una base naval, de algunos aserraderos y pequeñas industrias de conservas de pescado y mariscos. Su población es de dos mil habitantes.

Estos centros de población, con excepción de Ushuaia, están situados en la frontera de las regiones de crianza de animales, hacia la cual tienden todas sus actividades. Constituyen el límite extremo a que ha alcanzado el hombre blanco en estas regiones. Más

allá, se penetra en el mundo desierto de los archipiélagos.

Al oeste de los 2000 kilómetros, a lo largo de los cuales se despliegan la extremidad de la cadena andina, se extienden los territorios desolados de los Archipiélagos de la Patagonia, habitados solamente por algunas decenas de indígenas, últimos sobrevivientes de un grupo humano próximo a su total desaparición. Algunos cazadores de pieles y pescadores, originarios de Chiloé, frecuentan durante el verano la soledad de los archipiélagos. Sólo algunos puestos de la Armada y de la Aviación, seis en total contando el de Evangelistas, situado en pleno Pacífico a la salida del Estrecho; una pequeña mina de cal al borde del océano, algunos miserables ranchos de calamina en la región del Baker en el Norte y de Navarino en el Sur, están ocupados por una población no indígena. El conjunto no debe alcanzar a 400 personas, lo que corresponde a una densidad aproximada de un habitante por 450 kilómetros cuadrados: 61 alacalufes, 27 yaganes, 8 marinos o aviadores chilenos, 125 colonos y loberos de la región de Navarino, algunos colonos del fiordo Baker y unas cuantas docenas de loberos nómades³. Ningún otro ser humano vive en la estrecha franja insular que se extiende entre el sur de Chiloé y el último extremo de América, el Cabo de Hornos. La densidad de la población de los archipiélagos correspondería para Francia a una población total de 1.200 habitantes.

El ambiente en los archipiélagos es siniestro. Durante casi todo el año, ahogados por los torrentes de lluvia y abrumados por la fuerza agresiva de la tempestad, son, como decía Darwin, "tristes soledades donde la muerte más que la vida parece reinar soberanamente". Una continua capa de nubes bajas, una cortina de lluvia que borra todo contorno, los huracanes del Pacífico austral, el inmenso glaciar patagónico, los acantilados de granito desnudo o el bosque compacto, forman los elementos habituales de este paisaje. Unos pocos días en el año surge el sol; se crea entonces un universo nuevo. La desnudez de la roca se destaca hasta en sus menores detalles. El bosque vive con sus luces y sus sombras. El baluarte cordillerano domina el inmenso horizonte, entremezclando de tierra y de océano y atravesando por el viento del polo.

Los contornos sinuosos que en el mapa esbozan los archipiélagos de Magallanes, están lejos de evocar ese fantástico laberinto de miles de islas e islotes, de rocas a flor de agua, de canales y de fiordos, esos lagos innumerables, ese relieve submarino tan atormentado como el de las montañas. Se ha hablado de laberinto, de resquebrajaderos, palabras que sugieren imágenes, pero que no logran sino acercarse a la realidad. Sólo las cartas marinas describen con exactitud esta dislocación que se extiende por 12 grados de latitud. Las líneas de puntos y los espacios en blanco cuyo número disminuye cada año, nos dicen bastante sobre las incertidumbres geográficas de esta región. Aun los trazos llenos están lejos de conformarse a la realidad. Los nombres ingleses, italianos, castellanos, alemanes, franceses, recuerdan las fases de una lenta exploración que no ha terminado aún. Los signos convencionales que localizan algunos de los bajos, y los buques naufragados a lo largo de la carrera, es decir, del camino conocido y marcado con boyas que siguen los navíos, muestran sin frases los peligros de la navegación. Los archipiélagos son un verdadero cementerio de barcos. El borde occidental está sembrado de escollos; sería preferible afrontar la gran marejada del Pacífico austral antes de aventurarse a lo largo de estas costas, frente al mar abierto. "Se previene a los navegantes que estas costas son desoladas, imperfectamente conocidas y que es peligroso acercarse a ellas", dicen las

³ Se llama loberos, en los Archipiélagos de Magallanes, a los cazadores nómades de pieles, la mayor parte de ellos originarios de la isla de Chiloé. Equipados con la pesada chalupa chilota, con viejos fusiles de caza y acompañados de sus perros, llevan en pequeños grupos una existencia muy parecida a la de los indios alacalufes. El término lobero viene de lobo marino, foca.

instrucciones náuticas. Por eso, los barcos que pasan por el Estrecho de Magallanes, en vez de exponerse en el mar abierto a una navegación difícil, prefieren la "carrera" y el largo recorrido de los canales interiores.

Relieves. Los archipiélagos de la Patagonia Occidental constituyen una región natural que, a lo largo de 15 grados de latitud, incluyendo a las islas de Chiloé, se destaca del resto de América del Sur con sorprendente nitidez. A partir del paralelo 41, la cordillera se divide en una serie de bloques separados por inmensos fiordos, y se disloca en un laberinto de canales marítimos. Este mosaico insular termina en el Pacífico con una franja de escollos. A partir del Estrecho de Magallanes, los archipiélagos que bordean la gran isla de Tierra del Fuego, así como la cordillera continental, se desvían hacia el este en un inmenso arco que desaparece el Cabo de Hornos. Todo el lado occidental de los Andes meridionales es abrupto y contrasta singularmente con la falda que desciende hasta el Atlántico en un escalonamiento de terraplenes llamados la "meseta" patagónica.

En el paralelo 41, una profunda depresión atraviesa la Cordillera del Este a Oeste y determina una nítida superación entre los Andes propiamente dichos y los Andes de la Patagonia. Los unos y los otros son geológica y morfológicamente diferentes. Por lo contrario, la estructura de los Andes de la Patagonia y de los archipiélagos vecinos es homogénea.

Las cimas de la cordillera patagónica son más bajas que las de la cordillera principal; por última vez se sobrepasan los 4.000 metros en el Cerro San Valentín, punto culminante de un macizo apenas explorado en los 46°35' de latitud sur. Más al sur, las alturas principales son el Cerro Pirámide (3.380 metros) y el Cerro Fitz Roy (3.875 metros). Tres pináculos, hacia el grado 49, los Cerros Murallón, Bertrand y Aguazis todavía sobrepasan los tres mil metros. Al norte del Estrecho de Magallanes, la cumbre más alta del macizo del Paine está a 2670 metros. La altura máxima sigue descendiendo, y en la Tierra del Fuego, las cumbres más altas, los cerros Francés, Darwin y Sarmiento, sobrepasan apenas los dos mil metros. En cuanto a los macizos montañosos y poco conocidos de las grandes islas, en particular de la isla Wellington, no parecen alcanzar los 2.000 metros. Estamos lejos de las grandes cumbres de la Cordillera principal.

A pesar de estas alturas relativamente moderadas, la barrera de los Andes Patagónicos es infranqueable. La muralla verde del bosque magallánico obstruye los valles desde el nivel del mar hasta la altura de 400 metros. Más arriba, se extiende, por unos 300 metros, una zona de rocas desnudas, de líquenes y de musgos. Más arriba aún, una gigantesca extensión de nieve y de hielo cubre la montaña e impide el paso a todo ser viviente. En las islas la sucesión de zonas de vegetación es idéntica a la del Continente. Penetrar en el interior de las grandes islas es tan imposible como atravesar la Cordillera. En todas partes las pendientes vecinas al mar son abruptas, las paredes de los valles se cortan casi a pique y la única vía de penetración es la de las arterias marítimas.

El relieve submarino es, por lo demás, igualmente atormentado. En los canales angostos, los fondos están a profundidades considerables. Por ejemplo, en un punto en el que el Canal Messier tiene dos millas de ancho, los sondeos indican 1.200 metros; en el Canal Castillo, de una milla de ancho, encontramos más de 400 metros; 300 metros en el canal Octobón, cuyo ancho es una media milla. Estos canales corresponden a la multitud

de valles estrechos y profundos del Continente y de las islas más grandes. Parece evidente que los archipiélagos pertenecen a la misma unidad geográfica que los Andes de la Patagonia, cuya parte Occidental se habría hundido en el transcurso de su historia geológica por razones que no han sido estudiadas aún. Un umbral submarino de una profundidad casi uniforme de 60 metros y de un ancho de 10 a 20 millas separa al mundo dislocado de los archipiélagos de los grandes fondos del Pacífico Sur. Sin duda representa el zócalo común en que descansan las montañas de granito de los archipiélagos y de los Andes de la Patagonia.

Paisajes de granito. La geología de la Patagonia occidental es aún imperfectamente conocida. Entre los trabajos que le han sido consagrados, los más recientes y completos son los de la Corporación de Fomento⁴.

Que ha levantado la primera carta geológica de conjunto. Desde los macizos montañosos de la Cordillera hasta las últimas avanzadas de islotes rocosos en el océano, las rocas cristalinas, granitos y dioritas, constituyen, a partir del paralelo 41, un paisaje de un aspecto notablemente uniforme. Se encuentran aquí y allá algunas afloraciones de exquisitos, reconocibles aun desde lejos, porque son más despedazados que el granito y presentan aristas agudas en vez de superficies redondas. Los hay en los archipiélagos de La Guaitecas y Los Chonos, en la isla Guarello, en la península de Taitao, etc. Hacia el sur estas formaciones están poco determinadas. Se las ha registrado en el fiordo Eyre, en la isla Campana, en el canal Trinidad, en la región del Cabo Pilar, etc. Se encuentran también en los archipiélagos algunos bancos de mármol blanco de cristales gruesos, en diego de Almagro (antiguamente Cambridge) y en la gran isla Madre de Dios. En fin, grandes filones de carbonato de calcio son conocidos y explotados en la isla Guarello al Sur de Wellington y se encuentran en otros diversos puntos del archipiélago Madre de Dios. Sus masas inmensas de un gris claro de varios centenares de metros de altura, casi enteramente desnudas, pulidas y gastadas, enteramente rayadas por anchos surcos producidos por la disolución del calcio en el agua de lluvia, contrastan de manera impresionante con el granito sombrío que se encuentra en todos los otros lugares. Son esos granitos casi negros, indefinidamente jaspeados y desolados, los que constituyen el rasgo esencial al paisaje de los archipiélagos.

En esta inverosímil confusión de islas, de islotes y de rocas, a lo largo de los canales y de los fiordos, por todas partes aparece la masa sombría del granito. Las playas y las terrazas son pocas, la roca aflora en todas partes. Aun cuando el bosque es espeso y descende hasta el mar, adherido al flanco casi vertical de la montaña, deja siempre aparecer, con la baja marea, una faja rocosa de uno o dos metros. Al nivel del mar, a lo largo de la costa, emergen siempre del bosque algunas rocas grises sobre las cuales la vegetación no llega a prosperar. Más arriba, a unas cuantas decenas de metros, el bosque generalmente es denso y forma una muralla compacta y continua. Pero no es jamás tan alto como para no dejar luego lugar, hacia 50, 100 ó 200 metros de altura, a zonas más despejadas donde los árboles alternan con manchas de musgos y de líquenes y con desnudas grupas rocosas. Más arriba aún, la altura variables según la luz y la latitud, sólo sigue la roca desnuda, monótona, y indefinida.

Cuando el canal es ancho y la vista se extiende a lo lejos por encima de la primera

⁴ La Corporación de Fomento es un notable organismo estatal destinado a planificar los recursos industriales y agrícolas de Chile, y crear vastas empresas nacionales; entre otras, la extracción de petróleo en Tierra del Fuego y en la costa norte del

línea de altura, se descubre un relieve muy gastado de forma redondeada, que desde lejos parece como un pulido. En todas partes es bien visible el paso de gigantescos glaciares que han cepillado los archipiélagos. En las hendiduras entre las masas de granito circulan pequeños ríos, que se transforman en cascadas de las agudas pendientes, que desaparecen un momento en la cuneta, reaparecen más abajo y terminan por perderse en el bosque. En ninguna parte de este relieve de granito se encuentra un verdadero sistema hidrográfico. El agua de la lluvia y de los glaciares corre sobre la superficie de la roca sin penetrarla, descendiendo al azar de las pendientes y hondonadas. Por fin, en el horizonte, a partir de una altura de 700 a 800 metros, aparecen las primeras nieves eternas, cuya blancura brilla entre los grises más o menos intensos del cielo, de la roca y el mar.

Si el canal es estrecho, la vista se detiene a una altura de algunas decenas de metros, sobre una línea de horizonte de donde parece brotar una multitud de cascadas blancas. Algunas veces, sobre la inmensa muralla sombría, una mancha más clara marca el lugar de un alud reciente. Su color blanco rosado es el del granito que no ha sido aún herido por la erosión atmosférica. Hace miles de años, en sus largos corredores estrechos, el antiguo glaciar acarrió, transportó en su masa los restos rocosos que arrancaban a los macizos que acababa de atravesar. Bajo la presión gigantesca del hielo, marcados como con escoplo en el sentido de la marcha del glaciar. Estas estrías, de varios metros de largo, son bien visibles, por ejemplo, en el Paso del Abismo, algunas decenas de millas al Sur de Puerto Edén.

Estrecho.

Las búsquedas en este dominio han necesitado de trabajos importantes sobre la topografía y la geología en los antiguos glaciares de la Patagonia. La Patagonia Occidental muestra las señales de una glaciación por lo menos anterior a la última, y que fue ciertamente muy importante: abrasión del suelo, bloques erráticos suspendidos a veces sobre un medio costado, a veces pequeños guijarros de granito o de cuarzo en los lugares más imprevistos, superficies estriadas, etc. Ciertas mesas rocosas, enteramente desnudas y pulidas, sembradas de bloques erráticos, y sobre las cuales ninguna vegetación, excepto líquenes, ha tenido aún tiempo de implantarse, deben de prestar exactamente el mismo aspecto que cuando el último fragmento de hielo desapareció de su superficie. Allí donde la vegetación ha logrado instalarse, la capa de tierra vegetal es muy delgada. En ninguna parte el agua ha cavado valles y, exceptuando a los ríos producidos por el deterrimiento de los glaciares actuales, ninguno ha tenido tiempo de abrir estuarios importantes. El modelado glacial de la Patagonia parece muy reciente.

Es, sin embargo, difícil reconstituir la historia de las glaciaciones de los archipiélagos. Carecemos de cuadros de conjunto y las inmensidades de esas soledades así como las dificultades de su acceso no han hecho posibles sino observaciones fragmentarias. La única conclusión cierta a que conduce el examen directo de esta región es que un continuo e inmenso glaciar se extendía, en una época relativamente reciente, desde las altas cumbres de la Cordillera al Este hasta el Pacífico al Oeste, y del paralelo 41 hasta los últimos islotes rocosos de la Wollaston y del Cabo de Hornos en el Sur⁵.

Para establecer la fecha de esta glaciación no tenemos otro recurso que referirnos al estudio de las últimas glaciaciones en las otras partes del mundo. Se admiten hoy que

⁵ Hacia el lado occidental de la Cordillera la glaciación a debido ser más intensa que al lado oriental en la misma latitud. Las precipitaciones son más abundantes y el estanque de alimentación del vasto glaciar patagónico debía de extenderse sin interrupción desde las cumbres de la Cordillera hasta el Pacífico. Los límites de las nieves debían ser vecinos al nivel del mar. Las islas debían de estar ocultas bajo una gigantesca caparazón de hielo que en razón de su masa y de los aportes continuos no desapareció sino muy tardíamente, probablemente en el óptimum climático.

éstas afectaron simultáneamente en la época cuaternaria en todas las altas latitudes del globo. En Europa del norte, la región mejor estudiada desde este punto de vista, se distinguen cuatro glaciaciones separadas por épocas muy cálidas: los inicios de la primera se calculan en unos 600.000 años, muy aproximadamente, y el final de la última, con mucho más precisión, hace 12 ó 15 mil años. Esta tal vez ha durado más de 100 años, en el curso de los cuales se han alternado períodos rigurosos y períodos relativamente más calidos.

No hay ninguna razón para suponer que las glaciaciones del hemisferio austral no tuvieron el mismo ritmo que las del hemisferio boreal. Este ritmo, sin embargo, es indescifrable en los archipiélagos, donde no se puede observar ninguna línea continua de morenas que hubiesen marcado en sus diferentes estados de retirada el antiguo borde occidental del gran glaciar patagónico. Hay, pues, que admitir que la última capa glacial de la última glaciación se retiró muy rápidamente pues no abandonó a su paso sino algunos vestigios rocosos aislados y, después de todo, insignificantes. A causa de la topografía atormentada de los archipiélagos, este retroceso debió rápidamente tomar el aspecto de una dislocación más que de un retiro regular, de pequeños glaciares aislados que subsistían sobre las alturas de las islas principales.

De estos glaciares insulares se encuentran algunas huellas escasas. En las desembocaduras de antiguos valles glaciares, han construido a veces, como en el Río Frío, por ejemplo, algunos montículos morenicos. Muy al sur, en la costa de la isla Navarino que mira hacia el canal Beagle, se encuentra una serie de largos cordones morénicos que se alargan paralelamente a la base de las alturas interiores de la isla. Sus alturas varían de unos treinta metros a mucho más, quizás 80 ó 100. Se cuentan tres o cuatro hileras de un kilómetro de largo, cuyos intervalos están ocupados por lagunas pantanosas y por bosques quemados que dan a toa esta banda costera un trágico aspecto de catástrofe. Como estas morenas no se abren hacia el Pacífico sino hacia el Canal Beagle, frente a Tierra del Fuego, la masa glacial que las ha edificado, corría desde el

Territorios del Extremo Sur.

Interior de la isla hacia el Noreste, y no podía, pues, pertenecer a un glaciar que hubiese cubierto toda la extremidad del continente.

Estos datos tan fragmentarios no dicen nada sobre la edad de los antiguos glaciares de los Archipiélagos. Sería imposible establecer un sincronismo con las glaciaciones mundiales si no se poseyera un sistema de hecho más coherente sobre las etapas de los deshielos del lado Atlántico. Si el gran glaciar cuaternario hacia el Oeste, desbordaba directamente en el océano, hacia el Este y el Sureste, se extendía largamente en la Pampa. En el momento de su retroceso, dejó tras de sí varios sistemas de morenas, alargadas en cordones continuos o apilados en montones irregulares de algunas decenas de metros de altura fácilmente reconocibles en las extensiones monótonas de la Pampa. Las más antiguas de estas morenas, las que corresponden al último retroceso glacial, se encuentran en las regiones de los mares de Otway y de Skyring, que no son sino antiguos lagos glaciares comunicados recientemente con el Océano.

Se admite generalmente que las morenas de Skyring corresponden a la última fase de retroceso del gran glaciar patagónico, después del cual la historia de la región entra en los tiempos postglaciares, de la formación de las turberas, la instalación de los bosques, la llegada de los animales y de los hombres. Es muy probable que los cordones morénicos de la isla Navarino, por lo menos los más recientes sean más o menos contemporáneos de las

morenas de Skyring y correspondan a la última fase del gran glaciar continental, en el curso de la cual los últimos lóbulos, cada vez más recortados, comenzaba a constituirse en glaciares independientes. Por el contrario, las muy escasas morenas de valles observadas en las islas hasta hoy día podría corresponder a un período todavía más reciente del retroceso glaciar en el cual los hielos no llegaban ya hasta el mar.

A escala geológica, las diferentes formaciones glaciares han sido simultáneas a ambos lados de los Andes, el de los Archipiélagos y el de las estepas atlánticas. Sin embargo, es probable que en la escala de tiempo más reducida que ahora nos preocupa, el retroceso haya sido más tardío por el lado del Pacífico, en el cual las precipitaciones eran mucho más abundantes, y cuya actitud media era mucho más elevada. ¿Cómo determinar este retraso? Esto es actualmente imposible: se puede únicamente suponer como hipótesis de trabajo que si el post-glaciar comenzó en la región de Skyring y Otway hace 12 ó 15.000 años, pudo haber comenzado en los Archipiélagos en una fecha netamente posterior, quizás en el periodo del óptimum climático del cual se encuentran huellas en todas partes del mundo (hace alrededor de 7.000 años). La determinación de la fecha de este deshielo sería de una importancia capital, pues marcaría aproximadamente el más antiguo límite posible a la llegada de los nomades del mar a los archipiélagos.

Los glaciares actuales. El gran glaciar cuaternario no ha desaparecido completamente. Aun hoy, las partes más elevadas de la Patagonia Occidental están todavía cubiertas de enormes glaciares cuyo conjunto forma una de las más vasta aglomeraciones de hielos terrestres en el mundo⁶. Cubre la cordillera de una manera prácticamente continua entre los grados 46 y 52 de latitud. Más al sur reaparece más allá del estrecho, en el borde meridional de Tierra del Fuego.

También en las grandes islas, Wellington, Hanover, Campana, etc., hay glaciares aislados en las alturas.

En una latitud que en el hemisferio Norte correspondería a la de Vichy, los frentes de ciertos glaciares de vale se vierten directamente en el mar. Entre dos masas rocosas, profundamente excavadas, el río de hielo se desliza lentamente y llega hasta el nivel del agua en el fondo de una pequeña bahía o de un estrecho fiordo. Las orillas están bordeadas de árboles siempre verdes, y a cada lado del frente glaciar, a lo largo de los pequeños ríos de deshielo, se forman lagunas o pantanos. La masa de hielo se sumerge bajo el nivel del agua.

Avanza poco a poco, suspendida y semiflotante, empujada por las masas que la siguen. El peso de este hielo suspendido y semiflotante, empujada por las masas que las siguen. El peso de este hielo suspendido se hace insostenible y de pronto el frente azul transparente se derrumba con un ruido de trueno mil veces repetido. El mar se agita en largas olas concéntricas sobre las cuales flota lentamente el nuevo iceberg, rodeado de centenares de trozos de hielo. Una quebradura nueva, azul, fresca, impecable, ha reemplazado a la antigua. No durará sino algunas horas o algunos días, según la época o la fuerza del sol. Las noches, en el fondo de los fiordos en que desembocan estos glaciares, están rasgadas por esos hundimientos de masas de hielo o por las detonaciones de inmensos bloques que se parten como un vidrio gigantesco bruscamente enfriado. El ruido se amplifica con el silencio. El hombre en su choza se siente pequeño y solitario y se deja sobrecoger por el miedo.

Los grandes glaciares de los Andes y de la Tierra del Fuego se vierten en el mar en

⁶ Ver R. F. FLINT: Glacial Geology and the pleistocene epoch. New York, 1949.

casi toda su longitud, en una serie de glaciares de valle de este tipo. Los pequeños glaciares de poca importancia, los que cubren las alturas inexploradas de las grandes islas, no son bastante poderosos para alimentar ríos de hielo que lleguen al mar. Vierten sus aguas recién derretidas en los canales por medio de torrentes cortos pero abundantes.

Durante el verano austral, los frentes glaciares se dislocan; los hielos flotantes, al azar de las corrientes y de los hielos, pueden entonces derivar muy lejos de su punto de partida. En la carrera, pueden constituir una molestia o un peligro para la navegación. Pero la mayor parte de los bloques, a causa de la estrechez y de la complejidad de las arterias marítimas, encallan o se bloquean en las dentaduras de la costa. Verdaderos icebergs de 7 metros de altura y de unos treinta metros de largo, han sido encontrados en el Fiordo Eyre, a treinta millas de su punto de partida. Los trozos de hielo de menor volumen, yendo y viniendo bajo el empuje del viento, pueden formar un pack continuo que obstruye el fondo de los fiordos.

Los cursos de agua salidos de los glaciares de altura y alimentados igualmente por los derrames de agua, son de varias especies. Los unos, de curso torrentoso, se encauzan por corredores estrechos de pendiente rápida que los llevan hasta el mar. Sus aportes abundantes colman progresivamente el fondo submarino y crean en su desembocadura bancos o cordones de arena granítica recubiertos de una vegetación forestal reciente. Otros son retardados por vastos terraplenes que ellos mismos han edificado en los bajos de los valles, o por una serie de lagos escalonados, entre el glaciar y el mar. El torrente, después de desplomarse en caídas verticales en el primer lago que atraviesa, llega a través de dos o cuatro lagos inferiores, progresivamente colmados por sus aportes, en una vasta zona pantanosa próxima al mar. Estos lagos, a menudo inmensos, son muy numerosos en el interior de los macizos montañosos del Continente y de las grandes islas; llenan prácticamente todas las cubetas graníticas. Los reconocimientos terrestres y aéreos descubren una multitud de ellos. Hecho notable, en las topografías, sus formas alargadas y ramificadas, sus riberas abruptas y sinuosas tienen el mismo aspecto que los fiordos y los canales marítimos.

El bosque magallánico. Contrariamente a lo que quisiera una tradición que califica de preantártico, y hasta de antártico el bosque de los archipiélagos, éste no constituye un conjunto aparte; forma parte de agrupaciones forestales que se extienden desde la costa a la Cordillera, en todo el Chile Austral desde el grado 37 de latitud, es decir, desde Concepción hasta el Cabo de Hornos. Toda esta región de clima relativamente suave, está sometida a un régimen de fuertes vientos del Oeste, tanto en verano como en invierno, que traen lluvias abundantes. Es verdad que en su parte septentrional ha sido bastante despojada de su bosque primitivo a lo largo de la costa, pero los contrafuertes de la Cordillera están recubiertos de una selva impenetrable, como, por ejemplo, el macizo de Nahuelbuta.

El bosque de los Archipiélagos no es sino un conjunto de subformaciones del bosque de Chile Austral. En efecto, del Norte al Sur, los ejemplares característicos son raros y desaparecen: primero la araucaria, luego el lingue, que no llega más allá del Continente; el alerce y el mañío, que no sobrepasan la isla de los Chonos; el teniú, que llega hasta el archipiélago Madre de Dios; los ciprese, cuya abundancia y estatura van disminuyendo hasta el Estrecho de Magallanes. Pero toda una serie de ejemplares, coigües, robles con hojas perennes y de hojas caducas; canelos, especies menores de vegetación bajo el bosque; helechos gigantes, epífitas y musgos, son, con muy poca variación, los mismos en el Norte y en el Sur y forman las asociaciones vegetales fundamentales y las más estables de un extremo al otro de la región de los bosques australes.

Algunas circunstancias locales modifican el aspecto o la extensión del bosque

magallánico. Una franja costera, en particular, comprendida entre el canal Cockburn y el Estrecho de Nelson, es pobre en vegetación; el bosque no logra ni el vigor ni el desarrollo en altura que alcanza en el Canal Beagle o en los archipiélagos al Norte del Estrecho de Nelson. Es probable que esta zona haya sido más recientemente liberada de los hielos. Casi hasta la vecindad del mar la roca aparece como desesperadamente desnuda. El bosque no ocupa en forma continua sino una delgada banda costera, comprendida entre el nivel del mar y una altura de unos metros solamente. Es tan densa y tan impenetrable como en otras partes, los ejemplares son los mismos que en los bosques más septentrionales, pero su desarrollo vegetativo es diferente. Los robles, canelos y coigües sanos y de gran altura son la excepción; la mayor parte de los árboles son débiles y retorcidos; sólo los matorrales forman un vigoroso entrelazamiento. A veces sobre una estrecha banda de bosque, aprovechando las vertientes mejor expuestas, los huecos o las raspaduras de las rocas, la vegetación gana en altura algunas decenas de metros.

Pero, a partir del Estrecho de Nelson, en dirección al Norte, el bosque se hace rápidamente más vigoroso, se implanta sobre los acantilados verticales y se mantiene hasta una altura media vecina a los 300 ó 400 metros. Cuando se navega en los canales, parece haberse perdido el acceso a tierra firme, de tal modo las costas abruptas o bajas del continente o de las islas, están encerradas en una compacta muralla de verdura, verde aún bajo la nieve. Este muro termina a una altura uniforme, y más arriba da lugar a las rocas desnudas y, por fin, a las cimas nevadas.

La vida vegetal se aferra a las menores salientes de las rocas: helechos, musgos, arbustos de formas atormentadas, líquenes y mohos. La roca chorrea agua. La pequeña capa de tierra vegetal que la cubre está constantemente arrastrada, pero es también enriquecida sin cesar por nuevos aportes. El bosque magallánico se renueva con fuerza con su propio despojos y vive de su propia podredumbre.

Este mundo vegetal tan denso no vive bajo los rayos del sol. Una temperatura uniforme y moderada, una humedad permanente desarrollan esta exuberancia vegetal. A pesar de la aparente pobreza del suelo, se elaboran lentamente maderas muy duras. Sobre el substrato granítico, la capa vegetal es muy fina. Las raíces se extienden en superficie y, por eso, durante el invierno, bloques enteros de bosques pueden desplomarse de golpe bajo el peso de la nieve.

Sin embargo, una densidad vegetal tal no es sino la resultante de un equilibrio frágil entre la vida y la muerte, con una ligera ventaja para la vida, adquirida en el curso de una quietud milenaria. Pero si a los chilotes o a los indios les entra en gana el incendiar un jirón de bosque para proveerse de leña seca, renacerán entre los troncos calcinados, solamente malezas, lianas y helechos. Los grandes árboles del bosque magallánico demorarán siglos antes de crecer de nuevo. Parece que la vegetación forestal de todo el extremo Sur, incluso el lado oriente- y numerosos índices fundamentan esta suposición- estuviera en el límite de una ruptura del equilibrio, debido a un cambio climático⁷.

Las altas mareas cubren los ramajes, y la vegetación terrestre se une sin discontinuidad notoria con la vegetación de las algas submarinas. Es imposible circular entre la costa y las cumbres desnudas. Enmascarando el suelo, los troncos muertos enlazados se pudren en una magna gelatinosos, a veces de un espesor de varios metros. Toda esta fantástica vegetación, viviente y muerta, está oculta bajo una extraordinaria red de musgos que unen el suelo con las ramas más altas a través de las lianas y de los matorrales. Los troncos y las ramas están recubiertos de plantas epífitas y de líquenes.

⁷ Ver J. EMPERAIRE y A. LAMING. Prehistoria de Patagonia (en preparación: las variaciones del clima postglaciar en Patagonia).

A partir de una altitud de 300 ó 400 metros, a veces menos, según la latitud, el bosque ralea. A 600 metros se encuentran aun entre los musgos y los líquenes, cipreses de 10 ó 20 centímetros de alto y hayas achaparradas, nudosas y torcidas, apegadas a las rocas que las abrigan del viento.

Aunque la zona forestal tiene una extensión considerable, a lo largo de un territorio continental e insular, cuyo desarrollo es inmenso, las variedades son poco numerosas. La altura media de los árboles no es elevada y es muy probable que no puedan alcanzar sino excepcionalmente su pleno desarrollo. No son grandes o muy grandes sino en ciertos lugares privilegiados, dispersos y de poca extensión, que reciben una cantidad moderada de lluvia. La explotación industrial del bosque magallánico no parece posible. Las formaciones forestales que se encuentran habitualmente, están compuestas de matorrales y de arbustos.

El coigüe (*Nothofagus betuloides*), de hoja perenne como la mayor parte de las especies, es el ejemplar más extendido; los especímenes de gran altura, de un diámetro de 50 ó 70 centímetros, se encuentran en los valles abrigados y profundos a una altitud de 100 ó 200 metros. Los robles comunes (*Nothofagus Antarctica*) de hoja caduca son poco numerosos. Por otra parte, una variedad de esta especie, cuyo follaje espeso se extiende en parasol (*Nothofagus pumillo*) es extremadamente abundante desde el nivel del mar hasta el límite de la vegetación forestal. El canelo (*Drymis winteri*), árbol sagrado de la Araucanía, de corteza y follaje perfumados, es abundante y de un gran tamaño hasta el Estrecho de Magallanes; más al Sur es mal débil. El ciprés (*Libocedrus tetragona*) vive, sobre todo, en las alturas, ahí donde el bosque se hace más escaso. Una ericácea, el tepu (*Tepualia stipularis*), produce una madera notable, de un rojo violáceo, incorruptible, que constituye un combustible de lujo aun cuando haya permanecido varios años bajo el agua del mar.

El bosque magallánico suministra, en suma, pocas especies de gran tamaño. Está constituido, sobre todo, por una multitud de matorrales de helechos, de epífitas, de lianas y de musgos que recubren los árboles con una red impenetrable. Helechos de varias especies, una de las cuales es arborescente, ocupan los bajos fondos de los valles. Los únicos frutos comestibles son varias especies de bayas diminutas que maduran hacia fines del verano austral. Las bayas de calafate, espinoso (*Barberis buxifolia*), o de tronco lizo y recto (*Barberis ilicifolia*), dos arbustos que crecen en abundancia en las playas de aluvión, son muy azucaradas. La parrilla (*Ribes magallanicus*) es el casis silvestre. La fuchsia o quila (*F. macrosterma*), cuyos frutos son comestibles, abunda en todas partes. Una ericácea, la chaura (*Pernettya pumilla*) produce las más grandes bayas de la región, del tamaño de una cereza silvestre, y con un gusto fresco y ácido, que es agradable. Otras ericáceas, la mayoría de pequeño tamaño, dan bayas del grosor de una murtila.

Para terminar esta rápida revista de la flora magallánica, señalaremos también una liana, el copihue (*Philesia buxifolia*), cuyas flores carnosas son comestibles. Otra liana, el voqui (*Landizabalia ternata*), es utilizada por los indios para la construcción de ciertas trampas y para la costura de las cortezas.

En cuanto a la vegetación herbácea, sus especies y variedades, que son muy numerosas, son poco utilizadas en la vida cotidiana de los indígenas. Algunas altas gramíneas sirven para recubrir el suelo de las chozas. Sólo entran en la alimentación las hojas del apio salvaje (*Apium chilense*), que crece en las partes planas y pantanosas de las playas donde desembocan los cursos de agua.

Entre varias especies de callampas, tres son de gran tamaño y comestibles. El sabor agrio del políporo (*Fistulina antarctica*), que crece en los troncos del coigüe, es muy apetecido. Dos variedades muy parecidas de callampas de forma globosa, acuosa y de consistencia elástica, son excesivamente abundantes en los robles: una de ellas es de color

naranja casi traslúcido (*Cyttaria darwini*), la otra de color negro y no crece sino en las ramas secas (*Tremella mesentérica*).

Las raíces de las plantas de los pantanos forman un fieltro tan compacto que pueden soportar el peso de un hombre por encima de un espesor de barro líquido de dos metros y a veces más. Matorrales de juncos, droseráceas, bloques de hepáticas crecen en todos los lugares húmedos.

Hay que señalar también las algas verdes, rojas y pardas que tapizan las rocas. Una especie gigantesca, llamada por los chilotos y los indios wiro o también kelpa, y que es la *Macrocystis pirifera*, se adhiere por medio de una garra poderosa y ramificada a las rocas del fondo; se desarrolla en un tallo delgado, inmenso y resistente como un cable que soporta las hojas flotantes y se extiende en la superficie del agua en una extensión, a veces, de un centenar de metros. La presencia del macrocyste indica las profundidades, la orientación de los tallos, el sentido y la intensidad de las corrientes. Esta alga sirve de boya en las costas peligrosas, y es un precioso auxiliar de la navegación. No existen en los Archipiélagos laminarias de gran tamaño, como se las encuentra desde Chiloé hasta la isla de Chonos. Sin embargo, los vientos y las corrientes pueden llevar muy lejos los haces de "cochayuyo" (*Durvillea utilis*) cortados de su soporte, que los indios y pescadores chilotos comen, llegado el caso.

2. La vida del mar y el bosque

No se trata aquí, naturalmente, de estudiar en su conjunto el medio animal de los Archipiélagos de Magallanes. Sólo los aspectos que influyen sobre el ritmo y las modalidades de la vida humana llamarán nuestra atención. La vegetación ha sido abordada, sobre todo, en cuanto elemento de paisaje y en razón de utilización de sus ejemplares por los indígenas. De la misma manera, la fauna que constituye la parte esencial de la alimentación de los indios alacalufes; no nos detendrá sino por sus aspectos utilitarios y en la medida en que interviene en sus vidas afectivas, como tema de leyendas, o bailes o pantomimas, de creencias o prohibiciones. Sin duda, un estudio zoológico haría resaltar otras características. Pero nos colocamos aquí en el punto de vista de hombres que viven en un ambiente particular, para quienes la caza y la pesca son los únicos medios tradicionales de subsistencia.

Cuando se pasa del mundo de la pampa al de los Archipiélagos, la escasez de vida animal hacia el lado occidental de la Cordillera nos sorprende. Uno esperaría encontrar un pulular de mamíferos y de aves en una región en la que nada impide su desarrollo natural. Sin embargo, el bosque magallánico está prácticamente desierto, tanto al borde del mar como hacia el interior. Aun cuando ya se haya adquirido un conocimiento bastante preciso y detallado de los lugares y de las costumbres de los animales, la impresión primera de ínfima densidad subsiste. Las especies de aves son bastantes numerosas, pero el número de los individuos es siempre muy reducido. En cuanto a los mamíferos terrestres, son escasos y se adaptan mal impenetrable bosque magallánico.

En las regiones intermedias entre las Pampas y los Archipiélagos, se encuentra una fauna terrestre mucho más abundante, de la que se alimentaban en parte los antiguos fueguinos, como lo atestiguan los restos de cocina encontrados en las excavaciones. Esta fauna está compuesta en especial de guanacos y de avestruces, caza tradicional de la Pampa, mezclados con algunos escasos pumas. La realidad prueba que la distinción entre

el dominio de los indios marinos y el de los indios de la Pampa no es tan nítida como se piensa generalmente.

Animales de las Pampas australes. El guanaco, un camélido vecino de la llama, pero más rápido y ágil, parece haber constituido, durante mucho tiempo, la base de la alimentación de los pueblos que vivían en las costas orientales de los mares de Otway y de Skyring y del Golfo ramificado de Última Esperanza. Hasta una época muy reciente, el guanaco vivía en grandes rebaños, a veces de varios centenares de cabezas, en los llanos orientales de Patagonia y de Tierra del Fuego. Cuando se introdujo la crianza del cordero en estas mismas regiones, los guanacos empezaron a desaparecer perseguidos, sin merced, por los colonos, convencidos que los corderos se contaminaban con la vecindad del guanaco. Por otra parte, el comercio de las pieles de los guanacos jóvenes (o chulengo) era muy lucrativo. Hacia la mitad de diciembre, los trabajadores de las estancias comenzaban a guanaquear a caballo y con boleadoras. Como distracción durante el invierno, cuando los guanacos cercados por la nieve y debilitados por la falta de alimentos, se reunían en inmensos rebaños, continuaban las masacres inútiles. La especie no resistió. En la actualidad ha desaparecido prácticamente de la Patagonia Austral. Sólo en los lugares más retirados y más difícilmente accesibles, los últimos rebaños encontraron refugio. Por ejemplo, en la Sierra de los Baguales y en los campos de lava situados entre el Cerro del Diablo y el monte Aymond. En todo el resto de la Patagonia no se encuentran sino muy a lejos algunos grupos dispersos. En Tierra del Fuego, por el contrario, la especie ha resistido más tiempo, preservada de sus perseguidores por los bosques de la precordillera y viviendo en paz en la gran isla Navarino. A principios de este siglo, cuando los alacalufes frecuentaban las costas orientales de los mares de Skyring y de Otway, los guanacos eran todavía numerosos en esos parajes. Los recuerdos de los más antiguos colonos de estas regiones lo atestiguan. En los conchales, probablemente, de algunos siglos de antigüedad, la abundancia de huesos de guanacos demuestra que los nómades marinos eran también cazadores terrestres. Los alacalufes actuales no tienen ningún recuerdo de lo que es el guanaco, pero designan al cordero bajo el nombre de "wesse", mientras los onas de la Tierra del Fuego emplean la palabra "weke" , para designar al guanaco.

En los conchales de Skyring, se encuentran, igualmente, osamentas de avestruces, aunque en poca abundancia. Los nómades marinos predecesores de los alacalufes o los alacalufes mismos, debían tener ciertas dificultades para cazar esta ave tan rápida y desconfiada. Por el contrario, al principio de la primavera austral, los huevos de avestruz debían suministrar a los indios una alimentación substancial. Cada nido contiene de 20 a 40 huevos de gran tamaño. La especie había resistido a los Tehuelches de la Pampa, pero los colonos actuales han disminuido considerablemente su número. Aunque la caza esté actualmente prohibida, el comercio de las plumas sigue siendo lícito. En las grandes estancias de la zona seca y desnuda de la Patagonia, en las cuales los cercos son vastos, los avestruces son aún relativamente numerosos. Pero han ido desapareciendo de las pequeñas y medianas explotaciones de crianza, pues no pueden resistir a sus perseguidores a caballo en los cercados más pequeños. El avestruz no puede ni atravesar las barreras de un salto, como el guanaco, ni pasar entre las alambradas de púa.

Entre las otras especies de animales propios de la Pampa, cuyos restos encontramos en los antiguos campamentos de los nómades marinos, hay que citar todavía al puma, al zorro y al cururo. El puma, o león de América, es un animal del Continente. Vive, de preferencia, en las regiones de bosques poco espesos de la Precordillera. Abunda en las regiones de crianza, pero no se lo encuentra sino excepcionalmente hacia el lado occidental de la Cordillera, en la Península de Muñoz Gamero y en la Bahía Magenta. Entre

las islas, sólo la isla Riesco está habitada por escasos pumas. Esta isla no está, por lo demás, separada del Continente sino por un canal muy estrecho, el Canal Guajardo, a menudo obstruido por los hielos. Se dice que son dos variedades distintas de pumas los que viven a ambos lados de la Cordillera.

El zorro rojo, o culpeu, es un carnívoro de tamaño más grande y más macizo que el zorro europeo. Debía de abundar en otros tiempos, a juzgar por el número de sus osamentas que se halla en los lugares arqueológicos, tanto de los nómades marinos como de los indios de las Pampas. El culpeu, igual que el puma, es perseguido a causa de los estragos que produce en los rebaños. Se lo encuentra raramente en los llanos de la Patagonia, pero es familiar a los indios de los Archipiélagos. Vive en las playas del lado Occidental, donde debe alimentarse de aves marinas, de huevos y, probablemente, de mariscos. Otra variedad de zorro, cuya presencia en la Patagonia se remonta al último postglaciar, puesto que se encuentran sus huellas en las primeras turberas fósiles, es el zorro gris, mucho más pequeño, más elegante y más fino que el culpeu. Parece muy improbable que el zorro gris viva en los Archipiélagos.

Un roedor del tamaño de una rata grande, el cururo, pululaba en toda la Patagonia y la Tierra del Fuego y servía de alimento a las poblaciones de esas comarcas. Este animal vive en galerías a flor de tierra y en ciertos lugares el suelo estaba literalmente minado por ellas. Existía aún una variedad insular de cururo bastante diferente a la de la pampa, que se encuentra en los niveles arqueológicos de Ponsonby, y que subsiste hasta nuestros días. Hace unos veinte años, el cururo de Riesco desapareció espontáneamente, sin que se conozcan las causas de su extinción. En otras partes de la Patagonia ha desaparecido, igualmente, de los campos de corderos, hecho que se atribuye con razón o sin ella al incesante pisoteo de estos animales.

Entre las aves que servían de alimento a los nómades marinos prehistóricos, el cisne de cuello negro y la avutarda gris, llamada caiquén, son propios de la Patagonia Oriental. Este último, exclusivamente herbívoro, es considerado como una de las plagas de los terrenos de crianza a los que ensucia con sus excrementos. Los cisnes viven siempre en grandes bandadas en las aguas marinas de Skyring, Otway y Última Esperanza.

No se pueden dejar en silencio especies de animales que se han extinguido en el transcurso de los tiempos postglaciares, un equino, el hippidium; un perezoso gigante, el mylodon, y un poderoso felino. Restos de estas tres especies han sido descubiertos en la región de Última Esperanza, en la célebre gruta donde fue encontrado, durante el verano de 1896, un importante pedazo de piel de mylodon, que conservaba todavía adheridos sus pelos y sus huesos dérmicos. Algunos años más tarde, se desenterraron otros fragmentos de esqueleto de este animal. En los más antiguos niveles arqueológicos del Skyring, se encuentran igualmente hippidium.

La fauna marina: los mariscos. Existe una desproporción evidente entre la fauna terrestre de los Archipiélagos y la que obtiene su subsistencia el mar. Esta última es mucho más abundante en especies y en individuos. Lo esencial del alimento de los alacalufes actuales, está constituido por la fauna marina y, en primer lugar, por los mariscos. Salvo en los escasos lugares en que no se dan las condiciones locales necesarias a su vida, probablemente, la salinidad y la naturaleza de los fondos, éstos se encuentran por doquier en los Archipiélagos. Las especies comestibles son poco numerosas, pero los individuos existen en cantidades inagotables. Aparentemente nada en estos mares fríos impide su multiplicación.

Tres especies de mytilus son comestibles. La más extendida es el mytilus edulis, vulgarmente llamado chorrillo o quilmawe, que se adapta a la mayor parte de los fondos,

tanto de las rocas como de las bahías fangosas. Es el huésped habitual de las boyas y de sus cadenas, de los cascos de los navíos naufragados. En tres o cuatro años los recubre enteramente con una capa espesa y continua. El chorrito vive desde el nivel de las altas mareas hasta tres o cuatro metros bajo ellas. Tiene unos siete centímetros de largo en promedio, se presenta exactamente como las almejas de las costas de Bretaña. Sus valvas son relativamente frágiles y tienen un color negro violáceo. El chorrito crudo tiene un sabor acre que pierde en parte una vez cocido.

Otro bivalvo actualmente muy abundante es la cholga. Está menos extendida que el chorrito y su hábitat de elección es la costa o el fondo rocoso, desde la línea de la baja marea hasta una profundidad aproximada de cuatro metros. Estos moluscos son, a menudo, de gran tamaño: ejemplares de 12 a 14 centímetros de largo son normales. Las aguas de la Patagonia occidental deben de ser, por lo menos, actualmente, favorables a su rápido desarrollo. Cuatro años después de su inmersión, las cadenas de las boyas están recubiertas de cholgas de 7 centímetros de largo, cuya concha color rubio y relativamente frágil, indica que el molusco no ha alcanzado todavía su pleno desarrollo. Las conchas de las cholgas adultas son de un negro violáceo, finalmente acanaladas, muy gruesas, a menudo incrustadas con otros moluscos adventicios o con algas. Su túnica, cuando viven en aguas poco profundas, agitada por las corrientes, está a menudo sembrada de una multitud de pequeñas perlas. En este caso, el tamaño de los moluscos es muy reducido, y son apenas comestibles. Pero cuando están sanos, y sus glándulas genitales están bien desarrolladas, tienen un sabor exquisito.

Sólo en algunos lugares de los Archipiélagos, en profundidades que pueden alcanzar los doce metros, vive un mytilus, cuyo largo llega a veces a los 20 centímetros. Su concha, muy resistente, es de un hermoso negro uniforme. Es el molusco de los Archipiélagos que tiene un gusto más fino. Muy solicitado, el choro es objeto de una pesca intensiva por parte de los buzos. Los bancos de las islas Guaitecas han sido despoblados. La pesca se extendió luego hacia los Archipiélagos del Oeste, donde prosperó durante algunos años. Actualmente, el choro se ha hecho escaso y esta pequeña industria no es ya lucrativa.

Los alacalufes encuentran en la costas de sus dominios cantidad de otros moluscos, y en gran abundancia: dos variedades de bucardes, una que vive en las arenas de las playas, y la otra, entre el nivel de las medias y las bajas mareas; lepadas y fisurelas, cuya carne coiácea, gomosa y un poco amarga, es apreciada por los alacalufes. La lepada o macha es el más antiguo representante de los moluscos marinos que se encuentran en los niveles arqueológicos milenarios. La fisurela o lapa no aparece sino esporádicamente en los niveles más nuevos. Se encuentran a veces a poca profundidad gasterópodos de gran tamaño, uno de los cuales, el concholepas patagonicus, vulgarmente llamado loco, es excesivamente escaso. El otro, frecuentemente lanzado a las playas después de la tempestad, es un molusco de 18 centímetros de largo y más aún, cuya concha de volutas muy estiradas es lisa y de color bayo: es el caracol de mar. Dos especies más de gasterópodos se encuentran en las mareas bajas sobre las rocas de las costas: el uno del género helix de color violeta con reflejos nacarados, es utilizado por los alacalufes para la confección de collares. El otro, del género murex, sirve de alimento cuando es de tamaño apreciable. Dos moluscos, cuyas conchas están formadas de elementos articulados viven sobre las rocas descubiertas por el mar: son los chaetopleura y el schizochiton, cuya carne de color naranja es muy apreciada. Otro molusco de aspecto muy curioso, una bellota gigante, muy abundante en la región de las Guaitecas, no se encuentra en los Archipiélagos sino en la costa sur de la isla Wellington y en el Archipiélago Madre de Dios. Vive en el interior de inmensos alvéolos calcáreos soldados a las rocas: su nombre vulgar es pico. Los

pecten u ostiones, semejantes a nuestras conchas de Saint-Jacques, son muy abundantes, pero viven a profundidades considerables. La broma es un molusco no comestible que cava sus galerías en el interior de las maderas flotantes y segrega una corteza tubular que sirve a los alacalufes para la confección de collares.

Los erizos son muy numerosos en los Archipiélagos y su pesca es fácil. La especie de los Archipiélagos no difiere de nada de la de Europa, salvo en que es de mayor tamaño y de sabor más delicado. La pesca ocasional de la centolla (*lithodes antarcticus*) suministra un complemento agradable al alimento de los indígenas. En ciertas épocas la centolla se encuentra a poca profundidad en los fiordos limpios y arenosos de ciertas bahías: es un crustáceo decápodo, de color violeta-rojo, de patas muy desarrolladas y armadas con púas que recubren igualmente el cuerpo. Con las patas estiradas, la centolla alcanza un largo de 75 centímetros. Su sabor es muy parecido al de la langosta. Desde el 15 de diciembre al 15 de enero, la pesca de la centolla se practica en las bahías del Estrecho y del mar Otway por cuenta de algunas pequeñas industrias de conservas de Punta Arenas.

No sabemos mucho sobre los peces del Archipiélago, y especialmente sobre las especies que viven a grandes profundidades. Prácticamente, no se conocen sino las especies costeras, aquellas que son pescadas en las bahías profundas, tales como el róbalo, el pejerrey. No se toman en cuenta la sardina, que vive en bancos compactos, ni las sierras, de gran tamaño. Esta especie es actualmente bastante escasa, pero no lo era en el pasado, pues en ciertos lugares geológicos sus restos forman capas compactas. Las sardinas, cuando el mar está tranquilo y hay sol, se reúnen en bancos apretados. A veces la marea baja deja grandes cantidades de ellas sobre las playas. Se ven, en ocasiones, evolucionar a algunos metros bajo la superficie de las aguas, en los canales profundos, formas imprecisas y flotantes que deben de ser rías de una envergadura de varios metros. Los mamíferos marinos. Ente las numerosas especies de mamíferos que viven en el mar, hay que citar, en primer lugar, a las ballenas, que se aventuran a menudo por los Archipiélagos persiguiendo bancos de un pequeño crustáceo. Sorprendidas a veces por una marea que decrece cuando están en la vecindad de una costa baja, o perseguidas por las orcas, encallan y no tardan en morir. En todas las bahías, en todas las costas se encuentran osamentas de ballenas increíblemente numerosas, casi todas, sino todas ellas, pertenecientes a la especie de ballenas con barbas.

Alimentadas por los mismos crustáceos que la ballena, de peces y, llegado el caso, de aves marinas, dos especies de pinípedos carnívoros encuentran en los Archipiélagos una tierra de elección: el Otario común, que tiene orejas externas, y la foca de piel fina, provista solamente de órganos internos de audición. La foca común es llamada también lobo de mar o lobo de un pelo⁸, haciendo alusión a su pelaje formado por pelos tiesos, cortos y apretados, sin pelusa lanosa, mientras que la foca de piel fina es el lobo fino o lobo de dos pelos. Fuera de la época de la parición, unos y otros viven aisladamente, o en pequeños grupos que se reúnen a lo lejos, en playas rocosas que abandonan cuando se los saca de su quietud. Las dos especies, que no viven jamás en común, tienen un modo de vida muy similar y caracteres físicos comunes; entre otros, una notable diferencia de tamaño entre el macho y la hembra, diferencia que puede ir de lo simple a lo doble (un macho puede tener un largo de dos metros cincuenta desde el hocico al nacimiento de la cola), así como la curiosa necesidad de cargarse el estómago con piedras redondas, cuyo destino no es muy claro, pero que deben, probablemente, servir de lastre.

La foca común era antiguamente cazada por su aceite. En nuestros días no se caza sino el popi o recién nacido del otario, caza más bien ocasional, puesto que su piel no tiene

⁸ Lobo de mar de sistema piloso simple en oposición a la foca de piel fina cuyo pelaje está formado por lana y pelusa sedosa.

gran valor. Pero desde hace ya tres cuartos de siglo, cada año se organizan expediciones de caza del popi de foca de piel fina. La especie disminuyó y los rebaños se retiraron a las islas inaccesibles frente al Pacífico. En el interior de los Archipiélagos no se encuentran sino pequeños grupos. En los otarios y en las focas de piel fina, el parto tiene lugar entre mediados de noviembre y mediados de enero. Las hembras se reúnen entonces sobre las "piedras loberas"⁹, bajo la dirección de machos, generalmente un macho por cada 10 ó 20 hembras. Inmediatamente después del parto las hembras son de nuevo fecundadas. Hacia mayo o junio, la tribu se reúne y dispersa: los jóvenes van entonces por primera vez al agua. No llegan a su edad adulta sino después de dos años.

Dos especies de pinípedos que vivían en el Sur de los Archipiélagos han desaparecido casi completamente: los elefantes y los leopardos de mar. Algunos escasos especímenes de los primeros pueden divisarse a veces en el Estrecho, más frecuentemente hacia las islas australes y, sobre todo, hacia las islas de Diego Ramirez. Son animales macizos que llegan a pesar 3 a 7 toneladas. Han sido y son aún, actualmente, cazados por su grasa. En cuanto a la especie de los leopardos de mar, cuyos dientes están armados con puntas agudas, deben todavía existir, pues se encuentran aún sus osamentas.

Existen en los Archipiélagos dos variedades de nutrias, el "gato de mar" y el "huillin": tal es, al menos, la distinción que hacen los cazadores de pieles. La especie disminuye a consecuencia de la caza intensiva de que es objeto. La nutria es un carnívoro del tamaño de un gato grande, que se alimenta de peces y de crustáceos. Nada con una notable soltura, pero puesta en tierra su marcha se torna difícil y torpe, a causa de la palmadura de sus patas. Su pelaje está formado de lanas largas e irregulares de tamaño, de un rojo amarillento y de una pelusa espesa y sedosa de color bayo oscuro. La camada de nutrias es de 5 a 6 pequeños.

Otro animal activamente cazado, aunque su piel no es de gran valor, es el coypu, roedor de gran tamaño, parecido a una rata, cuyas patas posteriores están ampliamente palmadas y cuya cola anillada está desprovisto de pelos. Las patas anteriores, bastante cortas, forman una verdadera mano, con la que se llevan el alimento al hocico, hierbas, raíces, brotes nuevos de árboles. Vive, de preferencia en la desembocadura de los ríos, en las espesuras impenetrables, que son su salvaguardia contra los cazadores y los perros. Cada camada de coypu es de 9 pequeños, y es posible que se reproduzca dos veces al año. El coypu se domestica fácilmente, si es capturado joven.

Las Aves. Las aves de los Archipiélagos están representadas por un cierto número de especies que juegan un papel importante en la vida de los alacalufes; en particular, los cormoranes, los pingüinos y los gansos marinos. Hay dos especies principales de cormoranes y cada una de ellas tiene variedades. Una, el phalacrocorax carunculatos o pato lile, tiene cuello y el pecho blancos y el resto del plumaje negro. La otra más pequeña y de vuelo menos rápido que la precedente, es enteramente negra. Se la llama cuervo de mar. Las dos especies tienen formas de vida muy parecidas. Los patos liles llegan muy de mañana en largas filas, volando a ras de agua, pescan solitarios durante todo el día, y en el crepúsculo vuelven a tomar la misma formación para un vuelo de varias decenas de kilómetros hacia los lugares de refugio, donde pasan la noche. Estos paraderos son siempre rocas o picos sobre el mar, en las asperezas de las cuales construyen sus nidos. Tales acantilados están a veces poblados con millares de individuos, tanto de patos liles como de cuervos de mar. Estos últimos pasan el día posados sobre los árboles secos o sobre las rocas cerca de la orilla, acechando los peces.

⁹ Término chilote para designar los arrecifes en que las focas se reúnen.

Las tribus más importantes de pingüinos se encuentran en las islas cerca del pacífico. En el interior de los Archipiélagos viven en pequeños grupos. El ave más curiosa, cuya área de dispersión corresponde a los bancos de choritos, en un ánade llamado pato a vapor o pato quetro o, según los relatos de Fitz Roy, steam duck (pato a vapor): como no puede volar, huye por sobre el agua, propulsándose con sus alas como con remos poderosos, dejando detrás una estela. Su velocidad de desplazamiento no es inferior a 10 millas por hora y puede mantenerla durante el tiempo necesario para escapar a sus perseguidores. Cuando está a punto de ser alcanzado, se sumerge y no reaparece sino para respirar un corto instante. El pato quetro o *micropterus patagonicus* es de color gris ceniciento, pesa, ordinariamente, de 6 a 10 kilos y a menudo más. Su fuerza es poco común y su pico poderoso le permite fracturar cómodamente las conchas de choritos de gran tamaño. La especie vecina (*m. cinereus*), un poco más pequeña, comúnmente designada con el nombre de pato volador, es, en todo punto, semejante a la precedente, pero puede volar, aunque sólo con un vuelo pasado y de poco alcance: es muy probable que éste simplemente constituida por los jóvenes de la especie precedente, que no han alcanzado aún su pleno desarrollo, es decir, en el curso del primer año de su existencia. El crecimiento del *micropterus* es, en efecto, muy rápido; tres meses después de su nacimiento ha logrado casi su tamaño normal.

El ganso ceniciento, tan abundante en las Pampas, no existe en los Archipiélagos, donde es reemplazado por una especie vecina, migratoria, de plumaje dominante rojizo: es el caiquén colorado, llamado a veces avutarda (*chloephaga poliocephala*). Las avutardas llegan a los Archipiélagos a principios de octubre. Anidan y viven en los estuarios de los ríos. Otra especie de gansos, no migratoria, vive constantemente en parejas sobre las rocas de la costa y se alimenta de algas y de pequeños crustáceos. El macho es de un blanco muy puro, mientras que la hembra, de tamaño ligeramente inferior, tiene un plumaje negro, manchado de rayas blancas.

El fil-fil (*oematopus*) es una de las aves más bella con su plumaje de un negro brillante, su pecho blanco, sus patas y su largo pico de un rojo berbellón. Su tamaño es el de una gaviota grande. Se lo encuentra en todas las playas de los Archipiélagos y en todas las costas de la Patagonia, siempre en bandadas bulliciosas. Dos variedades de somormujos, ambas conocidas con el mismo nombre de tagua, viven en las aguas marinas: la una, tagua fulica armillata, del tamaño de una polla de agua, y la otra, *colymbus chilensis*, mucho más pequeña. El colimbo (*podiceps*) se encuentra a menudo en las aguas marinas de la vertiente oriental de la cordillera. Es, especialmente, curioso por las danzas nupciales que las parejas ejecutan cada primavera. Dos especies de zancudas viven solitarias en las playas de los Archipiélagos: la una, la wanda o huairavo, de plumaje gris verdoso oscuro, cuyo grito nocturno es considerado como un signo de mal augurio por los chilotes y los indios; la otra, la garza gris, que es el ave real de los archipiélagos, del tamaño y del aspecto de la cigüeña.

En las bahías retiradas y tranquilas se ven siempre martín-pescadores posados en observación en las ramas secas suspendidas sobre el agua. Las especies y las variedades de gaviotas, petreles, gaviotas carniceras son muy numerosas, así como lo albatroses que viven de ordinario al borde del pacífico, pero se aventuran a veces en los canales. Todas estas especies anidan en las rocas desnudas de las islas próximas al océano. Las golondrinas de mar son migratorias; llegan hacia diciembre a los Archipiélagos y anidan en las islas bajas desprovistas de árboles, en las que construyen millares de nidos yuxtapuestos.

La vida de los bosques. Lo que sorprende, sobre todo en el bosque magallánico, es la ausencia de manifestaciones de vida animal. Sólo el hued-hued (*pteroptopus tarni*), se acomoda al espesor del bosque, al igual que un pájaro carpintero de plumaje negro y de cabeza de un rojo chillón, que taladra con gran ruido los troncos de los árboles secos. De tiempo en tiempo, en la linde del bosque compacto o sobre los árboles más diseminados, alguna rapaz de gran tamaño monta una guardia solitaria sobre una rama suspendida; así el carancho (*polyborus tharus*), el jote (*cathartes aura*) o el tiuque (*accipiter chilensis*). Entre las rapaces hay que citar también dos especies nocturnas, la una de gran tamaño (buho magallanicus) y una lechuza (*glaucidium nanum*).

La fauna más paradójica aparece durante los raros días de verano, en que brilla el sol. Una multitud de pequeños pájaros sale de no se sabe donde, probablemente de un estado de vida disminuida y se debaten al sol en los matorrales. Picaflores de un verde de oro viejo se inmovilizan con las alas vibrantes delante de las flores de fuchsia. Los rayaditos, barnizados de rojo, de amarillo y de negro; los tijerales de largas plumas de cola filiformes revolotean sin temor alrededor del visitante insólito. Los trogloditas, de plumaje azul pizarra, no se aventuran jamás fuera de las manchas de vegetación más compacta que los protegen; son los más miedosos, pero también los más bulliciosos pájaros de los archipiélagos.

Golondrinas en escaso número aparecen brevemente en verano. En verano, igualmente, el zorzal frecuente, sobre todo, las pendientes pantanosas en que encuentra gusanos. El piloto inspecciona sosegadamente lo que el mar puede dejarle como alimento al retirarse. Al principio del invierno llegan en bandadas bulliciosas los tordos, del tamaño y del color de un mirlo europeo. Cuando la nieve cubre el suelo, los cometocitos frecuentan las proximidades de las rucas indias. Tan sorprendentes como la presencia de los picaflores en los días de sol, son los vuelos compactos y bulliciosos de los papagayos.

Cuando se llega a algunos centenares de metros de altitud, en la zona forestal más diseminada, se percibe a veces, en el suelo o en la corteza de los arbustos, los signos del paso del huemul (*cervus chilensis*). En el musgo se imprime en relieve la red complicada de las pistas de varios pequeños roedores (*reithrodon* y *hesperomys*). Viven, igualmente, en ciertas playas bajas y desnudas. Es todo. No se encuentran al puma sino en el continente. Lo mismo, ocurre con el gato de las Pampas y el zorro. Todos estos carnívoros viven, en general, sobre las pendientes menos húmedas y menos boscosas.

Ninguna especie de reptil existe en los archipiélagos, y, entre los batracios, sólo numerosos sapos pequeños abundan en los charcos de agua dulce de los pantanos: Hacia los primeros días buenos, a principios de septiembre, depositan sus huevos gelatinosos, apetecidos por las aves de presa. Tábanos y mosquitos aparecen excepcionalmente durante los veranos secos. Algunos coleópteros invaden el suelo de las rucas. A los alacalufes no les gusta esta compañía y, cuando los insectos llegan a ser numerosos, los humanos cambian de campamento. Ciertos gusanos, del grosor de un dedo, que viven en el interior de los árboles secos, son altamente apreciados por los indígenas por su sabor azucarado. En fin, entre los animales comestibles, los piojos del cuerpo son tan abundantes como requeridos.



1. El puesto militar de Edén



2. Los árboles torcidos por el viento

Lámina II



3. El pantano dominio de Ayaye 4. Un glaciar desembocando en un canal.

3. Archipiélagos de las tempestades

Lluvias y vientos. Bien conocidas son las malas condiciones del tiempo en los Archipiélagos y en las regiones vecinas. Hace ya tiempo que se consolidó el renombre de las tempestades del Cabo de Hornos y del Pacífico Sur. El límite norte del mal tiempo permanente se sitúa en lo que los marinos llaman los roaring forties, los gruñidores cuarenta de latitud sur. Con mayor o menor intensidad, según las estaciones o los períodos mejores que pueden durar uno o dos años, el viento es dueño y señor de esta parte del Hemisferio Sur, en donde el Océano da la vuelta a la tierra, cortado solamente por la punta austral de América y por las avanzadas septentrionales del Continente Antártico.

La cordillera es una muralla que determina dos climas bien diferentes hacia las dos faldas Patagónicas de los Andes. En los Archipiélagos, el viento, a pesar de su poder, no puede modificar de una manera rápida y apreciable la base de granito, pero contorsiona, empobrece o impide la vegetación forestal, mientras que en la vertiente atlántica, deseca, erosiona y esteriliza con una rapidez inquietante el suelo de las pampas. En la Patagonia, tanto oriental como occidental, el viento de una rara violencia durante la mayor parte del año. Los Archipiélagos se ofrecen indefensos al asalto de los vientos dominantes del Oeste que toman impulso a lo largo de millares de millas de Océano sin que ningún obstáculo venga a quebrantar su fuerza. El viento es el soberano de estas soledades. Con todo su peso se descarga sobre el bosque, al cual aplasta, y sobre el mar que pulveriza, y que cava. Sin parar, durante día y, a veces semanas, el mundo de los Archipiélagos, anegados de lluvia, es maltratado sin respiro por la tempestad: los árboles se pliegan bajo el

irresistible empuje, el mar golpea violentamente las rocas y en medio de este desencadenamiento, pedazos de glaciares se derrumban con un ruido infernal.

La frecuencia del mal tiempo aumenta regularmente de Norte a Sur de los Archipiélagos, paralelamente, por lo demás, a un decrecimiento de las presiones medias entre el Golfo de Penas y el Estrecho de Magallanes. La violencia máxima de los vientos se da en el Archipiélago Adelaida, donde ráfagas de una fuerza superior a 8 soplan por término medio 80 días al año. Los vientos del Noroeste, en particular, se descargan con una violencia terrible y duran a veces una semana sin disminuir, levantando olas que en el mar abierto pueden alcanzar a la asombrosa altura de ocho metros, determinando un tiempo espesamente cerrado y una lluvia continua. Aun cuando se apacigüen, pasan numerosos días antes de que las olas de calmen.

Curiosa particularidad, el viento, al engolfarse en los canales, puede cambiar de dirección. Sucede aún que sopla en sentido opuesto a su dirección original. Pero cuando en sentido verdadero del viento concuerda con la orientación de los canales, su velocidad puede ser multiplicada dos o tres veces, según el efecto bien conocido de una masa de aire circulando entre dos líneas paralelas de tierras altas. A este efecto, se agrega otro más, conocido bajo el nombre de turbonadas o de williwaws, que se produce en las bahías y caletas bien encajonadas y aparentemente bien protegidas por montañas a pico. El viento que sopla en altura penetra y se abate con un ronquido sordo, convertido en un torbellino furioso y súbito. Bajo la fuerza del huracán el mar se cubre de olas cortas y molidas. En tales fondeaderos, la situación de un barco puede tornarse peligrosa.

Los datos ciertos, provienen de observaciones de larga duración sobre el régimen de los vientos en los Archipiélagos son escasos. Según las que fueron efectuadas por nosotros durante cerca de dos años en la costa Oeste de la isla Wellington, las depresiones parecen evolucionar de acuerdo a un ciclo bastante regular. Desde que una depresión se insinúa, un viento poderoso y húmedo sopla del Noreste, con muy fuertes ráfagas, que alcanzaban, en el puesto de observación, velocidades de 30 a 35 millas por hora¹⁰. En las zonas más abiertas al océano, las velocidades medias y extremas son superiores; en el Estrecho de Nelson, por ejemplo, se han registrado velocidades medias de 30 millas con extremas de 60. Hacia el final de la depresión, súbitamente el viento pasa al sector Oeste, disminuye la intensidad, la temperatura baja, se producen escampadas, cortadas por precipitaciones bruscas e intensas. Se producen calmas súbitas, seguidas de huracanes en torbellino, que parecen precipitarse del cielo. En algunos segundos el viento alcanza asombrosas velocidades. Son los períodos más peligrosos para las pequeñas embarcaciones. Es necesario prever estos espasmos de la atmósfera y refugiarse a tiempo en alguna brecha de la costa. Luego vienen calmas de más larga duración y más estables; progresivamente, el viento pasa al sector Sur, la temperatura baja todavía más y, mientras que la alta presión se establece de nuevo, durante uno o dos días sobreviene un tiempo maravilloso, un cielo despejado, un viento glacial débil o fuerte, pero siempre de una intensidad regular. Desde que se esboza un movimiento de depresión ario, el viento pasa al Noroeste y el ciclo vuelve a comenzar.

Los cazadores chilotes de los Archipiélagos dicen que el invierno dura todo el año, o aun que las cuatro estaciones del año desfilan en un sólo día - algo de cierto hay en estas expresiones, pero, si nos atenemos a observaciones menos subjetivas, existen sólo dos estaciones evidentes, el verano y el invierno, las únicas que están estadísticamente marcadas por cambios en las condiciones atmosféricas. Las estaciones de transición no existen en los Archipiélagos. Hacia septiembre comienza un pálido estío. El sol llega a

¹⁰ Se trata siempre aquí de millas marinas (1852 m.).

veces a atravesar la masa compacta de la nubes, pero aumenta la intensidad de los vientos y las lluvias caen diariamente en copiosos chaparrones. A medida que se acerca el invierno, las lluvias se hacen torrenciales, y es frecuente el granizo que oscurece la atmósfera. Al nivel del mar, los nevazones empiezan en mayo.

Las masas terrestres de la Patagonia occidental están ampliamente quebradas y divididas, abiertas a la influencia del Pacífico, que actúa como regulador de la temperatura, pero los vientos que de allí vienen traen sin interrupción enormes masas de vapor de agua. El clima térmico es, pues, para cada punto determinado, bastante uniforme a lo largo del año. La influencia reguladora del Océano se prolonga hasta muy adentro por el interior de los macizos montañosos a causa de la desmembración de la falda occidental de los Andes, pero las características del clima de la Patagonia occidental no corresponden en nada a las que reinan en las mismas latitudes en la meseta patagónica.

Durante el estío austral, los promedios diarios de las temperaturas comienzan a alcanzar 8° C. hacia mediados de noviembre, y hasta abril llegan raras veces a 10° C. Sin embargo, frecuentemente se producen descensos de temperatura. A partir de abril, los bajos promedios se establecen definitivamente. Los primeros días de hielo se presentan en mayo. Raras veces la temperatura media de los días de invierno es inferior a 0°, y -5°, es un hecho excepcional. Si nos atuviéramos a estos valores medios, la temperatura de los Archipiélagos sería perfectamente soportable, pero, lo mismo que el frío intenso, la sensación benéfica del calor es desconocida. El viento da la impresión de una temperatura mucho más baja que la que existe en realidad.

Los diagramas diarios indican que las temperaturas comprendidas entre 5° y 10° dominan todo el año y recubren un 65% de la duración total. En verano, estas temperaturas son, naturalmente, más frecuentes, pero, en el curso de nuestra estada, la temperatura de 15° no fue nunca superada ni siquiera en un punto, y el tiempo, durante el cual se mantuvo, no representa sino el 1% del verano legal. Las temperaturas comprendidas entre 10° y 15° representan más o menos un 40% de la duración del verano, un 5% solamente de la duración de la primavera y del otoño, y una tasa prácticamente nula en invierno.

En lo que concierne a las temperaturas invernales, el intervalo comprendido entre 0° y 5° cubre el 60% del tiempo, y aun durante una porción no despreciable del verano, imperan estas temperaturas relativamente bajas. Sin descender, sin embargo, por debajo de -5°, los períodos de hielo persistente representan el 18% de la duración del invierno. Entonces, una costra de hielo de escaso espesor recubre la superficie del mar cuando se producen raros períodos de calma prolongada, en las bahías abrigadas, en las cuales se derraman grandes cantidades de agua dulce.

En los Archipiélagos, la lluvia es un acontecimiento cotidiano, si se exceptúan unos 20 días anuales de insolación continua. Las montañas del cordón insular no forman sino una pantalla fragmentada y de muy poca altura contra los vientos húmedos del Pacífico. En cambio, los macizos montañosos de las grandes islas y del Continente les oponen una masa elevada y compacta, sobre la cual se condensan los sistemas de nubes. En tal situación, los Archipiélagos están sometidos a intensas precipitaciones y a una perpetua humedad de la atmósfera y del suelo.

Durante un período de 12 meses (abril 1946- abril 1947), la altura de lluvia registrada fue de 327 centímetros, correspondientes a 227 días de precipitaciones superiores a un

milímetro. Durante los seis meses siguientes, la altura de las precipitaciones alcanzaba la misma proporción, o sea, 156,5 cm. de lluvia, repartidos en 138 días. La primavera de 1947 fue excesivamente lluviosa. Sobre 92 días de observación, hubo, para 66 días de lluvia, 97 cm. de agua. El número de los días señalados como exentos de lluvia comprende, a la vez, los días sin precipitación y aquéllos durante los cuales la altura de agua caída fue inferior a un milímetro¹¹. Por fragmentarias que fueran, las observaciones practicadas en Puerto Edén sitúan al régimen de lluvias en un lugar no desfavorecido de los Archipiélagos y permiten suponer las repercusiones de este elemento del clima sobre la vida de los hombres.

Al nivel del mar, los nevazones abundantes son bastante raros y las capas de nieve en el suelo no persisten nunca largo tiempo. Pero la nieve cae con frecuencia durante todo el año sobre las cumbres, a partir de una altura relativamente baja, variable según las estaciones.

En los 49° de latitud, los nevazones son frecuentes en verano a una altura de 400 metros, pero la nieve no dura. En cambio, en primavera y otoño se producen a menudo nevazones a partir de una altura de 50 metros sobre el nivel del mar y el granizo son fenómenos frecuentes a fines de otoño, en el invierno y a comienzo de la primavera. Las cumbres, hacia el grado 49 de latitud, están constantemente nevadas a partir de una altura media de 850 metros.

El régimen de los vientos y las lluvias y la temperatura determinan los elementos secundarios del clima, tales como la humedad atmosférica, la nebulosidad y la visibilidad. La saturación de la atmósfera en vapor de agua es casi continua en un 40% a 50% de la duración total. Las tasas de humedad inferiores a 70% no cubren sino un 15% del tiempo.

En una región tan intensamente barrida por el viento, la bruma en la superficie del mar es excepcional y se manifiesta sólo durante los períodos tranquilos del invierno. 6 a 7 días de bruma en total se registran cada año. El banco de bruma compacta que se forma entonces sobre la superficie del mar tiene sólo un escaso espesor. Por encima de unos cincuenta metros, el cielo es de una pureza excepcional y la atmósfera es límpida.

En un período de 306 días de observaciones ininterrumpidas (abril a diciembre de 1946), contamos 16 días, durante los cuales el cielo estuvo completamente claro o con un ligero velo de cirrus; 38 días con la mitad del cielo despejado, 111 días de cierto cubierto con techo medio y 141 días de nebulosidad total y permanente con visibilidad reducida. El estado nuboso de la región representa tal constancia que observaciones ulteriores, discontinuas o menos sistemáticas, dieron resultados idénticos.

Las mareas en los Archipiélagos se producen bajo una forma compleja, debida en parte a las condiciones fotográficas y en parte a las circunstancias atmosféricas. Los canales, cuya anchura, profundidad y dirección son excesivamente variables, forman una red complicada por la cual penetran el flujo y el reflujó del Océano. Según los lugares, el movimiento de las aguas se retarda, se producen fuertes corrientes en los pasos estrechos y son frecuentes las anomalías de las mareas. Pero según los sectores de donde sopla,

¹¹ Las precipitaciones nocturnas no son las más frecuentes, pero son las más abundantes.

hasta producir a veces una mayor amplitud de mareas. La presión atmosférica es otro factor importante que entra en juego en el régimen de las mareas. La presión media es siempre relativamente baja y corresponde, en consecuencia, a una mayor elevación de las aguas.

El paisaje y el hombre de los Archipiélagos. Podemos preguntarnos que clase de relación se ha establecido entre el destino de los indios alacalufes, trátase de su pasado lejano o del estado presente de extinción en que se encuentran, y el mundo que habitan, a la vez de prodigio y de su pesadilla. es difícil negar la influencia de un marco tan inhumano, tan desequilibrado como el de los Archipiélagos; de recursos vitales, tan limitados en cantidad, por lo menos extraordinariamente poco variados y casi idénticos de un extremo a otro del territorio. A lo largo de 12º de latitud, siempre los mismos paisajes barridos por las mismas tormentas, con el mismo corte, la misma espesura de bosque, las turberas gelatinosas y la coraza de hielo cuyas avalanchas gruñen siniestras en el fondo de los fiordos. En ninguna parte, el refugio de un cambio, por mínimo que sea . . .

Las oscilaciones climáticas del postglaciar de la América austral han debido ser muy amortiguadas en los Archipiélagos, a causa de su posición. Hemos visto que es posible que éstos se hayan liberado de sus hielos más recientemente que en el lado oriental. Por fin, se puede admitir que los hombres de los Archipiélagos, en el curso de su corta historia, se han hallado continuamente en lucha con condiciones casi idénticas a las que actualmente observamos.

No se han dilucidado todavía los misterios de la llegada de poblaciones humanas a este rincón de tierra. No se sabe qué grado técnico habían conseguido cuando arribaron al ambiente de esta extravagante geografía.

Probablemente, ese grado era superior al de los fueguinos que encontraron los blancos. No es imposible que el marco natural modelara y, finalmente, hiciera degenerar a esa cultura.

Parece ilusorio querer analizar las fuerzas que emanan de los diversos mundos en que viven los hombres y que influyen sobre su destino. Sin embargo, tales influencias existen y sin duda han debido pesar en el destino de los indios de los Archipiélagos. Aunque no haya en esta materia sino suposiciones e interrogaciones, no es menos cierto que los unos son la imagen de los otros y que estas soledades atormentadas eran desde antes de la llegada de los hombres la imagen y la prefiguración de la vida en sordina de aquellos que iban a ser hasta su extinción los retardados nómades del mar.

Sin querer explorar impresiones personales y aplicar los mismos sentimientos a todas las generaciones de alacalufes que se sucedieron en los Archipiélagos, debemos referirnos a la impresión enorme y debilitante que puede producir esta sujeción de la actividad física y, hasta cierto punto, de la actividad mental, al tiempo, sobre todo a su componente más insoportable, el viento. El viento, que suprime la libertad de ir y venir; que encierra, por semanas algunas veces, en una interminable espera en alguna caleta de la cual es imposible escaparse. Esta sujeción de todo el ser al tiempo que hace o que va hacer es una de las más duras pruebas de la vida de los Archipiélagos. Es posible que las resonancias de tal hecho sean un poco diferentes en el alma de los alacalufes, pero alguna resonancia hay, pues mal tiempo para ellos significa enclaustramiento más que hambruna.

Pero el tiempo no es el único elemento que influye sobre la vida. En todas partes reina una impresión de misterio, de poder desmesurado de las fuerzas naturales. Fuera de los rincones de la costa que dan asilo o permiten acampar, fuera del mar, sólo se encuentran los misteriosos y anchos valles brumosos que se pierden hasta los glaciares de la Cordillera; los pantanos en que uno se hunde, las cimas inaccesibles. Todo en los Archipiélagos delata demasiada grandeza y misterio, una desproporción demasiado aplastante, para no provocar un eco en estos seres desheredados que no tienen otro recurso

y protección que la tienda de pieles y la canoa de troncos. El hombre no supera fácilmente el efecto de desolación de este mundo en el cual se ha caído. Siempre quedará algo de él en sus manos y en su alma.

Costas indefinidas de granito con su cinturón de bosques podridos, rocas desnudas que se congregan hasta el infinito, todas cortadas de cuentas, pantanos, hendiduras por donde corren las aguas, vastas lagunas totalmente desiertas, tal es la "tierra" desordenada, de una grandeza lúgubre y solitaria, de una eterna desolación, sobre la cual sobreviven los últimos alacalufes.

Capítulo Tercero

Las antiguas poblaciones de los archipiélagos

1. Las áreas del nomadismo

Los indios nómades del Extremo Sur. Se acostumbra aplicar el término no impreciso fueguinos a las diversas poblaciones de indios nómades, cazadores, pescadores, que ocupaban la isla grande de la Tierra del fuego y la franja insular que se extiende desde la isla de Chilóe al Cabo de Hornos. Los antiguos navegantes llamaron a menudo fueguino aun a los patagones o, mejor dicho, a los tehuelches, que hallaban en las costas del Sur del Atlántico. El término fueguino que, en su origen, designaba a los habitantes de la Tierra del Fuego, adquirió así poco a poco un sentido mucho más general y, por lo mismo, más vago. No corresponde, por lo demás, a ninguna realidad étnica precisa, pues los antiguos habitantes de la Tierra del Fuego incluían representantes de dos grandes grupos humanos que constituían la población indígena del extremo sur americano. Es preferible, entonces, dejar a este antiguo hombre su valor histórico, rico en recuerdos y en detalles pintorescos, y evitar utilizarlo para estudios etnológicos.

Los datos recientes, por lo demás bastante dispersos, permiten, en efecto, distinguir entre los indios del extremo sur dos grandes grupos etnológica y antropológicamente distintos: los indios de la Pampa y los indios de las costas y de las Archipiélagos. A estos últimos se aplicó con más frecuencia en nombre de fueguinos. Los tehuelches, los antiguos patagones, habitaban la meseta patagónica austral, es decir, la región que se extiende entre el Estrecho de Magallanes, la costa atlántica y la precordillera. Eran de alta estatura y su actividad principal era la caza del guanaco y del avestruz americano, el ñandú. Ignoraban el uso de la canoa. sus pariente cercanos de la Tierra del Fuego, los Onas, tenían un género de vida más o menos semejante. En contacto hacia el sur con los indios de la Pampa, los nómades insulares poblaban toda la falda occidental de los Andes, desde el archipiélago de Chilóe hasta el Cabo de Hornos. Vivían esencialmente de la caza de focas y de la pesca de mariscos. Se dividían en varios subgrupos, bastante parecidos antropológicamente, y de una organización material y social más o menos idéntica. Esos subgrupos eran, de norte a sur, los chonos, hoy desaparecidos; los alacalufes, que son el tema central de este estudio, y, en la región del canal Beagle, los yaganes.

Los indios de la Pampa. Los tehuelches y los Onas han desaparecido casi completamente. Excavaciones recientes -las de Bird y las nuestras¹² -, han mostrado que la extremidad

¹² JANIUS BIRD: "Reports of results Expedition in Southern Patagonia". Natural History, vol. 41, 1938, pp. 16 - 28 y 77 - 79.

meridional de la Pampa estuvo poblada desde el comienzo de los tiempos postglaciales, hace más o menos unos diez mil años. Lo que conocemos de los hábitos de los tehuelches, según los relatos históricos, muestra que los territorios del Sur constituían terrenos de caza estival y que el centro de la población se hallaba más al norte.

El caballo, que fue traído a América por los conquistadores, fue conocido por los Patagones desde el siglo XVII, y les permitió realizar giras considerables, desde la región de la Plata hasta la orilla norte del Estrecho de Magallanes. Según los relatos de Faulkner, misionero del siglo XVIII, y de algunos viajeros que en el siglo pasado compartieron la vida de estas tribus¹³, parece que los Tehuelches, los más meridionales entre los indios nómades de la inmensa Pampa argentina, no fueron nunca tan numerosos: unos pocos miles de individuos a lo más en todo el territorio que se extiende desde el Río Negro hasta el estrecho de Magallanes. El conjunto de los indios de la Pampa formaban tribus belicosas cuyas alianzas se establecían y deshacían al tenor de las circunstancias. es probable que los territorios de guerra fueran mucho más extensos que los territorios de caza.

Los relatos mencionan varias veces a tribus más australes con las cuales los Tehuelches estaban en malos términos. Es probable que se trate de los indios nómades de los archipiélagos que se aventuraban a la parte oriental del estrecho, pues, si los Tehuelches y los Onas desconocieron el uso de la canoa, no podían, en consecuencia, atravesarlo.

Poco a poco, como ocurrió, por lo demás, en todas partes en la América del Sur, las poblaciones indias retrocedieron o desaparecieron ante la invasión de los blancos. hacia 1880, se contaba aún un centenar de tehuelches que practicaban el nomadismo restringido en la parte chilena de la Patagonia. A comienzos del siglo, para evitar los choques con los estancieros recién instalados, y el robo de las ovejas que para estos nómades cazadores eran una pieza de caza igual a cualquiera otra, se otorgó a los Tehuelches una concesión de 10.000 hectáreas en la cual pudieran vivir libremente bajo la autoridad de su último cacique, Mulato, según cuenta la tradición oral de Punta Arenas. Poco a poco, sin embargo, su grupo se desparramó y desapareció. De él no quedan en la Patagonia chilena sino algunos individuos aislados que trabajan como peones y como pastores en las estancias. En el sector argentino, los Tehuelches han subsistido más largo tiempo. Quedan todavía unos 400, mestizos en su mayoría, que viven en una reserva de la provincia de Chubut. Están casi totalmente asimilados, y su lengua, que todavía hablan, es el único vestigio viviente de su antigua civilización. Desgraciadamente es poco conocida¹⁴.

Los Onas tenían un género de vida bastante semejante al de los Tehuelches, pero, limitados a las estepas atlánticas de la Tierra del Fuego, practicaban el nomadismo en menor escala. No se sabe prácticamente nada de la prehistoria de los Onas, ni siquiera de su pasado más reciente. Antropológicamente, sin duda se emparentan con los indios grandes de la Pampa. Su llegada a la Tierra del Fuego sigue siendo un problema. No es imposible que en otros tiempos conocieran, o que hayan sido transportados, tal vez en varias ocasiones, por los nómades de los archipiélagos, con los cuales los nómades de la Pampa podían estar en relaciones de hostilidad o de comercio. Hay, sin embargo, otras hipótesis: el Estrecho de Magallanes es el vestigio de un rosario de antiguos lagos glaciales cuya comunicación con el mar es acaso bastante reciente, del orden de algunos miles de años. Los antiguos pueblos de la Pampa han podido frecuentar los llanos pantanosos que bordeaban esos lagos en aquellos tiempos remotos y un grupo pudo hallarse aislado en la isla grande en el momento de la ruptura, fuese ésta progresiva o catastrófica. Los Onas de

¹³ Ver en particular T. COAN *Adventures in Patagonia*, NEW YORK, 1880, y G. C. MUSTERS, *At home with the Pagonians*, LONDRES, 18...

¹⁴ IMBELLONI: *Los Patagones*. Runa. Vol. II, 1949, pp. 5 - 58.

la Tierra del Fuego han tenido numerosos contactos con los Yaganes, los más meridionales entre los nómades de los Archipiélagos, según constan varias ocasiones en los textos.

Los Onas expulsados y masacrados por los primeros colonos de la Tierra del Fuego, están prácticamente extinguidos. En territorio chileno, se conocen aún algunos individuos de descendencia ona, pero casi todos son mestizos. Trabajaban en la estancia y están completamente asimilados. En Argentina un pequeño grupo subsistente en la región de Río Grande, todos ellos, igualmente, muy mezclados.

Chiloé y los chilotes. En la franja insular que, desde Chiloé al Cabo de Hornos, se extiende a través de 12º de latitud, no existe ningún centro de población blanca estable. Los únicos establecimientos de la zona austral son Punta Arenas (36.000 habitantes), situada en el Estrecho de Magallanes, y Puerto Natales (8.000 habitantes), situada en el Seno de Última Esperanza, en el límite de la meseta patagónica y de los Archipiélagos del Oeste, a 350 kms. de la anterior por vía terrestre. En el extremo Norte de la zona de los Archipiélagos, la isla grande y los archipiélagos de Chiloé están hoy habitados por una población blanca poco numerosa y por los descendientes, más o menos mestizos, de la población indígena prehispánica. Por más de dos siglos (1567-1826), Chiloé fue el bastión más meridional del Virreinato del Perú, y la ocupación española modificó notablemente la composición étnica de la provincia. Sin embargo, la población indígena conservó la mayor parte de sus caracteres antropológicos, los cuales, según parecen, están muy cerca, si es que no son idénticos, a los de los Alacalufes¹⁵.

La población de la provincia de Chiloé, ha consecuencia de la explotación de los recursos naturales, pesca e industrias forestales, se difunde actualmente hacia el sur, hacia las islas Guaitecas. Más al sur, el archipiélago de los Chonos está aún desierto, desde que la antigua población indígena que lo habitaba se extinguió.

Según una costumbre que tiene ya por lo menos medio siglo, cierto número de chilotes abandona cada año sus islas y adopta una existencia nómade de los archipiélagos de la Patagonia occidental, desde el Golfo de Penas al Cabo de Hornos. Su ocupación principal es la caza de animales de piel fina. Otras veces son cortadores de árboles, pescadores de moluscos y crustáceos y, en este caso, trabajan por cuenta de pequeñas empresas de Punta Arenas o de Puerto Natales. Terminan a menudo por radicarse en uno u otro de estos dos centros urbanos de la provincia de Magallanes, donde se dedican a profesiones más lucrativas.

En sus excursiones en chalupa a través de los archipiélagos, se mezclan con las poblaciones alacalufes y yaganas. En efecto, su presencia en los canales responde más a un espíritu de aventura y de independencia y una imposibilidad de adaptación a una vida más regular que a la necesidad de hallar un trabajo más remunerador que en Chiloé. Viven prácticamente al margen de todo control administrativo y ejercen sobre los últimos indios nómades la más nefasta influencia, pues se llevan como marineros a los hijos, se roban las mujeres, propagan el gusto desenfrenado por el alcohol y contribuyen a la propagación de las enfermedades venéreas.

Los chonos. Entre el Golfo de Penas y de islas meridionales de I archipiélago de Chiloé vivieron hasta fines del siglo XVIII los indios Chonos. La mayoría de ellos eran nómades, pero su género de vida era poco más evolucionado que el de los alacalufes. Su ambiente geográfico y sus recursos naturales eran sensiblemente idénticos. Nuestros conocimientos

¹⁵ LIPSCHUTZ, MOSTINY, etc. Am. J. Phys. Anthrop. V. 5. n. s. Nº 3, sept. 1947, pp. 295 - 322.

sobre las relaciones entre los dos grupos, chonos y alacalufes, y sobre la extensión territorial en cada uno de ellos, son reducidos e imprecisos. Desde hace por lo menos siglo y medio, los chonos desaparecieron completamente, por alguna razón desconocida. Verosímilmente se retiraron más al norte y se fundieron con la población chilota. Cuando Darwin visitó, en 1835, las islas Chonos, hacía ya mucho tiempo que no vivía allí ningún indio. No halló otro ser humano que cinco marinos que habían desertado un ballenero norteamericano y que desde hacía 15 meses vagaban por sus costas desoladas, sin víveres, sin ropa y sin instrumentos para construir una embarcación y reemplazar la que se les había destruido cuando llegaron a tierra.

Según sus propios testimonios actuales, los alacalufes pasaban frecuentemente, hasta hace no mucho, la región costera del Golfo de Penas, por lo menos hasta la bahía de San Quintín, pero es difícil hacerles precisar hasta dónde llegaban hacia el norte. ¿Cuáles fueron en otro tiempo sus relaciones con los chonos? No poseemos, en este respecto, sino los relatos de los misioneros jesuitas de los siglos XVII y XVIII que visitaron los dos dominios, relatos extremadamente sucintos, pero, sin embargo más autorizados que los navegantes que frecuentaban esas regiones.

Los documentos más antiguos y más explícitos se remontan a 1611, cuando el centro de evangelización de Chiloé extendió su acción a las islas del sur. Desde 1608, los jesuitas del Paraguay habían fundado la misión de Chiloé y de las islas adyacentes. En 1611 y 1613, los padres Venegas y Ferrufino, y después el padre Mateo Esteban, emprendieron dos largos viajes a través de las islas Chonos. La mayor parte de los documentos relativos a estas expediciones, y uno de ellos sería inestimable desde el punto de vista lingüístico, desgraciadamente a desaparecido. Los misioneros mencionan a los huiles - es decir, gentes que vivían al sur del Golfo-, que serían los alacalufes, de quienes los chonos solían apoderarse para utilizarlos como esclavos y venderlos a los españoles. Este no puede ser sino un hecho posterior al establecimiento de los españoles en Chiloé en 1567.

La relación del Padre García Martí, que en 1766 hizo un viaje al sur del Golfo de Penas, señala que los indios chonos y los del sur estuvieron varias semanas juntos banqueteándose alrededor de una ballena varada, después de lo cual se aprovechó la reunión para arreglar algún antiguo diferendo entre los dos grupos, lo que arrojó un saldo de 11 muertos.

Algunos años más tarde, los padres Benito Martín y Julian Real organizaron también una expedición al sur del Golfo de Penas, para ganar a los indios gentiles a la Misión de Chiloé. Los intérpretes chonos que los acompañaron conocían la lengua de los Alacalufes.

Estos escasos documentos nos revelan la existencia de contactos ,más o menos esporádicos e intercambios más o menos amistosos que podían producirse entre los alacalufes y los chonos. Los otros textos antiguos no nos dicen más. Por desconocimiento de los vestigios arqueológicos de los archipiélagos al Norte del Golfo de Penas, por el momento es imposible obtener datos más precisos sobre la extensión de los antiguos ambientes chonos. Por lo menos durante un tiempo, el límite de los dominios, alacalufe y chono, seguirá siendo confuso.

No parece que los alacalufes hayan obtenido, por medio de esos contactos, mejoramientos en su cultura material y en su género de vida. Los dos grupos eran nómades marinos y es posible que sus territorios de caza hayan sido comunes por lo menos hasta el Norte de la península de Taitao. En cuanto a la cuestión del paso del Golfo de Penas, que

podría parecer un obstáculo infranqueable para canoas de cortezas o de tablas cosidas, no es necesario plantearla. El borde oriental del Golfo de Penas no es más difícil de atravesar que muchas otras regiones de los archipiélagos. Los refugios naturales son allí muy numerosos y es fácil llegar al istmo de Ofqui, atravesarlo cargando las embarcaciones por una milla y encontrarse en el territorio que se atribuye a los chonos. Esta travesía la han hecho muchas veces algunos alacalufes actualmente vivos. Sea como fuere, la zona de expansión de los alacalufes hacia el Norte sigue siendo imprecisa.

Los yaganes. El otro extremo de dominio de los alacalufes, al Sur del Estrecho de Magallanes, es decir, la región del Canal Beagle, de Navarino y de las islas adyacentes, hasta hace un siglo estaba poblado por grupos de yaganes nómadas. Su civilización era la de los nómades del mar, cazadores y pescadores, ligeramente modificada por la presencia de numerosos rebaños de guanacos en Tierra del Fuego y en Navarino, y por sus contactos con los Onas. Los testimonios históricos y los vestigios arqueológicos abundantes, atestiguan una evolución técnica más avanzada que la de los otros nómades de los archipiélagos.

El pasado próximo de los yaganes es, por lo demás mejor conocido que el de los alacalufes. En 1850, fue fundada una misión anglicana en la bahía Banner, en la isla Picton, por Allen Gardiner, con el fin de evangelizar y civilizar a los yaganes. Después de años de trágicas peripecias, la misión logró prosperar, bajo la dirección del pastor inglés Thomas Bridges, reinstalado en Ushuaia. Allí estableció un centro de atracción para los pocos cintos de yaganes que vagaban por la zona. Se fundó una escuela en la que los padres dejaban a sus hijos por largos períodos. También funcionaba un hospital. En 1885, se declaró una epidemia de rubeola en Ushuaia. La enfermedad, completamente desconocida en los archipiélagos, adquirió una forma fulminante. Más de la mitad de los 949 registrados por la Misión desaparecieron. Esta catástrofe señala el comienzo de la extinción rápida del grupo yagán que no cuenta hoy sino con 27 representantes, que viven en una reserva que les ha concedido el gobierno chileno, en Mejillones, en la costa norte de la isla de Navarino. Han abandonado completamente la vida nómada y, bajo la dirección de su jefe José Milicic, que habla en español muy correcto y que ha viajado a las Islas Falkland, viven del producto de unas cuantas vacas, algunas ovejas y caballos. Desde 1840 hasta nuestros días, la historia de los yaganes bastante conocida, por los relatos de los misioneros y por los trabajos de Gusinde y Koppers¹⁶.

Los alacalufes. Entre los grupos humanos del extremo sur, los alacalufes son los que ocupan los territorios más extensos, cuyos límites nos son conocidos a la vez por la repartición de los vestigios arqueológicos, los documentos históricos y los relatos de caza o de viaje de los últimos sobrevivientes. Según la opinión más comúnmente admitida, su área de población se extendía solamente en los archipiélagos de la Patagonia Occidental, es decir, desde el Golfo de Penas hasta el Estrecho. En realidad, los límites de su territorio son menos precisos. Su vida de nómades marinos, su cultura material extremadamente precaria, su estructura social se presta a desplazamientos considerables. Sus giras no se detienen sino cuando chocan con condiciones geográficas diferentes, en las que no encuentran ya sus elementos habituales de subsistencia, o en la cercanía de grupos más dispuestos u hostiles. Sólo el ambiente marino les resulta acogedor. Las inmensas extensiones desnudas de la Pampa que encuentran al término de sus viajes hacia el Este los inquietan y rechazan. Sus relaciones con los pueblos de esas regiones, onas y

¹⁶ GUSINDE, Op. cit.

tehuelches, se limitaban en otro tiempo a trueques o batallas.

Cuando se delimita el área de extensión de los alacalufes, a menudo se olvida tomar en cuenta a los conjuntos marinos que se internan profundamente en el Continente al norte del Estrecho de Magallanes, en la vertiente oriental de la Cordillera. En la vasta región de los golfos de Última Esperanza, por una parte, y de los mares de Skyring y de Otway, por otra, así como en todas las ramificaciones de sus fiordos estrechos y canales, las condiciones geográficas cambian al pasar del mundo marino al mundo de la Pampa. En una ancha banda costera, la estructura montañosa de los archipiélagos cede su lugar a espacios más desprendidos que anuncian la meseta patagónica. Esas dos regiones serán igualmente frecuentadas por nómades marinos, así como lo atestiguan los vestigios arqueológicos.

El acceso al conjunto geográfico de Última Esperanza se obtiene, sea por el lado de los archipiélagos, por el estrecho paso de Kirke, sea al sur del seno Obstrucción, por un istmo estrecho, poco elevado y fácilmente atravesable cargando los botes por una senda jalonada de lagos que da al mar de Skyring. Sólo desde hace poco los sitios de campamento de Última Esperanza dejaron de ser frecuentados por los alacalufes. En torno a los recientes frigoríficos, situados en el centro de una región ganadera, surgió la villa de Puerto Natales, que fue un centro de atracción para algunos alacalufes. Los chilotes constituyen parte importante de la población obrera y dan a la ciudad un aspecto menos cuidado que el de Punta Arenas. Mujeres alacalufes se han casado con chilotes o algunas veces con blancos que ejercen profesiones ambulantes. Se puede decir que, desde la colonización de Última Esperanza, los alacalufes no han hecho ya viajes por esta región sino cuando eran traídos por chilotes. En sus migraciones tradicionales hacia el sur, ya no van más allá del paso Kirke.

Al sur del Golfo Obstrucción, se halla el istmo mencionado más arriba, el camino de los indios, que da acceso al mar de Skyring. Por su lado oriental, el mar de Skyring, cuyas numerosas islas muestran huellas de ocupación alacalufe, es en una gran extensión vecino de la meseta patagónica, y se puede comunicar directamente, por una serie de llanos escalonados, con las soledades de la pampa austral, sin tener que atravesar bosques ni regiones montañosas. Actualmente los alacalufes han desaparecido del Skyring a causa de la crianza de ganado. Se ignora casi todo lo que respecta a la naturaleza de las relaciones que han podido tener en otro tiempo con los tehuelches en esta región. Fitz Roy menciona solamente que en 1830 los alacalufes practicaban allí trueques con los tehuelches: piritas de hierro a cambio de instrumentos de piedra y pieles de guanaco. En realidad, nada se sabe acerca de la frecuencia de tales contactos, sus repercusiones culturales entre dos civilizaciones muy diferentes ni acerca de la posibilidad de ciertos cruzamientos.

Dos estrechos abren comunicación con el mar de Skyring: uno, el canal Gajardo, con el Estrecho de Magallanes; el otro, el canal Fitz Roy, con el inmenso Golfo de Otway, cuya orilla oriental podía ser frecuentada por los tehuelches. El sistema complicado de Otway no tiene más que una salida marina hacia el estrecho, el canal Jerónimo, donde se encuentran muy numerosas huellas de campamentos alacalufes. Estos disponían, igualmente, de un sendero a través del bosque y podían cortar así la península de Brunswick y llegar por tierra, a la altura del Puerto de Hambre, al Estrecho.

Desde el siglo XVI, los diarios de a bordo mencionaban los encuentros frecuentes de anoas de indios y de cabañas habitadas en los dos costados del Estrecho. Estos documentos no prueban por sí solos que esta región haya sido más poblada que las otras, pues hasta el siglo XIX fue la única regularmente visitada por los blancos. Pero la

abundancia de vestigios muestra que un gran número de bahías de la costa norte del Estrecho, especialmente, estaban habitadas y lo estuvieron de una manera más o menos continua hasta una época contemporánea. En sus conversaciones, los alacalufes mencionan sus estadas en la bahía Fortescue, en la bahía aguila, pero no más allá en dirección a Punta Arenas. Probablemente, desde la fundación de Punta Arenas (1842), los alacalufes cesaron de frecuentar esa parte del Estrecho, pero en otro tiempo su dominio se extendía mucho más al Este. La costa montañosa y boscosa se detiene en Cabo Negro, que marca aproximadamente el límite de su territorio por el lado oriental. No es imposible, sin embargo, que éste se haya extendido hasta la bahía San Gregorio, que está enteramente rodeada de conchales importantes. En esta parte de la costa, ciertamente mantuvieron contactos más o menos pacíficos con los tehuelches. Un relato de viaje del siglo XIX¹⁷ menciona la presencia de un alacalufe en un grupo de tehuelches a caballo.

La costa sur del estrecho, extremadamente despedazada, no ha sido explorada desde el punto de vista arqueológico. Sólo las relaciones de viaje hacen mención de campamentos, verosímilmente alacalufes, en las numerosas bahías de las islas Desolación y Santa Inés. Los viajes de los alacalufes se prolongaban a las costas de la isla Dawson y del golfo de Almirantazgo, a los canales Gabriel, Bárbara, Magdalena, como lo revelan las huellas de campamentos y los recuerdos de algunos indios actuales. Los alacalufes podían estar en contacto con los onas en las cercanías de la Bahía Inútil, pero no se sabe si estas relaciones fueron pacíficas o belicosas. No obstante, algunos onas actualmente vivos descienden de madre alacalufe.

Lámina III



Lámina IV

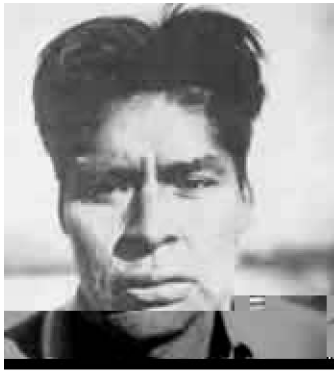


7. Yuras, 55 años († 1959)



8. Terckstat, 27 años, caso de senilidad precoz († 1947)

¹⁷ COAN, Op. cit.



9. Kankstay, 30 años



10. Kyewaycaloes, 45 años

En cuanto a la franja insular meridional, parece haber sido a la vez dominio de los alacalufes y de los yaganes, si damos fe al testimonio de varios de ellos que afirman haber estado en relación con "los indios del sur". Por lo demás, es difícil distinguir las huellas de los unos de las huellas de los otros en los vestigios arqueológicos acumulados en las islas del extremo sur y determinar los límites de sus áreas respectivas, si es que fueron diferentes en una época remota. Si bien es posible establecer una distinción lingüística entre los dos grupos, sus características antropológicas, las formas de su vida material y social son idénticas, salvo en detalles. Se puede legítimamente pensar que unos y otros han tenido en esta región del extremo sur contactos más numerosos y estrechos de lo que generalmente se cree.

Los territorios precedentemente descritos no están ya habitados por los alacalufes que, muy escasos en la actualidad, no frecuentan ya casi sino la zona central de los archipiélagos occidentales. El laberinto insular que se extiende en una estrecha faja entre la Cordillera austral y el Pacífico ha constituido el último dominio de los alacalufes. Acaso en este vasto territorio, severamente aislado de todo contacto humano, llegaron los alacalufes por fin a diferenciarse de sus parientes cercanos del norte y del sur, los chonos y los yaganes.

Prácticamente, en estos archipiélagos centrales, a causa de su escaso número, todos los sitios habitables han sido habitados, pero la abundancia de los sitios no es necesariamente el signo de una población numerosa cuando se trata de nómades. Los puntos habitables están limitados, por una parte, a algunas estrechas playas que sirven de refugio a ocasionales campamentos y, por otra parte, a playas más abiertas que han sido habitadas de una manera continua por una población siempre cambiante. Los sitios temporales son muy numerosos, pero esta abundancia de lugares de campamento no corresponde sino a los incesantes desplazamientos de la población: los conchales que allí se encuentran son generalmente poco importantes. Aun en las playas que bordean a las bahías privilegiadas, no se hallan conchales muy espesos, como en Navarino, sino una multitud de montones vecinos unos a otros. Tal desparramamiento no permite sino estimaciones vagas sobre la densidad de la población indígena de los archipiélagos, falseadas a consecuencia del efecto destructor de las abundantes precipitaciones.

Los sitios privilegiados elegidos por los alacalufes para una residencia prolongada son escasos. Deben presentar ciertas condiciones de exposición, de abrigo y de espacio favorables a la vida colectiva. Bahías como las de Edén, de Puerto Grapler, de Puerto Bueno y de Muñoz Gamero, para no citar sino algunas, parecen haber sido permanentemente habitadas. En su vida errante, los alacalufes tenían una preferencia marcada por ciertos sitios próximos al Pacífico que llegaban a ser así lugares de paso y de habitación temporal muy frecuentados. Nadie podría decir por qué ni explicar las razones de esta preferencia, tal vez sentimental. Las islas y canales que están cerca del Pacífico son

más inhospitalarios que los otros. Sin embargo, si nos fundamos en el número desde nacimientos y defunciones que se han producido allí en una época reciente, e puede estimar que el canal Fallos, los archipiélagos Guayaneco y Madre de Dios, la red complicada de canales entre el canal Castillo y el Canal Ladrillero, el Brazo Norte y el canal Picton eran centros preferidos de estancia.

En cuanto a la opinión difundida de que los alacalufes y los yaganes tenían divisiones territoriales asignadas a cada familia, y que después de cada uno de sus viajes volvían siempre al mismo punto, no se encuentra ninguna confirmación histórica o actual de ella.

2. Evolución de los Alacalufes desde el siglo XVI al siglo XX

Los documentos históricos. Desde que Magallanes divisó por primera vez las costas del Estrecho que lleva su nombre y no vio en él otros signos de vida humana que fogatas que brillaban en la orilla, hasta la época de la casi total desaparición de los indios del extremo Sur, no hubo nunca datos precisos acerca del número de los alacalufes. Sólo los últimos sobrevivientes han podido ser contados con exactitud.

Durante mas de cuatro siglos, las expediciones de toda clase, militares, hidrográficas, científicas, suministran sobre los archipiélagos de Magallanes y sus habitantes una documentación copiosa, pero de valor desigual. Los diarios de navegación, en particular los de los siglos XVI y XVII, podrían formar una suma de etnografía histórica, muy incompleta, por cierto, pero de gran valor, a la cual las más recientes observaciones no aportan a menudo sino complementos de detalle. Por lo demás, los marinos estaban indicados para observar con justeza y precisión la vida de esos otros marinos que eran nómades alacalufes. Todos estos documentos, por interesantes que sean, no suministran ninguna información, siquiera aproximada, acerca de su número. Por falta de cifras, aún las apreciaciones sobre la densidad de la población son imposibles.

Hacia fines del siglo pasado, época en la cual el reconocimiento geográfico de la Patagonia Occidental estaba a la orden del día, subsiste la misma laguna. Es cierto que el censo de una población sin cesar errante, inaprensible, que huía del blanco y podía esconderse en los más inaccesibles rincones, habría sido bien ilusorio. Como no se conocía en su totalidad el área de distribución de los alacalufes, se creía que cada grupo encontrado en cualquier punto de los archipiélagos era una tribu aparte, distinta de los grupos vecinos. Así es como los alacalufes han sido distribuidos en una serie de grupos étnicos correspondientes a subdivisiones geográficas. No imaginaban que estos nómades puedan moverse a través de considerables distancias. En el tiempo del Padre García Martí, por ejemplo, en 1746, los indios que vivían al Oeste del Canal Messier fueron llamados los Kailen y los que frecuentaban el Canal Messier eran los Tayalaf. Más tarde, se distinguió a los Lecheleyesk, los Yekenawer, los Huemul, los Petcherey, etc. Tales divisiones étnicas están absolutamente desprovistas de fundamento cuando se aplican a una población que en el curso de un mismo año puede vivir en los dos extremos de su dominio y recorrer en un mismo viaje varios centenares de millas. El que tal o cual familia o grupo de familias tenga sus campamentos predilectos, no tiene nada que ver con subdivisiones étnicas. En el curso de cuatro siglos de exploración, los navegantes han encontrado alacalufes en todos sus itinerarios, en todas las bahías en donde anclaron, en todas las costas donde naufragaron naves. Los indios estaban casi siempre diseminados en pequeños grupos a lo largo de los archipiélagos.

Ladrillero fue el primero en recorrer durante los años 1557 y 1559 toda la franja

costera de la Patagonia Occidental. Encontró alacalufes en el canal Fallos. Más tarde, el corsario Francis Drake los vio en el canal Jerónimo y en las islas Ayautau. En el curso de un primer viaje de exploración, Sarmiento de Gamboalos halló en todos los puntos situados entre el Golfo de Penas y el Cabo Pilar, así como en las dos costas del Estrecho. Uno de los barcos de Sarmiento naufragó al Sur de la isla Wellington y las tripulaciones españolas vivieron durante varios meses en la vecindad de los alacalufes. Cuando Sarmiento volvió al estrecho para establecer allí dos colonias, los 400 españoles de la ciudad del Rey Felipe tuvieron que defenderse contra los indios durante tres años.

En 1609, los misioneros establecidos en Chiloé hicieron un viaje a la parte más septentrional del territorio de los alacalufes, que hallaron más inhóspita que la isla de Chiloé y que los archipiélagos Chonos, pero en la cual no hallaron "sino pocos sitios sin habitantes". En 1779, los Padres Benito Martín y Julián Real visitaron los mismos parajes y hallaron gran número de indios. Decidieron a 33 para que se vinieran con ellos a la Misión de Chiloé. En otro viaje, los Padres Menedez y Vargas se llevaron a 31. El último misionero que visitó a los alacalufes, en la boca norte de los canales Messier y Fallos, el P. García Martí, señala que existen en todas las radas cabañas con recientes señales de haber sido habitadas.

En 1785 y 1786 tuvo lugar una importante expedición hidrográfica realizada por la fragata Santa María de la Cabeza. El diario de a bordo señala agrupaciones de indígenas que comprendían 60 ó 70 individuos, formadas de familias independientes, compuestas a su vez por 8 a 10 personas. De los 200 indios observados en la parte occidental del estrecho, "no más de tres son ancianos, y entre los otros no hay uno solo que parezca haber llegado a los 40 años. Se puede, pues, concluir con algún fundamento que su vida normal no supera ese límite. Diversas causas influyen sobre la suerte de esos desgraciados salvajes: la gran facilidad con la cual satisfacen sus necesidades basta para hacerlos perezosos e indolentes y, aun sin eso, los bosques impenetrables en que viven, la dureza del clima, que los obliga a vivir constantemente cerca del fuego, sin ejercicio, contribuyen al mismo efecto. Esta vida inerte influye de una manera desastrosa sobre el físico. La humedad perpetua en la cual están sumidos es otro enemigo de la salud del hombre. La malignidad del aire que exhalan las plantas de los bosques húmedos y sombríos es muy perjudicial. Su extraordinaria afición por la carne cruda y podrida de ballena no puede dejar de ocasionarles importantes enfermedades. Por otra parte, se puede observar que, a pesar de todo, no están habituados a soportar el frío: dan diente con diente en medio verano, y es evidente que muchos de ellos, principalmente los que estaban afligidos de alguna enfermedad, mueren a causa del rigor del invierno".

Las observaciones de los comandantes Parker King y Fitz Roy, durante dos viajes efectuados de 1826 a 1836, precisan que los indios que vivían entre el Cabo Froward y el Golfo de Penas debían pertenecer al mismo grupo y que eran probablemente numerosos. Apenas veía pasar un barco, surgía un centenar y aún más, y cuando están en buen número, no vacilan en atacar embarcaciones. Como signo de reunión, se elevan humos a través de millas y millas a lo largo de la costa, y de cada caleta surge una canoa de indios que se dirige hacia el barco. Las observaciones de los dos marinos ingleses son particularmente interesantes, puesto que ellos recorrieron los archipiélagos en todos los sentidos, mientras la expedición de la Santa María de la Cabeza estaba limitada al Estrecho.

Los que intentaron establecer un verdadero censo, como quiso hacerlo Weigardt en 1882, no tuvieron ningún resultado aceptable, pues sus observaciones no se hicieron sino en fracciones del territorio ocupado por los alacalufes. En el curso de un año de exploraciones en el archipiélago de la Reina Adelaida y en el Estrecho, el capitán Pacheco,

en 1912, no encontró sino cabañas abandonadas y una sola familia de indios. El fue el primero en señalar la desaparición de los alacalufes. Con razón o sin ella, atribuyó esta desaparición al abuso de alcohol y de tabaco que habían suministrado a los indios los loberos de Chiloé o de Punta Arenas que frecuentaban la región hacia esa época. "Cualquiera que sea la causa, escribe, lo cierto es que la población indígena ha disminuido mucho". Por interesante que sea, el alcance de su observación está limitado a la región de los archipiélagos de la Reina Adelaida y del Estrecho.

Estos pocos ejemplos, escogidos entre los más significativos de las relaciones de viaje en los archipiélagos, muestran que no se posee ningún documento completo sobre el conjunto del problema demográfico. Un gran número de estos relatos de los navegantes de los siglos XVI al XX, contienen observaciones etnográficas de una sorprendente exactitud e informaciones valiosas sobre el área de dispersión de los alacalufes, pero nada que pueda ser considerado siquiera como aproximativo acerca de la densidad y su número. En la historia reciente de la exploración de los archipiélagos y en las tradiciones orales actuales, se hallan a veces apreciaciones cifradas, pero habría que preguntarse en qué se fundan. Tales indicaciones deben ser siempre acogidas con escepticismo y es preferible buscar en los mismos textos informaciones menos precisas, pero más significativas. Todo dato numérico sobre la población de los archipiélagos -sin que haya que poner en duda, sin embargo, la buena fe y la objetividad de los narradores- carecían de fundamentos. Casi siempre se trata sólo de encuentros de algunas canoas de indios en el curso de alguna navegación. Las bahías abrigadas en las que anclaban los barcos eran también sitios de campamento, escogidos por las mismas razones por indios y por blancos. Otras veces, la presencia insólita de un buque atraía a indios dispersos en torno al punto de anclaje. Por lo demás, las noticias circulan con rapidez, aun en los sitios más remotos del mundo, y cualquiera estada más o menos larga de un barco provocaba una reunión de nómades que podían venir de muy lejos. Se ha podido anotar con exactitud el número de personas así reunidas, y las cifras ordinariamente no pasan de unas cuantas decenas, que representan la población momentánea de un territorio completamente indeterminado y pueden dar una falsa impresión de densidad. A la inversa, numerosos sitios de campamentos estaban situados al margen de las rutas habituales y la importancia de su población escapaba, entonces, a los observadores. En ausencia de empadronamientos sistemáticos, y también a consecuencia de que a menudo los narradores descuidan indicar sus fuentes de documentación, será preciso tener como dudosas todas las cifras anticipadas. se puede decir que hasta una época muy reciente, hacia 1940, nunca se tuvieron informaciones válidas acerca del número de los habitantes de los archipiélagos de la Patagonia Occidental. Según nuestras propias investigaciones, estimamos que el número de los alacalufes podía elevarse, a fines de siglo pasado, a uno o dos millares.

Contactos con los chilotes. Desde 1880 a 1930, los alacalufes mantuvieron contactos mucho más continuos que en el pasado con los extranjeros, chilotes y blancos. tal fue la primera fase de las modificaciones profundas introducidas en la vida material de los indios, así como de sus consecuencias demográficas y psicológicas. la segunda fase, que se puede hacer comenzar en 1930, corresponde a su contacto más o menos permanente con los blancos, y condujo al abandono del sistema tradicional de vida y a la aceleración del movimiento hacia la total desaparición. En lo que se refiere a la época anterior a 1930, existe una tradición oral bastante abundante, que es preciso, por lo demás, recoger con prudencia, y que permite remontarse hasta 1917 y a veces más lejos. La fecha de 1917 está fijada por el naufragio del Casma, del cual los alacalufes conservaron un recuerdo muy preciso. Los testimonios de algunos patrones de goletas que frecuentaban los archipiélagos

en el curso de las expediciones anuales de los cazadores de pieles, son también precisos, aunque en varios puntos estos patrones son reticentes en sus conversaciones y evitan temas delicados, como las reyertas, los raptos o aun las vías de hecho más graves de que fueron víctimas los alacalufes. En cuanto a éstos, los más ancianos podían aún en 1948 completar con sus recuerdos, precisos y detallados, la turbia historia de este período.

Las expediciones de caza de las goletas chilotas duraban casi siempre de tres a seis meses, y a veces más, pues era fácil infringir la limitación legal de estas cacerías en un territorio puramente administrativo, mal conocido y mal vigilado. Las goletas dispersaban por los archipiélagos, cerca de los roqueríos de focas, a las cuadrillas de cazadores, compuestas de una chalupa y de seis hombres, todos originarios de Chiloé, cuyo trabajo consistía, principalmente en la época de la parición, en matar y despojar a las focas recién nacidas y las focas de pieles. Los campamentos de caza de las cuadrillas están periódicamente visitados por las goletas, aprovisionados y reembarcados al final de la faena con sus cargamentos de miles de pieles de focas, cuidadosamente descarnadas, saladas y puestas en toneles.

A pesar de su aversión por los chilotos, los alacalufes se establecían cerca de sus campamentos. Empezaban por ser desafiantes, pero entraban después en confianza gracias a pequeños regalos, hasta llegar poco a poco a suministrar a los loberos una mano de obra diestra y gratuita. A cambio de su trabajo de preparación de pieles, recibían alimentación chilota, galletas de harina, papas, cebollas y café de higos. A cambio de sus capas de pieles de nutria y de coipú, recibían ponchos y frazadas de valor y calidad muchos menores. Estos negocios dejaban a los alacalufes esquilados, pero satisfechos.

En esa época, los indios habían adquirido de algún modo los instrumentos, como hachas y cuchillos, que se ponían su disposición para el trabajo. Otros objetos excitaban su codicia: velas, chalupas, fusiles. La astucia habitual consistía en huir subrepticamente llevándose todo lo que podía. Si la operación llegaba a fracasar, se producía una salvaje masacre sin que pudieran ya distinguirse inocentes y culpables. Fueron así exterminadas familias enteras, incluyendo niños de meses. Pero los autores de estas matanzas no siempre fueron chilotos. Los loberos manifestaban un vivo interés por las mujeres alacalufes. Los raptos de mujeres y muchachas, y aun de muchachos para hacerlos marinos, eran frecuentes. Es fácil suponer que tales hechos no se producían sin violencias. un número considerable de alacalufes fueron así trasplantados a Chiloé, Puerto Montt y Punta Arenas.

Los contactos entre indios alacalufes y cazadores chilotos no se limitaron a tal o cual región de los archipiélagos. Los roqueríos de focas son numerosos, especialmente en las islas avanzadas del Pacífico. Los chilotos establecían sus campamentos de caza en los mismos sitios que los alacalufes frecuentaban. unos y otros perseguían la misma presa y el mar era su elemento común. Las dificultades de navegación y el dédalo de los fiordos y canales marítimos les eran igualmente familiares. Todos afrontaban parajes de difícil acceso, abiertos al océano: las costas occidentales de las islas Wellington, Hanover y Jorge Montt, de los archipiélagos Madre de Dios y Reina Adelaida.

Los cazadores de pieles, cuyo centro de actividad era Punta Arenas, trabajaban también en los archipiélagos de la Tierra del Fuego, situados entre el Cabo Pilar y el Cabo de Hornos. Allí entraban, pues, en contacto con los alacalufes y los yaganes, pero las tradiciones relativas a las cacerías en las islas del sur pertenecen a la fantasía y la leyenda.

Ninguno de los escasos testigos de esa época, proveniente de Chiloé o de Punta Arenas, es capaz de proporcionar informaciones objetivas, siquiera aproximadas, acerca del número de los alacalufes durante ese período. Aun las noticias que pueden dar sobre los detalles de la vida material de los indios son difusas y deben ser sujetas a caución. de

toda la tradición oral aún viviente, se puede concluir que la población autóctona de los archipiélagos empezó a declinar en el momento en que los extranjeros se instalaron de un modo semi permanente sobre su territorio. Además de los actos de violencia señalados anteriormente, a los cuales es preciso agregar la introducción, moderada, sin embargo, del alcohol, no hay duda de que tales contactos regeneraron y difundieron ciertas enfermedades sociales que son actualmente una de las causas más importantes del descalabro fisiológico de los alacalufes.

Contactos con los blancos. Hacia fines del siglo pasado, los buques que unen a los puertos del Pacífico a los del Atlántico empezaron a tomar la ruta de los canales marítimos. El trayecto era más largo, pero la navegación era menos fatigosa que en las olas abiertas del Pacífico. Antes de la abertura del Canal de Panamá, la ruta de los archipiélagos conoció un período de tráfico intenso. Los naufragios, que fueron numerosos, atraían a los nómades. Para ofrecer más seguridad a esta vía promisoría, la Marina Chilena envió a los archipiélagos a numerosas misiones hidrográficas a reconocer los pasos más seguros y balizar la ruta, localizando y sondeando los abrigos naturales de las costas. Los pasos de los barcos se hicieron más y más frecuentes. Los puertos naturales en que los buques anclaban de noche o con mal tiempo eran las grandes bahías habitadas permanentemente por algunas familias alacalufes. Durante estas breves escalas, los indios fueron objeto de lamator curiosidad. Su desnudez y su miseria estimulaban a los espíritus caritativos, que les daban alimento, ropas, tabaco, a veces alcohol y herramientas de metal. Las tripulaciones y los prácticos o pilotos que en cada viaje y en cada escala observaban agrupaciones de alacalufes, no pudieron proporcionar informaciones demográficas de algún valor. No vale la pena tomar en cuenta algunos ensayos de cálculo de la población, pero todos concuerdan en afirmar que hace 20 ó 30 años el número de los alacalufes, ya reducido, podía aún ser superior a mil individuos. Es evidente que estos contactos breves, pero repetidos, ejercieron influencia decisiva en la existencia de los alacalufes, modificando su vida material y sus concepciones tradicionales.

La penetración de los blancos en ciertos terrenos nuevos y aún desconocidos de los archipiélagos progresaba rápidamente. Hubo ensayos esporádicos e infructuosos de crianza de corderos, de explotación de mármol de la Isla Cambridge y de corta de maderas en los bosques de cipreses de los archipiélagos. Sobre todo la creación de dos centros de población blanca, en favor de los cuales algunos alacalufes abandonaron la vida nómade, intensificó la revolución provocada por la frecuentación de la ruta de los archipiélagos. Hacia 1880, el simple villorrio de Punta Arenas, que desde hacía cuarenta años vegetaba en la costa norte del Estrecho de Magallanes, aislada del resto de Chile, llegó a ser en pocos años la capital de una red económica de gran valor. Las pampas del sur se revelaron aptas para la crianza de ganado ovino; hallaron oro en los ríos y en las playas atlánticas de la Tierra del Fuego, el carbón cerca de la ciudad. Llegaron emigrantes en masa de todos los países de Europa. Punta Arenas se convirtió en un centro económico y bancario, que dirigía a un país recóndito que, a pesar de la desolación de sus pampas secas y azotadas por el viento, era teatro del desarrollo de una inmensa riqueza.

Se hallaron terrenos aceptables para la ganadería en las regiones más inhospitalarias y hasta en los rincones de la Última Esperanza. En este último punto, que era en otro tiempo un importante centro de población alacalufe, se elevó la ciudad de Puerto Natales, ligada actualmente a Punta Arenas por un camino. Pero también se puede ir a Natales por vía marítima, dando una vuelta de varios centenares de millas. La creación de estos dos centros, los únicos de Chile austral, ejerció una influencia cierta, aunque limitada, en la demografía y la repartición de los alacalufes, que se mantuvieron al margen

de la población blanca y abandonaron sus viajes a la parte oriental del Estrecho, que en otra época frecuentaban tanto como los archipiélagos del oeste. Algunas mujeres alacalufes se casaron con blancos y algunos niños fueron recogidos por instituciones o particulares de Punta Arenas. Las investigaciones efectuadas sobre los miembros vivos y asimilados de esta población india han permitido encontrar la huella de algunos de ellos. Viven por lo general en un ambiente de leñadores, pescadores, cazadores de pieles y parecen llevar con gusto una vida a menudo muy diferente de su vida tradicional.

A consecuencia de circunstancias desconocidas, ha sucedido que una u otra familia alacalufe haya emigrado para establecerse en las afueras de la ciudad. Su género de vida es tan rudimentario como el que llevaban en los archipiélagos. Siguen viviendo de la caza y de la pesca. Aunque pueden expresarse fácilmente en castellano, no han olvidado su lenguaje ancestral, lo hablan aún entre sí, pero se niegan categóricamente a hablarlo delante de los blancos: los complejos que les ha creado una asimilación incompleta les impiden ser intérpretes e informantes dignos de confianza. En cuanto a los niños adoptados recientemente por los blancos, no fue posible dar con las huellas. Es probable que la mayoría haya muerto.

Onas y alacalufes en la Misión de Dawson. Hacia 1880, a comienzos del desarrollo económico de la provincia de Magallanes, comenzó a plantearse el problema indígena. Se había concedido a los cien tehuelches, más o menos, que subsistían en territorio chileno una reserva de 10.000 hectáreas. La presencia de los yaganos en una región que no se trataba todavía de explotar, no creaba ningún problema, así como tampoco lo creaba la de los alacalufes en una región tan desheredada como la de los archipiélagos. Los onas, por el contrario, ocupaban en la Tierra del Fuego territorios que eran excelentes terrenos para la crianza de ovejas.

La cuestión de la desaparición de los onas ha suscitado numerosas polémicas y, según el punto de vista o la población adoptada en el conflicto, el número de los que estaban establecidos en las concesiones de la Tierra del Fuego - un millón y medio de hectáreas, más o menos- ha sido ampliamente aumentado o disminuido. Cuatro mil, según algunos; unos pocos centenares, en opinión de los nuevos ocupantes; 1500, según Nordenskjöld, 500 de los cuales se hallaban en territorio argentino. Esta última opinión tiene, por lo menos, el mérito de no ser parcial, mas es preciso confesar que la numeración de los nómades terrestres era por lo menos tan imposible como la de los alacalufe. Por otra parte, vivían en un territorio aún inexplorado y eran perseguidos como animales dañinos. En todo caso es cierto que, de los grupos humanos del extremo sur, los onas fueron los más numerosos y eran físicamente los mejor constituidos. Es igualmente cierta que una parte de los onas fue masacrada por orden de las grandes compañías concesionarias de las tierras ganaderas. El desarrollo del ganado primaba sobre toda consideración y escrúpulo. La suerte de los onas se hallaba en las manos de los aventureros a quienes su reciente fortuna transformaba de golpe en avanzadas de la civilización. No se conocerá nunca el número de los onas asesinados. Intereses y personas todavía en juego continúan creando en torno a este asunto de más de medio siglo de antigüedad un muro de silencio protector del respeto de sus fortunas. Cualquiera que sea el número de los onas masacrados; llegue a ciento a mil, sigue siendo una monstruosidad imborrable en el punto de partida de la colonización de la Tierra del Fuego.

Las depredaciones de un grupo tan importante como el de los onas en un territorio en que la ganadería se implantaba difícilmente, no eran, por cierto, despreciables. A veces los indios llegaban a atacar a los propios colonos. Se imponían medidas eficaces de protección, tanto para preservar los rebaños como para socorrer y civilizar a los onas. Para

evitar las incursiones, se pensó instalar puestos militares escalonados por la orilla de los territorios recientemente ocupados, pero el proyecto fue considerado demasiado caro y de dudosa eficacia. La otra solución era deportar a los onas a alguna isla inutilizable de la Tierra del Fuego, donde, bajo la dirección de misioneros y con la ayuda del Estado y de las estancias, pudieran hallar medios de existencia suficientes y ser educados poco a poco.

Los misioneros salesianos llegaron a Punta Arenas en 1887. Solicitaron al gobierno chileno la concesión de la Isla Dawson, entonces sin ocupantes, e instalaron en la punta septentrional de la isla una estancia. En 1890, el gobierno le concedió por 20 años el goce total de la isla, con el fin de establecerse allí un centro para los indígenas, donde se les daría enseñanza, cuidados sanitarios y todo lo que pudiera ayudarlos a readaptarse. Se edificaron una casa, una escuela, una enfermería y una capilla. La isla tiene una superficie de

130.000 hectáreas, casi enteramente cubiertas de bosques explotables, e incluye 25.000 hectáreas de praderas, una estancia de 500 bovinos y 7.000 ovejas, una importante aserradero mecánico y talleres de carpintería, que fueron instalados por los misioneros.

Durante los cinco primeros años, los alacalufes fueron los únicos huéspedes de la misión. Recibían algunos subsidios alimenticios y a veces dejaban allí sus niños. Los onas se resistieron con la fuga a toda tentativa de aprehensión. Sin embargo, algunos fueron capturados y transportados a Dawson. En 1895, la misión contaba 176 indios, 65 alacalufes, con 27 hombres y 38 mujeres, y 111 onas, con 48 hombres y 63 mujeres. Al año siguiente algunas decenas de onas, empujados por el hambre y el frío de un invierno excepcionalmente riguroso, se dejaron transportar a la misión. En 1899, según el informe oficial había 108 hombres y 170 mujeres, si distinción de grupos de este número, 31 niños y 38 niñas de 6 a 9 años recibían los primeros rudimentos de instrucción. 11 de ellos podía, con alguna dificultad, leer y escribir. Niños y niñas de más edad trabajaban en los talleres.

Es evidente que la instalación de los onas en Dawson, en una especie de campo de deportación, fuera de su territorio, y sobre todo fuera de todo contacto con las gentes a las cuales se trataba justamente de adaptarlos, fue por lo menos un error lamentable, inexplicable, si no un acto de indiferencias frente al problema. Los resultados fueron desastrosos. Onas y alacalufes eran empleados como trabajadores en una misión bastante parecida a una empresa industrial. Se trataba de incorporar a la nación chilena a un grupo indígena y, paradójicamente, para alcanzar tal fin, se los entregó a misioneros italianos, recientemente llegados de Europa con otros miembros y empleados a la misión, que hablaban mal el español y que utilizaban siempre la lengua italiana entre ellos. Un decreto ya antiguo, fechado en 1847, imponía a todo misionero la obligación de hablar, en un plazo de cuatro años la lengua de los indígenas a su cargo. Ninguno de los misioneros de Dawson aprendió jamás ni el ona ni el alacalufe. En la escuela, los métodos de enseñanza eran lamentables: los libros utilizados fueron los manuales de la escuela primaria de Chile, sin ensayo alguno de adaptación al caso particular de los indiecitos de la misión.

Según los términos del decreto de concesión, los productos de la isla bebían ser empleados" en el sostenimiento y civilización de los indígenas". A pesar de las entradas financieras muy importantes provenientes de los productos de la estancia y del aserradero, así como de las donaciones del Estado y de las estancias de la Tierra del Fuego -que continuaban entregando por cada ona conducido a Dawson la suma de una libra esterlina: cada indio muerto había sido igualmente de una prima -, jamás se ejerció ningún control. Sin embargo, los resultados estuvieron poco de acuerdo con medios económicos tan fuertes. Nueve años después de haberse instalado la misión, ningún indio se encontraba en condiciones de entrar en la vida civilizada con un mínimo de conocimientos. El bienestar que hallaban en Dawson satisfacía, ciertamente, sus limitadas necesidades, pero la enorme

mortalidad de la comunidad indígena, especialmente de niños, no suscitó atenciones médicas. Según el informe del gobernador de Punta Arenas, sucedía que murieran cuatro o cinco niños al mes. La enfermería estaba desprovista de medicamentos de urgencia. Control y cuidados médicos eran inexistentes. Sin embargo, Dawson no estaba sino a seis horas de navegación de Punta Arenas y una embarcación de la Armada, fuera de numerosos buques, visitaba periódicamente la misión. A un ritmo catastrófico, la muerte, y después probablemente la dispersión de los últimos sobrevivientes, resolvieron el problema de la adaptación de los indios, y de una manera definitiva.

En septiembre de 1911 expiraba el contrato acordado a misión de Dawson. La misión había contado con más de 500 indios en el curso de los últimos años. El cementerio, agrandado varias veces, contaba con 800 tumbas.

3. Los últimos Alacalufes

Actualmente, si dejamos aparte a las pocas familias o individuos que han adoptado el género de vida chilote y que, de una o de otra manera, se han fijado en los alrededores de Punta Arenas, de Puerto Natales o aun de Puerto Montt, los alacalufes representan un ínfimo grupo humano que disminuye cada vez más. A excepción de dos familias, prácticamente han abandonado la vida nómada. Viven ordinariamente agrupados en Puerto Edén, en torno al puesto militar, o en los alrededores de San Pedro, donde hay un faro custodiado. Puerto Edén es muy abrigado. La bahía es sin duda el mejor de los archipiélagos y allí hallan refugio los buques cuando el mal tiempo impide la navegación nocturna y allí también pueden esperar la marea para pasar la Angostura Inglesa. Al mismo tiempo, Edén es un puesto militar que debía originalmente servir de escala a una línea de hidroaviones que uniría Puerto Montt y Punta Arenas. Esta línea fue suprimida después de los primeros vuelos, que terminaron en accidentes. Pero el puesto de Edén fue mantenido, a cargo de dos o tres militares, a la vez como estación meteorológica y como puesto encargado de la aplicación de un decreto protector a los indios alacalufes. Allí vive una parte del grupo en guaridas más y más sórdidas y descalabradas, esperando de la mendicidad la mayor parte de su subsistencia. En la isla San Pedro, un faro importante es mantenido por algunos marinos chilenos frecuentemente relevados. Los últimos alacalufes se agrupan en torno a estas dos bases, con la esperanza de una ayuda material-liberalmente concedida, por lo demás- de los militares y marinos o de los buques de tránsito.

De vez en cuando, algunas familias abandonan, por períodos que llegan a abarcar varios meses, su aglomeración semi estable y, equipadas de provisiones cuidadosamente economizadas, vuelven a tomar la ruta de los canales para una expedición de caza. Durante este tiempo, utilizan los lugares tradicionales de campamento y, a pesar del pequeño número de los nómades actuales, el dédalo de los archipiélagos está aún jalonado por varios centenares de armazones de chozas. Los alacalufes se prohíben destruir las arcadas de madera de la choza que abandonan. No se llevan consigo sino las pieles de foca que la han recubierto.

Durante una permanencia de 22 meses consecutivos entre estos últimos alacalufes, en Puerto Edén o vagando a través del laberinto de los archipiélagos, hemos podido recoger documentos genealógicos abundantes sobre los representantes postreros de una raza que muere. Estas causas directas son, sin duda, la consecuencia de causas más lejanas que, estudiadas en otros grupos humanos, serían el objeto de un estudio apasionante y trágico sobre la desaparición de los pueblos.

La investigación demográfica. Esta investigación ha sido realizada interrogando a los sobrevivientes, quienes poseen siempre un recuerdo muy intenso de los muertos y de los desaparecidos, aun de aquellos con los cuales no parecen haber tenido sino vínculos lejanos. Todas las informaciones han sido muchas veces revisadas y no han sido retenidas como válidas sino cuando no subsistía ninguna duda. No hemos tomado en cuenta en los cuadros genealógicos así establecidos sino a la filiación biológica, perfectamente conocida y comprendida por los alacalufes, independientemente de todo sistema social de parentesco. El punto de partida de cada genealogía han sido, pues una mujer y sus hijos. El mestizaje es igualmente bien conocido y como en ningún caso es considerado un hecho anormal, ni para la madre ni para el hijo, no parece que pueda haber errores importantes en el número de mestizos de chilotes o de blancos. Por lo demás, quedaría por probar el que un hijo de padre chilote y madre alacalufe sea realmente mestizo.

La encuesta, terminada el 2 de enero de 1948 y completada en 1953, se extiende a cuatro generaciones, siendo la última la de los niños actuales. Cubre, entonces, un período de 60 a 80 años. Esta duración puede parecer calculada de una manera demasiado estrecha, puesto que habitualmente se cuentan treinta años por generación, más hay que tomar en cuenta aquí dos hechos: que la cuarta generación es todavía muy joven, y que los alacalufes se reproducen demasiado pronto y envejecen prematuramente.

De 396 individuos nacidos durante este período, que comienza un poco antes del siglo XX, 61 están todavía vivos. Pero en nuestra encuesta no hemos tomado sino los grupos de los cuales quedaban por lo menos un sobreviviente. Por otra parte, las informaciones dadas por estos sobrevivientes muestran que por lo menos una de dos familias ha desaparecido completamente durante este período. Se puede, entonces, suponer arbitrariamente que los individuos nacidos en los canales desde hace 60 u 80 años no son 396, sino más o menos el doble. De estos 800 nacidos, quedarían 61 sobrevivientes.

Hay otras cifras elocuentes. En 1946, la población alacalufe comprendía aún 48 mujeres, entre las cuales había 27 adultas, 8 adolescentes y 13 niñas. En 1948, no había sino 43 mujeres: 25 adultas, 5 adolescentes y 13 niñas. El balance demográfico se caracterizaba ya por una disminución de 10% de la población femenina en el lapso de 2 años. 5 años más tarde, en 1953, ha llegado a ser más catastrófico todavía. De los 17 grupos considerados por la encuesta, 5 no incluyen ya ninguna mujer que viva en el territorio de los alacalufes. En los 12 grupos restantes se cuentan 24 mujeres -disminución de 50% con relación a 1946-, 2 de las cuales son personas ancianas, 4 jóvenes que, casadas en varias ocasiones, no han tenido hijos; 5 mujeres cuyos hijos, pocos por lo demás, mueren de corta edad -2 hijos que escaparon de la muerte son mestizos-; 5 mujeres que han tenido una descendencia numerosa y aparentemente normal, pero 3 de ellas han pasado la cuarentena y muchos de sus hijos han muerto, sea accidentalmente, sea de enfermedades desconocidas, y, por fin, 8 niñas o adolescentes de menos de 18 años. Toda la probabilidad de sobre vivencia del grupo está, pues, representada por 2 ó 3 mujeres adultas y por 8 niñas o adolescentes varias de las cuales abandonarán ciertamente los archipiélagos o morirán antes de haber llegado a la edad adulta.

Sería muy interesante descubrir la causa de esta extinción catastrófica, que no es un fenómeno particular a los alacalufes, pues afecta a la gran mayoría de los pueblos atrasados que entran en contacto con civilizaciones más adelantadas. Aun siendo diferente, estas causas deben presentar algunas raíces comunes.

Los únicos elementos de que disponemos son las informaciones recogidas en el curso de la encuesta demográfica y de los exámenes médicos a que fueron sometidos todos los alacalufes presentes en Puerto Edén. Ellos nos permitirán distinguir con nitidez varias

series de factores.

Las partidas. Es necesario entenderse primero acerca del sentido que se da a la desaparición de un pueblo. Desde el punto de vista del individuo, no hay más que una sola manera de desaparecer, que consiste en morir. Más, desde el punto de vista del grupo, el alejamiento definitivo de un individuo tiene los mismos resultados que su muerte, puesto que no contribuirá ya a ninguna de las actividades de la colectividad, ni sobre todo a su renovación. En los párrafos que siguen, en los cuales nos hemos situado en el punto de vista del grupo alacalufe, el número de las partidas viene a incrementar en número de los muertos.

El número de las partidas definitivas es importante, el 51 por 396 nacimientos o por 335 individuos eliminados del grupo, o sea, un 15% de las causas de desaparición. Este número deberá retener nuestra atención tanto más cuanto que no se lo toma generalmente en cuenta para explicar la desaparición de los alacalufes. Sin embargo, este 15% de emigración representa, en realidad, una pérdida mucho más catastrófica de lo que a primera vista parece, y esto por dos razones.

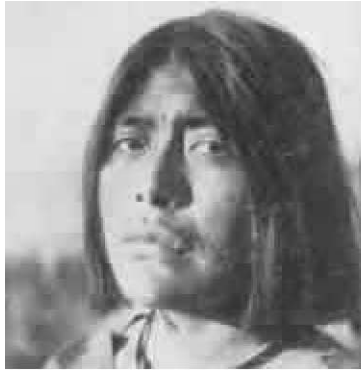
Las muertes de párvulos y niños son numerosas entre los alacalufes y si, en lugar de comparar las partidas con el número total de las desapariciones, las referimos al número de los niños que llegan a la adolescencia, el porcentaje resulta más que doblado. Llega a un 34%. Lo anterior significa que de 100 individuos que han escapado a las enfermedades mortales, a los naufragios y a los accidentes de la infancia, 34 abandonarán el grupo tradicional para tratar de adaptarse al modo de vida propuesto por los recién llegados, blancos o chilotes. La proporción es enorme, pero, como las partidas siempre se han efectuado de una manera esporádica y al arbitrio de las fantasías individuales, nunca ha llamado la atención. Este empobrecimiento para las 3 ó 4 generaciones se repartió de la manera siguiente: 2 bebés, 5 niños, 18 adolescentes, entre los cuales se contaban 11 muchachos; 26 adultos, entre ellos 11 hombres, o agrupados por sexos, 4 mujeres con 2 niños, y 27 hombres, que incluyen 5 niños. Estas partidas han sido sobre todo numerosas en la época floreciente de los cazadores de focas. Se rarificaron desde 1930, más o menos.

Pero hay algo más grave. La relación cuantitativa es fuerte. Más en el plano cualitativo lo es más. La gran mayoría de las partidas afecta a muchachos o jóvenes llevados por patrones de goletas o pescadores chilotes que buscan ayudantes recios y poco exigentes, o muchachas y mujeres raptadas por las mismas tripulaciones y pescadores. Muchachos y muchachas han sido elegidos por su robustez, por su aspecto agradable o por su espíritu más despierto. Ellos representan una selección, a la vez fisiológica y psicológica. Su partida priva a la comunidad de sus mejores elementos. Aun cuando se habla de raptos, la curiosidad, el atractivo por riquezas de otro modo inaccesibles, la seducción ejercida por hombres pertenecientes a un grupo superior, juegan evidentemente un papel preponderante en estas partidas.

Para la lengua, la cultura y aun la raza alacalufe, esos individuos están definitivamente perdidos. Ya no volverán jamás a los canales, y sus hijos, si los tienen, se fundirán en las masas populares de Chiloé, de Punta Arenas y de Puerto Natales, esencialmente formadas por chilotes. Gran número de ellos muere, sea de tuberculosis, contra la cual no están inmunizados; sea de varias otras enfermedades contraídas en las ciudades. Otros viven y se reproducen. Llegan a adaptarse al estilo de vida de los chilotes que, como los alacalufes, son esencialmente marinos. Nos faltó tiempo, pero habría sido interesante seguir las vicisitudes de cada uno de estos individuos en su adaptación a su nueva vida.

Ver tabla en libro.

Lamina V



11. Kyeyakyewa, 35 años



12. Workwa, 20 años († 1952)

Lámina VI



13. Markset, 15 años 14. Tcakwol, 12 años 15. Yanocks, 10 años († 1953)

Las muertes violentas. Bajo esta rúbrica se pueden reunir los ahogamientos o los accidentes en las rocas durante partidas de caza o de pesca, y los asesinatos. Unos y otros son extremadamente numerosos. Pueden hallarse en el origen de la desaparición de una familia. En el segundo grupo de la investigación, por ejemplo, una mujer llamada Kostora tenía siete hijos, todos vivos. El mayor fue asesinado por un blanco, y los otros seis, escalonados entre 1 y 15 años, se ahogaron cerca de la isla Solitario, cuando su canoa fue volcada por una tempestad. En el conjunto de las 4 generaciones, se cuentan 41 casos de ahogados y 24 asesinados. Los ahogamientos y accidentes afectan a todas las edades y sexos, con predilección por los hombres, sin duda a causa de su vida más aventurera, aunque la familia entera nomadice y la pesca sea el dominio exclusivo de las mujeres que llevan a menudo consigo a sus niños más pequeños. 6 mujeres y 7 muchachas, 15 muchachos se ahogaron durante este período. Vale la pena observar que, en el caso de 5 hombres, el accidente se produjo a consecuencia de los desórdenes motivados por un exceso de bebida.

El conjunto de los ahogamientos representa un 12% del número total de muertes, mientras los producidos por exceso alcohólico representan un 3.3% de las muertes de los individuos adultos y un 6.8% de las muertes de hombres adultos, pero sólo un 1.5% de la mortalidad total.

Los ahogamientos y las caídas de las rocas determinantes de muertes no han aumentado a consecuencia de la llegada de algunos blancos o chilotos a los archipiélagos,

salvo los 5 casos de ahogamientos en estado de ebriedad. Esta causa de mortalidad está directamente ligada a las condiciones climáticas y al modo de vida de los indios. Su importancia puede ser considerada como constante.

Más asombroso que el de los ahogadores el número de los asesinados. 24 asesinados en un lapso de medio siglo para un número total de 335 muertos es enorme, desde que se trata siempre de asesinatos individuales y no de un estado de guerra o de abierta hostilidad. El representa un 7% de las causas totales de desaparición, 13.5% de las muertes de adultos y 19% de las muertes de hombres adultos.

Es difícil precisar la influencia de la presencia de los blancos sobre estas masacres. La mayoría de estos asesinatos tiene a un indio por autor. Se trata generalmente de una vieja venganza relativa a un robo, que el ofendido puede mantener largo tiempo en reserva antes de hallar una ocasión de realizarla. Por lo demás, a menudo ni siquiera piensa en ello. Pero surge una mínima disputa, o bien el enemigo se halla de súbito en una situación difícil, vuelve a encontrar su viejo rencor y lo satisface por el asesinato. Otras veces se trata de escenas conyugales, que sobreviven con motivo de un incidente de poca importancia, la pérdida de un objeto, por ejemplo- La discusión se envenena y degenera en golpes. El marido termina por liquidar a su mujer sin haber tenido la menor intención del mundo.

Los alacalufes son a menudo polígamos. Las mujeres no tienen varios maridos, pero en este dominio la libertad es grande. Una mujer cambia de marido fácilmente, varias veces en el curso de su vida. Puede también ocasionalmente pasar una o varias noches con otro indio, con un chilote o un blanco, sin que el marido habitual nada tenga que reprocharle. Por eso los dramas de los celos no son muy frecuentes, aunque de todos modos, existen. Si un marido no le gusta su rival, lo mata. Si un hombre no puede convencer a una mujer que lo siga, la mata, o mata al marido. Todas las combinaciones son posibles, sin que, no obstante, en ninguna de las encuestas haya aparecido el caso de una mujer asesinada.

Los asesinatos por chilotes o por los blancos giran alrededor de las dos mismas series móviles: el robo y el amor. un indio ha robado una chalupa, un fusil o algún instrumento. Entonces lo matan, a él y a toda su familia con él, si la ocasión se presenta. Hace unos diez años, un indio había robado la chalupa de un cazador chilote. Fue capturado por el chilote cerca del Faro San Pedro, al norte de Puerto Edén, muerto a tiros de fusil junto con su hijo mayor, mientras dos niños menores, entre ellos un recién nacido, eran liquidados a hachazos. Parece también que, a comienzos de siglo, blancos que frecuentaban los archipiélagos se entretenían en disparar por simple gusto sobre los indios.

Es difícil pronunciarse sobre la importancia de estos asesinatos en la desaparición de los alacalufes. El porcentaje de hombres adultos muertos de este modo es de un 19%, más, dentro de ese porcentaje, más de la mitad de los casos obedece a causas propias de la vida del grupo, que no parecen haber sido multiplicadas por la presencia de los blancos. Otra porción de casos se debe a chilotes, cazadores de focas, cuyo estilo de vida es tan próximo al de los indios, que no se puede considerar a sus asesinatos como esencialmente diferentes de los anteriores. Los pocos asesinatos que se asimilan al exterminio son tan escasos que no se puede contarlos como un factor real de desaparición.

No es imposible que las nuevas condiciones de vida y la desaparición de las tradiciones del grupo hayan desarrollado el espíritu de asesinato entre las poblaciones de los archipiélagos. Más, si se toman en cuenta las antiguas rivalidades con los pueblos más meridionales de los yaganes, o con los tehuelches de las pampas, y se recuerda igualmente el canibalismo, revelado a la vez por los relatos de los antiguos navegantes y por las excavaciones, se puede suponer que la proporción de muertes violentas no ha aumentado entre los alacalufes durante la fase de su declinación. Tal vez ha disminuido, a causa de la menor densidad demográfica y de la ruptura de los contactos con las tribus vecinas.

Las muertes por enfermedad. La proporción de muertes de niños de corta edad revelada por la encuesta, o sea, 89 muertes en 396 nacimientos, representa más o menos 223 muertes por 1.000 nacimientos. Aun cuando evidentemente esta cifra es inferior a la realidad, pues los pequeños que no vivieron desaparecen pronto del recuerdo, ella no representa nada extraordinario. Las estadísticas oficiales nos revelan que en 1920 la mortalidad en el nacimiento o en los meses siguientes era en Chile, por término medio, de 250 por mil. En ausencia de todo cuidado médico y en condiciones climáticas e higiénicas desastrosas, una proporción aun superior a 221 por mil no puede ser considerada como anormal¹⁸.

La mortalidad de niños y adolescentes es elevada, sin ser tampoco catastrófica, 39 niños murieron entre los 3 y los 12 años, y 10 adolescentes entre 12 y 18 años. Ello significa que de 299 niños que pasaron la primera infancia un 13% murió entre los 3 y los 12 años y un poco más de un 3% entre los 12 y los 18 años. La mortalidad de los adultos es mucho más elevada, pues 42 murieron entre 18 y 50 años, dentro de un número ya mucho más restringido de individuos, pues, si se toman en cuenta las muertes por enfermedad, asesinato o ahogamiento, y las partidas, sólo 183 adolescentes de los 396 nacidos atravesaron el cabo de la edad adulta. La mortalidad por enfermedad en este nuevo grupo representa un 28.3% del total. Finalmente, sólo 39 personas han muerto después de los 50 años, lo que significa que no alcanza a un 10% de la población la parte que llega a superar la edad de 50 años. Este hecho no es acaso nuevo, pues los diarios de los antiguos navegantes señalan en varias oportunidades la ausencia o el escaso número de ancianos entre los indios que encontraban en los archipiélagos.

La casi totalidad de las 180 personas que han muerto por enfermedades durante las 3 ó 4 últimas generaciones no han recibido ningún cuidado ni examen médico. Sería ilusorio formular hipótesis sobre las causas de esta mortalidad. Los indios en general son incapaces de explicar de qué sufren. Con mayor razón, sus recuerdos de las enfermedades que han podido afectar a sus parientes o allegados están desprovistos de interés y, por lo demás, son prácticamente nulos. Debemos, pues atenernos a los casos de fallecimientos observados entre 1946 y 1948 y al examen completo, antropológico y médico, que sufrieron entonces todos los indios de Puerto Edén.

De las 99 personas fijadas en Puerto Edén o en las cercanías, 11 murieron durante este período. Cuatro niños, dos de los cuales presentaban desde el nacimiento caracteres evidentes de heredo-sífilis, murieron antes de la edad de 3 años. Uno murió a consecuencia de una bronconeumonía y otro murió en el curso de la ausencia de algunos días. Como parecía estar en buena salud, es probable que haya sido igualmente atacado por una infección pulmonar. Hay que señalar, además, un quinto niño, que murió inmediatamente después de nacer. Seis adultos murieron durante el mismo período, dos hombres de 25 y 30 años y 4 mujeres de 60, 55 y 35 años. Dos de las mujeres maduras (60 y 55 años) y un hombre y una mujer, de 30 años cada uno, murieron a consecuencia de un ictus hemipléjico. En los jóvenes, este era ciertamente de origen sífilítico. La cuarta mujer murió sin observaciones médicas y un joven sucumbió a una fractura del cráneo.

Las causas de los 33 fallecimientos que se produjeron entre febrero de 1948 y enero de 1953 no han podido ser médicamente determinadas. Hubo cuatro muertes por inmersión y un asesinato, que dejamos al margen, y algunos niños muertos después de nacer. Es probable que no hayan sido señalados por el informador. En el resto de los fallecimientos, debidos todos a enfermedad, la repartición por edades es la siguiente: 8 niños entre 7 y 15

¹⁸ Dr. GUY DINGEMANS. L'avenir de l'Amérique Latine transformée par la médecine moderne. La Presse Médicale, 1953, 61, n. 51, 54, 57, 59.

años, 7 jóvenes y mujeres entre 20 y 24 años, 7 hombres y mujeres entre 30 y 45 años, 6 hombres y mujeres de más de 45 años. Durante el primer período (1946-48), déficit demográfico no se debe tanto a una mortalidad catastrófica como a una no renovación del grupo: 6 nacimientos en 2 años, pero tres muertes de recién nacidos heredo-sifilicos, y también lo son los 3 sobrevivientes. Entre los adultos, muchos de los cuales estériles, como entre los niños, las muertes anormales se deben especialmente a las enfermedades venéreas. Los 5 años siguientes están marcados por una aceleración de la digregación del grupo: la proporción de muertes aumenta, mientras los nacimientos de los niños viables llegan a ser prácticamente nulos. Más adelante nos referiremos al aspecto médico del problema, pero es bueno señalar desde ahora sus características más visibles.

Contrariamente a lo que a menudo se cree, la tuberculosis no interviene prácticamente en esta caída demográfica. El alcohólico no desempeña sino un papel borroso. En cambio, se puede atribuir a las enfermedades venéreas el papel más importante en la degeneración fisiológica de la población alacalufe. No se puede adelantar con certeza ninguna cifra de fallecimientos. Más, aunque el porcentaje de muertes de que son responsables no sea muy elevado, debe atribuírsele un gran número de los casos de niños muertos a temprana edad y sin duda la casi totalidad de los casos de esterilidad.

En lo que se refiere a las dos últimas generaciones, las que engloban a los niños actuales y a sus padres, los recuerdos son precisos y casi seguramente completos. Ellos nos relatan una caída demográfica brutal y catastrófica. 38% de los niños ha muerto de enfermedad en la generación precedente, y 56.4% en la generación actual. Este aumento de 18% es poca cosa comparado con la caída que representa realmente. La cantidad absoluta de los nacimientos es mucho más impresionante. En la generación precedente nacieron 184 niños. En la última, en cambio, nacieron sólo 49, y es poco probable que nazcan muchos otros. De los 17 grupos empadronados en el comienzo de la encuesta. 1 había desaparecido en la generación precedente a consecuencia de la partida de sus miembros. En la generación actual ocho han desaparecido o están en vías de desaparecer. Los miembros de 3 de estos grupos han emigrado. Los miembros de otros tres grupos han muerto jóvenes o no tienen hijos. En el 7º grupo de 4 niños nacidos de tres mujeres diferentes, 4 han muerto, y en el 8º, el único niño nacido ha muerto, mientras otra mujer joven del grupo es estéril.

De los 22 niños que viven aún en 1953 con sus padres alacalufes, admitiendo que todas las condiciones permanezcan iguales, se puede suponer que emigrará un 34% y que los otros se ahogarán, serán asesinados o morirán sin que se sepa por qué, y que sólo 1 ó 2 pasarán de los 50 años. En esta época el grupo alacalufe habrá desaparecido desde hace largo tiempo y los últimos sobrevivientes se habrán unido a los chilotes o habrán sido llevados a algún rincón de la Patagonia.

La digregación del grupo. Si se hace el balance de las causas de la desaparición de los alacalufes introducidas por la llegada de los blancos, se encuentran algunos factores secundarios -tabaco, alcohol, vestuario, enfermedades pulmonares- y dos factores esenciales: sífilis y emigración.

El tabaco y el alcohol han tenido más difusión entre los indios de los archipiélagos hacia comienzos del siglo, en la época de los cazadores de focas, que en la actualidad. Ahora, la dificultad de procurárselos hace su acción prácticamente nula. Las borracheras de indios y loberos entremezclados eran frecuentes entonces, como lo revelan los testimonios orales y escritos, pero no hay que olvidar que los indios no podían procurarse alcohol o vino

sino cuando se hallaban cerca de algún establecimiento blanco o campamento chilote. Cuando regresaban a los canales, volvían obligatoriamente a su antiguo régimen alimenticio, pero nadie era testigo de esas fases de sobriedad. Si el alcohol ha desempeñado una cierta función en la dislocación de la comunidad alacalufe, ha actuado mucho menos por las taras fisiológicas que ha podido acarrear que por la seducción que ha ejercido sobre los indios, impulsándolos a aceptar un trabajo contrario a sus hábitos y a sus intereses, o aun a emigrar, con la esperanza de procurárselo fácilmente.

La tuberculosis, como hemos visto, ha desempeñado un papel prácticamente nulo. Por el contrario, los daños que se atribuyen a la ropa y a las frazadas de importación no deben de ser imaginarios. En un país en que llueve 280 días al año y donde el viento sopla casi constantemente, es preferible una simple capa protectora de grasa sobre la piel desnuda y algunos mantos de pieles de animales antes que vestidos todo el tiempo húmedo o empapado. Este vestuario debe de ser responsable de una parte de las afecciones pulmonares.

Pero estos factores tienen poca importancia en el debilitamiento numérico y cultural de los alacalufes en comparación con la sífilis y la emigración, que dependen de dos campos distintos, uno médico y el otro psicológico. Hay varias maneras de desaparecer del mapa de los pueblos vivientes. La desaparición puede efectuarse por fusión con los grupos invasores, o por extinción. Los alacalufes conocieron y conocen los dos procesos, que actúan independientemente, pero cuyos efectos se adicionan. Se pueden trazar las etapas de su acción de la siguiente manera. En las cercanías de 1900 y en los años posteriores, contactos continuados con los chilotes o blancos que, como se supondrá, no representaban a la flor de la civilización, introdujeron toda una serie de cambios en la vida tradicional de los indios de los archipiélagos. Los intereses vitales del grupo se ensanchan o se deforman. Ya no se vuelven únicamente hacia la caza y la pesca. Un mayor número de individuos adquiere herramientas más numerosas, conocidas por ellos desde hacía más de un siglo, y pronto las adquiere la totalidad del grupo. Mientras no se trató sino de utensilios, hubo un simple mejoramiento de la vida técnica. Mas los otros donativos hechos por los loberos a los indios a cambio de su trabajo fueron más graves.

El sentido de un trabajo retribuido en vestuario, en alimento y el alcohol se aprende poco a poco. Al mismo tiempo, nacen gustos nuevos, justamente por esos vestidos y ese alcohol, que son finalmente más dañosos que útiles a los individuos y a la colectividad. Probablemente de este período data también el primer quebramiento de las creencias. Mofas de los loberos y las tripulaciones, conciencia de la ineficacia de las prácticas tradicionales frente a la potencia de los procedimientos de los blancos, restos de la enseñanza de lejanas misiones de Ushuaia y Dawson, desquician las antiguas costumbres. Aun entre los alacalufes, el contacto entre dos sistemas de verdades y valores debilita al más antiguo y engendra una especie de escepticismo, o de vergüenza por lo que se creía tradicionalmente. En la actualidad, las antiguas creencias no están completamente abandonadas, pero un alacalufe se avergonzaría de aludir a ellas en público, de modo que no se habla de ellas sino en privado, en el misterio de la choza.

La sociedad alacalufe empieza a disgregarse. Los hombres son seducidos por un modo de vida que juzgan superior al suyo; las mujeres, por hombres cuya riqueza y poder los acercan a los nuevos seres superiores llegados por los canales. Hombres y mujeres se embarcan de buen grado en las chalupas chilotas, que los llevan a Chiloé, de donde no volverán.

Todos ellos se sienten aún más movidos a partir desde que la vida en los campamentos no es ya lo que era en otro tiempo. Han desaparecido las fiestas y ceremonias. Ya no se usan las pinturas corporales, no hay sino muy raras veces cantos y

mímicas. El interés de los miembros de los grupos se desvía de lo que constituía en otro tiempo la vida misma de la tribu para gravitar únicamente en torno de los lóberos y sus vienes deseables. Muchos niños mueren. Los adultos por un mal conocido. Poco a poco, una especie de desaliento y de resignación se apodera de los alacalufes en toda su plenitud, se resisten a la atracción de lo nuevo mejor que los jóvenes.

Unos veinte o treinta años más tarde, por razones económicas diversas, los cazadores de focas y las goletas desaparecieron o se hicieron muy escasos en los archipiélagos. Se atenuó la conmoción provocada por ellos. El alcohol se hizo raro. Los asesinatos se hicieron menos frecuentes, así como los raptos y las partidas. Pero un mal fue reemplazado por otro. Líneas regulares de barcos, chilenas y extranjeras, que unían Punta Arenas y Valparaíso, emprendieron la ruta de los canales. Los pasajeros y tripulaciones, llenos de piedad por los desgraciados indios, desnudos al viento y bajo la lluvia, se pusieron a distribuirles de todo un poco, utilizable o no. Los indios empezaron a habituarse a recibir por el solo hecho de pedir. La caza y la pesca, que eran, sin embargo, las actividades vitales del grupo, pasaron a un segundo plano, pues eran menos remunerativas y mucho más penosas que la espera del paso de los barcos.

Hacia 1940, el gobierno chileno se alarmó ante la disminución numérica de los alacalufes y, por iniciativa del Presidente Pedro Aguirre Cerda, se dictó una ley de protección de los indios de los archipiélagos. En teoría, se trataba de radicar a los indios en Puerto Edén y de llevarlos poco a poco hacia una vida más civilizada. El primer punto del programa fue fácilmente realizado. Las distribuciones de víveres bastaron para atraer a los indios en torno a Puerto Edén. En realidad, este último remedio fue el golpe de gracia. Intervino cuando los alacalufes estaban ya en plena decadencia, y no hizo sino acelerar el movimiento. Nada cambió en el modo de construir las cabañas, pero estas se hicieron cada vez más sórdidas. Las pieles de focas, ahora más escasas, fueron reemplazadas por viejas telas de buque, menos cómodas. La higiene se hizo más deplorable. Lo que antes hacían el viento, la lluvia y los continuos traslados en favor de la limpieza de la choza, no fue reemplazado por nada. En adelante los indios vivirían amontonados en camastro en una horrible promiscuidad. En una misma choza, cuyo diámetro mayor podría tener 3 metros, viven dos o tres familias con sus perros, es decir, una decena de seres humanos y una veintena de perros. Es fácil imaginar lo que pueden llegar a ser las enfermedades venéreas u otras en semejantes condiciones. La inactividad de los hombres y las mujeres es casi total y su resistencia a la enfermedad disminuye correlativamente a la falta de trabajo. Ya no hay ceremonias. salvo en el caso de enfermedades graves o muertes, los contactos con lo sobrenatural no sirven ya de gran cosa. El blanco lo proporciona todo y responde a todo. El distribuye productos prefabricados. Las gentes, amontonadas en cabañas más y más repugnantes, terminan de morir, esperando la próxima distribución. Nacen pocos niños. Gran número de ellos muere a corta edad. Los otros esperan la primera ocasión de hacerse adoptar o raptar. No quedan del grupo sino muerte y enfermedad. La esperanza se vuelve por entero hacia el exterior.

Lautaro Edén Wellington. En el plano médico, mientras la población fue nómada, era prácticamente imposible intentar nada para salvar a los alacalufes. Cuando empezó el ensayo de radicación que, en este sentido, hubiera podido ser eficaz, los indios eran aún varios centenares. Un tratamiento masivo sin duda los hubiera salvado de la extinción. Hoy ya no es lo mismo. La acción médica habría sido relativamente fácil en el puesto de Puerto Edén, bien instalado y con una pequeña enfermería. Si fuera ahora emprendida, sería talvez demasiado tardía, y en todo caso, ineficaz por sí sola.

No basta aumentar las posibilidades de vida de un individuo. se necesita, además,

proponerle en género de vida que le sea accesible. Si la vida nómada, tal como era practicaba en otro tiempo, no es ya posible, por la sola razón de que es demasiado fuerte la atracción por otros géneros de vida o en un género análogo más cercano a sus nuevas aspiraciones, o, por el contrario, tratar de expatriarla, de desparramarla y, finalmente, de asimilarla a otros grupos humanos. En lo que se refiere a los indios de los archipiélagos, el gobierno chileno ha tratado siempre de mantenerlos en sus propios territorios, proporcionándoles mejores medios de subsistencia.

Se han ensayado tres sistemas, con fortunas diversas. Hemos visto que se había aplicado con cierto éxito el sistema de la reserva al grupo de los indios yaganes del sur. Contra todas las expectativas, los últimos yaganes se han adaptado bastante bien a su nueva condición de pequeños ganaderos y, como han casi perdido completamente su civilización propia, exceptuando su lengua, es probable que dentro de cualquier pobre estanciero de la costa occidental de la Tierra del Fuego. Hemos visto también que los misioneros salesianos de Punta Arenas habían tratado de agrupar onas y alacalufes en torno a su explotación. La misión fue dispersada. Los indios sobrevivientes reanudaron su vida nómada sin que la experiencia pareciera haber dejado en ellos la huella más mínima. En cuanto a los alacalufes, se intentó una experiencia interesante al amparo de la ley de protección.

Un joven alacalufe de unos diez años, que parecía particularmente despierto, fue enviado hacia 1940 a Santiago, a una escuela de la Fuerza Aérea. La idea consistía en darle una buena instrucción, civilizarlo, y después devolverlo a los suyos, hacerlo jefe de su comunidad, para llevar así poco a poco a los indios, y por intermedio de uno de los suyos, a modificar su género de vida. Los promotores de esta experiencia fueron militares, no psicólogos. Por una extraña aberración, quisieron hacer del muchacho un militar, y justamente en la rama que mejor simboliza el progreso de la civilización técnica.

En 1947, después de 8 años de vida urbana, Lautaro Edén Wellington, según su nuevo nombre, ahijado del Presidente de la República, suboficial mecánico de aviación, desembarcaba en Edén, con un primer permiso de un mes. Llevaba uniforme militar, era perfectamente bien educado y de bella presencia; hablaba en castellano correcto, aunque no había olvidado su lengua materna. Su primera experiencia de pionero de la civilización empezó bajo extraños augurios que no dejaban esperar nada bueno para el porvenir. Lautaro, lleno de afectación, vanidad y suficiencia, parecía profesar la más mortal aversión por los otros indios y aun por sus propios padres. A su llegada, se negó a reconocerlos y no respondió siquiera al tímido buen día que le dirigieron. Por el contrario, los indios, sin rencor por esta actitud que no podía asombrarlos ni apenarlos, sentían por su nuevo jefe una admiración total, que se traducía en una subordinación incondicionada. Por lo demás, hacia el fin de su estadía Lautaro había modificado un poco esa actitud de menosprecio y aversión.

La obra de la civilización empezó al día siguiente de la llegada de Lautaro. Todos los hombres, alineados desde la mañana ante el puesto, aprendieron primero a saludar al jefe unísono, como se practica en el ejército, y después los primeros rudimentos militares: posición firme, marcha al paso, media vuelta, bajo las órdenes de mando rugidas por Lautaro. En seguida, formando filas, con la pala al hombro, se iban al trabajo, que consistía en echar al mar metros cúbicos de barro. Esta ridiculez dolorosa duró algunos días. Después nada. Lautaro casi no salía de su puesto. Al final de su mes de permiso, se volvió a Santiago. La única consecuencia durable de esta primera estada fue el envío al servicio militar de tres alacalufes, y un poco más tarde la partida del hermano menor de Lautaro a una escuela de Santiago.

Lautaro pasó otros dos años en Santiago y durante ese período se casó con una

enfermera. En 1949, regresó sin su mujer a Puerto Edén, designado provisionalmente para ocupar las funciones de radio en la estación que debía dirigir más tarde. Durante cierto tiempo, cumplió normalmente sus obligaciones de trabajo, hasta que, de pronto, una mañana desapareció. En compañía de una mujer alacalufe, Lautaro Edén Wellington, alias Terwa koyo (brazo tieso) había partido en una canoa india.

Esta rebelión abierta, súbita e inesperada señalaba el comienzo de una conmoción, en la que se inmiscuyó la autoridad militar, con su manera propia de considerar los problemas de orden psicológico. Los alacalufes poco a poco abandonaron el puesto de Edén, para unirse a Lautaro, que había vuelto la vida nómada en los archipiélagos. Al mismo tiempo, la Aviación continuaba enviando víveres para aquellos que venían a reaprovisionarse o a radicarse por algún tiempo en Edén. Dos o tres militares -cabos u hombres de tropa- se sucedían cada seis meses en Edén, algunos de mala voluntad, otros incapaces, otro bien intencionado, pero inexpertos en el manejo de los problemas de medicina de urgencia, de higiene alimenticia o de psicología primitiva. Alternativamente, los alacalufes eran maltratados, ignorados o colmados de atenciones que no correspondían a sus necesidades y se desconcertaban con tantos cambios y maneras de proceder. Las incomprendiones y los choques eran, en todo caso, cosa cotidiana entre mentalidades tan diferentes como las de un cabo de aviación y un alacalufe. Los indios abandonado completamente Edén cuando uno de los jefes del puesto se puso sin razón válida a masacrar sus perros, que son el único bien, completamente inútil, por lo demás, al cual se hallan profundamente apegados.

Los alacalufes, cansados, desorientados, se sentían tiranteados entre la autoridad draconiana de un Lautaro, que los explotaba, pero a quien querían, y la facilidad de vida que hallaban en Edén, en la ociosidad y la abundancia relativas. Sin embargo, en Edén, fuera de las distribuciones de arroz, pastas, legumbres secas, leche en polvo, azúcar, no hacían nada por ellos. La ociosidad y la vida sedentaria hacían sórdidas sus condiciones de vida. Los cuidados médicos eran casi nulos. sólo se les dispensaban socorros de urgencia en caso de accidente. en cuanto a los otros cuidados, que podían atacar al mal profundo y real, estaban entregados a la fantasía de un practicante incompetente, si es que había alguno, siempre incapaz de un diagnóstico que se imponía, o a la impotencia de un jefe de puesto que no había recibido ni los rudimentos de la formación indispensable. Mientras se imponía urgentemente un tratamiento sistemático completo anti sifilítico de toda la población, se contentaban con comprar los medicamentos más abigarrados y con amontonarlos sin objeto en la pequeña enfermería. Faltaban los medicamentos básicos y hasta los simples biberones.

Mientras un pequeño grupo, a veces compuesto de algunos individuos solamente vegetaba en Edén, Lautaro y su tripulación formaban cerca de San Pedro una nueva comunidad india que se dedicaba a la caza de animales de piel fina. La autoridad cerró los ojos a la desertión de Lautaro y los dejaron trabajar con los suyos con toda libertad. Después de todo, valía la pena haber intentado la experiencia. La comunidad tenía a su disposición dos chalupas chilotas con sus aparejos, adquiridas probablemente por trueques; algunos viejos fusiles, sus canoas tradicionales y sus innumerables perros, que por esta vez servían de algo. Además de sus dos mujeres regulares, el jefe se adjudicaba ocasionalmente a la mayoría de las mujeres jóvenes del grupo y la vida giraba en torno a intercambios en círculo cerrado y acuerdos con los chilotas de la misma profesión. Las utilidades eran pocas, aun para el jefe y su lugarteniente, que se las embolsicaban de ordinario.

Es difícil dar datos precisos sobre este período de la vida de los alacalufes, pues, fuera de los lóberos, totalmente incapaces de observación y descripción, no había ningún

blanco de testigo. las cosas no dejarían de presentar dificultades. estas serían sin duda resueltas a la manera fuerte, y en cierto número de indios descontentos partieron a trabajar con otro grupo de loberos que tienen su cuartel general en la Bahía Istmus, mucho más al sur. Otros compartieron la suerte de los loberos errantes, y otros volvieron a frecuentar la Bahía Edén. Sin embargo, nunca ninguna queja ni recriminación contra el jefe ni contra los chilotes. Para los alacalufes, esos tres años fueron un período de euforia: libertad de acción reconquistada, retorno a la vida nómada, posibilidad de frecuentar sin restricción a los loberos, siempre listos para suministrarles vino o alcohol a cambio de mujeres o de pieles, todo eso borraba fácilmente en sus recuerdos los malos tratos habituales, su papel de esclavos y aun un salvaje asesinato.

Sin embargo, a comienzos de 1953 se produjo el drama: Lautaro, sus dos mujeres y dos compañeros se ahogaron en Puerto Calceñín, en el estuario del fiordo Baker. Ninguno volvió a escaparse. una parte de los alacalufes volvió a Edén, otros se agregaron a loberos y el resto, dos familias, volvió a la vida de cazadores independientes entre el norte del canal Messier y el Océano.

Hay una solución al problema de la adaptación de los alacalufes, que no ha sido buscada por la parte oficial, sino espontáneamente hallada por una parte de los individuos: la emigración generalmente, sus resultados han sido a menudo catastróficos. Los indios son propensos a contraer enfermedades, especialmente la tuberculosis, apenas instalan en un centro urbano. Por su misma naturaleza, diseminación en el seno de una colectividad ya numerosa, estas emigraciones son difíciles de seguir y se sabe poco de los que han logrado sobrevivir. Los pocos indios que habitan los suburbios de Punta Arenas o de Natales se han asimilado más o menos a las clases más pobres de esos arrabales. La miseria y el alcoholismo son su suerte, y aun cuando haya supervivencia, difícilmente se puede hablar de éxito.

Hay otra clase de semi emigración que parece dar mejores resultados y que finalmente podría constituir la solución definitiva para los 60 indios, más o menos, que han resistido a la diezma de la raza. Varias familias o individuos aislados, otras veces, han ligado su suerte a la de los chilotes taladores de bosques y cazadores, poco numerosos por lo demás, que viven en los canales. Repetimos que estos chilotes tienen un género de vida muy cercano al de los indios nómades. Originarios de Chiloé, aproximadamente a 700 kms. de Puerto Edén, los chilotes parecen pertenecer al mismo grupo humano que los alacalufes. No obstante, contactos más antiguos, primero con los araucanos y después con los españoles, les habrían permitido adquirir un género de vida mucho más evolucionado. esta asimilación por intermedio de los chilotes podría ser la mejor, y es la que elige espontáneamente cierto número de alacalufes.

Desgraciadamente los chilotes de los archipiélagos representan casi siempre a los inadaptados de su grupo, a los que no han triunfado en sus islas y que vienen a intentar aventura más lejos, fuera de todo control y compulsión. en estas condiciones, la asimilación a menudo se torna de catástrofe, y actualmente les está prohibido en principio a los loberos venir a Puerto Edén. Sin embargo, la fusión de los dos grupos es inevitable y puede ser deseable. pero no tendría sentido sino en la medida en que unos y otros pudieran encontrar en Puerto Edén no solamente víveres, sino también rudimentos de instrucción para los hijos y sobre todo los cuidados y tratamientos médicos que se imponen.

Capítulo Cuarto

El tipo humano

1. Descripciones y medidas

Documentos históricos y prehistóricos. La primera pregunta que se formula en América del Sur al etnólogo que se ocupa de los Fueguinos es esta: ¿De dónde vinieron estos hombres? A menudo se considera que, a causa de su reducido número, de su modo de vida tan diferente al de las otras poblaciones amerindias y a su situación como el grupo humano más austral del mundo, los fueguinos deberían estar dotados de un origen especial. En el hecho, este privilegio de origen exclusivo no parece justificarse: los fueguinos tienen ciertamente afinidades con otros grupos sudamericanos. en Chiloé, y probablemente en otros lugares también, se pueden hallar semejanzas muy marcadas con los yaganes y alacalufes, pero ninguna deducción de comunidad de origen podría formularse en el estado actual de nuestros conocimientos. Es evidente que muchos problemas antropológicos no podrán tener solución: las observaciones actuales llegan demasiado tarde y todo ensayo de generalización tropieza con límites infranqueables, si quiere mantener su objetividad.

Los documentos antropológicos proporcionados por la prehistoria postglacial son aún inexistentes. Las osamentas más antiguas recogidas durante la campaña arqueológica 1952-53 acusan a lo sumo uno o dos miles de años y no presentan rasgos diferentes a los de las poblaciones actuales. La morfología primitiva del grupo sigue siendo aún inaprensible¹⁹.

¿Podremos fijar con mayor exactitud la fecha del establecimiento humano en el extremo sur? Ciertamente esas mismas excavaciones arqueológicas han permitido comprobar que el hombre apareció en la falda oriental de la Cordillera, después de que la Patagonia fuera liberada de la última glaciación, es decir, hace 10 ó 12 mil años. La Patagonia oriental presentaba en esa época características geográficas muy diferentes de lo que so hoy: vastos lagos glaciales recubrían espacios hoy continental o reemplazado por conjuntos marinos internados en la precordillera, como los senos de Otway, Skyring y Última Esperanza. Las aguas, tanto lacustres como marinas, han sufrido variaciones de nivel. En las altas terrazas de estos antiguos lagos se encuentran las huellas más antiguas de la vida humana, y se halla, en las terrazas medianas y bajas, hasta llegar a las playas actuales, toda la sucesión de las culturas que se escalonan desde los comienzos del postglacial hasta los actuales nómades marinos. ¿Se trataba, durante esos 10 ó 12 milenios, de los mismos tipos humanos de nuestros días, es decir, de los antepasados directos de los antiguos fueguinos, tanto yaganes como alacalufes? Es bien difícil responder. durante el postglacial se han producido varias oscilaciones climáticas que han determinado avances y retrocesos del bosque y, en consecuencia, notables modificaciones en las condiciones de la vida humana en el extremo sur. El clima se ha modificado hasta una condición óptima para volver en seguida a condiciones más duras y actualmente, de toda evidencia, han evolucionado hacia un clima más seco. Las poblaciones que han ocupado el suelo de la Patagonia austral sudoriental han seguido las fluctuaciones del medio. Ellas fueron, sin duda, poblaciones de nómades, cazadores en las riberas de los antiguos lagos glaciales, y después, cuando estos lagos se comunicaron con el Estrecho, se alimentaron principalmente de la fauna marina. se ha podido establecer con cierta

¹⁹ Cf. Préhistoire de Pagonie, por J. EMPERAIRE y A. LAMING (en preparación).

precisión la evolución de su cultura material, pero no ha podido exhumarse ningún documento antropológico.

Parece que los indios, en cuanto nómades marinos, poblaron los territorios de los Archipiélagos del Oeste en una época más reciente. Mientras toda la Patagonia sudoriental, desde Río Gallegos hasta el Estrecho, y más allá del Estrecho hasta la Tierra del Fuego oriental, y un poco más tarde una parte de los archipiélagos del extremo sur, se liberan progresivamente de los hielos, los archipiélagos occidentales estaban aún bloqueados bajo una espesa caparazón de hielo que desapareció verosímilmente en el momento del óptimum climático. se puede sustentar, como hipótesis de trabajo, por lo demás sujeta a revisión, que la población humana de los archipiélagos no fue posible si no en una fecha que no debe ser anterior al quinto milenio antes de nuestra era.

Parece dudoso que haya habido hombres en el extremo sur antes de la última fase glacial. Si no fuera así, habría que descubrir los lugares privilegiados en los cuales las huellas del hombre no hubieran sido arrastradas por la formidable extensión de los hielos que cubrieron en seguida la Patagonia austral, esos hielos cuyos restos son tan perfectamente legibles y nítidos, que permiten seguir todas las fases del retiro glacial.

Cualquiera que sea el problema de los orígenes, el tipo humano que tenemos que descubrir aquí es el actual. En un segundo plano, el tipo prehistórico tiene que ser descubierto todavía y el propio tipo histórico es aún mal conocido. Los documentos relativos al origen de los restos humanos que se conservan en los museos, y a la agrupación a la cual pertenecen, son imprecisos. Por lo demás, las sepulturas alacalufes son escasas, pues en la mayoría de los casos los cadáveres eran arrojados al mar. Las que subsisten están cubiertas por las turberas o escondidas bajo el denso bosque magallánico. Como ningún signo las delata, se necesita, en verdad, un concurso de circunstancias excepcionales para descubrirlas. Sólo son accesibles las sepulturas en grutas pero a menudo han recibido la visita de los loberos chilotes, que las destruyen sistemáticamente.

Si nos fundamos en los textos de los antiguos navegantes, el tipo humano histórico tampoco puede ser mejor determinado. Los pocos testigos de la vida de los indios desde comienzos del siglo XVI, no los describen sino de una manera vaga. Todos concuerdan en hallarles una estatura "mediana" o "pequeña", una vez olivácea; en calificarlos de "raquiticos", de "miserables", de cuerpos "mal proporcionados". Sólo Ladrillero y Drake se dieron cuenta de su musculatura poderosa y de su asombrosa fuerza física.

El tipo actual. Casi todos los alacalufes vivientes fueron examinados desde el punto de vista médico por el doctor Robin, quien tomó los datos antropométricos. desgraciadamente, esos datos, que se refieren a unas pocas decenas de individuos, no pueden tener valor estadístico. En consecuencia, los promedios obtenidos deberán corregirse con un cierto coeficiente de inexactitud.

El tipo alacalufe actual es bastante uniforme. Su talla es un carácter distintivo: en los hombres adultos, las tallas más comunes varían entre 1 metro 54 y 1 metro 58, siendo las medidas extremas 1 metro 63 y 1 metro

51. La estatura media de las mujeres adultas está comprendida entre 1 metro 44 y 1 metro 46. Sin embargo, son frecuentes las tallas de 1 metro 41 y los extremos son 1 metro 44 y 1 metro 47. Entre las medidas más antiguas efectuadas con cuidado, hay que citar las tomadas por el doctor Coppinger en 1879, en 8 hombres que encontró en el Canal Trinidad. Ellos tenían como talla extrema 4 pies 10 pulgadas -es decir, 1 metro 48- y 5 pies 3 pulgadas - es decir, 1 metro 60-, y el indio de mayor estatura encontrado en los mismos

parajes en el curso de la expedición, medía 5 pis 3 pulgadas, o sea, 1 metro 63.

El rasgo más saliente de la constitución de los alacalufes es la robustez y la anchura del tronco. Además, una espesa capa de tejido adiposo subcutáneo y una musculatura muy fuerte contribuyen a dar esa impresión y a atenuar la estrechez de las ancas. En cuanto a los hombres, el diámetro biacromial, es decir, la amplitud de las hombros contaba entre los dos acromiones, o extremidad ósea de los omóplatos, se escalona con regularidad entre los dos valores extremos: 32.3 cms y 39.2 cms., con una frecuencia particular de los valores alrededor de 36 y 37 cms. La misma medida en las mujeres tiene por valores extremos 29.9 y 36 cms., con predominio de los valores que oscilan entre 33.5 y 34.5 cms.

El tronco macizo, sostenido por una fuerte armadura ósea de los hombres y del tórax, contrasta con las piernas gráciles y cortas, aunque bien musculosas. Esta desproporción no llega, como se dice a menudo, hasta la deformidad, que por lo demás, se explica por las largas estancias de inmovilidad en la canoa o en la choza. La relación entre la longitud del tronco y de los miembros inferiores es bastante estable en los hombres, con un valor mínimo de 52.3 y máximo de 54.7 y una frecuencia media de 53. este mismo índice se escalona en las mujeres, sin frecuencia notable, entre 51.2 y 56.3. La curva que resulta de este índice no representa sino un máximo ligeramente más elevado que los valores comprendidos entre 53.5 y 54.5, siendo 51.3 el valor mínimo registrado.

Lámina VII

16. Madre e hijo

Lámina VIII

17. El transporte del niño 18. Juegos infantiles 19. Niños desnudos en la nieve

Los brazos, largos, son notablemente musculosos, lo que proviene del manejo continuo del remo. Las manos cortas y anchas están deformadas por ese trabajo: la palma está apergaminada, cubierta de callosidades, de cicatrices y en las arrugas unas grietas siempre difíciles de curar a causa del frío y la humedad. Los dedos carecen de agilidad y tienen siempre alguna dificultad para juntarse. Los pies son cortos y anchos, con empeine elevado y saliente y talón protuberante. Los dedos de los pies están recurvados, son cortos y abiertos con un pulgar bien desprendido, que sirve a veces de órgano de aprehensión. La bóveda plantar está aplanada, lo que da a los indios la marcha que los caracteriza. Como los pies están siempre desnudos, su epidermis es extremadamente gruesa, resistente y surcada de tajos. Las articulaciones tienen una gran soltura, que permite al pie amoldarse a superficies irregulares o fuertemente abombadas. La articulación es bastante móvil como para permitir al indio encucillarse, con la planta del pie reposando de plano sobre el suelo, así como para darle una gran agilidad en el escalamiento de farellones escarpados.

Salvo raras excepciones, la adiposidad localizada es inexistente entre los hombres, pero, en condiciones de vida normal, la adiposidad general es fuerte y a veces aun excesiva. Aun cuando los rasgos faciales reflejan una cierta delgadez, el abdomen, el pecho y la espalda están abundantemente provistos de tejido adiposo subcutáneo: el rodete periumbilical puede permitir ampliamente un pliegue de 10 cms. en cuanto a las mujeres, una vez adultas, adquieren un aspecto pesado y sin gracia, que no hace sino acentuarse

con la edad y conducir a una esteatopigia moderada. En las asentaderas, en el vientre, en las rodillas, en los muslos, en las caderas, presentan enormes panículos adiposos. Los niños, igualmente, a pesar del estado de semi miseria fisiológica de la mayoría, están sujetos a una adiposidad pronunciada que conservan al crecer. Su abdomen es hinchado y sus músculos se relajan, se comprueba a menudo un ensanchamiento en la base inferior del tórax. Hacia los 9 ó 10 años, el abdomen llega a ser más amplio y suelto.

La tez del rostro de los indios alacalufes es de un amarillo pardo más o menos oscura. Las variaciones individuales son numerosas y la gama de pigmentación muy extensa, desde los tonos fuertemente atezados hasta el pardo liso y llano. El resto de la piel es levemente más claro. Todos tienen la frente estrecha, los pómulos muy pronunciados y el maxilar inferior forma un rodete saliente bajo la piel. La línea dorsal de la nariz es a menudo cóncava, la punta redondeada, ligeramente respingada y gruesa. La raíz nasal forma una depresión profunda, las aletas son anchas y elevadas obre el plano horizontal. La boca es grande y los labios, voluminosos, crasos y remangados. Los ojos son café oscuro. Su coloración no presenta mayores diferencias individuales. Con frecuencia entre los adultos es poco pronunciada la oblicuidad de los ojos.

Casi todos los niños, en grados diversos, presentan el pliegue mongólico acompañado de una sensible hinchazón de los párpados. Este carácter se atenúa con la edad y entre los adultos no se lo comprueba sino en muy pocos casos. En muchos hombres y mujeres, el borde de los párpados está marcado por una inflamación purulenta que forma una franja sanguinosa. El hecho es citado muchas veces en los relatos de los navegantes de los siglos pasados y esta enfermedad generalizada parece ser consecuencia de las largas estadas en las cabañas llenas de humo. Los trastornos de la visión no parecen ser muy numerosos. En la mayoría de los alacalufes jóvenes, a menos que se trate de lesiones accidentales, la visión es normal y los reflejos a la luz son vivos. En un niño de 8 años, el reflejo pupilar era perezoso y sus dos pupilas eran de dimensiones desiguales. Todos los trastornos de la visión comprobadas son particulares a los viejos, es decir, a los hombres y mujeres de cincuenta años y más, a los cuales es preciso agregar un caso de senilidad precoz en un hombre de menos de 30 años. Entre todos los alacalufes de edad, sin excepción alguna, se notan reflejos perezosos, una acuidad visual atenuada o reducida y en tres casos, ceguera completa. El arco senil, esa zona blanca circular que rodea la córnea de los ancianos, es muy marcado. El cristalino llega a ser más o menos opaco, en un lado o en los dos. En muchos casos, entre viejos y jóvenes, descubrimos nubes de la córnea, desigualdades en el contorno pupilar, pupilas asimétricas, a veces ovaladas. Una mujer presentaba un orificio pupilar en vías de desaparición. Otra mujer, fallecida a consecuencia de un ictus hemiplejico, estaba afectada de una desintegración purulenta del globo ocular. Otra, que además, presentaba lesiones cutáneas y óseas debidas a un accidente sifilítico, tenía los dos ojos atacados por una oftalmía purulenta que término del mismo modo.

Es interesante mencionar algunas cualidades físicas que forman parte de la personalidad y son, a la vez, datos antropológicos. Los alacalufes no padecen de vértigo. Al lado del Puerto de edén hay dos pilotes metálicos de unos cuarenta metros de altura, que sostienen a las antenas de radio, terminando en una pequeña plataforma con claraboya, que avanza bastante hacia el vacío. Cuando divisan el humo de un buque, en el canal Messier, a seis millas de su campamento, todos los hombres y los niños se instalan en racimos sobre las plataformas, para comentar el acontecimiento. Esta misma seguridad de sus gestos se observa, igualmente, cuando escalan acantilados a pico sobre el mar, y a veces verticales, para buscar nidos de cormoranes. Otro de sus caracteres físicos es su resistencia al frío, particularmente al agua helada. Aun en pleno invierno, cualquiera que

sea la temperatura, los enfermos rompen el hielo para bañarse. Las mujeres en la pesca hacen lo mismo. Por el contrario, hombres o mujeres no son buenos nadadores, por lo menos en cuanto al estilo de natación, pero su resistencia es buena, mejor entre las mujeres que entre los hombres. A éstos no les gusta sumergirse y no lo hacen sino en caso de necesidad absoluta, por ejemplo para ir a buscar a una foca que ha muerto a algunos metros de profundidad. Las mujeres, en cambio, bucean con facilidad y permanecen bajo el agua el tiempo necesario para llenar un canasto de mariscos, a veces a una profundidad de 8 metros.

A pesar de la pequeñez de su talla, el indio alacalufe posee un equilibrio de formas que hace de él un hermoso tipo humano, dotado de una musculatura superior a la normal, ágil y resistente. El cuerpo femenino es más desarmónico; sus formas se engruesan después de la primera maternidad, pero su fuerza física y su resistencia son igualmente desarrolladas. Tanto entre los hombres como entre las mujeres, el envejecimiento es rápido y las fuerzas declinan de una manera brutal.

El cráneo y la dentición. Como las demás observaciones, el estudio de los diámetros craneanos no se ha referido sino a algunas decenas de individuos. Por ello es imposible llegar a conclusiones estadísticas definitivas. Sin embargo, para no proporcionar en el marco de este estudio los datos individuales, hemos establecido algunos promedios, que mencionaremos aquí a título de indicación.

Los valores del índice cefálico²⁰ oscilan entre varias unidades, según se trate de hombres adultos, los valores más frecuentes giran en torno de 76, pero hay una notable proporción de valores comprendidos entre 76 y 79, con una proporción débil, pero no desdeñable, de braquicéfalos. Si se comparan estas medidas, tomadas en vivo, con las que son suministradas por los cráneos supuestamente alacalufes, bastante numerosos en los museos de Santiago, se encuentra en los dos sexos una marcada tendencia a la mesocefalia. Ningún índice supera 81 y la proporción de dolicocefalos llega a un tercio de los casos. Más todos estos últimos datos podrían estar falseados en la base. En efecto, todos los cráneos recogidos en diversos sitios de los archipiélagos y de la Tierra del Fuego contienen indicaciones insuficientes o poco claras, relativas al grupo al cual pertenecen. La mayoría de estos cráneos proviene de la antigua misión de la isla Dawson, donde enterraban entremezclados a onas y alacalufes y aun después a algunos blancos. El valor antropológico de estos documentos está, pues, sujeto a caución y es preferible no hacer el estudio de estos cráneos sino cuando su identidad sea conocida en forma precisa. Si nos atenemos a esta exigencia, se pueden extraer de los documentos esteológicos las siguientes características comunes:

- existencia en los cráneos masculinos de una fuerte glabella redondeada y saliente, que alcanza hasta las crestas orbitales desbordantes, como una especie de moño que forma una protuberancia saliente y rugosa en la base del cráneo e inserciones musculares muy marcadas; estas características están atenuadas en los cráneos femeninos;

- frontal aplanado, con gran desarrollo de los lóbulos posteriores, y a menudo lo alto del cráneo en ojiva aplanada;

- maxilar inferior robusto con un rofete angular muy marcado;

- arcada alveolar en herradura;

- gran abrasión de los dientes, a veces gastados hasta la raíz, con presencia de numerosas caries y mal posiciones notables, incisivos superiores mesiales cavados en forma de pala en su cara interna.

²⁰ Recordemos que el índice cefálico es la relación entre la anchura y la longitud máxima del cráneo multiplicada por 100. Se llama dolicocefalos a los individuos que tienen un índice inferior a 76, mesocefalos a los que tienen un índice comprendido entre 76 y 81, y braquicéfalos si este índice supera 81.

Un pequeño número de denticiones son sanas y normales, marcadas a veces por una abrasión considerable y caries aisladas. En gran número de casos, las caries forman un verdadero galón y afectan a todos los dientes. Se observa, además, un gran número de mal posiciones de los incisivos y los caninos -las mal posiciones de los molares son menos frecuentes-, dientes distróficos, raquíuticos o multi tuberculados, dientes manifiestamente más voluminosos que sus homólogos, la midrodoncia de los incisivos inferiores, caninos situados entre dos premolares y premolares muy reducidos. En numerosos casos, los incisivos superiores están ahuecados y ensanchados en forma de pala. El último molar tiene una erupción tardía, y a veces falta totalmente o aparece sólo en la mandíbula. En cuanto a los niños, no están exentos de cabalgamientos o mal posiciones de sus dientes de leche y en algunos casos faltan uno o varios incisivos. El desgaste de la primera dentición es del mismo tipo que el desgaste de la segunda.

La pilosidad. La distribución de la pilosidad entre los alacalufes es notable, sobre todo por el contraste entre la cabellera y el resto de la cara y el cuerpo. sus cabellos son abundantes, espesos y lisos, de sección circular, sin ninguna tendencia a rizarse. Su color es un negro más o menos intenso, con un reflejo castaño más claro que suele presentarse en las mujeres. La línea de implantación de los cabellos comienza muy abajo sobre la frente y en las sienes se une a las cejas, lo que da a los indios una frente particularmente baja, estrecha, completamente enmarcada de pelo. La calvicie no parece existir nunca y la canicie, siempre parcial, no aparece sino en ciertos casos, únicamente entre los ancianos varones, en quienes una débil fracción de los cabellos se pone blanca, pero conservando su tiesura. En los hombres, la barba es escasa, desparramada y localizada en los extremos del labio superior, en la parte media del labio inferior, en el mentón y a veces en las sienes. los alacalufes se pasan depilándose el rostro. He aquí por qué parecen completamente lampiños. Usan, actualmente, el pelo corto, aun las mujeres, que se lo cortan imitando a la moda europea. Sólo después de largos viajes unos y otras llevan, como en otro tiempo, la cabellera larga y caída.

En cuanto al resto del sistema piloso masculino, su estilo se hizo utilizando una escala de referencia conforme a la pilosidad media de los indios, que es muy débil. Entre los hombres, la pilosidad de las axilas es muy discreta, pero los individuos completamente desprovistos de ella, son una excepción. La pilosidad pubiana es más abundante, aunque es poco densa y tiene una extensión uniforme en todos los adultos: los pelos pubianos se prolongan hacia arriba en una línea fina. En el resto del cuerpo, en proporcione que varían según los individuos, se nota una pilosidad muy reducida, localizada en los antebrazos, en la faz antero-externa de las piernas, y a veces en la región lumbar y del sacro. En todos los casos, lapilosidad de un alacalufe calificada de abundante correspondería, bajo otras normas, a un individuo de pilosidad muy escasa.

En las mujeres, la diposidad corporal es prácticamente inexistente. Salvo dos excepciones, en las cuales un vello ligero se prolonga en la región del cuello y de la espalda, a lo largo de la columna vertebral, las mujeres no tienen en el cuerpo otros pelos que los muy escasos de la región pubiana. En esta parte del cuerpo, un tercio de las mujeres son enteramente lampiñas. La pilosidad de las axilas, aun insignificante, es la excepción (sólo un quinto de los casos examinados). La cara no tiene nunca pelos, salvo, a veces, un vello muy sutil en la comisura de los labios. Sólo dos mujeres tienen escasa patillas vellosas que llegan hasta el lóbulo de la oreja y un ligero vello repartido sobre el rostro.

La pigmentación. Acaso más significativas que la pilosidad como carácter racial son las manchas pigmentarias que se advierten entre los alacalufes. Hay que señalar, a este respecto, primero las amplias superficies de piel muy fuertemente pigmentadas, indiferentemente en los dos sexos, y que, al ser más oscuras, forman un nítido contraste de color con el resto de la piel. Estas manchas pigmentadas, indiferentemente en los dos sexos, y que, al ser más oscuras, forman un nítido contraste de color con el resto de la piel. Estas manchas pigmentadas, bastante extensas, afectan, de preferencia, las regiones lumbar, vulva, escrotal, peniana, la parte interior del brazo, y a veces aun el rostro. En este último caso, son muy pequeñas, semejantes a afélides. Otro género de manchas pigmentadas, lenticulares o puntiformes, de color pizarra, afecta en los dos sexos a la cara interna de las mejillas (habitualmente a la altura de los molares), la cara interna de los labios o aun su borde descubierto, el paladar y a veces la campanilla. Los niños muy jóvenes, y sólo dos o tres adultos, están exentos de ellas. Entre los adultos, la intensidad de color y la densidad de estas manchas pigmentarias bucales parece aumentar con la edad.

Otra especie de pigmentación, la de la esclerótica, afecta a la mayoría de los individuos adultos, hombres y mujeres, bajo forma de rayas parduscas, más o menos difusas, pero acentuadas, que llegan a veces a formar un velo café uniforme, que puede extenderse hasta el iris. A veces también estas rayas son reemplazadas por manchas de contornos precisos, igualmente pardas. Como la pigmentación bucal, la pigmentación ocular es a menudo bilateral, pero no simétrica. Aún los niños la presentan en gran proporción.

En los recién nacidos se nota la mancha pigmentaria congénita en la región sacrolumbar. Ella tiene color azul pizarra, más nítido siempre al nivel del surco inguinal. La cloración de esta mancha se atenúa con la edad. Niños de 30 meses la tenían tan visible como a su nacimiento. A los 5 años, esta mancha era perfectamente reconocible, pero no fue nunca comprobada en niños de más edad. Como se produjeron pocos nacimientos en el curso de nuestra misión, no es posible determinar si todos los alacalufes nacen con la mancha mongólica así localizada, pero todos los niños muy jóvenes la tenían, dispuesta de la misma manera.

Los grupos sanguíneos. Una de las características antropológicas más interesantes que presentan los alacalufes es su pertenencia global al grupo sanguíneo O. Desgraciadamente, los estudios sobre la repartición de los grupos sanguíneos entre los diferentes grupos del extremo sur no son suficientemente sistemáticos. No obstante, parece que el grupo O sea la característica predominante de estos grupos. La proporción de 100% en el grupo es la prueba de una homogeneidad, de una estabilidad bastante rara en una población humana. No se puede, sin embargo, hablar de la exclusión sistemática de todo elemento extraño. En el pasado, los alacalufes se mezclaron con los otros grupos fueguinos, y, actualmente, continúan mezclándose con los chilotos que frecuentan los archipiélagos. Se puede así pensar que la distribución de los grupos sanguíneos en las poblaciones del extremo sur, incluso las de los elementos autóctonos de Chiloé, está marcada por un fuerte predominio del grupo O.

Prácticamente, ninguna infiltración blanca se ha producido entre las poblaciones chilotas, ni entre los alacalufes, al contrario de lo que sucedió entre los onas, tehuelches y yaganes. La población chilota, por razones sociales, desde la colonización de la Patagonia y la Tierra del Fuego, ha sido mantenida al margen de la población blanca. Por eso conserva cierta homogeneidad y una cierta pureza de sus rasgos raciales. Por el contrario, en el extremo sur, los colonos blancos han dejado numerosa descendencia en las poblaciones indias de la Tierra del Fuego, entre las cuales vivían de manera más o menos estable. Por eso se encuentra onas y yaganes actuales una fuerte proporción de grupos no O. Las últimas determinaciones de grupos sanguíneos de un cierto número de fueguinos,

onas y yaganes tuvieron lugar a comienzos de 1946. En lo que concierne a los 20 onas examinados, puros y mestizos, el predominio del grupo O es evidente (14 casos). En este grupo, no había más que 5 individuos de ascendencia ona pura y los 5 pertenecían al grupo O. Los otros tenían, en el mayor número de casos, una madre ona- que a veces era también mestiza- y un padre de raza blanca. De los 40 yaganes examinados, puros y mestizos, 31 pertenecían al grupo O. Lo mismo que entre los onas, los individuos de ascendencia yagana pura, es decir, 20, pertenecían al grupo O²¹. En 1930, Rahm había efectuado las primeras identificaciones serológicas entre los yaganes. En 33 individuos examinados por él, halló 30 casos de pertenencia al grupo B y solamente 3 al grupo O. Durante cierto número de años, su opinión fue retenida y se vio en este hecho un caso curioso de mutación serológica en una población enclavada en medio de grupos humanos, cuya pertenencia dominante al grupo O no ofrecía la menor duda. El error de Rahm es manifiesto y, sin duda, se explica por un descuido en la dosificación de los sueros.

Las infiltraciones blancas fueron mínimas entre los alacalufes, cuyo territorio se encuentra aún sustraído del imperio de la colonización. Sus grupos sanguíneos han sido determinados mediante sueros suministrados por el Instituto Pasteur, de París y luego por el Hospital San Vicente, de Santiago, y, por último, fabricados en Edén, a partir de la sangre de tres sujetos pertenecientes a los grupos A, B y O. Cualquiera que fuese en suero empleado, no se practicó ningún examen sin previo control. Todos los alacalufes puros, sin excepción, pertenecen al grupo O. Sólo una mujer de tres años, nacida de una madre alacalufe (grupo O) y de su padre de raza blanca, pertenece al grupo A, así como sus dos hijos actualmente vivos, un niño de 8 años y una niña de dos meses, cuyos padres respectivos son del grupo O.

¿ En qué medidas la presencia exclusiva del grupo O en una población puede servir para determinar su origen y su antigüedad? Los datos serológicos recogidos sobre los amerindios son aún demasiado dispersos y no pueden fundar una respuesta a este problema capital de la antropología sudamericana.

2. Observaciones médicas

Los exámenes no han revelado entre los alacalufes ningún trastorno funcional del sistema digestivo. Entre los adultos, el abdomen es suelto; entre las mujeres que han tenido hijos, está vetado de venas. En todos los casos observados, tanto en los adultos como en los niños, raras veces el hígado es normal, salvo en un quinto, más o menos, de las mujeres, y un tercio de los hombres. En los otros casos, el hígado está hipertrofiado y se desborda a menudo de algunos dedos por debajo de las costillas falsas. Es, a menudo, doloroso a la presión de su consistencia es dura e irregular. La hipertrofia del bazo no se encuentra sino en los niños. Los niños de los dos sexos, salvo algunos casos aislados, presentan las mismas anomalías que los adultos, tal vez más acentuadas.

Las deficiencias del sistema ganglionar de los adultos aparecen más o menos en un quinto de los casos, en estado agudo de adenopatía importante, localizada, en los casos examinados, en los ganglios inguinales, axilares y servicales. En otros casos existen cicatrices numerosas de fístulas antiguas. La casi totalidad de los alacalufes, hombres o mujeres, estaban afectados en el momento del examen de microadenopatía, generalizada o circunscrita a ciertos territorios.

El examen del aparato circulatorio de los alacalufes adultos muestra dos cosas: la

²¹ Ver: Prof. LIPSCHUTS, MOSTNY y Dr. ROBIN: The Bearing of technic and genetic conditions on the blood groups of the there fuegian tribes; Am. J. Phys., Anthropol. N. S. V. 4, Nº 3, sept. 1946.

posición de la punta del corazón está en el quinto espacio fuera de la línea mamelonal más o menos en $\frac{3}{4}$ de los casos. En algunos casos esporádicos, se halla en el cuarto espacio y en los demás en el sexto, a excepción de un caso, en que estaba situada en el séptimo espacio. La auscultación revela una gran proporción de trastornos orgánicos, en más de una mitad de los casos: soplos diastólicos y sistólicos anormales diversamente localizados, posibilidad de insuficiencia aórtica y de estrechamiento mitral en algunos casos. Los mismos trastornos se observan, y en las mismas proporciones, entre los niños.

La medida del ritmo cardíaco no presenta, sin duda, sino un interés mínimo cuando se trata de niños. En efecto, entre éstos, las medidas provocan a veces una aceleración de origen emotivo, y algunos de ellos se hallaban en estado febril. Entre niños cuya edad varía entre 7 y 12 años, las pulsaciones son de 57 a 90 por minuto. Entre las niñas de la misma edad, el ritmo es mucho más rápido, de 77 a 105. En los hombres, el ritmo cardíaco es extremadamente lento: en la mitad de los casos, es inferior a 60 pulsaciones por minuto (de 40 a 58), y en la otra mitad, está comprendido entre 60 y 70 (con excepción de 3 casos, en los cuales era superior a 70). Entre las mujeres, más de la mitad tiene un ritmo que va de 70 a 92 pulsaciones, y la otra mitad de 55 y 68.

La tensión arterial máxima en más de la mitad de los casos está comprendida en los adultos entre 11 y

12.5 - en un cuarto de los casos, está comprendida entre 13 y 13.5 y en el otro cuarto, entre 14 y 14.5. Las cifras que indican la tensión femenina son muy diversas: un poco más de los $\frac{2}{5}$ de los casos están comprendidos entre 9.5 y 11.5, un poco menos de $\frac{2}{5}$ entre 12 y 12.5 y $\frac{1}{5}$ entre 13 y 16, que es el valor máximo, registrado en una anciana de 60 años, afectada de osteomielitis gomosa sifilítica. En los niños de ambos sexos, la tensión máxima se escalona de 7.5 a 10.5 .

El aparato pleuropulmonar de los alacalufes no ha revelado al examen sino un funcionamiento perfectamente normal en la casi totalidad de los casos. Los signos anormales constatados, tales como silbos, estertores bronquiales, murmullos vesiculares no indicaban sino indisposiciones pasajeras sin mayor gravedad, a las cuales los alacalufes están sujetos en todo tiempo: traqueitis, bronquitis crónicas más o menos difusas. Periódicamente, sobre todo durante el invierno, estallan epidemias de particular virulencia que afectan severamente a todo el campamento. A los primeros signos de fatiga, los indios se niegan a alimentarse, a ir a buscar leña y descuidan a los niños: todos se ponen o son puestos en un estado de debilidad fisiológica y depresión moral. Amontonados en sus cabañas heladas, son víctimas de un contagio cierto y rápido. Cada una de sus epidemias se salda con la muerte por neumonía de algunos de ellos.

En cuanto al estado actual de la tuberculosis pulmonar entre los alacalufes de Edén, sobre 25 hombres adultos examinados, sólo 8 tuvieron una reacción positiva de la tuberculina (7 reacciones normales y 1 reacción débil), y sobre 28 mujeres, hubo 5 cuti-reacciones positivas (4 normales y 1 débil). Todas las cuti-reacciones sobre niños fueron negativas. Sólo tuvieron 1 reacción positiva los indios que habían vivido o vivían de una manera habitual con los loberos chilotes y con blancos. Un sólo indio, de más o menos 28 años, sufría de una desviación de la columna vertebral al nivel de la primera vértebra lumbar, desviación que era ciertamente de origen tuberculoso.

Con sólo una excepción, se nota en todos los alacalufes un esqueleto normalmente constituido, y aun en numerosos casos una armazón poderosa. Sólo algunos niños tienen una constitución más bien grácil en un ligero ensanchamiento en la base del tórax, que no es, sin duda, una secuela de raquitismo. Un niño de 8 años está dotado de un esqueleto anormalmente robusto, con huesos macizos y anchos. Con su cara lunar y una adiposidad de tipo femenino, es de tipo hipotiroideo. Más, bajo el examen, la impresión general que

dan los alacalufes es bastante satisfactoria desde el punto de vista de su constitución ósea. La encilladura lumbar que presenta un cierto número de ellos, aunque bastante pronunciada, no parece tener mucha importancia. Las mujeres son en general el tipo hipotiroideo e hipo-ovárico. Entre mujeres y hombres los músculos y ligamentos abdominales son poco resistentes.

Los casos de hernia no son raros. Esta debilidad de la pared abdominal parece ser un rasgo, común no sólo a los alacalufes, sino también a los chilotes. Ha podido observársela durante intervenciones quirúrgicas a las cuales son sometidos los conscriptos de Chiloé, que por lo demás, presentan una delgadez anormal del peritoneo²².

En todos los alacalufes, se notan, además de una multitud de llagas activas debidas a cortaduras y piodermatitis, numerosas cicatrices debidas a enfermedades o a antiguos accidentes. Entre las primeras, las más frecuentes son huellas de piodermatitis generalizadas, principalmente en el tórax, en la región lumbar e inguinal, en las piernas; huellas de impétigo del cuerpo cabelludo y de la cara en los niños y en dos mujeres jóvenes y un joven, cicatrices de adenopatía bacilar tuberculosa que han provocado un adelgazamiento de la piel, formando un importante bloque fibroso subyacente. En tres mujeres, se comprueban cicatrices de abscesos al pecho. Las otras cicatrices son las de llagas banales, de cortaduras, especialmente en las piernas, de lesiones producidas por el rascarse debido a la sarna y a los piojos, de las múltiples incisiones curativas localizadas en lo alto del tórax y el cuello. Se pueden notar algunas cicatrices más importantes de heridas graves entre los hombres, provocadas por arreglos de cuentas; entre otras, una vasta cicatriz abdominal y otras dos en el omóplato. Una mujer y un niño han sido víctimas de graves cortaduras hechas con vidrios de botellas depositados en la playa y con un hacha. En el primer caso, hubo sección de los ligamentos del pie, y de la mano en el segundo, provocando en uno y otro una lesión funcional. Existe igualmente un buen número de cicatrices de mordeduras graves de nutrias o de perros, que llegan hasta el seccionamiento de las últimas falanges. Quemaduras enormes han provocado cicatrices en la espalda, los miembros y el tórax. Estas quemaduras se han producido por caídas en el fuego de la choza durante escenas de ebriedad o en estados de náusea producidos por intoxicación aguda de tabaco. Estas llagas, que se notan sobre todo en las mujeres, pueden tener una superficie de tres palmas y aun más. Su supuración fue largo tiempo combatida por lavados y aplicaciones húmedas de corteza de canelo. La cicatrización debió ser muy lenta y formó después un engrosamiento vetado de la piel que se ve más o menos adherente y modificada. Una mujer murió a consecuencia de sus quemaduras. En cuanto a las quemaduras menores, han sido ocasionadas por accidentes más normales. Se observó un solo caso de fractura de miembros: una antigua fractura de cuello del fémur, que data de una decena de años, en un hombre de 30 años. La inmovilización debió de ser larga y los cuidados, nulos. Actualmente el miembro está en ligera rotación externa, con acortamiento y atrofia muscular del muslo. La articulación de la cadera conserva, sin embargo, toda su movilidad.

Los exámenes del aparato génito-urinario permiten comprobar en un gran número de indios accidentes sífilíticos antiguos o actuales y sus consecuencias, así como casos evidentes y numerosos de blenorragia aguda: 4 casos entre hombres jóvenes y por lo menos otros tantos entre mujeres. 2 niñas pequeñas de 5 y 8 años estaban afectadas de leucorrea gonocócica, adquirida probablemente por el contacto con objetos infectados,

²² Comunicación personal del Dr. Retamal médico militar en Punta Arenas.

frazadas o vestidos. casi todas las mujeres examinadas estaban afectadas de leucorrea abundante. Un solo caso de fibroma, del grosor de una naranja, se comprobó en una mujer de unos 40 años. Hay que señalar igualmente el estado de desfloración en niñas de 10 a 11 años.

La opinión pública hace corrientemente responsables de la desaparición de la población fueguina a la tuberculosis pulmonar, cuyo desarrollo habría sido favorecido "por el abuso del tabaco y del alcohol", y el sarampión, que habría hecho estragos en las misiones de Ushuaia y de Dawson. La explicación tendría valor si los casos de tuberculosis hubieran sido registrados por una autoridad médica, previo examen de indios enfermos en el marco habitual de su vida. Pero se evita con celo particular hablar de la sífilis como agente de desaparición de los fueguinos, y en particular de los alacalufes. Como no podemos contar con las observaciones anteriores, nos atendremos a las efectuadas por el doctor Robin o a las hechas bajo su control inmediato, durante los años 1946 a 1948. El doctor Robin ha diagnosticado y cuidado un cierto número de casos de sífilis en todos los estados de la evolución de la enfermedad, tanto entre los alacalufes de Edén como entre los loberos acampados en un islote de la bahía o que se detenían allí para someterse a los cuidados del médico. Se conoce perfectamente la red de relaciones sexuales entre loberos e indias y entre los mismos indios y, aunque no hubiera sino un caso evidente y comprobado de lesiones sifilíticas contagiosas, se podría decir de seguro que la enfermedad se ha abierto camino a través de la población nómada de los archipiélagos.

Entre los indios, la sífilis adopta indiferentemente las formas nerviosas, cardíacas o cutáneas. se ha observado un gran número de accidentes sifilíticos en estado de cicatrices o de actividad: chancros, roseolas, placas mucosas, ulceraciones cutáneas, manifestaciones de los caracteres de heredo-sífilis en los recién nacidos, trastornos nerviosos y tabes en los ancianos, y en sujetos en toda la fuerza de la edad y aparentemente resistentes, ictus hemipléjico que produce rápidamente la muerte.

Las cicatrices de accidentes sifilíticos primarios son visibles en cuatro casos, se comprobó un chancro activo primario, así como un acso de accidente secundario, bajo la forma de placas mucosas vulvares extendidas en capa, y un accidente terciario bajo forma de tumores múltiples. En este último caso, la enferma, de más o menos 60 años, presentaba en la pierna izquierda lesiones cutáneas y óseas muy extensas, que recordaban el aspecto de una osteomielitis gomosa, asociada a gomas hipodérmicas. La piel era tenue y reluciente, muy intensamente pigmentada y perforada con pequeños cráteres indoloros, que dan salida a un líquido serogelatinoso. La tibia y el peroné habían engrosado considerablemente. La articulación tibio-tarsiana tenía movimientos limitados y el pie no podía apoyarse sino sobre su cara externa. Lesiones análogas, pero cicatrizadas y menos extensas, se notaban en la otra pierna. Las articulaciones de los miembros anteriores estaban igualmente afectadas: una masa fibrosa ovoidal, muy gruesa, estaba localizada al nivel de la cabeza radial y el antebrazo estaba fijo en semipronación. Después de algunas semanas de tratamiento, las gomas cicatrizaron, pero un año después se declaró una oftalmía purulenta y desapareció un ojo. El otro estaba ya perdido a consecuencia de una lesión traumática antigua. La mujer murió algunos meses más tarde.

Se ha podido comprobar en dos recién nacidos caracteres evidentes de heredo-sífilis que, a pesar de los cuidados, produjeron la muerte al cabo de algunos meses. Otros accidentes, comprobados en un cuarto de la población, por lo menos, deben ser atribuidos a la sífilis hereditaria: atrofia testicular, lesiones cutáneas, ceguera, trastornos nerviosos. se

puede atribuir igualmente a la sífilis y a la herdo-sífilis un cierto número de trastornos múltiples y frecuentes observados entre 1946 y 1948: dolores de cabeza y dolores vagos, especialmente de la cintura; adenopatías aparentemente tuberculosas, pero en el hecho sifilíticas, trastornos cardiovasculares, dolores articulares agudos sin síntomas de reumatismo.

En la mayoría de los alacalufes, los reflejos siguientes, que han sido controlados, son normales: pupilar, rotuliano y aquiliano, estiloradial y olecraneano, cutáneo plantar y cutáneo abdominal. Pero puede suceder que en un individuo cualquiera, que parecía normal, el reflejo rotuliano, por ejemplo, llegue a ser policinético o perezoso, que el reflejo pupilar se debilite o que el cutáneo plantar provoque la extensión. Algunos meses después se produce un ictus hemipléjico súbito, seguido de muerte en uno o dos días. Una mujer de más o menos 60 años presentaba un año antes de su muerte trastornos nerviosos graves señalados por la abolición de un cierto número de reflejos, por una marcha atáxica articular que no permitía sino el desplazamiento en cuatro pies. Un hombre de menos de treinta años, pero que parecía de 50, sufría de ciertos trastornos urinarios concomitantes a la abolición del reflejo cutáneo-abdominal: un año después, moría en tres días de un ictus hemipléjico. Es altamente probable que de los 33 decesos que sobrevinieron entre 1948 y 1953, hubiera otros casos análogos. Y finalmente es bien probable que la mortalidad infantil elevada, la muerte de muchachos y muchachas, la desaparición de adultos jóvenes, la esterilidad de muchos otros tengan igualmente un origen sifilítico. A una gran robustez constitucional se asocia ahora, entre los alacalufes, una fragilidad adquirida, que les será probablemente fatal.

Capítulo Quinto

Técnicas de ayer y de hoy

I. La vida en el campamento

1. El ambiente y la evolución técnica

El primer contacto con los alacalufes trae una sorpresa: la extraordinaria escasez de sus herramientas. La exploración minuciosa de lo que constituye sus medios de acción - la obtención del fuego, los instrumentos de caza y de pesca, la habitación, los medios de transportes, etc.-, no revela sino un conjunto restringido de técnicas que casi no se han desarrollado en el curso de los siglos. El inventario de las técnicas específicamente indígenas se realiza muy pronto: pequeño número de utensilios, indigencia de las formas, ausencia de toda especie de producción artística. Se ordena estrictamente alrededor de las necesidades vitales esenciales. Además de la utilización de los instrumentos tradicionales, por lo demás en vías de regresión, este inventario debe de mencionar diversos objetos de origen extranjero, más y más numerosos, que son el producto de la mendicidad a bordo de los buques de paso o de la recuperación de especies naufragadas.

La enumeración del mobiliario tradicional de que dispone en indio de los archipiélagos corresponde, en sus mismos términos, a las descripciones que se encuentran en las múltiples relaciones de viaje de los cuatro últimos siglos, en el curso de los cuales las tripulaciones de los barcos europeos tuvieron contactos esporádicos con los alacalufes. Acaso, en un pasado más lejano encontraríamos técnicas más variadas y complejas, pero

hasta ahora las investigaciones arqueológicas que han sido practicadas en estas regiones no se han acompañado de una cronología lo suficientemente exacta, que sería la única que podría informarnos sobre la evolución o el estancamiento de las técnicas indígenas.

Aunque poco diversificados, estos instrumentos, sea en su fabricación, sea en su empleo, ponen en juego una serie de técnicas más complicadas de lo que parece a primera vista. Una choza de indios alacalufes, por ejemplo, normalmente construida, nos parece de una simplicidad elemental. Sin embargo, la elección de un sitio abrigado conveniente, la existencia de una pendiente por donde puedan deslizarse los detritus sin bloquear la entrada, las posibilidades de secamiento del suelo, son otras tantas dificultades que resolver. En cuanto a la construcción misma, ella plantea otros problemas: entrecruzamiento de los arcos en forma de cúpula, orientación de las entradas, forma y altura óptimas para reservar el mayor volumen interior y resistir eficazmente al empuje de los vientos, todo eso exige soluciones que, aunque sean elementales, deben de ser precisas. Por el contrario, la especialización de la herramienta y su utilización son extremadamente rudimentarias: soluciones técnicas improvisadas, herramientas sumarias de inmediato rechazadas después de usarlas son frecuentes. Asimismo, los instrumentos son fácilmente múltiples. Por ejemplo, existe un arpón para nutrias, de forma y destino bien específicos, pero también se caza la nutria con el arpón de focas.

Varias causas concurren a determinar esta indigencia de formas. Sería azaroso tratar de descubrirlas en todo su complejidad; más, parece que en el caso preciso de este grupo, el ambiente externo sea una causa importante del retardo en el desarrollo técnico. El ambiente físico en el cual evolucionan los alacalufes es de los más desheredados. Los sitios habituales están reducidos a playas estrechas y pantanosas. Los productos necesarios a la subsistencia de un grupo humano están localizados en la costa y el mar, pues los productos de la tierra no constituyen sino un porte mínimo. El territorio de los archipiélagos es inmenso, rocoso, árido. Los bosques de la costa son impenetrables. La temperatura media, sin ser excesivamente baja, es, sin embargo, difícil de soportar en su uniformidad. El promedio de las precipitaciones es muy elevado y la nebulosidad, compacta y persistente. Es posible imaginar las repercusiones que condiciones tan desfavorables han de tener en un grupo humano.

Por otra parte, el aislamiento geográfico de la región de los archipiélagos es un factor que influye a la vez sobre la homogeneidad de la cultura y sobre su estancamiento, seguida de una regresión que debe corresponder más o menos a la declinación numérica de los alacalufes. Sus contactos con los fueguinos del sur, que vivían en un ambiente tan desheredado como el suyo, no parecen haberlos enriquecido. Ellos podían a veces completar su haber por medio de cambios con los grupos vecinos, especialmente con los tehuelches de las pampas australes, de una cultura material y de una organización social muy diferentes a las de los alacalufes. Según Fitz Roy, los tehuelches proporcionaban a sus vecinos de los archipiélagos capas de piel de guanaco e instrumentos de piedra. Recibían, en cambio, piedras de fuego provenientes de la isla Solitario, situada centenares de millas más al norte, en los parajes peligrosos del Golfo de Penas. Estos intercambios, sin duda, fueron muy limitados. Los contactos continuos de los alacalufes con técnicas más evolucionadas no datan sino de 60 ó 70 años y las adquisiciones que obtuvieron de ellos no condujeron casi nunca a creaciones nuevas.

Los recursos de los archipiélagos excluyen la aparición de ciertas técnicas y limitan el empleo de algunas otras: la alfarería, el tejido y el cultivo no han existido nunca, aunque hayan estado en uso en Chiloé, a donde los alacalufes podían a veces dirigirse. No hay arcilla en los archipiélagos, el clima hace allí imposibles el cultivo y la ganadería, y la producción de fibras que se puedan tejer. Parece, en suma, examinando bien su ambiente,

que los alacalufes, antes de ser reducidos a la condición de mendigos, a la cual se acostumbraron con facilidad, y que parece ser el último estado de su historia han utilizado de una manera bastante satisfactoria los recursos de que disponían.

El medio geográfico predispone al hombre de los archipiélagos a una cierta orientación social y económica. En primer lugar, favorece al nomadismo por pequeños grupos familiares, socialmente independientes. Estos se encuentran a veces en ciertas zonas de campamentos, y viven lado a lado sin otras relaciones que ciertos vínculos religiosos libremente aceptados, que acentúan la solidaridad del grupo en un ambiente de existencia difícil. Pero hay ausencia de autoridad común al grupo entero. Solo el jefe de cada familia decide, según sus intereses o conveniencias. Por otra parte, los productos de consumo están dispersos y son inestables y el marco de vida es exclusivamente insular. De ahí resulta una forma particular de nomadismo, el nomadismo por embarcación en pequeños grupos limitados en número, con una propiedad personal o de grupo reducida al mínimo, pues la única carga admisible en la canoa debe constituir el haber esencial necesario a la subsistencia del grupo embarcado.

La influencia reciente de los blancos ha desequilibrado totalmente el estado técnico al cual habían llegado los alacalufes. Las adquisiciones fueron esporádicas en los primeros siglos y después se intensificaron en la época contemporánea. Desde mediados del siglo XVI, el metal, bajo forma de clavos, zunchos, cuchillos viejos, se introdujo en una población que lo ignoraba por completo. Estos escasos aportes, con los pocos vestidos y objetos de pacotilla que desde los primeros tiempos dieron a los indios, fueron primeramente muy raros. imposibles de renovar, tuvieron por principal resultado crear necesidades y deseos nuevos que no podían satisfacerse sino por el robo o la mendicidad, pero que, en conjunto, no llegaban a enriquecer el patrimonio de la población indígena. En los siglos siguientes, el movimiento se acentuó. Sólo el hacha de metal constituyó para los alacalufes un aporte que, reemplazando y perfeccionando una herramienta que ya existía, se integro de golpe en su vida propia y les permitió ciertas mejoras. Los otros aportes extraños siguieron siendo externos a la vida cotidiana y contribuyeron al abandono de las antiguas técnicas que en otro tiempo habían asegurado la fuerza del grupo contra el ambiente externo. Lo que adoptaron de la nueva civilización no compensó, ni siquiera en el plano estrictamente técnico, la pérdida de su antiguo savoir-faire. ¿Para qué preparar largamente una piel cuando cualquier buque os dará por nada cobertores y trajes usados? ¿Para qué partir con frío y con lluvia a la caza de focas, si el puesto va a distribuir víveres para toda la gente del campamento?

En cada técnica que describamos, nos referimos al punto de vista histórico, tratemos de poner en evidencia el paso entre las técnicas tradicionales y la importación de técnicas extranjeras, las superposiciones, las decadencias, las supervivencias, que forman los aspectos mas interesantes del estudio de la cultura material de los alacalufes.

2. La vida material del campamento

La choza india de los archipiélagos. Las descripciones de chozas indígenas encontradas en la parte occidental del Estrecho, son invariablemente breves e insuficientes. Apenas si se hallan, en los relatos de los navegantes que, sin embargo, cubren cerca de 4 siglos de viajes por los archipiélagos, algunos detalles sobre la habitación indígena.

Ladrillero (1557-58), en el Canal Fallos, vio a los indios extraer de sus canoas cortezas de árboles (que provenían ciertamente de la cabaña que habían abandonado en su anterior campamento), palos delgados que enterraban en el suelo y que constituían todo

el material necesario para construir "los ranchos en los cuales se preservan del agua del cielo y de la nieve". En la isla Campana, el mismo Ladrillero vio cabañas igualmente recubiertas de cortezas de árboles: unas eran cónicas y otras copulares. El corsario inglés Drake (1586-88) vio también en la costa del canal Jerónimo una choza de indios que habían debido huir precipitadamente a la vista del buque. Estaba hecha con palos, recubierta de pieles, y en el interior, había un fuego, baldes de corteza que contenían agua, mariscos y carne de foca. Sarmiento (1579-80) encontró en el sitio en que algunos años más tarde debía elevarse la primera y efímera ciudad española en el estrecho, "una cabaña vacía, baja y redonda, hecha de palos enterrados y recubierta de anchas cortezas y pieles de foca".

La relación de viaje de la Santa María de la Cabeza (1785-86) al Estrecho, contiene la única descripción precisa: las cabañas indias de esta región son circulares; están hechas de estacas, cuyo extremo más grueso es clavado en tierra; son recubiertas por pieles de focas en bruto. Un huyo en el techo permite escaparse al humo, el fuego esta en medio y en torno de este fuego se extiende la cama de ramajes sobre la cual duermen los humanos. La circunferencia de la mayor de las cabañas es de 8 a 10 varas- es decir, 7 a 9 metros- y la altura de 2 varas. El único detalle que no concuerda con lo que conocemos es que no había sino una sola puerta, pero sucede aun en nuestros días que la puerta frente al mar esté tapada con ramajes los días en que el viento levanta demasiado humo en el interior de la choza.

Byron, aún guardiamarina, escapado del naufragio de la Wager, hambriento, en harapos, incapaz de hallar por sí mismo su subsistencia, vivió durante varios meses bajo la choza de unos indios (1741). Estas cabañas, tales como las vio en la región del Golfo de Penas y de la península Tres Montes, estaban igualmente recubiertas por cortes mal unidas, que se adaptaban mal a la armadura, dejando pasar el viento a través de grandes vacíos. Las cabañas indias por las cuales arrastra su infortunio, son circulares; son construidas por las mujeres y tienen dimensiones variables, según la importancia de la familia que cobijan. La armadura está hecha de estacas plantadas en el suelo y después encurvadas hasta la vertical del centro y amarradas con lianas, que las mujeres dividen con los dientes. Esta armadura es recubierta, en seguida, con follajes apretados. El fuego se enciende al medio y la gente se sienta alrededor, sobre ramajes. El humo es incómodo y la mayoría de los indios tiene los ojos enfermos. Cuando el grupo quiere cambiar de campamento, se llevan las cortezas en la canoa, pero la armadura sigue en su lugar. Cuando unos 20 años más tarde, Byron volvió al Estrecho, pero esta vez como comodoro y comandante de una flota, notó solamente que las cabañas estaban siempre edificadas en las cercanías de agua dulce. En la misma época, Bougainville describió las chozas indias del Estrecho como dispuestas en forma de horno.

El P. García Martí es el único misionero que recorrió el grupo de islas situadas al sur del Golfo de Penas y las bocas septentrionales de los Canales Fallos y Messier en busca de indios que debía traer a su misión de Chiloé (1766-7). No encontró sino armaduras recién abandonadas, lo que denotaba en los naturales de estas regiones incesantes viajes, o bien la fuga precipitada ante los recién llegados, pues hasta abandonaron provisiones, "montones de cormoranes medio podridos". El P. García Martí llama a estas cabañas "ramaditas". Estaban recubiertas de follajes espesos, o bien de follajes y pieles de focas.

Los documentos históricos nos enseñan, entonces, que, desde el Golfo de Penas al Estrecho, había ciertas diferencias, sea en la forma de las cabañas indias, sea en los materiales que las recubrían, pieles de focas, follaje o cortezas. Es probable que los indios utilizaran los materiales que tenían a su disposición en el sitio mismo donde establecían su campamento.

La habitación de los alacalufes responde plenamente a las exigencias de su vida nómada, junto con ofrecer la mejor protección contra la intemperie. La cabaña es liviana. Su instalación y su desmontaje son rápidos y fáciles. En su forma, en los procedimientos de construcción y en las materias primas empleadas, se acerca bastante a la que describen los relatos del pasado. Las adquisiciones recientes, que han afectado tanto la vida de los alacalufes, no han influido sino débilmente en su habitación.

Las cabañas, de dimensiones variables según el número de personas que viven en ellas, tienen todo el mismo aspecto, el de una cúpula aplastada de base elíptica. En cada nuevo campamento, si existe una armadura de cabaña que fuera utilizada por otra familia viajera y que permanece de pie, basta consolidarla, reemplazando las estacas quebradas o podridas y rehaciendo las ligaduras, antes de recubrirla con las pieles de foca que cada uno trae. Si la armadura es inutilizable, se construye una nueva con largos puntales rectos y desramados de roble, canelo y saúco. Sobre el emplazamiento elegido, se entierran las dos estacas más largas y robustas, después se recurvan en arco y se amarran por sus extremos. Más o menos a 40 cms. de este primer elemento de armadura, se construye otro exactamente igual. Las dos puertas estarán situadas entre estos dos primeros puntos de apoyo de la armadura, es decir, en los extremos del diámetro más corto de la elipse de base. Las otras estacas son hundidas en el suelo y ligadas a las piezas maestras y, una vez terminada, la armadura aparece formada de dos series simétricas de arcos más o menos aplanados. En cada punto de intersección de las dos series de arcos, una fuerte ligadura de juncos mantiene a las estacas en su lugar. La armadura terminada tiene una apariencia delgada y frágil, pero forma un conjunto rígido que puede, a causa de su forma y de su poca altura, resistir al empuje del viento más potente. Este modo de construcción presenta otra ventaja; una recubierta de pieles, la cúpula aplanada forma un excelente reflector que reparte de manera uniforme el calor del hogar central. Cuando todas las aberturas están cerradas, reina en las cabañas alacalufes una temperatura muy agradable.

Sobre la armadura se extienden pieles de foca que se recubren parcialmente y se amarran a las estacas. El número de las pieles empleadas varía según las dimensiones de la cabaña: de 8 a 10 bastan para recubrir una cabaña normal de 3 metros por 2 y una altura al centro de 1.80 metros. Cuando las pieles disponibles son insuficientes en número- tal es el caso de los alacalufes ahora sedentarios en Puerto Edén-, se las reserva para recubrir solamente lo alto de la cabaña: el contorno es calafeteado como se puede con trapos, ropa vieja, tiras de corteza, planchas de barriles viejos, sacos. Las aberturas para el paso de la gente son muy bajas y estrechas. Hay que entrar doblado en dos. Estas aberturas están cerradas con un cuero de foca o algún saco viejo. Se dispone otra abertura en lo alto de la cúpula para el paso del humo. Esta especie de chimenea está prácticamente tapada con un haz de hierbas o de ramajes. De otro modo, la lluvia, a menudo torrencial, podría apagar el fuego. Ese tapón de chimenea se inflama a menudo, provocando así el incendio de la cabaña.

Cuando la cabaña está terminada, el primer cuidado de los ocupantes es aislarse del suelo impregnado de agua como una esponja. Posteriormente, el suelo, una vez protegido de la lluvia, se seca rápidamente. Este suelo flojo es también muy buen absorbente de los detritus de toda clase que se acumulan en el interior. A excepción de la superficie comprendida entre las dos aberturas, el suelo de la cabaña está cubierto de una espesa capa de ramajes verdes, de preferencia las ramas terminales del roble de follaje muy denso, que aun seco no se deshoja. Los ramajes están dispuestos en capas regulares, en un entrecruzamiento muy preciso, con el lado barnizado de las hojas vuelto hacia arriba, de manera de formar un tapiz sulto, espeso y después de todo confortable. Si las ramas están mojadas, se pasan una por una por las llamas. En todo el contorno de la cabaña, un rodete

más espeso de follajes preserva del aire frío exterior. A cada lado de las dos aberturas se disponen verticalmente haces de ramajes que sirven de apoyo y de acodamiento a las mujeres que ocupan esos lugares. a veces, una piel de ciervo o de foca lanuda cubre la capa de ramajes, pero al poco tiempo es despedazada por los perros. El lugar del fuego está en medio de la choza. Las mujeres ocupan sus lugares a ambos lados de la entrada y los del centro se reservan a los hombres.

En la cabaña no existen acondicionamientos para guardar alimentos y herramientas. Estos, ollas, cajas o barriles, destinados a la cocción de los alimentos, permanecen al lado del fuego. Cada uno mantiene al alcance de la mano, bajo su capa de ramillas o dispuestas entre la armadura de la choza y las pieles que la recubren, sus provisiones personales: los mariscos por cocer, algunos restos de carne de la comida anterior, o el tiesto e agua potable. Los otros objetos se conservan, los de los hombres en una caja de madera, que reemplaza al cofre de cortezas de otro tiempo; los de las mujeres, en el tradicional canasto de juncos de mallas finas y apretadas.

Entre chozas de antaño y las que habitan los alacalufes semi sedentarios de Edén, la única diferencia está en que las pieles que recubrían la cabaña han sido reemplazadas por un amontonamiento maloliente y mojado de ropas y trapos viejos. Ya no son reemplazadas las pieles cuando el calor las ha hecho quebradizas y permeables o cuando están medio devoradas por los perros. Cada choza es ahora habitada durante meses consecutivos. El suelo saturado no absorbe ya los detritus. Sólo las pocas familias que de tiempo en tiempo parten para un largo período de vida nómada tienen cabañas construidas con mucho más cuidado, buscando una protección eficaz contra la intemperie.

Durante sus expediciones de caza de focas, los alacalufes se ven a veces en la necesidad de construirse abrigos provisionales cerca de los roqueríos donde las focas vienen a dormir. Son chozas cubiertas por ramajes espesos. Desde el interior se pueden observar las idas y venidas de las focas, al abrigo del viento y de la lluvia.

En sus juegos, las niñas pequeñas - ellas solamente- construyen chozas reducidas que cubren con ramajes o con fragmentos de telas. Estas cabañas juguetes son demasiado pequeñas para que ni siquiera un niño pueda mantenerse adentro. Las niñas depositan en el interior algunos tizones para producir humo y allí cuecen mariscos. Juegan a la cabaña durante días enteros, y a menudo varios días consecutivos, unas manteniendo el fuego, otras yendo a buscar agua o mariscos, leña o ramillas menudas, copiando el trabajo de las mujeres.

El fuego. El uso de los fósforos químicos ha entrado en la vida actual de los alacalufes. Los piden constantemente a bordo de los buques que pasan y los conservan con una especie de respeto. Mientras la mayoría de los objetos obtenidos por la mendicidad son desparramados en la cabaña, por adelantado destinados a la pérdida o la destrucción, las cajas de fósforos forman parte del pequeño lote de cosas que se guardan en celo. los envuelven en trapos y no los utilizan sino en caso de necesidad absoluta. Por ejemplo, nunca se enciende un cigarrillo sino en las brasas. Los procedimientos antiguos de obtención del fuego han sido completamente abandonados y, cuando se halla lejos de todo campamento o de las rutas del tráfico marítimo, el indio en viaje no puede encender fuego sino mediante su provisión de fósforos. Para preservarlos de la humedad en la canoa, donde nada puede mantenerse en seco, guarda aun en su piel el paquete precioso.

En la cabaña, el fuego se prolonga fácilmente de un día a otro bajo la ceniza. Cada mañana, apenas despiertan, lo reaniman. Cuando se apaga, antes de hechar mano de su provisión de fósforos, el indio pide un tizón a la choza vecina. Con tiempo frío, cuando las

mujeres parten de pesca, se llevan en la canoa algunos tizones, que servirán para encender el fuego en torno del cual se calentarán después de haberse sumergido en el agua glacial. y cuando una familia parte de viaje, lleva también brasas en la canoa. Corresponderá a los niños velar por la conservación del fuego.

Aunque los indios alacalufes hayan adoptado completamente el procedimiento moderno de producción del fuego, en lugares de campamento lavados por días y días de lluvia no es siempre fácil hallar combustible seco que pueda quemar un fósforo. sólo los cipreses secos que han permanecido de pie, pueden suministrar el primer combustible: el interior contiene casi siempre una madera esponjosa y dura, semejante a la yesca, que se enciende fácilmente. Cuando falta esta especie de yesca, se la reemplaza por finas virutas obtenidas raspando, con cuchillo o conchas, un trozo de ciprés muerto, muy seco. Se pueden encontrar también manojos de ericáceas que se han secado al abrigo de rosas a pico, que son inflamables. Con tiempo seco, las hojas verdes de roble pueden servir también de primer combustible.

La leña no falta en ningún lugar de los archipiélagos y los alacalufes mantienen sus fuegos con materias escogidas, que puedan producir sin mucho humo un abundante lecho de brasas. Por eso no vacilan en hacer largos viajes en busca de una madera excesivamente dura y densa, el tepu. Una vez llegada la noche, para tener un fuego que ilumine, queman de preferencia troncos de cipreses.

Más o menos en todas partes, a lo largo de la costa, inmensos paños de bosques han sido incendiados durante los años secos. Estos son, desprendidos del sotobosque inútil, inagotables reservas de leña seca. se utilizan sólo los troncos que se han quedado de pie. Los que han caído de plano sobre el suelo turboso están demasiado impregnados de agua para que puedan servir de combustible. Los bosques incendiados no son un nuevo aspecto de los archipiélagos, pues Machado señala en 1768 que en las costas del canal Bárbara los indios incendiaban los bosques.

En la choza, el fuego mantenido a ras del suelo, entre las dos aberturas. Los troncos por quemar están dispuestos paralelamente al eje menor. Ninguna piedra- es ésta una interdicción estrictamente observada- debe delimitar la superficie del suelo o servir de soporten los diversos utensilios, tarros, barriles o marmitas actualmente en uso. La reserva de leña se desparrama afuera. Los troncos más gruesos y secos se destinan a la calefacción nocturna y al alumbrado. Cuando hace demasiado frío, el fuego arde toda la noche.

A menudo de ha deducido sin mucho fundamento que el hecho de mantener el fuego en la canoa era un medio de calefacción en uso entre los fueguinos durante sus desplazamientos. En realidad, parece bien improbable que dos o tres tizones que se consumen sobre una cama de tierra en el fondo de la canoa puedan producir un calor suficiente. Sólo el que está encargado de no dejar que se apaguen podría llegar a calentarse las manos. Desde que cada indio tiene su provisión de fósforos fácilmente renovable, el transporte del fuego en la canoa no es ya una regla absoluta, pero antiguamente toda familia que se desplazaba llevaba el fuego con ella. Era ese un procedimiento de conservación y no un medio de calentarse durante el viaje. La obtención del fuego por percusión de dos piedras era, en efecto, larga y difícil.

De un gran número de conversaciones y demostraciones sobre los diferentes métodos de producción del fuego, se desprende la certidumbre de que solo el procedimiento de percusión estaba en uso entre los alacalufes. Los testimonios de los más viejos de ellos son formales en este punto. Ellos mismos lo practicaron en casos de necesidad en una época que no es muy antigua. Es bien difícil precisar en qué época fueron abandonadas las piedras de fuego. Ya en 1919, en un cofrecillo de corteza

abandonado por los alacalufes, se encontraron fósforos cuidadosamente envueltos en un pedazo de percala, pero no piedras de fuego²³.

Según el decir de los indios, la pirita de hierro no se encuentra sino en la isla Solitario. Como su nombre lo indica, esta isla está aislada entre un grupo de escollos que avanzan hacia el Pacífico, al sur del Golfo de Penas. El cuarzo que sirve para sacar chispas del pedazo de pirita, se halla más o menos en todas partes de los archipiélagos, pero en gran abundancia en san Pedro. Durante las demostraciones que nos hicieron, el operador se sentaba en tierra y se abrigaba cuidadosamente bajo una frazada vieja que reemplazaba a la capa de pieles de otros tiempos. La materia combustible esponjosa extraída del tronco ciprés, mezclada con plumillas, formaba una bola que se afirmaba entre las rodillas. Entonces golpeaba una contra otra las dos piedras de fuego, pirita y cuarzo, dirigiendo el haz de chispas hacia la bola de estopa. Cuando se llegaba al primer punto de ignición, junto con soplar para prolongar el fuego a toda la masa, el indio tomaba la bola entre sus manos abiertas en forma de copa y con pequeños movimientos reducía su volumen. Poco a poco el fuego se prolongaba entonces rápidamente: el indio ponía en tierra la estopa inflamada y alimentaba el fuego con fragmentos mayores de esa misma madera esponjosa y con astillas finas de ciprés. La demostración ha sido muchas veces repetida por diferentes personas, y no se ha observado nunca ninguna modificación en la manera de proceder.

Ya ningún indio va a buscar las piritas de la isla Solitario. Nadie conserva sus piedras de fuego. ¿Podrían, en caso de necesidad, obtener el fuego de otra manera? No me parece, Para suscitar la contradicción o la aprobación, se intentaron diferentes modos de frotación no suscitó de parte de los indios sino reprobación o entretenimiento.

El método alacalufe de producción del fuego no debió de asombrar mucho a los navegantes, que apenas lo mencionan. Sarmiento vio en manos de los indios "pedazos de silex salpicados de oro y de plata" que les servían para encender el fuego: un indio les hizo la demostración, utilizando plumas en lugar de yesca. Otros dos ejemplos de producción del fuego observados por europeos son referidos por el narrador de la expedición de la Santa María de la Cabeza y por Wallis (1766). Según este último, los indios que acampaban en la isla Rupert obtenían el fuego "golpeando un guijarro contra un pedazo de pirita, manteniendo por debajo, para recibir las chispas, un poco de musgo o de plumillas mezclado a la tierra blanquecina que se inflaba como yesca; tomaron en seguida hierba seca, que era muy abundante en esos parajes y colocando allí el musgo encendido, lo inflamaban en un minuto, agitándolo en el aire". Esta tierra blanquecina que menciona Wallis, bien podría no ser otra cosa que leña descompuesta y seca. Weddel (1822-24) comprobó también la producción de fuego de la misma manera, pero probablemente ente los yaganes, "por choque de un bloque de pirita contra la piedra silicosa, y las chispas eran proyectadas sobre una sustancia que se parecía al musgo y que se inflamaba fácilmente".

A causa de la humedad ambiente, se necesitaba a veces mucho tiempo y esfuerzos para lograr que las chispas se comunicaran a la materia inflamable, pelota de plumas finas y de virutas de leña descompuesta. Cuando se presentaba una dificultad de este género, el indio llamaba al fuego, escandiendo su percusión por medio de pequeños silbidos breves, después de haber barnizado las dos piedras frotándolas con carbón de leña. Esta evocación no ha sido aún olvidada.

La alimentación. El régimen alimenticio tradicional de los alacalufes es casi exclusivamente carnívoro. su base son las ballenas varadas, las focas y los pájaros marinos. Siempre han

²³ Dr. Aureliano Oyazún. Publ. del Museo de Etnología y Antropología. T. 2. 1920.

tenido los alacalufes una inclinación muy marcada por los alimentos grasos. a bordo de la fragata Santa María de la Cabeza, preferían el sebo y la grasa que servían al calafateo del puente a la carne salada que les ofrecían. El pescado y los mariscos han constituido igualmente en el pasado una porción abundante de su alimentación. Las arterias marinas forman la inmensa red tortuosa y desmadejada de los archipiélagos suministran inagotablemente un alimento que, aunque es exclusivamente marino, es muy variado y se hallan todas partes, salvo en las aguas demasiado poco saladas de los fiordos en los cuales se vacían los glaciares.

Las ballenas se aventuran por los canales marítimos y suelen ser sorprendidos por la marea que baja, quedándose en seco en alguna bahía, donde no tardan en morir. El hecho se produce varias veces al año y, si es advertido por loberos o por una familia alacalufe en viaje, la nueva llega rápidamente a Edén, y una que otra familia que no perdido aún su espíritu de independencia, parte silenciosamente durante la noche y se dirige hacia el lugar de varamiento del cetáceo. El campamento se establece lo más cerca posible de la ballena varada y durante tanto tiempo cuando pueda soportar un temperamento de alacalufe, se alimentan de carne de ballena. Después la familia vuelve a Edén completamente transformada: la asimilación debe de ser particularmente rápida y sus efectos duraderos, pues todos se mantienen largo tiempo en estado floreciente. Los niños, en particular, se ponen irreconocibles por la capa de grasa que acumulan bajo la piel. en otro tiempo, al decir de los ancianos, la varadura de una ballena era pretexto de fiestas y danzas para todo el grupo reunido. En tiempos aún más remotos, un banquete análogo que relata el P. García Martí (1766-7), que tuvo lugar en las islas Guayaneco, duró un mes. Dos grupos de indios, probablemente chonos y alacalufes, fiestaron lado a lado y aprovecharon, además, la reunión para saldar una antigua cuenta. Once indios perdieron la vida en la reyerta. El comodoro Byron asistió de lejos a uno de estos banquetes en el cabo Upright: los indios sacaban del animal descompuesto, que difundía pestilencia por los alrededores, grandes pedazos de carne que cargaban en los hombros, llevándola a otro grupo, sentado en torno al fuego a alguna distancia de allí.

El encuentro de una ballena varada es un acontecimiento que se repite de tarde en tarde. la foca es el alimento básico de la alimentación cotidiana, al mismo título que los mariscos. la fijación del grupo de Edén puso fin a este modo tradicional de alimentación. En los años 1946-48, sólo las pocas familias que se negaban a habitar en Edén, o los habitantes de Edén durante sus fugas periódicas, vivían aún exclusivamente de focas y mariscos.

La foca es despojada primero a la vez de su piel y de la capa de grasa adherente, de 2 ó 3 cms. de espesor. En seguida, durante una segunda operación, la grasa s separada de la piel. El hígado, el corazón, los pulmones y los riñones del animal, así como los intestinos, son botados, a causa de una interdicción. Sólo se utilizan la carne y la grasa. Si la caza ha sido abundante, la carne se conserva colgada de un árbol p puesta sobre el techo de la cabaña, hasta que se encuentra en un grado bastante avanzado de putrefacción. cuando el pelo de la cabeza se cae y la piel llega a ser ligeramente verdosa, la carne es considerada buena para el consumo. La cabeza, sobre todo los sesos y la lengua, son un guiso predilecto. La conservación de la carne de foca por acecinamiento es poco practicada, y sólo a imitación del charqui (carne disecada y ahumada) de los cazadores chilotos. Las tiras de carne son entonces enfiladas en varas que se suspenden al lado del fuego hasta la disecación completa. Pero los alacalufes recurren raras veces a este modo de conservación. Prefieren la carne fresca, si los alimentos están faltando, o en estado de putrefacción avanzada. una parte de la manteca de foca, y a veces de delfín, es consumida en estado fresco, cortada en tiras, que se distribuyen a los asistentes: cada uno pasa su

pedazo por el fuego el tiempo justo para que el aceite comience a correr, chupa este aceite y vuelve a calentar el pedazo hasta que el aceite no corra más. lo que queda de la tira de manteca es tragado en seguida y cada bocado se corta con el cuchillo aras de labios. El resto de la grasa es puesto en conserva de una manera tan inesperada como repugnante: se corta en tiras y después en dados, que se acumulan en la cara entera de un trozo de cuero cuyos extremos son en seguida apretados con una fuerte ligadura de liana que pasa por objetillos abiertos con este fin. Se obtiene así una especie de pelota de unos 30 cms. de diámetro, herméticamente cerrada, que van a enterrar en un pantano vecino. Al cabo de cierto número de días, la fermentación ha producido su efecto y la grasa ha sufrido una notable transformación de aspecto, olor y gusto. El balón de grasa permanece suspendido en la choza, difundiendo un olor fétido, y todos, de tiempo en tiempo, le sacan un bocado en el cuenco de la mano. Sin embargo, cuando nosotros vivimos allí, sólo los ancianos y los niños absorbían semejante alimento. Ostensiblemente, los jóvenes se negaban a tomarlo, por lo menos en presencia de un extraño.

Se halla muchas veces en los relatos de los misioneros de los siglos XVII y XVIII, que los indios, chonos

o antepasados de los alacalufes, que vivían al sur del golfo de Penas, consumían, a guisa de bebida, aceite de foca, "del cual vendría el color pálido de esos indios y su olor". El hecho es por lo menos curioso. Parece dudoso que el aceite de foca haya podido servir de bebida. . . El P. Agueros, que es el historiógrafo de las misiones de América del Sur, se ha hecho seguramente eco de alguna leyenda de la época.

En nuestros días, la carne de caza mayor, como la foca, no parece sino raras veces en las chozas de la pequeña comunidad india de Edén. La caza de focas se reduce ahora al arponeo ocasional de algún animal dormido en una playa a alguna distancia del campamento o hallado durante alguna salida de pesca o de recolección de leña. Pero la caza lejana, tal como se practicaba en otro tiempo, está abolida. Sólo dos o tres familias independientes la practican todavía. Por el contrario, los indios de Edén, sobre todo durante el invierno, practican aún la caza del huemul, que se encuentra frecuentemente en los macizos montañosos de la isla Wellington. La carne de este cervídeo es menos apreciada que la de foca.

Sólo cuando se trata de mariscos, cada uno separadamente hace cocer la cantidad que necesita. La carne de foca y de huemul es puesto a cocer para toda la comunidad presente en la choza, es decir, e grupo familiar y sus visitantes. de vuelta de la cacería, la foca es dividida en cuartos por un hombre del campamento; el huemul, caza menor, es cuarteado por una mujer. El repartidor, ayudándose con su cuchillo, sus pies y sus manos, corta y arranca, forma las partes y cada familia envía un representante para recibir la suya. Los pájaros, si hay gran abundancia, son distribuidos a cada familia por el mismo cazador. Si la caza es pobre, se guarda el producto para sí.

En cada choza, la mujer del jefe de familia es la encargada de la cocción del cuarto de carne, que es siempre asado a fuego vivo. La mujer dispone sobre el fuego leños gruesos y secos, después extiende las brasas y clava en tierra, oblicuamente, ramas verdes, para formar una especie de encañado sobre el cual la carne es puesta a cocer. Durante la cocción, la mujer arregla el fuego, da vueltas con la mano la carne quemante, para que todas las partes estén igualmente asadas y vela por que la grasa no se inflame. Si eolleg a producirse, toma un trago de agua y lo proyecta en una red fina y bien dirigida sobre la carne en combustión. La piel blanca y crujiente, toda embebida de grasa líquida t traslúcida, de la cabeza y de las aletas son los pedazos apreciados que pertenecen de derecho al jefe de familia. La cabeza de foca no es puesta al fuego sino después de haberle sacado el hocico y los bigotes.

Una vez cocida, por lo menos superficialmente, la carne es dividida y repartida entre los asistentes, miembros de la familia o extraños, y cada uno, después de haber comido las partes cocidas según su gusto, cocina el resto a su manera. Una vez satisfecho, guarda el resto fuera del alcance de los perros, en los ramajes de la choza, encima de su sitio habitual. Después de eso, cada uno se duerme.

Las aves, quetros y cormoranes, son desplumadas de una manera muy sumaria. Se arrancan primero las grandes plumas y las otras que puedan sacarse fácilmente. El vello fino impermeable que recubre el cuerpo de estos pájaros es quemado en las llamas y lo que queda es rascado con conchas. Los muslos son despojados de la misma manera de sus plumas cortas y ásperas como escamas. En seguida, los pájaros son abiertos completamente por una incisión longitudinal, vaciados de sus entrañas y empalados en trozos de madera sobre las brasas. Se los comen casi crudos. Una simple asadura superficial es suficiente y el interior está a menudo tibio todavía. El hígado y las mollejas se cuecen separadamente.

El pescado ocupa sólo parte insignificante en la alimentación de los indios de Edén, que parecen haber renunciado de una vez por todas a la pesca. Sólo aprovechan del regalo cuando un banco de sardinas se ha varado en la playa. En otro tiempo, gracias a tranques para peces, los alacalufes atrapaban en gran número robalos y pejerreyes. En algunos de sus antiguos campamentos, capas arqueológicas enteras están formadas por detritus de peces de gran tamaño, lo que debía corresponder a un período climático diferente del actual. En nuestros días, esos tranques no son ya mantenidos y no son visitados sino por las contadas familias que continúan llevando una vida nómada. En Edén, la pesca no es ya sino una distracción de niños, que atrapan cerca de la playa pequeños peces voraces que se dejan tomar sin anzuelo, únicamente con un pedazo de choro amarrado a un hilo. Así como lo hacen con las ratas o pajarillos, los niños asan al pescado apenas lo han cogido.

Los mariscos, principalmente cholgas y choros, son el alimento cotidiano. En la choza, fuera de toda otra ocupación, se pasa el tiempo en hacerlos cocer en la ceniza caliente, a la orilla del fuego. La señal de que están cocidos es dada por el chorro de vapor que sale de las conchas depositados en las cenizas, con la abertura hacia arriba. El músculo adherente a las valvas es separado con la uña o con un pedazo de concha, y el interior del molusco se lo zampan casi hirviendo con un sonoro chasquido de lengua. Las manchas -patelas de gran tamaño- constituyen una golosina. Se comen crudas el mismo día de la pesca y cocidas al día siguiente. Las pasan unos instantes por las brasas, justo lo suficiente para que el molusco, de consistencia gomosa, se separe de su concha de un papirotazo. La palabra que designa al pulgar viene, por lo demás, de esta función: athales okar, lo que sirve para sacar a la macha de su concha. Todas las variedades de mariscos, exceptuando a las machas y a los erizos, se comen cocidas al fuego. Bajo los ramajes que les sirven de cama, las mujeres guardan siempre una porción disponible de cholgas y de choros.

La carne de los animales cazados por la piel, la nutria y el coipú, sirven también de alimento. La carne de la nutria es particularmente nauseabunda, pero el mal olor desaparece en parte una vez cocida. En la primavera austral, de noviembre a febrero, los huevos y los pájaros nuevos en los nidos son muy abundantes. En otro tiempo, y en nuestros días en medida menor, los alacalufes se alimentan casi exclusivamente de ellos durante este período. Tienen preferencia por los huevos empollados, cocidos en la ceniza, después de haber agujereado la cáscara. Sirven también de alimento ocasional los grandes gusanos blancos que viven entre la corteza y la leña de los árboles secos. A causa de su sabor ligeramente azucarado, son una golosina muy buscada.

Los niños son sometidos muy pronto al mismo régimen alimenticio que los adultos.

Desde su primera edad los padres les humedecen los labios con grasa tibia de foca, y más tarde, cuando pueden chupar y tragar alimento sólido, les ofrecen pedazos de tocino aceitoso y blando o mariscos. Los niños muy pequeños comparten estos alimentos con el seno materno y, en caso necesario, con el de una abuela, hasta la edad de 3 años, más o menos.

En los relatos históricos y en las tradiciones magallánicas siempre se dice que los indios de los archipiélagos comían carne cruda. No es ésta sino una aproximación, pues los mismos navegantes señalan que comen la carne pasada por el fuego. Sólo Wallis (1766) relata que un indio devoró crudo un pescado de pies a cabeza. Actualmente los alacalufes no comen carne rigurosamente cruda. Siempre la pasan por el fuego y la hacen sufrir, por lo menos por fuera, un comienzo de cocción. Es probable que lo mismo sucediera en el pasado. En 1599, Simón de Cordes y Sebald de Weert pasaron cerca de 9 meses en el Estrecho presa de las peores dificultades. Tuvieron, pues, muchas veces la ocasión de notar las particularidades de la vida indígena. Un día la tripulación capturó a una mujer y sus dos hijos. "Ella era de estatura mediana, de color rojizo, con un gran vientre colgante, un aire feroz, el pelo corto hasta las orejas; en el cuello, conchas de caracol y en la espalda una piel de ternero marino, amarrada bajo su garganta por una cuerda de tripas. El resto del cuerpo estaba desnudo, sus pechos le colgaban. Tenía la boca grande, las piernas torcidas y los talones muy largos. Como ella no quería comer carne cruda, le dieron los pájaros que estaban en la canoa. Les sacó las plumas más grandes, después los abrió con conchas de choro, cortando primero detrás del ala derecha, después por encima del estómago y al final entre los dos muslos. En seguida, los limpió, botó la hiel, las entrañas y el corazón; pero tomó el hígado, lo pasó por el fuego y lo comió tan crudo todavía, que la sangre le corría a lo largo de los labios. Después de eso, sacó el buche, lo volvió del revés, raspó el interior dos o tres veces con ramillas y, después de calentarlo un poco, se lo comió. Desgarró con sus dientes el resto del pájaro, mordiendo adentro de tal manera que la sangre le corría sobre los senos. Los niños hicieron lo mismo y devoraron a las aves crudas. Una era una niña de 4 años. El otro no tenía más de 6 meses. Sin embargo, tenía ya muchos dientes y comía solo (?). Esta extraña comida se desarrollaba con aire muy serio, sin que la mujer sonriera por nada del mundo, a pesar de las risas de los marineros. Después de comer, se enclauilló, sentándose sobre los talones, en la postura de una mona, mirando más o menos de la misma manera. Para dormir, se replegó como un montoncito, tan bien que las rodillas le tocaban el mentón, mientras sostenía a su hijo menor entre los brazos con la boca pegada al pecho".

La alimentación vegetal es muy reducida y depende de las circunstancias o de las estaciones: el apio silvestre, las callampas, de sabor un tanto agrio y fresco, se comen sin preparación, en el sitio mismo en que se encuentran. A partir de enero, cuando las bayas empiezan a abundar por todos lados a lo largo de playas y terrenos pantanosos, las mujeres salen de cosecha. Casi ninguna de esas bayas es dulce, excepto el calafate (*berberis buxifolia*), poco abundante en los archipiélagos, pero que suele encontrarse en ciertas playas bajas y arenosas en los rincones menos expuestos. Es un arbusto espinoso, que forma parte del paisaje de estepa de las pampas, pero, transportada por los pájaros, su semilla ha germinado en todos los sitios favorables de los archipiélagos. Produce unas bayas de un negro violáceo muy jugoso, azucarado y de gusto exquisito. Los frutos del michai (*berberis ilicifolia*) son semejantes a los del calafate, pero secos e insípidos. Una pequeña baya rosada de agradable perfume, producida por una mirtácea rampante (*myrteola nummularia*), que vive entre los musgos de los pantanos, es muy apreciada por los indios. La chaura (*pernetya mucronata*) es una ericácea de follaje punzante que se encuentra en abundancia en las orillas de los estuarios de los ríos. Las bayas que produce

tienen el tamaño de una cereza silvestre, bastante agradable al gusto, con un ligero sabor de almendras amargas. Los indios las consumen en pequeñas cantidades cada vez, y sólo después de haber pasado por las llamas las ramas cargadas de frutas, a fin de defenderse, dicen, de las propiedades muy laxantes de estas bayas. Algunas otras plantas de la familia de las ericáceas y de las mirtáceas producen bayas, pero los indios generalmente no las cogen. En las playas más abrigadas crecen el grosellero silvestre, cuyos racimos llegan a madurar hacia el mes de marzo, el fruto lobulado del canelo, cuyo sabor acre y quemante es intolerable; los frutos de la fucsia, los brotes del tenío, de sabor resinoso. Los alacalufes consumen también, tal cual, las flores carnudas y crujientes del copihue (*philesia buxifolia*) y, a principios de la primavera, los báculos nuevos de los helechos. Este conjunto constituye la lista actual más o menos completa de las bayas y frutos diversos que el verano austral proporciona a los habitantes de los archipiélagos.

El autor de la relación del viaje de la Santa María de la Cabeza señala que, además del apio silvestre, los indios "comían sus raíces cocidas a fuego como papas". Por otra parte, el teniente Kirke, compañero de Fitz Roy, señala en los archipiélagos la existencia de patatas silvestres (*wild potatoes*) que crecen en cada bahía, por encima del nivel de las altas aguas, entre el apio silvestre. se puede dudar de que la papa, cultivada en Chiloé, pueda crecer en los archipiélagos. Debe, pues, de tratarse, en las dos citas precedentes, de las raíces rizomatosas de ciertas hierbas canas. Pero actualmente los alacalufes no hacen caso de este vegetal, como tampoco de dos especies de algas con que se alimentaban en otra época: una laminaria de gran tamaño, el cochayuyo, (*durvillea utilis*), y una pequeña alga verde laminada, el luce, que son el alimento tradicional de los habitantes de Chiloé. Durante los siglos pasados y tal vez hasta época reciente, estas dos especies de algas eran consumidas crudas por los habitantes de los archipiélagos, con una clara preferencia del cochayuyo, "esas grandes hierbas que crecen en las rocas, en la resaca, y que parecen colas de culebra", según la descripción de Ladrillero.

No hemos mencionado aún la bebida de los alacalufes. No existe otra que el agua del río vecino o, a falta de río, el agua siempre teñida de marrón que se junta en un hoyo cavado en la turbera, cerca de la cabaña. De día y de noche, los indios absorben a cada instante grandes cantidades de agua. Se pasan sin cesar los tarros de agua que antes contuvieron aceite mineral, y que están siempre en reserva en un rincón de la cabaña.

Gracias a los recuerdos de los antiguos, es fácil descubrir las modificaciones recientes introducidas en el régimen alimenticio de los alacalufes. Estos recuerdos se remontan, con exactitud bastante grande y con todas las precisiones útiles, a los años 1910 ó 1920. Las expediciones de cacería de pieles en los archipiélagos empleaban entonces un numeroso personal repartido en cuadrillas, que acampaban durante varios meses al lado de las playas de estacionamiento de las focas. Los indios se unían a los trabajadores chilotes y los ayudaban con habilidad y eficacia en su trabajo de cacería y preparación de cueros.

Las novedades de esa época eran sobre todo el alcohol, el vino y el tabaco, suministrados en abundancia por las goletas que volvían del puerto libre de Punta Arenas. Un día, tal vez hacia 1925, una embarcación cargada de barricas se despanzurró en la costa. En poco tiempo llegaron los indios al lugar y mientras duraron las barricas, duró la orgía. Los indios cuentan la aventura con una euforia y lujo de detalles que no se han debilitado desde ese tiempo: toda la tribu se emborrachó perdidamente, hasta los niños chicos. Cuentan que hasta los perros, participando de la ebriedad general, se pusieron a beber. Hubo batallas y varios ahogados. Al remover estos recuerdos, con más de un cuarto de siglo de antigüedad, toda la cabaña entra en una alegría desacostumbrada.

20. Alacalufe sobre el puente de un navío

21. Alacalufes de visita a bordo de un navío

Lámina X



22. Kostora y su nieta, hacia 1930 23. Tcefayok enfermo, con frente vendada con una trenza de cuero

Por unos vasos de alcohol o de vino, que los loberos distribuían, por lo demás, liberalmente, los alacalufes estaban dispuestos a proporcionar mano de obra gratuita, aun a cambiar sus pieles de foca y de nutria que les servían de vestidos, y hasta sus mujeres. Pero, en manos de los chilotes, el alcohol no dura mucho, y no parece que su consumo haya tenido otras consecuencias que escenas de ebriedad más o menos repetidas y acompañadas, como de costumbre, por reyertas, muertes violentas y ahogados. Los indios catalogan de buenos y malos a los capitanes o patrones de las goletas loberas de ese tiempo, según su liberalidad en la distribución del alcohol.

Cuando declinó el comercio de cueros de foca, los indios se quedaron prácticamente privados de alcohol, y no pudieron ya procurárselo sino de una manera ocasional cuando los cazadores de pieles que trabajaban por su cuenta, como se hace en nuestros días, podían adquirirlo a bordo de los buques en tránsito a cambio de su mercadería. Tal era para ellos el medio de atraer a los indios a sus ranchos, para quitarles las mujeres o algunos muchachos que les servían después de marineros, o aun para robarles sus capas de nutrias de gran valor, a cambio de una botella de alcohol de mala calidad. Desde esa época, los alacalufes han conservado un apetito inquietante por el alcohol, que con tantas dificultades podían procurarse. Hacia 1846, sin embargo, no se abrían atrevido a proponer a bordo de los buques un cambio de wadchacay por pieles finas. Tanto viejos como jóvenes se contentaban con pedirlo tímidamente y casi siempre sin resultado a los hombres de la tripulación. En 1953, los jóvenes tenían ya sus conocidos entre las tripulaciones y negociaban clandestinamente sus pieles a cambio de alcohol. Los alacalufes que viven con los loberos comparten definitivamente la suerte de éstos. Algunas veces, después de un año de vida muy dura, todo el grupo vuelve a negociar las pieles en el boliche de Río Verde, en la costa oriental del seno Skyring y todos se beben íntegramente las ganancias en dos o tres días, para volver, acabada la última botella, a su chalupa, con sus perros y algunos víveres, y volver a comenzar una nueva etapa de nomadismo y de caza. Esta experiencia del alcohol es un hecho relativamente reciente. En el curso de la historia se ha referido a menudo (Wallis, Sarmiento, Vargas y Ponce) que se ofrecía a los indios vino o alcohol y que, después de probarlo, lo rechazaban.

Cuando se empleaban con los loberos, los alacalufes bebían a cada instante del día, a falta de alcohol, café de higos y de avellanas tostadas y comían las "galletas" compactas cocidas bajo la ceniza. Por lo demás, la alimentación de los loberos era idéntica a la de los indios, y consistía en productos del mar, carne de foca y mariscos, a los cuales se agregaban algunos productos de caza, y, en su tiempo, huevos. Los alacalufes eran sus proveedores.

Hacia 1940, cuando el decreto presidencial de protección a los indios empezó a ser aplicado, el régimen alimenticio se modificó sensiblemente. Sobre todo los productos de la caza y de la pesca - éstos en menor medida- llegaron a ser alimentos complementarios de los que no se podía, es claro, prescindir, pero dejaron de ser los alimentos básicos. Los productos de la pesca, sobre todo los choros y los erizos, que tenían un justificado renombre de finura y que gozaban de gran demanda a bordo de los barcos, se convirtieron en artículo de cambio. Cuando los víveres eran distribuidos con abundancia y regularidad, los indios no salían de pesca sino cuando se preveía la llegada de algún buque. Esto llegó a ser una especie de costumbre establecida, y los comandantes de naves, a veces chilenos, pero más frecuentemente extranjeros, hacían una escala especial en Edén para aprovisionarse de choros y cholgas pescados por los indios. En cuanto a la caza, se convirtió para ellos en una especie de deporte, en una diversión contra el aburrimiento y la inacción forzada, sobre todo para los antiguos, que se acomodaban más difícilmente que las jóvenes a una estabilidad y seguridad alimenticias, que debían pagar ahora, sin embargo, al precio de su libertad. De tiempo en tiempo, después de haber economizado en las distribuciones de víveres un saquito de arvejas y un poco de café, alguna familia de alacalufes abandonaba el campamento silenciosamente en plena noche y desaparecía por meses en los archipiélagos.

El alimento otorgados los alacalufes es adquirido por el puesto de Edén a base de un presupuesto especial de 100.000 pesos (de 300 a 50 mil francos, según el cambio), que permite adquirir un stock abundante de víveres, más que suficiente, constituido en gran parte por legumbres secas, arvejas partidas, fréjoles, lentejas, arroz, chícharros, pastas, porridge, azúcar y a veces leche en tarros para los niños, y de tiempo en tiempo un poco de harina. Se le han proporcionado sólidas ollas de hierro al mismo tiempo que alimentos, pero las ollas han sido puestas rápidamente fuera de uso y han sido reemplazadas por grandes latas de conservas provistas de un mango de alambre. Para obtener el alimento cotidiano, los indios tienen que estar presentes en Edén y tienen que prestar pequeños servicios en el puesto, tales como ir a buscar leña, cortarla, traer mariscos, a cambio de un pequeño suplemento de alimentación.

Cada mujer viene a recibir su ración y prepara de inmediato la comida en la choza. La comida consiste en llenar de agua el recipiente, bidón o marmita, en echar adentro el alimento, aunque sea suficiente para varios días y en dejar hervir todo a fuego rápido, agregando agua para compensar la evaporación. El azúcar es el condimento adaptable a todos los guisos. Cuando el plato está cocido, o se lo considera tal para satisfacer la general impaciencia, el alimento es repartido entre todos los habitantes de la choza, incluso los visitantes, en latas viejas o en platos de hierro enlozados marcados con el timbre de las diversas compañías de navegación. Sirviéndose, a guisa de cuchara, de una concha de choro recogida al azar en el suelo y limpiada a dedo, todos comen en silencio y con gravedad. Los perros, ansiosos y hambrientos, van de un plato a otro, arriesgándose a los bastonazos cuando lamen el de algún niño sin defensa. El alimento sobrante se conserva en latas que cuelgan, por precaución, de los puntales de la choza.

La llegada del recipiente para cocer los alimentos, ollas o latas viejas de conservas que ocupan su lugar, así como la distribución casi gratuita de víveres nuevos, es la única

revolución que se ha producido en el régimen alimenticio de los alacalufes. El uso de alimentos hervidos no se aplica, por lo demás, sino a estos productos extraños a los archipiélagos. Más, aquello que en todos los tiempos el mar o la tierra proporcionan a los alacalufes, sigue siendo consumido según la usanza tradicional, cocido al fuego o crudo, según los casos, pero nunca hervido. Los alacalufes no aceptan comer carnes o mariscos hervidos sino cuando tienen que compartir la comida de europeos o de loberos chilotos.

Cuando los alacalufes disponen de un poco de harina, hacen con ella galletas a la manera chilota. Arrastran siempre, de un campamento a otro, una artesa para amasar, tallada con hacha en un tronco de árbol, regalo de los loberos o robada en sus ranchos. Ahí los indios amasan la harina con agua tibia, hasta obtener una galleta consistente, aplanada, que cuecen bajo la ceniza, pues, a causa de un tabú, no pueden cocerla sobre la arena de playa sobre la cual han encendido un gran fuego.

En la medida restringida y sujeta al azar, cada paso de buque significa para los indios de Edén un apreciable suplemento de alimentación, pan, carne, fruta destinada a los niños, pero de la cual los adultos se aprovechan también. El fruto más apetecido es la manzana. Los indios se llenan de manzanas cuando pueden obtenerla. Los barcos de pasajeros, no pueden casi ofrecer a los indios sino los restos de la comida del día. Por el contrario, las escalas de los barcos de guerra o de los buques de carga extranjeros, que pasan más raras veces, pero cuyo personal es más curioso y está menos adaptado al espectáculo, dan lugar a generosas distribuciones de víveres o aplanturosas comidas a bordo, de las cuales se aprovecha toda la comunidad indígena de Edén. La repartición es forzosamente desigual, pues se tiene más consideración por las caras acomodaticias y más generosidad por los que saben pedir mejor. Pero en el campamento se efectúa la igualización y cada uno tiene su justa parte en la opulencia general, tanto en víveres como en cigarrillos finos, jabones y otros artículos.

Toda hora es buena para comer. Al despuntar el día, sin salir de las pieles, ropas, frazadas viejas y sacos que la recubren, la mujer alacalufe estira el brazo y pone en orden brasas y tizones, a menos que el fuego haya sido mantenido toda la noche, si ésta ha sido excepcionalmente fría. De todas maneras, lo más a menudo en la mañana el fuego arde aún bajo la ceniza. Cuando el calor empieza a difundirse en la choza, los dormidos salen de su somnolencia, cada uno saca de debajo de los ramajes de su cama su provisión de mariscos y los pone a cocer. El tarro de agua pasa de mano en mano y todos beben en abundancia. Después de estirarse, rascarse y, por fin, despertarse, todos ocupan en torno al fuego la posición sentada. Si al día debe pasarse en la inacción y la alimentación es suficiente, el tiempo se divide entre comer y dormir, en la propia choza o de visita en las chozas vecinas. A la caída de la noche, el fuego de la velada es preparado con gruesos troncos secos que darán calor y luz por largo tiempo sin humo. Cada uno vuelve insensiblemente a su rincón y a sus ropas de noche y se cala entre los perros. Un círculo de cholgas se cuece en torno del fuego, puestas en posición recta en la ceniza. De tiempo en tiempo, un brazo desnudo coge vívidamente alguna, la deja enfriarse y se oyen en la semi oscuridad claqueos de lengua satisfechos. La velada puede, así, durar una parte de la noche, una vigilia silenciosa en que la conversación alcanza el volumen de un soplo, acompañada por el alimento que se absorbe hasta el naufragio del sueño.

Así como es capas de absorber una enorme cantidad de alimento, con una capacidad que parece ilimitada, así también el indio alacalufe es capas de resistir al hambre cuando circunstancias como el mal tiempo le imponen un ayuno forzado. No le queda entonces otro recurso que no emplear mal sus fuerzas y esperar en la inmovilidad que las mujeres puedan ir a pescar de nuevo. Si la situación amenaza volverse trágica, un hombre del campamento se sacrifica y sin comer parte a la montaña con sus perros. Volverá con un

huemul al hombro, sin haberlo tocado. A menudo la ausencia puede ser larga y durar dos o tres días, bajo la nieve, la lluvia o el viento.

En casos menos extremos, cuando un alacalufe debe ir a trabajar por cuenta del puesto de Edén a una lejana jornada forzosa de leña, o por su propia cuenta a escabar su canoa en el bosque, a varias millas de su choza, no lleva nunca alimento consigo. No come sino lo que encuentre en el lugar, en la orilla del mar o en su camino en el bosque.

El vestuario. No está tan lejos el tiempo en que los alacalufes llevaban aún su vestimenta tradicional, una capa corta de piel bruta de foca, de nutria, de coipú o algunas veces de guanaco, con que cubría sus espaldas. El vestuario europeo existía entre ellos de una manera esporádica. Sarmiento (1578-80) distribuyó los primeros vestidos. Los navegantes que vinieron después hicieron a menudo otro tanto. Sólo después de las últimas dos décadas del siglo XIX se distribuyeron ropas con tanta largueza como para desplazar progresivamente a la capa de pieles. Casi todos los alacalufes de edad mediana se acuerdan de haber usado capa de pieles hace 25 ó 30 años.

Según los relatos de cuatro siglos de historia, la forma del vestuario indígena de los archipiélagos casi no ha variado. Sólo la materia prima cambiaba, según los lugares habitados: pieles de foca o de nutria, especialmente en los archipiélagos del oeste, pieles de huemul en el Estrecho y en los senos de Otway y de Skyring y pieles de guanaco hacia el límite oriental del dominio de los alacalufes. Esta repartición corresponde más o menos al hábitat de los animales de pieles finas.

Sarmiento vio indios vestidos así en el Estrecho y Ladrillero en la isla Campana. Según este último, "estaban vestidos con pieles de focas y ciervos y otros animales, con los cuales se cubren las espaldas y que les llegaban un poco más abajo de la cintura o a veces hasta las rodillas y se amarraban al cuello con una pequeña correa; la piel pasa sin preparación del animal al hombre y el cubre-sexo no existe". Wood (1670) cuenta que los indios que acampaban en la isla Isabel llevaban capas de piel de guanaco que debían probablemente cazar en las pampas continentales vecinas. Simón de Cordes y Seebald de Weert (1598-99) habían capturado a una mujer india que estaba vestida con una piel de perro marino (foca) que le cubría las espaldas y que estaba amarrada bajo su garganta con una cuerda de tripa, pero todo el resto de su cuerpo estaba desnudo". Según el testimonio de Narborough, en 1699, parece que todos los indios de la isla Isabel estaban vestidos con pieles de guanaco, que cambiaban por cuchillos y perlas a los marinos. En Agua Fresca, en el Estrecho, "tenían también capas de piel de nutria y de foca bien cosida juntas, formando una pieza cuadrada de más o menos 5 pies de lado o aun a la medida de la persona, con la cual se envuelven. Tienen igualmente capas de pieles de pájaros con el vello adherente, y fragmentos de piel con los cuales se envuelven los pies. Pero raras veces usan sus vestidos y prefieren andar desnudos, aun con tiempo frío. Sus partes privadas están al descubierto, aunque algunas mujeres las recubren con un pedazo de piel. El vestuario es el mismo para los hombres y las mujeres. Pero los hombres llevan bonetes y no las mujeres. En cambio, estas últimas usan brazaletes de conchas en torno al cuello, y no los hombres".

El P. García Martín (1766-67), observó en la isla Campana que los vestidos de hombre y mujeres eran idénticos, constituidos por pieles de nutria o de foca, que recubrían lo alto de los hombros hasta la cintura, dejando la parte delantera del cuerpo enteramente desnuda. Las pieles de aves eran igualmente utilizadas como vestido. Bougainville (1767) observó en puerto Galant que los vestidos de piel de Guanaco eran escasos: sin duda debían de provenir de parte oriental del Estrecho. Según el mismo Bougainville, los indios hallados en la Bahía Francesa llevaban pieles de focas muy pequeñas y unas pocas pieles de guanaco. Las pieles de foca servían igualmente para recubrir la choza y como vela de la

canoa.

A menudo los indios encontrados en la parte más occidental del Estrecho estaban vestidos con pieles de focas, nutria o de guanaco. Según un texto de Byron (1741), los vestidos de los indios - hallados en el Cabo Quod y en la Isla Isabel - "son de una sola pieza de cuatro pies por cuatro, y se completan con una especie de calzado de piel. Los hombres llevaban bonetes de piel de pájaro con sus plumas, pero, en lugar de bonete, las mujeres llevaban collares de conchas y su vestido de piel era a veces amarrado a la cintura. Algunos hombres estaban completamente desnudos. Los indios hallados cerca del Cabo Froward llevaban pieles de animales desconocidos (se trata sin duda de huemules), tan pequeños, que apenas llegaban a cubrir su desnudez".

El narrador de la expedición de la Santa María de la Cabeza anota que la piel de foca que los recubre desciende hasta medio muslo. La amarran a la cintura con una correa y llevan una tapa barro de plumas. Tienen también una especie de calzado hecho con un pedazo de piel de foca amarrado a los tobillos, que envuelve como una especie de saco. Las mujeres llevan también una capa amarrada a la cintura, pero a veces se envuelven con ella también el pecho, pasando la capa bajo los brazos y sujetándola en los hombros.

Serrano Montaner, 1886, en el Canal Ojeda, no halló sino indios desnudos, con el sexo solamente recubierto por pedazos de cuero colgantes a la cintura. Fitz Roy, durante su largo período en el Estrecho y en el archipiélago, desde 1826 a 1836, se topó en numerosos puntos con indios siempre vestidos de diferentes maneras. A veces llevaban una capa de guanaco a la manera de los patagones; otras veces pieles de foca o de nutria o guanaco en fragmentos, como ocurrió en el Canal Magdalena. Los rincones superiores de la piel eran mantenidos por una correa de tendones o de cuero que cubría el pecho y un lazo parecido lo sujetaba alrededor de la cintura. El apego de los indios a sus vestidos eran tan poco marcado y tan grande era su frenesí por cambiar cosas cuando se presentaba la ocasión, que lo abandonaban todo y se quedaban desnudos y tiritando.

En 1866, los indios que vio Cunningham en el Canal Bárbara no llevaban vestidos europeos, pero sí los pedían con insistencia, así como pedían tabaco.

En su forma tradicional, la vestimenta de los alacalufes era muy reducida. Su estado de semidesnudez, y a menudo de desnudez completa, hay impresionado siempre a los navegantes, hasta una época muy reciente. Como muchos otros elementos de su vida, su vestimenta tradicional está hoy completamente abandonada, y todo lo que llevan es de origen exterior a los archipiélagos.

Desde que los buques que pasan por el Estrecho o por los archipiélagos se hallaron en contacto, por necesidad o por simple curiosidad, con los alacalufes, les distribuyeron abalorios, perlas, pequeños espejos, cintas, trozos de tela y vestidos. De parte de los navegantes era un gesto bien natural de compasión dar artículos usados a esos pobres seres, que tiritaban bajo la mordedura del viento y de la lluvia helada, con el cuerpo desnudo untado de aceite de foca. Sería inútil reproducir de estos relatos las escenas curiosas que han sido frecuentemente referidas. Espontáneas o provocadas, las primeras experiencias vestimentarias han sido largamente descritas. Aun en los testimonios orales de algunos marinos; las escenas grotescas y los detalles burlescos son, a veces, todo lo que queda de las experiencias vividas con los alacalufes. Haciendo abstracción de su valor anecdótico, estos relatos suelen suministrar informaciones interesantes, a menudo confirmadas por los mismos indios. Su excelente memoria puede reconstruir fielmente las circunstancias en las cuales abandonaron progresivamente o trocaron su capa de pieles por ropas europeas.

Hace más o menos un cuarto de siglo, la capa de pieles era la vestimenta única y tradicional de los alacalufes. Existían dos clases de capas: una de piel bruta de foca (lo más

a menudo foca de piel fina); de una sola pieza, muy rígida, sujeta al cuello por una amarra de cuero, que protegía, por lo menos, los hombros. Por el contrario, la capa de pieles cosidas juntas (nutrias, focas jóvenes de piel fina o coipus), era mucho más suelta y envolvente. Su forma era rectangular y cubría el cuerpo desde los hombros hasta media pierna. Una tirilla de piel cerraba la vestidura en torno al cuello.

Las pieles eran cuidadosamente descarnadas, adelgazadas, estiradas y rozadas. Decían los indios que las cosían "con hilos de cola de ballena", probablemente algunos tejidos fibrosos extraídos de la cola de la ballena. El pelo de la capa de pieles era ordinariamente llevado hacia afuera. En canoa, el traje de pieles era molesto para remar. Por eso, preferían echárselo sobre los hombros o quedarse completamente desnudos. Lo mismo sucedía con la caza o las caminatas a través del bosque. La capa de pieles servía de frazada para la noche.

Las capas de pieles de nutria eran bellas piezas de pieles que excitaban la codicia de los cazadores de todas las nacionalidades que frecuentaban los archipiélagos hacia fines del siglo pasado, cuando los interesados no les daban mucha importancia, con tal que les dieran frazadas a cambio. Estos intercambios, libres primero, fueron seguidos por robos de una y otra parte. Con seguridad data de esta época la palabra skin con la cual los alacalufes designan sus capas. En cuanto a las otras pieles, foca común o huemul, servían y sirven a veces todavía, más raras veces ahora, para cubrir el suelo de la choza.

La vestimenta tradicional se completaba con una tira de piel de foca apretada a la cintura, que llevaba en su parte anterior un pedazo de cuero que servía de tapa-sexo. Aun hoy, los hombres de más edad, llevan solamente, como una supervivencia, un pedazo de cordel alrededor de los riñones, con una tira de tela, que cae sobre el pubis.

Las largueas vestimentarias con los alacalufes fueron primero muy esporádicas, y las ropas, tras haber sido objeto de una codicia y de una curiosidad infantil, eran bien pronto abandonadas, despedazadas o utilizadas de una manera que no tenía nada de común con su destino primitivo. Se puede decir que desde mediados del siglo XVI hasta 1930, el llevar un vestido de forma europea no fue sino un acontecimiento anecdótico en la vida de algunos alacalufes. Cuando la navegación se intensificó en los archipiélagos, pudieron obtener ropas, cuya existencia y cuyo uso conocían desde hacia largo tiempo, en cantidad suficiente y de una manera bastante continua como para abandonar definitivamente la tradicional capa de pieles.

En los tiempos más prósperos de la caza de pieles en los archipiélagos, desde 1890 a 1914, buen número de alacalufes trabajaba a bordo de las goletas de los loberos. Entre los objetos que recibían a cambio de su trabajo, figuran las frazadas y las ropas usadas. Es curioso anotar que los alacalufes adoptaron de buena gana los vestidos que recubren la parte alta del cuerpo, pero el pantalón, que les entrababa la marcha, no fue utilizado sino más tardíamente. Fotografías tomadas en 1920 muestran a los hombres vestidos solamente con chaquetas y camisas.

Las mujeres eran mantenidas al margen de las generosidades vestimentarias. Sólo unas pocas familias alacalufes, que hacia 1912 trabajaban en el Estrecho de Magallanes por cuenta de cazadores de pieles vestían, tanto hombres como mujeres, a semejanza de sus patronos. Por el contrario, los chilotes que cazaban en los archipiélagos del oeste no proporcionaban a sus ayudantes alacalufes vestidos para sus mujeres. Por razones muy precisas, éstas eran cuidadosamente mantenidas a distancia de los loberos. Por eso las mujeres han conservado más largo tiempo que los hombres el uso de la capa de pieles. Desde que se estableció el tráfico de pasajeros en los archipiélagos con regularidad y frecuencia, las mujeres recibieron también vestidos. Actualmente, los reciben en mayor cantidad que los hombres. Los gasta también mucho más, pues como los tejidos de los

trajes femeninos europeos son más frágiles que los de los trajes de hombres, no pueden resistir al uso sin ser reducidos al estado de andrajos.

Por Decreto del Presidente Don Pedro Aguirre Cerda, los alacalufes fueron colocados bajo la protección de la Armada chilena, de la cual reciben una apreciable cantidad de ropa militar, usada, es verdad, pero en su mayoría en estado de ser llevada aún con decencia. Estas donaciones, suficientes por sí mismas, se completan con todo lo que los alacalufes pueden recibir a bordo de los barcos en tránsito: uniformes de marinos, gorras, tejidos, ropa interior, aun ropa interior femenina, corbatas y bufandas.

Los trajes son a veces muy groseramente reparados. Con frecuencia sufren transformaciones. Con el hilo y las agujas que les dan a bordo, cada uno zurce o reajusta por su cuenta sus propios vestidos. Las mujeres confeccionan batas y a veces piezas más complicadas, a base de sacos viejos de harina o de azúcar. La naturaleza, el peso, el origen del antiguo contenido, impreso en grandes letras rojas o negras sobre la tela, sirven de motivos ornamentales. Es sorprendente comprobar con qué espíritu de imitación las mujeres alacalufes llegan a copiar con cierta habilidad un corte de vestido, redescubriendo todos los artificios de montaje y de costura, y recortando copias en géneros de sacos. Después de algunas breves demostraciones, con ovillos de lana obtenidos a bordo y palillos hechos con alambres, algunas mujeres se han puesto a tejer. Cuando tenían ovillos de lana de diversos colores trataban de reproducir motivos a rayas. Pero ninguna ha podido confeccionar otra cosa que fajas estrechas de tejido, primero por falta de lana y sobre todo por falta de competencia por parte del demostrador. En materia de costura, los hombres se muestran mucho menos inventivos. Los más cuidadosos se contentan con reparaciones muy sumarias, pero la mayoría se acomoda muy bien con ropas harapientas.

Actualmente, los alacalufes que viven en la Bahía de Edén se ven periódicamente bastante bien vestidos. Las pocas familias que sobrellevan aún una vida completamente nómada están menos acomodadas. Sin embargo, conservan preciosamente en su *kyakyon* (caja) los mejores vestidos que hayan podido obtener, para ponérselos cuando pasan por Bahía Edén. El resto del tiempo, estos indios nómades se visten de andrajos. Parece que tanto ellos como los sedentarios han adoptado el vestido como un emblema de elevación cultural. Para los alacalufes más ancianos, esta cuestión de símbolo no se plantea. En cambio, es de primera importancia entre los jóvenes de ambos sexos. Entre ellos, la adopción del vestido aparece como una transformación definitiva de uno de los puntos de su vida. Esta necesidad es a menudo satisfecha. A los antiguos, hombres y mujeres, les gusta, por el contrario, liberarse de la coacción de las ropas, y recuperar, en el interior de la choza o en sus alrededores, la completa libertad de sus movimientos, y calentarse el cuerpo entero sin la pantalla del vestuario. Pero ni los jóvenes consentirán en mostrarse desnudos en la choza, ni los viejos se atreverán a presentarse afuera sin ropa. Sin, embargo, unos y otros conceden importancia secundaria a las formas, dimensiones, deterioros o destino original de sus ropas: hasta el andrajo informe salvaguarda el principio.

Hasta los 12 años, más o menos, los niños viven completamente desnudos o vestidos con desechos de los grandes. En todo tiempo, con lluvia, viento o nieve, pueden jugar afuera sin ningún vestido. Los más chicos juegan a ponerse trajes desmesurados para su estatura.

El niño, hasta la edad de 2 ó 3 años, está siempre completamente desnudo. Cuando una mujer alacalufe se desplaza, transporta al menor de sus hijos de pocos meses, y algunas veces también al algún otro poco mayor, amarrado sobre su espalda en un pedazo de frazada que forma un saco, cuyos extremos pasan por encima de los hombros y sostenidos con las dos manos. En otros tiempos, este saco lo hacían con la capa de pieles de la madre, o en una piel de foca nueva o de pingüino. Contrariamente a la costumbre de

las mujeres onas, las mujeres alacalufes no usan cuna. El pequeño duerme al lado de sus padres, bajo las mismas ropas. Durante el día, se acurruca en la falda de la madre o es portado en la espalda de ella. Si la madre tiene que ausentarse, el padre carga al hijo.

El calzado europeos de introducción más reciente que el vetido. Su aprovisionamiento es también más difícil y más irregular. Su uso es más limitado. Los jóvenes ven en el calzado el complemento indispensable del vestido. Les cuesta prescindir de él, a pesar de su estado de ruina o incomodidad. Los zapatos les traban la marcha, no sólo porque se llenan de agua, sino también porque o son desmesuradamente grandes o demasiado estrechos. Los pies de los indios, anchos y planos, no calzan bien en zapatos estrechos y combados. A menudo los zapatos están rotos. La primera preocupación de los alacalufes que llegan a su choza es descalzarse. A veces también abandonan por un tiempo los zapatos. No les cuesta mucho aceptara que su uso es penoso y doloroso y que descalzos pueden caminar con mucha más facilidad y destreza, pero hallan cantidad de razones para justificar la necesidad de zapatos, especialmente de botas de caucho, aun cuando estén rotas o desprovistas de suelas. Las mujeres y los ancianos andan descalzos. Muchas veces se ha ensayado el uso de zapatos en las mujeres, pero ninguna de ellas ha podido prolongar la experiencia.

Los adornos. Entre los alacalufes actuales, no existen ya los ornamentos tradicionales sino en cantidad de raros vestigios. Los hombres, especialmente, los han abandonado. Cuando tienen la posibilidad de escoger cosas de su gusto, en un lote de trajes enviados por la Armada o el Ejército. O durante una distribución a bordo de algún barco, toman de preferencia lo que los distinguirá menos. Para no singularizarse, rechazan los vestidos llamativos que les ofrecen, bien por broma, bien creyendo darles gusto, pero aceptan contentos corbatas y bufandas de color. Anillos de pacotilla o guantes. Sólo los alacalufes más viejos se encasquetan sin chistar un gorro galoneado de uniforme o una bata de levantarse de colores abigirrados.

Sin embargo, las mujeres han mantenido cierto gusto por los adornos. Todas están ahora provistas de rojo para los labios y de afeites, de los cuales abusan descaradamente los días en que se presenta un gran acontecimiento, como la llegada de un buque de la Bahía Edén. Ellas conservan cuidadosamente en su tallo toda una colección de perendegues baratos, anillos y aros de oropel o de las materias plásticas, peinetas, cintas para el pelo, chales, y a veces pulseras y prendedores. Los niños juegan con ellos, los rompen, los pierden, pero el stock se renueva cada vez que un buque de pasajeros se detiene en Puerto Edén. Los vestidos de colores vistosos, especialmente las telas de flores estampadas son muy cotizados. Se detallan e interpretan detenidamente los dibujos, aunque sean escenas holandesas o plantas tropicales. Adornarse es un acto social. Cuando había 60 alacalufes o más acampados a la vez en Edén, las mujeres jóvenes se preocupaban mucho de su toilette para ir a bordo de un barco. Ahora (1953), sólo 2 ó 3 familias viven cerca del puerto, y cuando fondea alguna nave, ya nadie se arregla para ir a mendigar a bordo.

En la vida de todos los días, las mujeres de más edad llevan ornamentos que recuerdan a los de tiempos pasados: collares con montura de hilo hechos de conchas de caracoles violetas y nacarados o de piezas tubulares de moluscos, intercalando a veces alguna medalla de aluminio o algún botón de uniforme. En cuanto a los jóvenes, no han conservado el simbólico collar de conchas, pero se confeccionan chucherías con trozos de materia plástica, botones, medallas, prendedores, hasta cajas viejas de relojes y aros hechos con monedas.

Collares de mujer, perfectamente semejantes a los descritos por viajeros de tiempos

pasados, son usados todavía hace 25 años, según testimonios fotográficos: collares de conchas distribuidas artísticamente y con mucha solidez en minúsculas trenzas de tendones, igualmente collares de conchitas de moluscos o de perlas de hueso pulido. Todo eso ha desaparecido para siempre.

Los ornamentos masculinos han debido desaparecer en la misma época. Se componían de estos mismos collares, pero, en lugar de llevarse al cuello a la manera de las mujeres, formaban una banda en la cabeza que sujetaba los cabellos. Esta faja no solía ser más que una tira de cuero. Los hombres llevaban, además, una cruz, mas sólo durante ciertas ceremonias, un cordón hecho con una faja de piel de pájaro cubierta de su vello blanco. Se ponían ornamentos de plumas en los brazos y una especie de diadema, también de plumas, que les ceñía la frente. Estos adornos eran muy finamente ejecutados, utilizando las rémiges blancas o cenicientas de las gaviotas o las plumas deshilachadas de la garza gris, el pájaro más majestuoso del Continente. Las plumas eran distribuidas en una o varias finas trenzas de tendones. A falta de esta diadema, se fijaban dos alas de gaviotas en una especie de casco, hecho de piel de pájaro. De todos estos ornamentos, no queda nada, fuera del recuerdo deslumbrador de los fastos de antaño que conservan los pocos mayores de 50 años. En su juventud, fueron testigos de escenas cuyo sentido hoy se les escapa. Los jóvenes ya no saben nada de eso y, si se trata de remover en ellos algunos recuerdos, no saben y no pueden sino responder con cierto desdén, que corresponde en ellos a una ignorancia real: "No sé, cosas de los viejos", tal como en la pampa el pastor, ante las puntas de flechas que encuentra, murmura: "cosa de indios".

En cuanto a la pintura corporal, es posible concluir solamente, según el testimonio de los viejos, que era más ritual que ornamental. Pero la significación de los colores, la disposición de los motivos, líneas y puntos, negros, blancos o rojos, las circunstancias en las cuales se pintaba el cuerpo, serán para siempre desconocidas. Todo eso es ahora un recuerdo diluido, que sería inútil querer precisar, para no obtener al fin sino una explicación inconsistente. Sin embargo, cada viejo conserva en su choza un trapo, o un pedazo de tráquea de foca cosida en forma de bolsa, que contiene una bolita de tierra roja amalgamada con grasa de foca y destinada a pintar los montantes de una especie de jaula edificada a veces sobre la cabeza de un agonizante. La tierra roja debía ser extraída en muchos sitios de los archipiélagos. El más próximo al campamento de Edén era el de la Bahía Escarchada, es decir, el fiordo Eyre. La tierra blanca se encuentra en el Estrecho, pero no se puede precisar el sitio. El producto que servía para fabricar la pintura blanca era una especie de fango que aflora en muchos sitios de la pampa. Este fango está constituido por sedimentos de fondo de algunas lagunas glaciares y está formado por diversas clases de infusorios. Probablemente, debe de haber también yacimientos en los archipiélagos. En cuanto al negro, es simplemente carbón de leña, aplastado sobre la piel, donde forma una película firme, en contacto con la grasa que la recubre.

El lenguaje afectivo del adorno ha desaparecido. Hace un cuarto de siglo, el indio de los archipiélagos conservaba aún en su tayo de juncos y cortezas, que viajaban con él, un tesoro de tierra blanca y roja sin utilización, de plumas y conchas mezcladas con arpones y de despojos que la civilización aún lejana le había dejado, clavos, una hoja rota de cuchillo, unas tijeras mohosas, a veces una caja de fósforos y un pedazo de vela, regalo de algún marino. Decorativo (se duda de que lo sea exclusivamente) o ritual, el adorno tenía un valor simbólico, era la expresión de una mentalidad y, más aún, el signo de una relación con el mundo invisible. Ahora, en el mismo canasto, o con el cofre de madera, cerrado a veces con candado, se entremezclan con algún vestido, una corbata, navajas de afeitar o cigarrillos de lujo y no queda de las riquezas de antaño sino la bolita simbólica de tierra roja envuelta en un trapito. Del cuello de las mujeres, penden aún algunas veces una o dos

conchas malvas enfiladas en un hilo.

En el espíritu de los indios de los archipiélagos se ha producido el mismo corte, profundo y radical, con el pasado. La sociedad se ha disuelto por extinción de sus miembros. Todo el simbolismo de la vida ritual, más expresiva que el lenguaje, ha desaparecido. La generación anterior a los ancianos actuales pudo conocer máscaras que debían de servir en las ceremonias más secretas, o el sentido de las marcas corporales. Nosotros no podremos saber ya nada de ello.

¿Qué nos dice la historia? A decir verdad, nada más de lo que pueden decir los antiguos y, en todo caso, de una manera demasiado breve. Veamos, por orden cronológico, los hechos principales destacados por los navegantes. Ladrillero no precisa si los indios que encontró durante su internada en el archipiélago de Madre de Dios, "de cuerpos y rostros todos salpicados de rojo con algunas manchas de negro y blanco y con guirnaldas de plumas de pato en las cabezas", eran hombres o mujeres. Es probable que fueran hombres, pues durante esas visitas, las mujeres eran, en general, mantenidas al margen, en una bahía vecina. Un indio quiso aun testimoniar su simpatía a Ladrillero, ofreciéndole un saquito de cuero de foca, lleno de esa tierra roja con la cual se embalsamaban el cuerpo.

Sarmiento no vio de los indios de Puerto de Hambre sino cuerpos desnudos impregnados de tierra roja. Los marinos holandeses De Cordes y Sebald de Weer anotan que una mujer que capturaron en el Estrecho llevaba al cuello "conchas de babosa". Wood es también breve: los indios que acampaban en la isla Isabel "tenían collares de conchitas engarzadas en nervios o tripas de algunos animales". El P. García Martí describe a los que halló en la entrada norte del Canal Fallos: "los hombres tenían cara pintada de rojo y llevaban en la cabeza plumas que eran alas de pájaros. El ornamento común a los hombres y a las mujeres era un collar de pequeños caracoles que ceñían sus cabezas. Además, la mujeres tenían en torno al cuello collares de conchas de moluscos que parecían de hueso".

El narrador del viaje de exploración de la Santa María de la Cabeza en el Estrecho, anota, en sus descripciones minuciosas, que sólo los antiguos llevan un bonete de plumas, y que los hombres se pintan la cara, los miembros y el cuerpo con rayas blancas, rojas y negras. Cada vez que vienen de visita a la fragata, se pintan cuidadosamente, y el rojo es el color que más frecuentemente emplean. Las mujeres llevan pulseras muy apretadas en las muñecas y en los tobillos. Hombres y mujeres sujetan sus cabellos con una faja angosta. Los indios-¿hombres o mujeres?- llevan en el cuello un collar de conchas o, en su defecto, un collar trenzado de varias vueltas.

John Narborough, en 1669, encuentra algunos indios en la isla Isabel. Se esfuerza por obtener de ellos informaciones acerca de la existencia de oro u otros minerales en la región. Los cuerpos de estos indios están pintados con tierra roja y grasa; las caras están embadurnadas en la parte inferior de las mejillas con arcilla blanca y algunos trazos negros, hechos con sebo y dispuestos sin orden. Weddel quedó sorprendido de los cuidados con que los collares de conchas minúsculas del género hélix, de un bello color esmalte, habían sido reunidos en una cuerda de gut, hecha con cinco briznas tan finas, que se preguntaba cómo podían haber sido trenzadas a mano. Bougainville, en Puerto Galant, recibió a bordo la visita de los que llamó Pecherais, que tenían el cuerpo pintado de manchas rojas y blancas.

El diario de Fitz Roy refiere que las mujeres y los niños llevan collares de conchitas montadas sobre una trenza de pequeñas fibras de intestino de foca. Como todos los otros navegantes, él encontró indios "de cuerpo embadurnado de tierra, de carbón de leña, de ocre rojo y de aceite de foca, más un pigmento blanco". Pero en la isla Englefield, en el seno Otway, las observaciones del ilustre navegante inglés son más precisas: "Un hombre

estaba todo pintado de rojo, otro cubierto de una mezcla azuleja y el tercero completamente negro; varios tenían la mitad inferior del rostro ennegrecida, y los más viejos, hombres y mujeres, estaban enteramente pintados de negro. Mientras una mujer daba a luz, su marido esperaba a la entrada de la choza, el cuerpo enteramente pintado de rojo y la cabeza y el pecho adornados con una plumilla blanca de pájaro". Luego, según Fitz Roy, el color rojo no tendría obligadamente una significación belicosa. Una vez en que 80 alacalufes avanzaban hacia el Beagle, con intenciones hostiles, estaban desnudos, armados, con plumas blancas en la cabeza y el cuerpo embadurnado de pintura blanca.

Los alacalufes tienen muy pocos pelos en la cara. Parecen absolutamente lampiños. En efecto, destinan una parte de su tiempo a depilarse cuidadosamente, arrancándose cada pelo con una conchita de choro que cumple el oficio de pinza depilatoria, Son muy escasos los que llevan barba, todos ellos ancianos. El hecho asombró a Fitz Roy, que lo señala también entre los yaganes del Canal Beagle. Narborough anota que los indios que encontró en la isla Isabel no tenían pelo ni en el cuerpo y en la cara. Debían, pues, depilarse completamente.

Los alacalufes no llevan ahora, como en otros tiempos, los cabellos largos. Se los dejan crecer únicamente durante sus expediciones, pero, cuando vuelven al puesto de Edén, piden que se los corten. Han abandonado la larga cabellera negra, cuidadosamente engrasada con manteca de foca o de ballena, que alisaban a veces con una mandíbula de delfín. Fitz Roy observa que para que sus cabellos no les taparan el rostro, los indios los mantenían sujetos con una cinta trenzada, adornada de plumas. En otra época, como lo atestiguan viejas fotografías, las mujeres usaban los cabellos más cortos que los hombres, costumbre muy antigua, pues la relación de Simón De Cordes y Seval de Weert (1598-1599) anota que "una mujer capturada llevaba los cabellos cortos, recortados hasta las orejas según la costumbre, con conchas de choros en lugar de cuchillos o tijeras; en cuanto a los hombres, se dejan crecer los cabellos y no se los cortan".

Los perros. ¿Cómo y cuando llegó el perro doméstico al extremo sur? Es bien difícil determinarlo si recurrir a los trabajos de especialistas, como Dechambre. Antes de la llegada de los europeos, existían varias razas de perros en América septentrional y en México. Pero, e lo que toca a la América del Sur, faltan los testimonios paleontológicos. Según parece, no es posible basarse sino en testimonios escritos muy antiguos, pero posteriores a la conquista española. En sus Comentarios Reales, el Inca Garcilaso de la Vega menciona que los peruanos poseían un gran número de perros. Más, ¿no serían de aporte español? La presencia de perros en el Extremo Sur es mencionada por primera vez en la relación de Antonio de Vea, quien los vio en 1675 en las islas Chonos. Pero en esa época, Chiloé estaba ocupada desde hacía largo tiempo por los españoles. En encuentro de 4 perros abandonados en un islote es mencionado por el P. García Martí, pero él piensa que provenían de algún barco naufragado, y no dice si los indios que halló en su camino estaban o no acompañados de perros. Los testimonios más tardíos son abundantes. De Gennes en 1696 en Puerto del Hambre, Narborough en 1669 en Agua Fresca, Bougainville en la bahía francesa, el guardiamarina Byron errante alrededor del Golfo de Penas, todos vieron los indios siempre acompañados de perros. Sólo la relación del viaje de la Santa María de la Cabeza señala que los perros de los indios del Estrecho "son tan fieles compañeros de estos indios, que no se ven jamás sin un gran número de estos animales, cuyo tronco parece ser el mismo que el de los que en la región de Buenos Aires



Cacerías futuras con cuyo producto podrán adquirir lo que desean. Para el alacalufe, todos sus perros son maravillosos cazadores, lo que traducen por "trabajadores".

Los perros forman de todos sus viajes. Al menor signo de partida, a la menor agitación insólita, los perros se alistan para saltar a la canoa. Según Byron, los indios adiestran a sus perros como ayudantes de pesca, para ojear a los peces hacia la red sostenida por dos hombres. ¿Fue Byron realmente testigo de estas escenas de pesca? Es dudosa, pues, fuera de la red para la caza de focas, en ninguna parte se menciona la existencia de una red para pescados entre los alacalufes. Se trata, tal vez, de una confusión.

Todos los perros que nacen son conservados, a excepción de algunas hembras, que son destruidas al nacer. Los únicos factores que limitan la multiplicación indefinida de los perros son las enfermedades, el hambre, algunos accidentes y abandonos. Los perros que caen al agua con mar agitado no son recogidos. Si vagabundean por una isla cuando la canoa está lista, los abandonan lisa y llanamente, condenándolos a vagar y aullar hasta que les sobrevenga la muerte. A veces los perros son recogidos por otra familia alacalufe en viaje, que podrá abandonar también sus propios perros, pero que recogerá los que encuentre en el camino, perros de indios o de loberos chilotes. A pesar de la adhesión que profesan a los perros, los alacalufes vacilan en hacer un movimiento o un desvío o esperar algunos instantes para ponerlos fuera de peligro. Sin embargo, si llega a morir una perra, su prole será recogida por una mujer en estado de dar pecho a los pequeños, con una ternura y un celo maternales. Matar voluntariamente a uno de los perros de los alacalufes es una grave ofensa. Algunos jefes del puesto de Edén, por razones a menudo absurdas engendradas por una falta completa de comprensión, han querido disminuir el número de perros. Como no podían responder por la violencia, los alacalufes abandonaron el campamento.

Los perros del campamento del campamento de Edén participan en el estado de miseria y deterioro generales. Como los indios ya no cazan y, en consecuencia, no

alimentan a sus perros, éstos viven en estado de esqueletos, raídos por los bichos, llenos de pústulas y llagas, cubiertos de parásitos, con la piel pelada en grandes placas, sin que sus amos se preocupen de ellos. Viven robando lo que pueden, una lenguarada de comida en la olla o en el plato de un niño o de alguna anciana o, llegada la ocasión, un hueso de pájaro o de ciervo. Roen lo que les cae bajo el hocico, los cueros que recubren las chozas, las cuerdas de arpón, los instrumentos de hueso de ballena y, aunque parezca extraordinario, la grasa mineral, el jabón, la pintura. Son también la policía de aseo de los excrementos. A veces, alguna mujer compasiva se dirige a la playa con la marea baja, seguida por un perro y quiebra para él algunos mariscos, choritos de sabor acre, llenos de arena y de perlas, que los indios se niegan a comer. Bajo este régimen, los perros, más y más escuálidos, no tardan en morir de inanición. Es el espectáculo más entristecedor que no haya sido dado ver, éste de los perros agonizando en el barro, pelados y descarnados, despedazados vivos por sus congéneres.

Los perros, sobre todo los pequeños, son objeto de regalos y de cambios. Hombres y mujeres dedican a los perros nuevos una verdadera ternura, gozan con sus gestos torpes, los acarician con dulzura y delicadeza, les reservan un lugar bajo las ropas de la cama, se molestan cuando los niños juegan demasiado brutalmente con ellos. Cuando el animal se hace adulto, se acabaron las atenciones. El perro ha perdido su gracia. Es ahora fastidioso y ladrón. A pesar de eso, los perros, cuando no acompañan al amo afuera, viven normalmente en el interior de la choza. Allí se baten, disputándose el mejor lugar, pasan por encima de las personas, atropellan a los niños para precipitarse afuera con el menor pretexto. Cada alacalufe tiene al alcance de la mano un bastón para perros, que lo ayuda, a veces con gran trabajo, a restablecer el orden. Los perros tienen una utilidad evidente en la noche: se intercalan entre los indios tendidos y contribuyen a mantener el calor. En el día, sirven para secarse las manos y a veces de pañuelo. La única caricia que el indio prodiga a su perro preferido es frotarle suavemente el hocico con su cara.

Con los blancos, los perros de los alacalufes son feroces y solapados. Aun el huésped habitual del campamento no puede acercarse a una choza sin tener a su siga una jauría aullante que muestra los dientes y se aprovecha del menor momento de distracción para morder con ferocidad. Cada vez los indios deben venir en ayuda del forastero, pues de otro modo un hombre, aun armado con bastón, no podría defenderse contra 30 ó 50 perros desencadenados. En el interior de la choza, el extranjero debe velar cada uno de sus movimientos, pues de otro modo los perros, siempre despiertos, no le ahorrarían mordeduras. Durante los años de convivencia con los alacalufes, ningún perro pudo acostumbrarse a nuestra presencia. Hecho curioso: no sucede lo mismo con los chilotes, aun desconocidos, que llegan de visita al campamento. Ellos pueden ir y venir sin que los perros les presten atención, lo que probaría, acaso, que los perros no pueden adaptarse a un olor extraño.

3. Armas y utensilios

Materiales antiguos y nuevos. La atención de los navegantes ha sido atraída sobre todo por las armas y los instrumentos de caza y de pesca de los indios, pero casi no observaron sus utensilios. La verdad es que ellos no veían a los indios sino al pasar de sus buques o cuando ellos venían a visitarlos a bordo. Nadie, o casi nadie, vio al grupo en sus ocupaciones normales, fabricando las armas, construyendo sus canoas, cortando leña, calafateando los baldes de corteza o confeccionando canastos. Los testimonios históricos de la existencia de algunos utensilios son muy escasos.

Las armas que vieron los navegantes eran sin duda, en su mayoría, máquinas de caza y de pesca. Según Ladrillero (1557-58), los indios de Canal Fallos y del Canal picton tenían lanzas de dos palmos de largo, que estaban trabajadas en forma de dagas o puñales, y un pequeño esquema en el texto indica que se trataba del arpón de una sola punta. Sarmiento (1579-80) descubrió en chozas abandonadas del Estrecho unos hueso destinados a fabricar cabos de arpón, junto a los canastos, redes y pequeños sacos de tierra colorada. Spilbergen menciona, a comienzos del siglo XVII, el arpón bárbaro, entre los indígenas del estrecho. Después de la muerte de la mayor parte de los habitantes de la Ciudad del Rey Felipe, los indios se apoderaron de los cuvhillos, de las espadas, de todo lo puntudo o cortante que hubiera pertenecido a los españoles y armaron con ello las puntas de lanzas. Cavendish los halló armados de ese modo al lado de la ciudad muerta.

Según Sebald de Weert y Cordes (1598-99), las armas de los indios "eran flechas de una madera muy dura que ellos lanzaban muy recta y vigorosamente con la mano. La punta estaba hecha como un arpón y permanecía en el cuerpo de aquellos a quienes alcanzaba, pues no estaba adherida al cabo de ese largo palo sino con tripas de perros marinos, y sólo con mucho trabajo podía sacársela, por que entraba hasta muy adentro". En 1624, la tripulación holandesa de Van Noort sufrió en Puerto ganat la muerte de 2 hombres, por golpes de largas azagayas de madera y- es ésta la única mención de tales armas- por golpes de "pesadas masa adheridas al extremo de una cuerda que ellos lanzan y retiran, conservando en la mano la otra parte de la cuerda". Además de la mazas y las azagayas, estos indios tenían hondas, que eran para ellos el arma de ataque a distancia. Sabían ponerse al abrigo de la mosquetería y contuvieron a sus asaltantes, que debieron batirse en retirada, llevándose a los heridos. Los dos marinos muertos de Van Noort fueron probablemente comidos.

Entre los indios del Estrecho, Boungaville (1767) observó "huesos de pescado de un pue de largo, puntiagudos en un extremo y dentados en uno de sus bordes (se trataba ciertamente de arpones barbados). Ellos lo adaptan a una larga pértiga y se sirven de él a la manera de arpón". Boungaville pensaba que fueran herramientas de pesca y no puñales. Sólo Weddel (1822-24) ha dado cuenta del modo cómo los indios se sirven del arpón. Las cabezas, de hueso duro, muy puntiagudas, tienen, según los casos, una dentadura o una fila de barbas muy filudas, pero siempre por un solo lado. Están fijadas en un mango de madera, derecho y pulido, de 10pies de largo, más o menos. El lanzador sujeta el arma por la mitad a la altura del ojo derecho y la apunta con sorprendente precisión. La cabeza móvil del arpón de una sola barba tiene 7 pulgadas de largo y la barba está situada a 4 pulgadas de la punta. Según el testimonio del narrador de la expedición de la Santa María de la Cabeza, existen diferentes especies de cabezas de arpón de hueso muy filudo, que se amarran a pértigas de dos varas de largo y que "sirven sin duda para matar las focas y arponear las ballenas". Fitz Roy ha comprobado también diversas clases de arpones y aun, en la isla Carlos, lanzas con cabezales de madera.

La historia de las navegaciones durante cuatro siglos en los archipiélagos no es muy fecunda en la descripción del instrumental indígena. Ladrillero, durante su internada en el canal fallos, comprobó que entre los indios no existía ninguna clase de alfarerías, y no vio en ninguna parte señales de tierra que pudiera servir para confeccionarla. Ladrillero, durante ese invierno en el cual tuvo que desmontar el San Sebastián para construir un bergantín con sus restos, estaba totalmente desprovisto de utensilios de cocina y tuvo que tratar de fabricarlos. Anota también que las armas habituales de los indios son piedras y dardos, es decir, probablemente jabalinas con puntas de piedra, utilizadas como armas arrojadas: " son pértigas de 2 pies y medio de largo, del grosor de un puño, en cuyo extremo se pone una piedra, moldeada a la manera de las puntas de flechas, pero de más

de dos pulgadas de largo y de un grosor proporcional, que los indios usan como un dardo, lanzándolo a mano".

Estas mismas jabalinas son mencionadas por Wallis (1766-68), que las vio en manos de los indios en la isla Ruperto: "su punta es de piedra aguzada en forma de serpiente". Wallis se expresa palabra por palabra como De Gennes (1696), quien había visto casi en el mismo sitio "flechas que tenían por punta una piedra tallada como lengua de serpiente con mucha industria". Fitz Roy menciona dagas de madera, armadas con una punta de piedra de bordes muy cortantes; piedras que llevaban en la mano y rebenques, que son también armas temibles.

"Para los usos de la pesca y de la caza, tenían utensilios hechos con barbas de ballena (Boungaville) y una especie de pértiga de 8 a 10 pies, uno de cuyos extremos estaba abierto en cruz y mantenido así por dos trozos de madera (Fitz Roy). Una sola vez en esta suma considerable de crónicas se menciona -Byron es quien lo hace- "un instrumento de piedra que les sirve de cuchillo". De Gennes señala también "que ellos se servían de gruesos guijarros tallados para cortar la leña, pues no tenían ni uso ni conocimiento del hierro". Fue Drake quien hizo el descubrimiento más interesante, a la entrada del canal Jerónimo: unos indios que afilaban en la piedra conchas de choros de gran tamaño y que, con este cuchillo de conchas, cortaban no sólo la leña dura, sino aun el hueso.

Por cierto el metal no estaba profusamente difundido en los archipiélagos, en la época histórica. Mas, a consecuencia de los naufragios y los saqueos, aunque no fuera sino el saqueo de los dos primeros establecimientos del Estrecho, el hierro no tardó en encontrarse bajo forma de clavos, de cuchillos, de instrumentos de desecho, y después, bajo la forma muy apreciada de zunchos, que distribuyó liberalmente Weddell. En el siglo XVIII, el hierro llegó a ser materia prima del instrumento autóctono: "pedazos de hierro son aplicados a mangos de madera, imitando groseramente hachas y azuelas; este hierro lo adquirieron a la llegada de los últimos viajeros ingleses y franceses, hace más de 20 años; por eso se preocupan enormemente de estos utensilios, porque les facilitan sus maniobras". (Santa María de la Cabeza). Wallis, en 1766, en el cabo Upright, señala que un indio tenía un pedazo de hierro del tamaño de unas tijeras ordinarias, amarrado a una pieza de madera, que parecía servir de herramienta. Un instrumento similar fue señalado por Fitz Roy: "una hachuela, o cuchillo, hecho con un pedazo de madera ganchuda y con un trozo de aro de hierro amarrado en el extremo".

Desde que fue conocido, el hierro se hizo una materia prima deseable hasta el punto de que los naturales tratan de apoderarse de ella por fuerza o por astucia. La reciben en trueque bajo forma de cuchillos de pacotilla, pero lo que les interesa mucho más, es el trozo de hierro macizo, clavo o ferramenta, que podrán adaptar a su guisa a una herramienta parecida a las suyas. Tratan de procurárselo por todos los medios. En 1699, mientras John Narborough cambiaba pacotilla con los indios encontrados en la isla Isabel, un grupo de éstos se esforzaba por hacer saltar a pedradas los fieros de una chalupa que les interesaban vivamente.

Todos los alacalufes actuales están provistos de sólidas hachas de metal de cinco libras de peso y del modelo que se halla difundido tanto entre los leñador de Chiloé como en todas las ferreterías de Punta Arenas. Estas hachas les han sido entregadas por el puerto de Edén del presupuesto anual de ayuda a los alacalufes, o bien obtenidas por trueque. El hacha ha llegado a ser un objeto indispensable, realmente integrado la vida, inseparable de todas las salidas en canoa, cuidada y afilada como una navaja. Las hachas fabricadas de un trozo de metal aguzado y amarrado en mangos de madera ya no existen. Solamente la azuela es aún fabricada de este modo.

Sobre este paso del hacha de hierro de fabricación indígena al hacha de importación, existe un documento que permite fijar su fecha. En la región del canal Trinidad, donde el Dr. Coppinger pasó 10 meses a fines del siglo XIX, él observó que "todos los grupos encontrados estaban provistos de un hacha cualquiera de hierro. Las hachas eran habitualmente fabricadas con restos de hierro halados en algún buque náufrago u obtenido por trueque a bordo de alguna nave en tránsito. Algunas veces, aunque muy raramente, se veían también hachas de tipo civilizado. En los otros casos, el trozo de hierro, trabajado en una forma groseramente triangular, era adaptado a un mango de madera, así como se supone que las viejas hachas célticas de piedra eran montadas en mangos, es decir, con el cabo más pequeño del hacha enclavado en un hoyo hecho en el cabezal de un sólido trozo de madera. Debo decir también que, a pesar de las investigaciones más diligentes, no he logrado hallar sino una sola vez un hacha de piedra, que tenía una forma muy primitiva, pulida en parte. La encontré mezclada con conchas de un montón muy antiguo de restos abandonados de cocina". Este pasaje permite fechar con cierta precisión la adopción definitiva del hacha occidental en los archipiélagos, a fines del siglo XIX, es decir, en la época de los cazadores de focas.

Aun hoy, los alacalufes recogen cuidadosamente el menor pedazo de hierro. Durante sus desplazamientos en canoa, tienen la costumbre de inventariar las playas de las bahías a donde las corrientes puedan llevar algunos restos, tablas, troncos rodados, etc. Casi siempre vuelven al campamento con algún botín, aunque no sea sino follaje fresco o hierba para renovar las camas. No dejan pasar un hueso de ballena que pueda servir, ni siquiera una curiosidad de cualquier tipo, como guijarros coloreados o formas extrañas. A veces descubren, en viejos campamentos chilotos o extranjeros, que pesquistan con cuidado, tablas, cajas, zapatos viejos, un pedazo de lata, un tarro viejo, un trozo de hierro.

Así, por medio del trueque, la mendicidad, la recolección y algunas veces el robo, poco a poco se han agregado a la materia prima indígena nuevos materiales de proveniencia extranjera. Esta renovación ha provocado la desaparición de ciertas técnicas indígenas, como el trabajo de la piedra. A la inversa, no ha suscitado casi nunca la aparición de técnicas o herramientas nuevas. En los párrafos que siguen, consideramos sólo las técnicas tradicionales aún en uso, como el trabajo de las cortezas y del cuero, la cestería y la construcción de canoas.

El trabajo de las cortezas y del cuero. En nuestros días ya no se emplea la corteza como materia prima para la fabricación de utensilios. La canoa y los tiestos de corteza han sido abandonados desde hace tiempo. Los baldes de corteza no tienen ya razón de ser, puesto que han sido reemplazados por latas de conserva vacías y bidones de toda clase que son proporcionados a los alacalufes. La canoa de corteza no sobrevive sino bajo una forma reducida, como juguete de niño. Si aún se sacan grandes tiras de corteza de los árboles, lo hacen sólo para utilizarla tal cual, para taponear las corrientes de aire en la parte baja de la choza. O bien, ha pedido nuestro, para reproducir las técnicas antiguas del trabajo de corteza. Esta petición despertó, por lo demás, un verdadero entusiasmo por recordar gestos casi olvidados, y durante semanas los alacalufes de Edén fabricaron baldes de corteza de todos los tamaños, no para utilizarlos, sino por simple placer.

La mejor corteza proviene del coigue, cuyo tronco liso proporciona cilindros de corteza gruesa, de varios metros de altura. El tenío sirve también, pero es menos apreciado. La corteza más fina y menos rugosa es la piel del ciruelillo, cuando llega a encontrarse un ejemplar bastante grueso, cosa difícil. Actualmente, a nadie se le ocurriría separar la corteza sino con cuchillo. El método antiguo que practicaban los alacalufes para sacar las cortezas es el mismo que el practicado por todas las sociedades humanas

arcaicas: dos incisiones circulares y una longitudinal, hechas por medio de un instrumento cortante de piedra o de hierro. Después de lo cual, los dos labios de la incisión longitudinal son separados por medio de cuñas de hueso de ballena, y así la corteza es progresivamente extraída del tronco. debe de ser utilizada lo más rápidamente posible, mientras conserve su frescura y su flexibilidad. Si no, se la deja a la intemperie, pero, en este caso, el trabajo es más difícil y, a pesar de todas las precauciones que se adoptan, se producen quebraduras.

Si la corteza está destinada a la fabricación de utensilios de dimensiones reducidas, como los recipientes de agua, el trabajo se efectúa en el interior de la choza. Primero se corta con cuchillo una tira cuyas dimensiones más o menos a las necesarias. Esta tira es calentada cierto tiempo sobre las brasas. Una vez ablandada, la cogen con las dos manos, todavía quemante, y después le dan forma de cilindro. Las fibras son esta vez horizontales y los dos bordes de la hoja de corteza se superponen en algunos centímetros. Mediante un pedazo de madera hendida, se unen sólidamente estos dos bordes, se da al cilindro una forma más regular, y se igualan la base y la parte superior. El fondo se recorta de un trozo de corteza calentada y aplanada, ajustado y cosido con lianas. La costura se prolonga por un asa trenzada. El calafateo se obtiene con hilachas de trapos o con tierra mezclada de raicillas.

Si bien la corteza no tiene ya ningún uso en la economía actual de los alacalufes, el cuero, por el contrario, sigue siendo una de sus materias primas indispensables. Lo era aún más en otro tiempo, cuando los mismos trajes eran de pieles. Actualmente, esas pieles son materia de trueque, y continúan siendo preparadas según los mismos métodos que en otra época, cuando servían de vestuario. Así ocurre con las pieles de focas nuevas de piel fina, de jóvenes lobos marinos, de nutrias y de ragondins. Los alacalufes no utilizan corrientemente sino la piel de lobo marino adulto, que sirve de cubierta a la choza y para la confección de diferentes artefactos de caza y de pesca. Destinada a tales usos, la piel del lobo marino sufre la preparación que describimos aquí y que es probablemente una técnica tradicional.

El animal muerto es conducido a la playa, donde es descuerado. La operación empieza por una incisión ventral profunda, que corta a la vez la piel y la capa de grasa adherente que es, en los períodos de gordura del animal, de dos pulgadas por lo menos. Después hacen una incisión circular en la base de la cabeza y otra en la raíz de las membranas natatorias posteriores. Sacan conjuntamente piel y grasa hasta las membranas natatorias anteriores, al ras de las cuales se practica una incisión circular, por la cual el miembro es desplazado hacia adentro, lo que permite retirar la piel de una sola pieza, sin otro daño que los hoyos ovalados y la herida del arpón.

Cuando se trata de un macho viejo, cuya piel está casi siempre muy dañada por mordeduras feroces, se trata de sacarle partido recortando segmentos cilíndricos en la parte posterior.

La piel ya separada pesa, según la talla del animal y el espesor de la capa de grasa, de 30 a 50 kilos. Después es colocada, con el pelo hacia abajo, sobre una gran roca que hace de tabla de carnicero. La capa de grasa se saca con cuchillo, por pequeños cortes, lo más cerca posible de la piel. Esta es una operación larga y penosa, de más o menos dos horas, pues a cada instante el cuchillo debe de ser vuelto a afilar. El operador corta con la mano derecha, mientras sostiene con la mano izquierda una napa viscosa de una sola pieza, más y más pesada.

La piel es raras veces utilizada tal cual para el revestimiento de la choza, pues, al secarse, se arrugaría y se pondría exageradamente tiesa y alabeada. No podría, entonces, enrollarse para su fácil transporte y, si no fuera devorada por los perros, se pudriría

rápidamente. Se la somete, pues, a una preparación que aumenta su superficie y hace desaparecer la grasa todavía adherente. En primer lugar, las aberturas que corresponden a las membranas natatorias son cerradas por una costura de hilo o de lianas, así como la desgarradura hecha por la punta del arpón. En todo el contorno de la piel, cerca del borde, se abren con cuchillo, con la punta del arpón o aun con un simple clavo, unos ojales espaciados unos 5 cms., los cuales servirán para tender la piel sobre un marco de madera.

Cuando la piel presenta una superficie aproximadamente rectangular, se ligan dos lados opuestos a dos pértigas talladas en punta. Otras dos pértigas, bastante más largas que la piel, tienen una extremidad ganchuda y la otra cortada en forma de muesca. Las dos extremidades de las pértigas que sostienen la piel son introducidas en las muescas, fuertemente adheridas y, por intensa tracción insertadas en el gancho. Por estiramientos y ligaduras, la piel es extendido al máximo sobre el marco sufre una flexión muy fuerte, se lo refuerza con un travesaño. La piel fresca se presta a alargarse considerablemente.

Con el pelo hacia afuera, el marco es colocado a manera de sacador sobre un fuego de brasas muy extenso, cuidando disminuir la intensidad del fuego en la base del secador. La piel se seca poco a poco: se la da vueltas, de tiempo en tiempo, poniendo lo de arriba hacia abajo y vice versa. Se prepara en dos días, mediante sesiones de varias horas, durante las cuales el calor y el humo producen su efecto. Este procedimiento de secado no se emplea sino durante los períodos de lluvia o de humedad. Con buen tiempo, la piel es estirada de la misma manera sobre su marco y secada lentamente al sol.

La piel de foca no es sólo utilizada para recubrir la choza. Preparada de otra manera, y despedazada en tiras, sirve para fabricar las cuerdas de arpones. Las focas machos de talla media son las que dan la piel de mejor calidad. Los machos viejos, por el contrario, presentan desigualdades demasiado grandes entre el espesor de la piel de la espalda y el de la vientre. Sólo puede utilizarse la región del abdomen.

Se sacan del animal uno o dos segmentos cilíndricos de piel, de 40 a 50 cms. de altura, practicando una incisión circular en torno al cuerpo. El desengrase se efectúa sobre un marco rudimentario, se clavan en tierra dos puntales ganchudos, el cilindro de piel se pone sobre un pedazo de madera que reposa en los dos puntales, y se le saca la grasa como de costumbre, pero aun con más cuidado. La piel, enrollada como un paquete, es abandonada en seguida en algún rincón, donde sufre una ligera putrefacción superficial, que permite sacar sin dificultad la epidermis y los pelos. Después se recorta en espiral una tira de 1 cm. y medio de ancho. Esta tira puede tener unos 30 metros de largo. Este corte se efectúa sobre una tabla o sobre un tronco. Para terminar la cuerda de arpón, será preciso torcerla y estirla muy fuertemente entre dos pértigas sólidas clavadas en tierra que ejercen sobre la cuerda una tracción constante. Todo se fija después a buena altura, para mantenerla al abrigo de la voracidad de los perros.

Cuando se trata de fabricar instrumentos de cuero más flexibles que la cuerda de arpón, como, por ejemplo, la red para pescar focas, se emplea sólo la piel de animales muy nuevos, preparada exactamente de la misma manera, pero cortada en una tira dos veces más estrecha.

En cuanto a las pieles destinadas al trueque, se preparan como lo exige el comercio. La piel de la foca recién nacida es cortada siguiendo la línea ventral, minuciosamente desgrasada, tendida sobre un marco, sacada al aire libre y conservado cuidadosamente en rollos. Lo mismo hace con la piel de nutria, cuya ancha cola es estirada y secada aparte. Estas dos pieles son las que tienen más valor. Los alacalufes los tratan con mucho cuidado, sin una mancha de sangre o de grasa, pulcramente adelgazadas y descarnadas. Apenas se notan los ojales que sirven para sujetar la piel al marco, y los hoyos, si los hay, son finalmente cosidos. Una vez secas, estas pieles sufren un nuevo rascado con conchas,

para adelgazarlas, antes de guardarlas en el cofre de los tesoros, que cada alacalufe lleva consigo en los viajes. Cuando se trata de pieles de menor valor, como las del ragondin y del gato salvaje, se practica en el animal una incisión abdominal muy pequeña, por donde se saca la carne de los miembros posteriores, y en seguida se da vuelta completamente a la piel, desde la extremidad de la cola hasta el hocico y las garras. Las pieles de los otros animales que se hallan ocasionalmente, no se destinan a ningún uso particular. La piel de huemul es utilizada tal cual como tapiz en la choza, pero sus pelos, muy quebradizos, se desprenden rápidamente. En cuanto a las pieles de pájaros, especialmente la de ganso blanco, que sirve aún hoy de ornamento funerario, o las de gaviotas blancas, se las recorta en tiras o se les sacan las plumas, para no conservar sino el plumón.

Los trabajos de cestería. Cuando, durante largas jornadas de inacción, en las cuales ninguna necesidad los invita a salir, los hombres pasan su tiempo dormitando en el rincón del fuego, tendidos, calados entre sus cofres, sus ropas empaquetadas y sus perros, haciendo cocer distraídamente mariscos, las mujeres son mucho más activas. Su ocupación favorita es el trenzado de diversas clases de canastos de juncos, par su uso personal o para las necesidades de la pesca, o bien, y sobre todo, como materia de trueque para el próximo paso del buque. Cada clase de cesta corresponde a una técnica de fabricación particular, pero la materia prima está siempre constituida por los juncos que crecen en los pantanos. Las mujeres, cuando salen, vuelven con los haces más largos y las briznas más gruesas. Si no las utilizan inmediatamente, las hunden, para mantenerlas frescas, bajo la cama de follajes.

En estado natural, el junco no se presta al trenzado pues es quebradizo. Habrá que hacerlo flexible. La mujer toma un manojo, iguala su base y lo pasa y repasa varias veces por encima de las brasas. Cuando los tallos empiezan a ablandarse, ella la sujeta con la boca, y con las dos manos hace un canelón apretado, que masca cuidadosamente en toda su longitud, para aplanar los juncos que, después de este tratamiento, tendrán toda la flexibilidad y la resistencia deseables y podrán ser trenzados.

El canasto destinado a la pesca es fabricado en espirales de mallas muy sueltas, de manera de formar un conjunto sin rigidez que puede aplanarse sobre sí mismo. La abertura es circular y está formada por un anillo de lianas. El asa es de junco trenzado. Según su destinación, uso de hombre o uso de mujer, el canasto de pesca tiene un fondo diferente. En el primer caso, las primeras espirales de junco forman un óvalo muy aplanado, y en el segundo, forman un círculo. El canasto de pesca terminado es una especie de red de fondo sensiblemente hemisférico, de abertura muy ancha. Sus dimensiones medias son 30 cms. de diámetro máximo y 20 cms. de altura. Este canasto esta destinado exclusivamente a recibir los productos de la pesca, lo más a menudo mariscos, y a transportarlos de una choza a otra en el campamento.

Para guardar sus cosas personales, vestidos, hilo, agujas, botones, adornos y a veces aun las cosas de los hombres, las mujeres se confeccionan cestas rígidas, a menudo de muy grandes dimensiones. Se utiliza siempre el mismo principio de la cestería en espiral en torno a una fuerte armadura de junco. Su trenzado es excesivamente apretado y fino. Estos canastos, los tayo, tienen igualmente un fondo en forma de esfera ligeramente aplanada, pero el diámetro de la abertura es inferior al diámetro máximo. El tamaño ordinario del tayo es 20 cms. de diámetro por 1 de altura, pero algunos tienen dimensiones dobles. Esta clase de cestas incluye una tapa circular amarrada por un junco que forma una bisagra.

Los canastos destinados a trocarse a bordo de los buques por alimento, tabaco y vestidos, son del mismo tipo que el tayo, pero de factura mucho menos bien cuidada, las

espirales son más sueltas y el canasto, cuando está seco, tiene tendencia a deformarse.

Había antaño otros trabajos de cestería, en particular la confección de cables de juncos trenzados para amarrar la canoa. En nuestros días, los alacalufes pueden recoger a bordo de los buques una cantidad de sogas de cáñamo que va más allá de sus necesidades en esta materia. Si los cables son demasiado gruesos, demasiado delgados o están en mal estado, los deshacen y los trenzan de nuevo en el grosor que desean. Se suelen hallar en los viejos campamentos restos de cables trenzados que no son de junco, sino de finas raicillas de una liana, el copihue de los archipiélagos.

Capítulo Sexto

Técnicas de ayer y de hoy

II. Las técnicas del mar

1. La canoa

Desde Puerto Montt hasta el Cabo de Hornos, las únicas vías de comunicación, las únicas en el sentido estricto de la palabra, son las del mar. Ningún sendero terrestre es posible a causa de la fragmentación del territorio en una multitud de islas, así como por la naturaleza rocosa y escarpada de las islas y del continente. La embarcación gobierna y condiciona toda la economía humana, desde que hay hombres en esta zona. Aun en la isla grande de Chiloé, es imposible dirigirse de una aldea a otra sin una chalupa y los niños van a la escuela en bote. La explotación del alerce y del ciprés en las islas Guaitecas, el aprovisionamiento de los pocos colonos de Aisén y de los de la isla Navarino, son tributarios de la embarcación. En la mina recién explorada de la isla Guarello, los obreros van en una balandra a jugar fútbol en la playa arenosa de otra isla, a una media hora de su campamento. Los cazadores de pieles y pescadores de los archipiélagos, y aun los hombres fuera de la ley que ahí encuentran el más inaccesible de los refugios, tienen también su embarcación.

La circulación sobre las islas, aun las más grandes, es prácticamente imposible, igual que en las faldas de la Cordillera, bloqueadas por la selva virgen, los acantilados a pique y los pantanos del interior. El hombre desprovisto de embarcación, si se encuentra aislado, en una isla, está condenado a una muerte cierta. En tiempos en que el nomadismo era todavía realmente practicado por los alacalufes, sucedía a veces que los indios que desembarcaban en algún islote para cazar o para pescar cometieran la imprudencia de amarrar mal su canoa y que a ésta se la llevara el viento. Era casi siempre imposible alcanzarla a nado. No había entonces posibilidad ninguna de escapar a una muerte lenta y segura. Los cazadores de pieles chilotas, que sabían bien como sus chalupas excitaban la codicia de los indios, no las abandonaban nunca en la playa. Un pequeño grupo de ellos tuvo la experiencia de ver robada su chalupa. Por suerte tenían sus herramientas y con qué hacer fuego. Construyeron una piragua y durante semanas vagaron en busca de seres humanos. Terminaron por encontrar una canoa de alacalufes que, con un poco de astucia, robaron a sus ocupantes. Al cabo de dos meses y medio fueron recogidos por un buque.

La canoa de las tablas cosidas. La historia magallánica menciona que las canoas indias de los archipiélagos han sido de dos clases: desde el Golfo de Penas hasta el estrecho, la

canoa de planchas cosidas y, a partir del Estrecho, la canoa de cortezas de la misma factura que la de los yaganes del extremo sur. La embarcación de tablas cosidas²⁴ es una versión de la dalca de Chiloé, cuyas variantes formaban las embarcaciones de los indios de las islas Chonos y Guaitecas, así como las de los indios de archipiélagos. El área de dispersión de la embarcación de tablas cosidas corresponde al área de difusión del alerce y del ciprés, que son las dos únicas maderas que permiten obtener fácilmente, y sólo con ayuda de cuñas, tablas regulares y flexibles de gran longitud. Este método de separación de la madera continúa siendo empleado en nuestros días en Chiloé y en las Guaitecas para obtener tablas, vigas y las tejas que cubren las casas de las aldeas chilotas.

He aquí como, según el jesuita Pedro González de Agüeros, historiógrafo de la Compañía en el siglo XVIII, se construían las embarcaciones de Chiloé, llamadas por él piraguas: "Están hechas con 5 ó 7 tablas (obtenidas partiendo el tronco del árbol) de una sola pieza, de 2 a 4 brazas²⁵ de longitud y de una media vara o 3/4 de vara de ancho y de 3 a 4 pulgadas de espesor. Se las angosta en las dos extremidades, de manera de poder formar una proa y una popa y se las calcina superficialmente. En seguida se practica en los dos bordes de cada tabla una serie de agujeros espaciados de 2 pulgadas". El calafateo, "formado por hojas de árbol desfleadas (que no son otra cosa, según los otros testimonios antiguos y actuales, que una especie de estopa hecha de albura de alerce), se hace, antes de la costura, interponiendo la estopa entre las tablas, de modo que esta estopa sobresalga de las juntas". Una liana sólida aprieta las dos tablas y la estopa con una costura espiral "como si se tratara de coser juntos dos trozos de tela". Los hoyos de costura y las otras vías de agua, nudos, hendiduras, etc., eran en seguida obturados por un tapón de esa misma estopa. Para dar más solidez al conjunto se ensamblaban en el interior algunas membraduras o cuadernas, sujetas a las tablas del casco por clavijas de madera a guisa de clavos.

La dalca de Chiloé sirvió de embarcación desde mucho antes de la llegada de los españoles hasta la época moderna. Hoy ha desaparecido completamente, aun en la tradición, y probablemente nadie podría reconstruirla según los datos antiguos, pero muchos pescadores conservan todavía el sacho, una especie de arpón de 4 ganchos, enteramente de madera, con una pesada piedra de lastre. En 1953, uno de estos sachos se halló abandonado en una playa de la isla Navarino. Las dalcas de 5 ó 7 tablas, de 20 metros de largo, debían de ser muy pesadas, pero los remeros chilotas son infatigables. Con 20 hombres en su embarcación, podían afrontar la alta mar. Las embarcaciones de 3 tablas servían en el interior de los golfos o de los canales marítimos. Los pocos documentos históricos que se poseen no permiten determinar hasta dónde avanzaba la dalca chilota en dirección al sur en la época histórica.

En las islas Chonos y aun hasta el archipiélago Guayaneco, la canoa india, derivada de la dalca, no tenía sino 3 tablas, según el mismo Agüeros. Era una embarcación tan frágil, al decir el autor, ciertamente poco familiarizado con las cosas del mar, "que su sola vista quita todo coraje al hombre más audaz". Agüeros da un detalle importante: para evitar el paso por el Golfo de Penas, las piraguas son descosidas, transportadas a través del istmo de Ofqui y reconstruidas después para continuar el viaje. No es imposible que los indios de los archipiélagos al sur del Golfo de Penas hayan ido a construir sus embarcaciones allí

²⁴ Sobre la repartición y la historia de la embarcación de tablas cosidas, ver JOHN M. COOPER, 1917, pp. 198 - 204.

²⁵ Medidas chilotas: una braza = 1m. 80; una vara = 80 cms.

donde crecían el ciprés y el alerce.

Moraleda, a fines del siglo XVIII, describió de la misma manera la embarcación chilota y señala las ventajas de estopa de albura de alerce, filamentosa y dulce, imputrescible y que se hincha con el agua, pero que en seco se pone rápidamente inutilizable. Tales fueron las embarcaciones en que los misioneros, los padres Venegas y Ferrufino en 1608 y, más tarde, el P. García Martí partían en sus expediciones a las islas Chonos y aun hasta los canales Messier y Fallos. El P. García Martí señala solamente que los indígenas estaban en posesión de clavos provenientes de los restos naufragados del Wager y que les servían, una vez que adelgazaban su punta, para afinar las tablas de sus embarcaciones, de 2 brazas de largo y "hechas a fuerza de fuego y de conchas", los dos medios de trabajo tradicionales que tenían a su disposición para adelgazar las tablas. Se puede poner en duda la justeza de información del P. García Martí, cuando dice que se necesita un año o un año y medio para construir una embarcación.

El guardiamarina Byron, en la larga peregrinación que realizó a mediados del siglo XVIII en compañía de indios por el norte de los archipiélagos, señala que tenían canoas hechas con 5 tablas obtenidas con ayuda de conchas, instrumentos de piedra y fuego. Los hoyos de costura estaban espaciados en una pulgada, y la costura era hecha de lianas. La estopa que empleaban era confeccionada con corteza (de ciprés, sin duda, que es el único árbol que pueda prestarse a esa operación), que hacían macerar en el agua y que golpeaban con dos piedras. La estopa así obtenida formaba un calafateo muy eficaz.

La expedición de Coppinger ha dejado una buena descripción de la canoa de un grupo de indios encontrados en la bahía Tom, en el archipiélago Madre de Dios. La canoa estaba compuesta por 5 tablas de 20 pies de largo por 2 pies y medio de ancho en el fondo, mientras las otras cuatro, que forman los lados, tenían una anchura de 1 pie y medio. La tabla del fondo estaba encurvada en sus extremos, como para formar un arco aplanado y un travesaño en la misma forma. En el borde de cada tabla, una fila regular de agujeros más o menos cuadrados dejaba pasar una amarra, es decir, un tallo flexible, de los que se ven enrollarse en los troncos de los árboles. El calafateo por encima del cual pasaba la amarra estaba hecho con musgos y tiras de corteza de canelo y los hoyos cuadrados eran taponeados, en seguida, por una materia vegetal pulposa, constituida principalmente de musgo. Los remos eran de dos piezas, un mango de tronco de ciprés, en cuyo extremo estaba amarrado un trozo de madera elíptica en forma de pagay. Reposaban sobre una chumacera en forma de media luna, hecha con una sola de madera unida a la borda la embarcación era dirigida por un remo timonel maniobrado por una mujer vieja sentada en la popa sobre un manojito de hierba. Esto pasaba hacia 1880.

Fitz Roy señala que, cuando recorría los archipiélagos occidentales, Canal Smith y Madre de Dios, las contadas canoas halladas en esa región eran de tablas, y las maniobraban por medio de pagayes. En el Estrecho, en Batchelor River, halló por primera vez una canoa de remos, de construcción mixta, con fondo de tablas y costados de cortezas.

50 años después de Fitz Roy, el comandante Latorre, en 1878, halló en las aguas del Skyring una canoa de tablas cosidas. Es la última que se haya señalado.

Son éstos los únicos documentos históricos en los cuales se haga mención de las canoas de tablas cosidas en la parte septentrional de los archipiélagos.

La canoa de cortezas. En 1577, Ladrillero cuenta que las canoas de los indios halladas en

la isla Campana estaban hechas de cortezas de árboles, según él "cipreses y otros árboles" (pero él debe de equivocarse en cuanto al ciprés), "cosidas con juncos de barbas de ballena y reforzadas con nervaduras en varillas de un dedo de grosor. La forma de esta canoa es como la luna de cuatro días con puntas muy elevadas". En 1558, Ulloa encontró, igualmente en el archipiélago Madre de Dios, canoas con fuego en el interior, lo que no enseña nada de particular sobre el asunto.

Por el contrario, todos los navegantes han anotado algunos detalles sobre las embarcaciones que encontraron en la parte occidental del Estrecho. 6 años después de Magallanes, Loaysa, en los alrededores de lo que fue más tarde Puerto del Hambre, halló una canoa abandonada, cuyas nervaduras y armazón eran de costillas de ballena. Tal comprobación nos deja perplejos y habría que interpretar tal vez el texto en sentido figurado: "como costillas de ballena". Sea como fuera, había al lado de ese casco de embarcación cinco remos que parecían palas. Spilbergen, a comienzos del siglo XVII, en Puerto de Hambre, vio también canoas de extremos levantados, de remos cortos y con fuego en el interior. Drake, a la entrada del Canal Jerónimo, describe "una canoa hecha de cortezas de árboles tan bien ligadas entre sí con bandas de cuero de foca, que no hacía sino muy poco agua a través de sus costuras. Sus dos extremidades estaban encurvadas en forma de media luna"

El comodoro Byron, en 1764, halló cerca del Cabo Upright a los indios en canoas de tablas, lo cual no dejó de asombrarlo, puesto que en el Estrecho casi todas las embarcaciones están hechas de cortezas. Según Byron, estas últimas estaban construidas, con mucho arte, de tres piezas. La pieza central estaba generalmente curvada a la vez en el sentido longitudinal y en el sentido transversal, de manera que las costuras quedaban fuera del agua. Este detalle introducía una modalidad nueva y un perfeccionamiento en el arte de construcción de canoas. Siempre según Byron, las canoas eran estrechas y tenían en cada extremo una punta que se elevaba notablemente. Los indios se preocupaban mucho de su conservación, y todas las veces la sacaban a la playa, fuera del alcance de la marea.

En la misma época, Wallis y Boungaville, en el Estrecho, en la Bahía Francesa, en el Cabo Upright y en la isla Rupert señalan canoas de cortezas cuyas descripciones son equivalentes: una canoa mide 15 pies de largo, 3 de ancho y 3 de profundidad. Una piel de foca les sirve a veces de vela.

El relato de la expedición de la Santa María de la Cabeza (1788-89) merece ser enteramente citado, pues la construcción de la canoa de cortezas y de la canoa de tablas observadas en la parte occidental del Estrecho es allí minuciosa. La canoa de cortezas, cuyo grosor es inferior a una pulgada, está compuesta de 3 piezas, entre las cuales la del medio hace de quilla, de fondo, de roda y de estambor, mientras las otras dos forman los costados. Es curiosa la manera cómo los indígenas extraen la corteza de los árboles, pues no tienen otro instrumento que el de piedra con el cual hacen dos incisiones circulares y una vertical que se une a las otras dos. Con mucha habilidad, desprenden la corteza de una sola vez, llegando a veces hasta un largo de 32 pies para la pieza mediana más larga de una canoa, que tendrá 25 pies de largo, 4 en su mayor anchura y de 2 a 3 en su mayor profundidad.

Para aplanar el rollo de corteza, cargan sus extremos con piedras y lo dejan así durante 3 ó 4 días. En seguida se juntan, casi perpendicularmente a la base, las dos piezas laterales por costuras que envuelven a un calafateo de hierbas y barro. Para dar resistencia y rigidez al conjunto, se colocan en el interior varillas en forma de arco, bien apretadas las unas contra las otras, mientras dos pértigas forman la borda superior y unos travesaños mantienen su separación. El conjunto es mantenido por costuras, probablemente con una

liana llamada voqui. El interior de la canoa es revestido en seguida con tiras de corteza de un pie de ancho, ablandadas al fuego para poder calzar perfectamente con las curvas, lo que forma una especie de piso interrumpido en el medio por un resumidero, destinado a coleccionar el agua.

Muchas de estas canoas pueden contener hasta 9 ó 10 personas. Ordinariamente, son las mujeres las que reman, con remos "a modo de canaletes". Pero en los viajes largos, si el viento es favorable, se instala mástil hacia la proa del bote, con una especie de verga en el extremo, a la cual se amarra una piel de foca, cuya parte inferior se sujeta a mano. En medio de la canoa, reposando sobre un lecho de piedras, de conchas y de arena, se mantiene un pequeño fuego, constantemente alimentado. El equipo de la canoa es completado por recipientes destinados para achicar el agua y por algunos cables de juncos o de lianas finas trenzadas.

Con estas embarcaciones frágiles y pocas marineras los indios emprenden sus viajes por regiones en donde se pasa súbitamente de la calma absoluta a los vientos más impetuosos, lo que denota a gentes que conocen perfectamente el mar, pero a menudo sucede que sean víctimas de la temeridad.

En el apéndice a la relación del viaje de la Santa María de la Cabeza, los indios vistos al oeste del cabo Ildefonso, cerca del cabo Pilar, tenían canoas de tablas, "lo cual revela una superioridad técnica sobre los otros indios del Estrecho. Las tablas se sujetan unas a otras con una especie de cordón de media pulgada de grueso y una clase de estopa, que parece compuesta de hierbas mezcladas a un barro tan espeso y pegajoso que impide el paso del agua. Los costados se componen de dos gruesas tablas, a las cuales se ha dado la curvatura necesaria y la disminución regular en los dos extremos. La quilla es una tabla larga y estrecha. La armazón interior de la canoa, parejas, defensas y travesaños, es la misma que la de la canoa de cortezas, pero más resistente. Si bien la canoa de tablas es menos rápida que la de cortezas, tiene por lo menos la ventaja de una mayor solidez y estabilidad".

De estos datos históricos infiere que la canoa de tablas cosidas fue utilizada de preferencia a la canoa de cortezas en los archipiélagos del Oeste, desde la isla de Chiloé hasta el estrecho, durante cerca de 4 siglos. Estaba construida con 5 tablas, pero también solía estarlo con 3, y era accionada con pagayos o con remos. No tenía timón y se dirigía por medio del pagay. El área de extensión de la canoa de remos parece corresponder a la extensión de las coníferas, alerces y cipreses y ser la canoa una adquisición técnica obtenida de los indígenas de Chiloé. En cuanto a la canoa de cortezas, de forma bien característica de media luna, maniobrada con pagay, es de una técnica bien particular y corresponde al área de extensión del *Nothofagus betuloides* (coihue), más meridional.

Recuerdos y supervivencias. ¿Cuáles son las tradiciones y recuerdos que aún sobreviven en la memoria de los alacalufes actuales, relativas a la embarcación de tiempos pasados? De la canoa de tablas reunidas por costuras, no subsiste nada más que el recuerdo. Ellos saben que tal canoa existió y que era muy grande, pero ninguno de ellos la vio jamás. Por el contrario, la mayoría de los ancianos y de los indios de edad mediana alcanzaron a navegar en la canoa de cortezas. Para algunos, era esa la embarcación normalmente empleada; para otros, era la embarcación ocasional, rápidamente construida y con menos trabajo que la canoa hecha de un solo tronco. Los más antiguos del grupo la utilizaron durante la mayor parte de su existencia, y permanece en la memoria de los hombres de 30 ó 40 años como un recuerdo de infancia.

La canoa de corteza subsistió, paralelamente a la de un solo bloque, en los archipiélagos del oeste, hasta 1925. Algunos oficiales de la marina las vieron. Sus

descripciones, en cuanto a la forma y a las dimensiones de la embarcación, son generalmente vagas y corresponden a recuerdos lejanos que emergen trabajosamente bajo la necesidad de responder a una pregunta. Algunos detalles de importancia, relativos al modo de construcción, se adaptan demasiado bien a las preguntas que se le hacen, como para aceptarlos sin una prudente reserva. Algunos detalles son extraños, pero, al fin de cuentas, plausibles, y merecen pasar por el control de los testigos más ciertos, que son los propios alacalufes. Una afirmación que se oye repetir a menudo es la de que la embarcación primitiva de los alacalufes era de pieles de foca extendidas sobre miembros de madera, pero ella suscita siempre las más firmes negaciones de parte de los alacalufes.

Según los últimos testigos de la canoa de corteza, ésta era construida de la manera siguiente, muchas veces descrita y una vez ejecutada a pedido del investigador. El tema de la canoa de cortezas volvía, para afrontar sus respectivos relatos. La dificultad estaba en localizar un coihue vigoroso y sano, de tronco esbelto, sin nudos ni ramas. Se practicaban entonces, con cuchillo o con hacha, dos incisiones circulares y otra longitudinal. Pasando un bastón, de extremo tallado en forma de paleta, o una cuña de hueso, se llegaba a levantar un poco de corteza sobre toda la altura y así, separada más y más, toda la corteza era levantada de un solo bloque. Si la continuación del trabajo tenía que ser postergada para más tarde, el rollo de corteza era mantenido bajo una caída de agua que lo tenía constantemente mojado. A veces, la corteza era allí aplanada con ayuda de grandes piedras. Lo esencial era que este pedazo permaneciera húmedo. Una vez aplanados, se recortaba a los trozos de corteza siguiendo una forma determinada. La pieza medida, que era la más larga, tenía sus extremidades simétricamente talladas en triángulo, y las dos piezas que debían formar los costados eran igualmente puestas en forma. Durante todas estas operaciones, las cortezas eran constantemente ablandadas a fuego, para darles sin dificultad la curvatura necesaria en el sentido longitudinal y en el sentido transversal. El ensamble por costuras espirales se hacía por medio de un punzón y de briznas de voqui. El calafateo se hacía paulatinamente, interponiendo en las juntas cortezas, trapos y raicillas mezcladas con una tierra extremadamente compacta y viscosa. Durante toda la operación, las cortezas eran mantenidas en su lugar y en debida forma por medio de ligaduras, cuñas de madera, cargas de piedra y piquetes clavados en tierra. La popa y la proa, muy peraltadas, se reforzaban, como en la dalca de Chiloé, por una especie de estribo de madera curvada, tallada o natural, que mantenía juntas las tablas o las cortezas. Este detalle de construcción subsiste aún en las chalupas que los loberos chilotes construyen en los archipiélagos. Durante sus giras, cuando descubren en un tronco contorsionado de coihue la forma deseada, la guardan para la construcción eventual de una chalupa. Los bordes eran ligeramente reforzados por dos defensas. Algunos travesaños, en general tres, mantenían la distancia y estaban ligados a esas defensas. Después el interior estaba provisto con varillas arqueadas, apretadas unas a otras, bien justadas a las formas del casco, recubiertas con un piso de corteza.

El conjunto adquiría una forma de huso, de amplio apoyo sobre el agua, con redondeces que no ofrecían sino una mínima resistencia. Algunos pagayes de ciprés en forma de palas estrechas, de mangos tan largos como las palas, un mástil corto y una vela de piel de foca o una frazada completaban el equipo. La embarcación era, sin duda, frágil, pero rápida y bastante estable, a condición de embarcarse en ella con cuidado. El único inconveniente venía de la vela que, bajo el empuje de una ráfaga imprevista, desequilibraba la embarcación. Muchos se ahogaron de esa manera, cosa que los indios atribuían al aparejo defectuoso.

En 1946, un modelo reducido de canoa de corteza servía de juguete a los niños. Estaba hecha de una simple hoja rectangular de corteza de tenía modelada al fuego y

ligada en sus dos extremidades. Los niños le ponían de lastre algunos guijarros y la dejaban sobre el agua. Cuando pedimos a un indio viejo, aún al corriente de las cosas del pasado, que construyera una canoa de corteza, tal como él las había conocido, la ejecutó con buena disposición e hizo esta canoa que bastaba con holgura a dos niños. Tal fue el punto de partida de una industria nueva, la construcción en serie de canoas en miniatura de 20 a 30 cms. de largo destinadas al trueque a bordo de los buques de paso por Edén. Estas canoas las hacen con delgadas cortezas de tenío unidas con amarras de voqui, y son de el mismo modelo, aunque menos bien ejecutadas, que los modelos reducidos de canoas que los yaganes ofrecían, desde hacia muchos años a los turistas del canal Beagle.

La forma actual de la canoa y su construcción. La canoa de corteza ha sido actualmente abandonada por una embarcación más sólida, más estable y de mayor capacidad. Este aporte a los medios de existencia del indio alacalufe es muy reciente: se puede estimar que la canoa de corteza desapareció completamente alrededor de 1925.

Hacia mediados del siglo XIX, los indios de los archipiélagos, yaganes del extremo sur o alacalufes de los archipiélagos del oeste, eran numerosos y fuertes, a pesar de su desamparo. A menudo tuvieron que habérselas con los primeros cazadores de pieles que desde Weddel visitaron los archipiélagos. Las relaciones entre los cazadores y los naturales no dejaban de presentar dificultades y los trueques entre unos y otros eran mínimos. Los pedazos de hierro o instrumentos de metal que los indios podían poseer en esa época provenían a menudo de robos o naufragios. La escasez de esas herramientas no podía permitir modificaciones profundas en el modo de vida de los indios.

Sólo hacia 1880, los cazadores de pieles, blancos de todas nacionalidades y chilotes, se mezclaron más a la vida de los alacalufes, por lo menos durante las estaciones de caza. Los indios, ahora menos numerosos, más familiarizados con las presencias extrañas, hallaban a menudo medio de hacerse emplear a bordo de las goletas para el trozado de las focas y la preparación de las pieles. Llegaban a hacerse dar instrumentos de metal, sobre todo hachas y cuchillos, y con frecuencia abandonaban el taller, llevándose lo que les caía bajo las manos. No pocas veces huían en una chalupa robada.

Así introducía el metal en la vida de los alacalufes y empezaba a modificar seriamente sus técnicas. Este hecho de importancia habría podido aportarles algunas facilidades de vida y cambiar radicalmente los datos de su vida nómada. Desgraciadamente, habían llegado ya a una época trágica de su historia. Habían entrado por el camino de una irremediable desaparición, cuando algunas decenas de años más tarde pudieron procurarse hachas de buena factura, sólidos cuchillos y otras herramientas en número suficiente para ser repartidas entre todos. No quedaba ya sino un grupo de seres humanos, debilitados, inadaptados, que habían perdido casi todo su pasado tradicional y que no pudo sacar real provecho de la posibilidad de construirse una embarcación más segura que la frágil canoa de cortezas que durante su historia había sido la causa de innumerables muertes colectivas por inmersión.

Gracias a este nuevo instrumental, los alacalufes pasaron naturalmente de un modo de construir embarcaciones a otro, sin que haya necesidad de hablar de empréstito para explicar tal novedad. Los alacalufes habían visto, por cierto, a cazadores chilotes improvisar en unos cuantos días, escabando con hacha un tronco de árbol, una embarcación rústica, pero suficiente para arreglárselas en una situación difícil: El caso se produjo en varias oportunidades. Los alacalufes los imitaron. Sin embargo, el término empréstito va más allá de este hecho simple de dos grupos viviendo en las mismas condiciones, con los mismos medios técnicos después de un tiempo. Entre esos medios se hallaba el hacha de hierro, junto a otros que satisfacen una necesidad esencial, la de navegar, extremadamente

simple. Por otra parte, como hemos visto, solía suceder que los alacalufes lograban apropiarse de las pesadas chalupas chilotas que excitaban su codicia. Los indios actualmente vivos cuentan con agrado sus hazañas en esta materia, pero no han olvidado las represalias terribles que las seguían. Antes de disponer de medios materiales para construir algo mejor que su miserable canoa de cortezas, tenían ya el vivo deseo de una embarcación más basta y mejor construida que utilizaba gente que vivía de un modo en muchos puntos semejante al suyo.

Desde hace cerca de 10 años, la mayoría del grupo alacalufe se ha radicado alternativamente en Puerto Edén o en las cercanías del faro de San Pedro. Sin embargo, cada grupo familiar desea poseer una canoa en buen estado. Primero, para sus desplazamientos en un radio limitado en torno a esos dos puntos de residencia (aprovisionamiento de leña para la calefacción y de mariscos, caserías, acceso a los barcos en tránsito), pero también para reanudar, de tiempo en tiempo y por algunos meses, la ruta de los archipiélagos. A pesar de todo, la llamada de su vida ancestral no está definitivamente abolida. La construcción de la canoa sigue siendo uno de los actos más importantes de la vida de los alacalufes actuales, aquel al cual dedican mayores cuidados y actividades continuas. Por eso, describiremos en detalle las fases sucesivas de la construcción de la canoa de que actualmente se sirve.

Selección y corta del árbol. Los archipiélagos de Magallanes están recubiertos de una selva muy densa. Sin embargo, no abundan en ellos los árboles de gran tamaño en la medida que fuera dable esperar. Los árboles que crecen cerca de la orilla son demasiado pequeños o están demasiado torcidos por el viento para proporcionar una madera utilizable. Se necesita lejos los robles y coihues que se desarrollan mejor en los valles abrigados y casi siempre a una cierta altura. En sus excursiones a través del bosque, los alacalufes han localizado desde hace largo tiempo los troncos que podrán convenir a la construcción de la canoa. Muchas veces los han cubicado, rodeándolos con sus brazos. Si las manos no llegan a tocarse, el árbol puede ser utilizado.

Los árboles así elegidos, casi siempre coihues, están muertos desde hace varios años, pero están aún en pie. Se conservan sanos durante largo tiempo. El tronco debe ser recto y sin ramas en una altura de 4 a 5 metros y no presentar huellas aparentes de pobredumbre. El árbol elegido se halla a menudo en el bosque a varias millas del campamento, lejos del mar, en medio de una vegetación muy densa que es preciso derribar para abrirse camino. Más tarde, cuando halla que llevar la canoa más o menos desvastada hasta la playa, las dificultades serán aún mayores. Son estas otras tantas razones para no equivocarse al elegir, para evitarse trabajos inútiles.

Construir una canoa es una tarea de varias semanas. Esta duración varía, por lo demás, según el valor de cada uno y las dificultades de la estación. Cuando el taller está cerca del campamento, el trabajo es fácil y se puede consagrarle varias horas al día. En este caso, el indio alacalufe trabaja solo. Más cuando, para dirigirse al taller, hay que recorrer varias millas en canoa y caminar en seguida largo trecho a través del bosque y los pantanos, pide la ayuda de un compañero. Es éste un tipo de servicio que se prestan mutuamente.

Para que la tarea sea más fácil, el árbol es siempre cortado a medio metro sobre el suelo. Economía de trabajo, pues así se evita cortar el espesor extra de la base del tronco y después, al modelar la proa del bote, eliminar un importante volumen de madera. Se necesita proveer y dirigir la caída del árbol, evitar que se derrumbe en el sentido del pendiente si se trabaja en un terreno en declive, limpiar el terreno de árboles y materiales molestos. Como cualquier leñador de cualquier sitio del mundo, el indio de los archipiélagos

de Magallanes corta el árbol por dos biseles opuestos y desiguales, de modo que se derrumben por sí mismo en el sitio preparado y en la posición prevista. Los hachazos acompañan de exclamaciones cuando el coihue está próximo a derrumbarse. Los golpes se precipitan y, cuando el árbol se desploma con gran estrépito de ramas quebradas, se puede ver en el rostro largo tiempo inmóvil de estos leñadores de Magallanes una expresión indefinible de alegría.

El adelgazamiento. El fuste, limpio de ramas a largo de 4 metros, por lo menos, yace por tierra. Se le corta la mayor longitud utilizable. Si existe en el tronco alguna aplanadura, nudo o porción afectada por pobredumbre, ello no tiene importancia, si está sano y regular en el resto. Bastará empezar el ahuecamiento por la porción afectada y reservar para el futuro casco las partes no defectuosas del tronco. Se descortezza inmediatamente después de la corta, para descubrir todos los defectos posibles. Cuando se trata de un árbol seco desde hace varios años, en un clima tan húmedo, hay que esperar sorpresas desagradables que han escapado al ojo, aun a uno tan ejercitado como el de los alacalufes en materia de madera. A veces, para evitarse dar vuelta un tronco demasiado pesado, descuidan descortezarlo completo. Por eso se hallan con frecuencia en el bosque canoas abandonadas en todos los estados de fabricación, después de haber revelado durante el trabajo graves defectos ocultos. Con la sorpresa de la excavación y los riesgos de las terminaciones sólo puede acabarse una canoa entre dos.

Una vez que el árbol está limpio y en buena posición, empieza el adelgazamiento. La proa del bote corresponde a la base del árbol. Se tallan en doble bisel los dos extremos, lo que da al perfil y las dimensiones de la embarcación. En seguida, con hachazos precisos se procede al excavamiento. Si los que trabajan son dos, cada uno excava un extremo. No es éste un trabajo indolente a manera de pasatiempo, sino una verdadera faena, en la cual el alacalufe emplea toda su fuerza. En este trabajo que le interesa por que es para él, para llegar a un fin que satisface sus necesidades, el indio alacalufe desarrolla un esfuerzo verdadero y duro, con tenacidad y resistencia y lo realiza sin economizar esfuerzos, sin torpeza en la obtención de lo que desea y según la representación que se forma de ello. Sin duda actúa con medios y técnicas torpes. Para el observador más evolucionado que compara el resultado de este trabajo con el de otras culturas, hay en él siempre algo de inconcluso. La actividad del indio de los archipiélagos no debe medirse por una norma arbitraria, sino por su propia cultura. Muy distinta en su actitud cuando, por ejemplo, le sucede trabajar, más o menos voluntariamente, para los blancos, cortando y picando leña para el puesto militar de Bahía Edén o en otras faenas. Trabaja entonces medio dormido, puesto que su interés en ese género de ocupación es nulo o casi nulo.

Así, de pie sobre el tronco, descalzos entre las astillas, los dos leñadores alacalufes trabajan a hachazos regulares y rápidos. Cuando están frente a frente, escabando entre los dos la parte media del tronco, las hachas caen alternativamente sobre el mismo tajo. Se necesita una gran destreza para seguir así, desde el interior, la encurbación del tronco, junto con adelgazarlo hasta un grosor regular de 3 cms., con una reserva un poco más gruesa en los dos extremos. Este adelgazamiento preliminar exige varias jornadas de trabajo. Después de lo cual, el alacalufe, si bien tiene constancia en el momento mismo en que trabaja, deja pasar a menudo días y semanas antes de volver a su taller.

Una vez terminado este primer ahuecamiento, la canoa está lo suficientemente liviana como para poder ser arrastrada hasta el mar. El trayecto es a menudo largo y difícil, a través de bosques inextricables, por encima o por debajo de los troncos tendidos, sobre las pendientes rocosas o a través de los pantanos. En el bosque, todo va sobre ruedas una vez que ha sido abierto el camino. De 6 a 10 alacalufes, hombres y mujeres a quienes se ha pedido ayuda, llegan fácilmente a arrastrar el tronco ahuecado sobre el lecho de

musgos húmedos que forman siempre el suelo del bosque. Pero, en los rodados de rocas o en las faldas graníticas, o para pasar las quebradas, se corre el riesgo de dañar el bote si no es llevado literalmente al brazo. En el pantano, el suelo muelle ofrece demasiada resistencia. En este caso, se fabrica con rodillos un camino de rodamientos. La canoa llega así, a fuerza de brazos, hasta el mar, para ser llevada a remolque al campamentito, donde será terminada con holgura.

La formación. Es ésta una operación compleja y arriesgada, en la que sólo entra en juego la habilidad del propietario. Empieza, primero, por adelgazar suficientemente el casco, para que se preste sin romperse a un ensanchamiento importante, que triplicará por lo menos su capacidad. Esta operación no puede efectuarse a hachazos, sino con la azuela. Si bien los alacalufes han sido provistos de hachas pesadas y de buena calidad, generalmente made in Sweden, que afilan como navajas, el complemento de instrumental que poseen tiene mucho menor valor. Son, en general, herramientas de desecho. Algunos han podido procurarse azuelas del comercio, abordando los barcos, en los campamentos de los pescadores chilotos (a cambio de alguna peletería) que, como los indios trabajan exclusivamente con hacha y azuela. Las chalupas y aun las goletas que ellos mismos construyen en los archipiélagos son producidas por este instrumental. Es fácil para los alacalufes robar una herramienta u obtenerla a cambio de una piel de nutria. A falta de eso, ellos mismos fabrican una azuela con una hoja cualquiera de hierro, modelada y aguzada a piedra y sólidamente ligada a un mango de madera recurvado. Se obtiene así una herramienta que copia más o menos a la azuela del comercio. A veces también el modo de montar y manejar este utensilio deriva directamente de la tradicional azuela hecha con una concha cortante. La concha solamente es reemplazada por la hoja de metal.

Para este trabajo de terminación de la canoa, el indio se pone en una posición incómoda y fatigosa: se mantiene agazapado en el interior de un esbozo de casco, cuya abertura a penas permite el paso del cuerpo. Las virutas se sacan a contra pelo hasta que el hueco se ha regular y la grosura final de la madera sea de un 1 centímetro y medio a 2 centímetros. Como los dos extremos deben ofrecer más resistencia, tienen más o menos cuatro centímetros de grosor. Las ligeras protuberancias exteriores de la madera son alisadas.

Los árboles utilizados no son nunca tan gruesos para que la capacidad del casco sea por sí misma suficiente. Es entonces necesario separar fuertemente los bordes de este esbozo y levantarlos para obtener una embarcación más vasta, la sección aproximadamente parabólica y que presentará, además, la ventaja de mantenerse mejor en el mar. Para conseguirlo, se moja abundantemente el proyecto de canoa. Si la lluvia no bastare, se la mantiene llena de agua durante varios días. La arrastran en seguida, hasta las cercanías de las chozas, detrás de la playa, pues está prohibido hacer fuego cerca del mar. La embarcación es alzada sobre pilotes de madera. En las cercanías, se ha hecho un gran fuego de cipreses secos y, cuando hay un abundante lecho de brasas, se las reparte vivamente bajo la canoa, de manera que en toda su longitud esté sometida a una fuerte temperatura. El fondo y las paredes son alternativamente sometidos al calor del fuego, mantenido, durante toda la operación, con nuevos aportes de brasas. El interior de la canoa es igualmente provisto de brasas. Si la operación es efectuada con cuidado, la madera es ligeramente carbonizada en toda su superficie externa e interna, y adquiere así bastante flexibilidad para prestarse a la última operación, que consiste en apartar violentamente los bordes del casco.

Cuando el proyecto de casco ha sido suficientemente calentado, un simple pedazo de madera, cortado a la longitud conveniente, es dispuesto en forma oblicua entre las orillas. Después se lo fuerza hasta darle una posición perpendicular al eje de la canoa.

Otros travesaños más cortos son puestos a la fuerza, de la misma manera, hacia proa y hacia popa. Así el casco adquiere su definitiva forma fuselada. Durante este tiempo, las brasas han sido barridas. La operación ha durado más o menos dos horas. La canoa permanece así durante varios días, que se aprovechan para rasparle con conchas la película carbonosa que se formó en toda la superficie.

El método supone sus riesgos, sobre todo si el fondo de la embarcación presenta algún punto débil, pues entonces se produciría una hendidura longitudinal irreparable. Si las fisuras son de pequeñas dimensiones, es posible obturarlas, pero después se agrandarán con el uso y con los choques.

Calafateo y terminación. Sin llegar hasta a poner fuera de servicio a la embarcación, los defectos de la madera son siempre numerosos. Más que todo lo demás, la proa, que corresponde a la base del tronco, ha sufrido el ataque de la podredumbre. Casi todos los árboles son esponjosos en su base. Se necesita, pues, consolidar la proa del bote. Además, sobre toda la superficie de la madera hay hoyos y fisuras. Para conjurar estos defectos, se emplean los más diversos materiales. Casi siempre, trozos de lata de tarros viejos y cajas de conserva cumplen esta función. La hojalata se adapta muy bien a las partes abombadas. Tablillas provenientes de cajones ciegan los agujeros en las partes planas. Para mantener seco el interior, se meten trapos a la fuerza en toda la fisura, y por encima de este relleno se clavan las tablillas o las placas de hojalata.

Calafateado y más o menos seco, el casco ensanchado es, sin embargo, muy poco profundo para ser utilizado tal cual. Los bordes deben de ser peraltados por medio de dos tablas gruesas, largas y flexibles. Este material es difícil de hallar abordo de los barcos. Los alacalufes tallan esas tablas en un tronco de ciprés. Hábilmente partiendo, un mismo tronco proporciona dos tablas que se separan con facilidad, siguiendo el hilo de la madera. En caso necesario, los nudos y asperezas se nivelan con azuela o con hacha. Como la parte Terminal de la tabla que corresponde a la base del tronco es más rígida, es ablandada a fuego e inmediatamente clavada en el extremo delantero de la canoa. Se fijan así dos tablas, que yuxtaponen en algunos centímetros, en cada borde del casco. Estas son irregulares y no calzan exactamente en el borde. Entre los dos que dan grandes huecos, rellenos por medios trapos y tierra mezclada con raicillas.

Una vez peraltado y retirados los travesaños, la canoa adquiere su forma y sus dimensiones definitivas: cincuenta centímetros de profundidad, un interior amplio, una proa maciza y una popa muy baja sobre el agua. Algunos accesorios faltan todavía. Primero, una muesca en la proa para fijar allí una armella de madera con la cual se pueda atracar el bote. Por lo demás, no hay embarcación que no perezca gracias a este desdichado artificio. Los clavos que fijan esta armella de madera, o bien son demasiado cortos, o son corroídos por el agua del mar. Si la canoa se encuentra a flote durante una tempestad nocturna, la armella es arrancada y la embarcación parte a la deriva y se rompe contra las rocas. El resto de los agregados comprende: bancas, toletes, y dispositivo para la fijación amovible de un mástil. Las bancas, de dos a cuatro según el tamaño de la canoa, son simples pedazos de tablas fijadas verticalmente sobre el borde superior, detrás de cada banca. Una chumacera suplementaria en la popa de la canoa sirve para el remo que hace de timón. En el fondo del casco, en el primer tercio anterior se instala permanentemente un estribo sobre el cual podrá apoyarse el pie del mástil. La banca situada encima de este estribo tiene un ancho agujero, de manera que el mástil pueda sostenerse verticalmente en estos dos apoyos, aun cuando no se los amarre con cables.

Queda así lista la canoa, presta a partir a remo o a vela. El conjunto es rústico, aboyado. Se ha hecho uso inmoderado de los añadidos en el momento de la construcción, de pedazos de hojalata y clavos que no van durar muchos. Muy rápidamente, los clavos

ceden, las hojalatas se desprenden, los bordes agregados se sueltan. Pero bastan algunos otros clavos y nuevos fragmentos de tablas para reparar los destrozos. A pesar de todo, la canoa llega a durar algunos meses, al cabo de los cuales será reemplazada por otra.

Los accesorios de la canoa. El medio de propulsión más corriente es el remo. En este ejercicio, los alacalufes, como todos los chilotes, por otra parte, son infatigables. Una vez decidimos a dirigirse a un punto determinado, pueden atravesar, en una sola etapa y fácilmente, unas sesenta millas y a veces más. Más de ordinario prefieren las etapas cortas y un paso más tranquilo. La presencia de una foca, de un pájaro, de un banco de mariscos o la simple fantasía, modifican con gran facilidad sus intenciones primeras y sus itinerarios.

Al mismo tiempo que la canoa de cortezas, los alacalufes han abandonado su accesorio, el pagay. No usan ya sino el remo que se apoya en el borde, entre dos toletes. Durante todo el siglo pasado, los alacalufes ciertamente conocieron la chalupa a remos de los foqueros, pero en esa época aún se usaba la canoa de cortezas. La canoa actual, con sus accesorios, remos y aparejos, no ha sido definitiva y universalmente adoptada sino después de 1925. Se puede decir que todos los accesorios de la actual canoa han sido adquiridos de los chilotes, en particular el remo, que no es, como podría creerse, un pagay adaptado a un nuevo género de embarcación, sino un préstamo hecho por los chilotes. Los alacalufes han llegado a perfeccionar singularmente su modelo. El remo chilote, de 18 pies de largo, es a menudo un instrumento simplemente adelgazado con hacha. Es verdad que son de corta duración. Aunque muy flexible, están sometidos a tales esfuerzos, que se quiebran frecuentemente en los nudos de la madera. Al apoyarse en toletes redondos de hierro, se gastan rápidamente. Los chilotes deben renovarlos a menudo y se contentan con adelgazar palos.

Mucho más corto, el remo de los alacalufes es más firme y su gasto por frotamiento de madera contra madera es menor. La materia prima es siempre un tronco de ciprés de talla media, que presenta la ventaja de una forma natural de la cual es fácil sacar partido. El tronco de ciprés es muy ancho en su base y con algunos hachazos lo transforma en un esbozo de pala de remo, que será después adelgazado con un instrumento cualquiera, azuela, cabeza del hacha manejada a mano o cuchillo. Los dos bordes de la paleta son cortados bien paralelos y el extremo inferior es a menudo redondeado. Se tiene buen cuidado de dejar un lomo en el eje de la paleta. El mango del remo es redondeado, más ancho hacia el medio, adelgazado en el extremo para ser bien empuñado. El remo es raspado con sección cortante de un filo de concha hasta obtener un pulimento perfecto.

Aunque de cada banquetta no haya lugar sino para un solo remero, éste dispone de dos chumaceras simétricas, lo que permite a un hombre maniobrar solo la embarcación, sea en la posición ordinaria, sentado, sea remando de pie, cara a la proa, a la manera chilote. De los chilotes también, los alacalufes han aprendido a maniobrar su embarcación cinglando.

El empleo del remo estabiliza bastante bien la embarcación. Una vez cargada y sostenida por amplios puntos de apoyo externos, ella es tan estable como cualquiera otra, aun con mal tiempo. Basta saber maniobrarla con habilidad y no dejarse tomar por las olas de través. La experiencia lo prueba. Por lo demás, se puede suponer que, aparte de su habilidad, los alacalufes tienen sobre cualesquiera otros la superioridad de la inconsciencia del peligro y de la ignorancia del miedo.

La navegación a vela es mucho más delicada y no permite impunemente las mismas audacias. A remo, se puede hacer frente a una ráfaga súbita e imprevisible, y mantenerse remando con todas sus fuerzas sin poder avanzar un palmo. A vela, las consecuencias tendrían un desenlace mucho más rápido. Todos los accidentes trágicos, y son numerosos,

se han producido de la misma manera, burlándose de todas las preocupaciones. Una ventolera repentina vuelca el bote. Por eso los alacalufes no navegan a vela sino con buen tiempo, fuerte y aun fresco, pero regular. Los vientos del oeste y del noreste son demasiado violentos y caprichosos y reservan las peores sorpresas. Por el contrario, el viento su es de toda confianza. De aquí que la navegación a vela sea solamente ocasional y practicada sólo en ciertas circunstancias favorables. Sin embargo, toda la familia que se desplace a gran distancia llevará sus aparejos, mástil, vela, guía y un bastón corto que sirve de picocangrejo.

El aparejo es exactamente copiado de las chalupas chilotas: vela trapezoidal, casi triangular, llamada cuchilla, muy ancha en la base, estrecha arriba y más ancha que alta. Los alacalufes utilizan como tela para las velas a sacos que han contenido harina o azúcar y que pueden conseguir a bordo de los barcos que pasan. Los sacos, una vez abiertos y remendados, si es necesario, se unen unos a otros con una costura de hilvanes, si es posible con cáñamo. Refuerzan el contorno de la vela con una bastilla enrollada o bien, si pueden, cosiendo una trenza lisa de cáñamo. Las dimensiones de la vela varían notablemente según la cantidad de tela de que dispongan. Una buena vela tiene ordinariamente dos metros y medio de altura y menudo ocho metros y más en la base. En el campamento, la vela sirve a veces de frazada o, a la manera de los loberos, si faltan las pieles de foca, se la utiliza para recubrir la choza.

El mástil, de ciprés, bien cilíndrico, adelgazado y pulido, es muy liviano. Su extremo inferior está aguzado, para poder apoyarse en el agujero de un listón clavado en el fondo de la canoa. El otro punto de apoyo es la banquetta, igualmente atravesada por un hoyo, y la rigidez del conjunto es mantenida por dos cables, algunas veces de cuero de foca, que se amarra al borde de la canoa.

El aparejo comprende igualmente una guía o botavara, delgada y tan larga como el mástil, fijada a este último por un collar de cuerdas; y un simple bastón o pico, que sirve de cangrejo. Dos drizas de cordaje o de cuero, una para la escota y otra para izar la vela, completan el equipo. La maniobra de izar velas es facilitada si se ha podido obtener una pequeña polea de metal o, si no, una simple argolla en un trozo de cuerda o un anillo, la bigota de madera, que realizarán el mismo servicio. El timón está constituido por un remo bayona, y el que dirige la embarcación sujeta al mismo tiempo la escota.

La confección del aparejo para la canoa no es ya asunto sino de las pocas familias que conservan aún la tendencia a las largas migraciones periódicas. Para las otras, el empleo de la canoa está limitado a algunas salidas cerca del campamento de Edén, en busca de caza o de leña. Las distancias por recorrer son bastantes cortas y es raro que utilicen la vela, en cuyo caso la piden a quienes tengan una. Las mujeres, durante sus frecuentes salidas al mar para aprovisionarse de mariscos, no utilizan nunca la vela.

Entre los accesorios de la canoa, no hay que olvidar el achicador que es un auxiliar de gran importancia. Las fisuras, siempre mal calafateadas dejan filtrarse una gran cantidad de agua, sin hablar de la que entra por el borde, que ha menudo va al ras del agua y de la que las olas suelen vaciar en el interior. Al cabo de poco tiempo, el agua así embarcada podría llegar a ser una sobre carga peligrosa, si no fuera vaciada constantemente. El achicador actual es una vieja lata de conserva, de preferencia un resto de tarro de sección rectangular. Vaciar el agua es de ordinario la faena de los niños, amontonados junto a los perros en la mitad de la canoa. El achicador de la antigua canoa de cortezas está a veces en uso todavía, cuando no hay tarros viejos. El achicador es un cilindro de piel de foca, con un fondo cosido y una empuñadura lateral de cortezas trenzadas, lo que da al conjunto la forma de un chop de dos litros de capacidad.

El cable de atraque es a menudo un buen cable de cáñamo o de manila, adquirido a

bordo de algún buque, y a falta de él, una trenza plana de trozos de lienzo y, en algunos casos raros, una trenza de juncos. En otra época hacían, con raíces finas de copihue, un cable grueso de varias hebras de una pulgada de diámetro, que constituía un notable trabajo de trenzado. De él no queda más que el recuerdo.

No existe ninguna clase de ancla. Las canoas son tan livianas que puede subírselas a la playa a la vuelta de cada salida. Para más precauciones, se amarran a un tronco de árbol, a un poste o a una piedra. Con las altas mareas, el nivel del agua puede alcanzar el umbral de las cabañas y recubrir toda la playa. Las canoas quedan entonces a flote y, si hay un poco de oleaje, para evitar que se deterioren chocando unas con otras, se construyen anclas rudimentarias. Al extremo del cable se amarra un pedazo de madera o una roca que se mantiene en su lugar por medio de un amontonamiento de guijarros.

El transporte de la embarcación. Terminada, la canoa alacalufe pesa unos cien kilos. A pesar de este peso considerable, es posible que sea transportada a través de las tierras. En Puerto Edén, por ejemplo, una canoa fue transportada sobre un lago de montaña. El acceso a todo un paño de cerros frecuentado por los huemules era largo y difícil por el bosque, mientras que, atravesando ese lago, que es un fiordo interior, profundamente encajonado, el trayecto se acortaba considerablemente. Entonces, transportaron una canoa a hombros a través de dos millas de bosques impenetrables, cortados por quebradas y ríos, hasta que la instalaron en el lago.

Este caso de transporte es, sin duda, excepcional. Hay otros que pertenecen a la tradición. Algunos puntos de los archipiélagos son accesibles por mar al precio de un largo desvío, mientras la travesía por istmos estrechos permite alcanzarlos en unas pocas horas, aun usando la canoa a través de los terrenos turbosos. A menudo estos istmos son en el fondo antiguos valles glaciares, por los cuales se comunicaban, en una época en que el nivel de las aguas era más elevado, sistemas marítimos hoy independientes. Estos terrenos están ocupados por turberas y jalonados de lagos. Los indios preferían a menudo estos trayectos, el más conocido de los cuales, en los archipiélagos del Oeste, era el del istmo de Ofqui, entre el Golfo Elefante y el Golfo de Penas, que permitía evitar la temible travesía del golfo, imposible para embarcaciones menores en torno a la península Tres Montes. El guardia marina Byron, que viajó en 1741 con los indios al norte de los archipiélagos, cuenta que al atravesar el istmo de Ofqui, la canoa era desmontada. Cada hombre o mujer se encargaba de una tabla y de una parte del material, y así llegaba, con el barro hasta las rodillas, a la otra ribera del istmo.

Casi todos los otros transportes están localizados en la vecindad del estrecho, donde la fragmentación en islas es poco importante y las masas terrestres están acuchilladas por profundas entradas marinas. Uno de portazgos, que siempre lleva en nombre de Camino de los Indios, de cinco millas de largo, comunica una de las ramificaciones del Seno Última Esperanza, el Seno Obstrucción, con el mar de Skyring. Este pasaje evita una vuelta de varios centenares de millas. Otro portazgo comunicaba el golfo Xaultegua con el Canal Jerónimo, acortando así de modo apreciable el camino ordinario por el Estrecho. Había un camino también en pleno bosque, en una región montañosa, entre el Fiordo Silva Palma y el Estrecho. No era ese, por lo demás, un portazgo, pues los indios debían abandonar su canoa en el punto de partida y construir una nueva a la llegada. Utilizaban aún este paso hace unos sesenta años.

2. La caza y la pesca

La caza de focas. En los archipiélagos, las focas no pululan, como bien podría imaginarse, pero existen, sin embargo, un número suficiente para que la alimentación de los alacalufes, en la época en que vivían una vida nómada antes de radicarse en Edén, estuviera asegurada con abundancia y facilidad. La caza es asunto de los hombres, sobre todo cuando se trata de expediciones de caza de focas, otario común o foca de dos pelos.

Aisladas, las focas se encuentran más o menos en todas partes a las horas en que persiguen su alimento en el agua. Es posible que dejen que las embarcaciones se les acerquen tanto como para que lleguen a ser fácil arponearlas. Una vez satisfechas, se retiran a la playa rocosa o sobre rocas a flor de agua cerca de la costa, para digerir y dormir. Ellas ocupan esos paraderos aisladamente o en pequeños grupos de algunas unidades. Son más numerosas, hasta juntarse algunas decenas y aun más, sobre las grandes losas de granito en plano inclinado, en ciertos islotes rocosos o en reforzamientos de la costa, que forman especies de grutas. Son los que los cazadores de pieles llaman las piedras o las cuevas loberas, bien conocidas de los indios. Estos roqueríos de mediana importancia están escalonados en las costas, en el interior de los archipiélagos. Se señalan por el olor sofocantes de los excrementos acumulados sobre las rocas y que las lluvias no llegan a lavar. Los machos viejos, husmeando el aire y gruñendo, montan guardia en los alrededores del lugar de descanso, mientras el resto del rebaño se refocila o duerme. Si el rebaño ha sido molestado por la presencia del hombre, emigra a otra parte. Los cazadores de pieles chilotas actúan sin adoptar la menor precaución. Cuando descubren una gruta de focas, se gozan espantándolas, disparando sobre el rebaño, sea por simple placer, sea para procurarse carne para ellos o para sus perros. La gruta de focas se despuebla de inmediato. Decenas y decenas de animales se deslizan al agua, se alzan hasta medio cuerpo examinando con sus ojos turbios a los intrusos y se marchan hacia otras grutas u otras playas más tranquilas. Pasarán semanas o meses antes de que estos lugares sean ocupados de nuevo.

En el momento de la parición, las agrupaciones alcanzan a varios miles de individuos, no en el interior de los archipiélagos, sino sólo en la franja de islas que bordean el Pacífico. Los cazadores de focas, y los indios antes que ellos, irrumpían allí armados sólo con rebenques, se precipitaban en medio del rebaño, le bloqueaban el paso y podían hacer verdaderas hecatombes de popitos o focas recién nacidas. Los cazadores asestaban golpes de rebenques sobre el hocico del animal, sin tomar otras precauciones que la de defenderse de los machos cuando pasaban junto a ellos. La carne de los popitos es muy apreciada por los indios.

Fuera del rebenque, el arma de casa de los alacalufes es el arpón. Aun ahora en Edén, cada alacalufe tiene en su cofre una serie de arpones para cazar focas. Cuando se halla un hueso de ballena en la playa, lo recogen para fabricar un arpón más, aunque sepan, por otra parte, que probablemente nunca va a servirles. En efecto la mayoría de los indios de Edén no hace una salida de caza por los alrededores, por un día o dos, sino para romper la monotonía de los días y el embotamiento de la inacción completa. Sólo las dos familias que se han negado a plegarse a este género de vida y que parten periódicamente en giras de caza, que pueden durar varios meses, poseen el instrumental completo del cazador: diversos juegos de arpones y de lienzas, redes para focas y trampas.

La materia prima del arpón es hueso de ballena. En los fragmentos que encuentran en la playa, la parte más apta, es decir, todo lo que no es hueso esponjoso, la separan con hacha. Para hacerla más manejable, sacan el mango del hacha y con el hierro en la mano adelgazan el trozo de hueso y lo tallan sobre un yunque de madera, inmovilizando con el pie la pieza que trabajan. La cabeza del arpón es terminada y pulida mediante la arista aguda de una concha gruesa rota cuya faz convexa se apoya en la palma de la mano. Con

este instrumento rudimentario afilan la punta, adelgazan el filo lateral, desprendiendo cuidadosamente las barbaduras simétricas y aplanando la paleta que servirá de mango. Excepcionalmente, la cabeza de arpón puede ser tallada en un cuerno de huemul. Es necesario anotar que los arpones actuales no presentan la perfección de las piezas que se descubren en las excavaciones. La forma de esta última es más regular, más esbelta, y el filo, las puntas y las barbaduras revelan una eficacia superior. Las familias nómades tienen arpones adaptados a las diversas clases de caza o de pesca: el arpón para focas, macizo y corto; el arpón para peces con una sola fila de barbaduras, largo y delgado; una especie de fisga de dos puntas para la nutria, el arpón para huemules, el más largo de todos, con dos filas de barbaduras.

En 1842, James Clark Rosse, durante una escala en la rada de San Martín (St. Martin Cove), cuando partía para la Antártica, señaló, entre los indios que allí acampaban, tres clases de lanzas, de tallas variadas según el uso a que estaban destinadas. La más grande medía nueve pies de largo por una circunferencia de cuatro pulgadas. Terminaba en el extremo de más grosor en una punta de hueso de treces pulgadas de largo, alojada en un mango hueco al cual estaba amarrada por una cuerda de piel de foca. Cuando hería al animal, la punta de hueso se quedaba prendida en su carne por una de las barbaduras, mientras el mango desprendido hacía el papel de boya. El otro tipo de lanza era más largo y más liviano que el anterior. El arma, mancha de ocre rojo, terminaba en una punta barbada y fija y no tenía cuerda. La tercera especie de lanza era de 5 pies de largo y terminaba en una punta de hueso con una serie de barbaduras (tenía 17) que aumentaban de tamaño desde la punta hasta el talón. Los indios poseían, además, flechas terminadas en puntas de obsidiana, de las cuales no querían separarse, y un arco que mantenían oculto.

La cabeza móvil del arpón para focas es fijada a un asta de dos metros de largo. La hacen con madera de canelo. En su extremo dejan una cavidad elíptica destinada a recibir la paleta de inserción. El extremo inferior del asta es hendido en todo el diámetro, ahuecado después y fuertemente ligado por medio de una delgada correa de cuero. La cuerda, que también es de cuero bruto torcido, de 20 ó 30 metros de largo, se fija a la cabeza móvil del arpón sobre el pedúnculo más o menos circular situado entre las barbaduras y la paleta de inserción, amarrada en dos sitios al asta. El resto se enrolla como un lazo. Armado así, el arpón está listo para ser empleado.

La técnica de caza consiste en operar con facilidad, silencio y rapidez. Se localiza primero al animal más cercano o más fácil de alcanzar, en lo posible apartado del rebaño, a fin de no dar la alarma. Tal vez no sea muy exacto lo que sostienen los indios, de que fuera del agua la foca oye y ve muy mal. En efecto, no tiene orejas, pero la acuidad de su olfato es extraordinaria. Habitualmente, el cazador llega en canoa, da una gran vuelta para no pasar por el lado del animal, desembarca en la playa, y el arpón en mano se desliza arrastrándose, invisible y ágil, a través de las rocas. A pocos metros del animal, sobre todo si éste es de gran talla, amarra la extremidad de la cuerda a una piedra saliente. Si se trata de una foca de talla mediana, conserva la cuerda en la mano. La progresión es más y más prudente hasta la proximidad de la foca. Es el momento decisivo. A dos metros del fin, en una brusca parada, el arpón es hincado en el flanco del animal, justo debajo de las costillas, de modo de perforar los pulmones. Con la violencia del choque, el asta se desprende y el animal se precipita al agua. Si la agarradura del arpón es buena y la herida es ya eficaz por sí misma, no le queda al cazador sino contener los primeros sobresaltos violentos de la foca, fatigándola mientras se debate con violencia bajo el agua o en la superficie, hasta llevarla cerca de la costa por movimientos combinados de tracción y relajación de la cuerda. La lucha es a veces larga. Algunos machos, cuya longitud puede alcanzar 2 metros y medio, se debaten con furor. Se sumergen y emergen convulsivamente, tratando de

liberarse del arpón. El mar se tiñe de sangre y el animal, con las fauces abiertas, tira con todas sus fuerzas, que se debilitan lentamente. Al fin, agotado, se deja arrastrar.

A veces el arpón es reemplazado por una especie de red cuadrada, de anchas mallas, hecha con tiras de cueros de foca. Este artefacto, de un metro medio por lado, sirve para capturar a las focas de talla pequeña. Para aproximarse, se toman las mismas precauciones que en la caza del arpón. Al llegar detrás del animal, el cazador se levanta bruscamente y lo cubre con su red. El movimiento de fuga que realiza la foca la hace enredarse y amarrarse en la red. Después la rematan con un rebencazo.

La caza al acecho es también conocida por los alacalufes. El cazador deja su canoa bastante lejos de la roca, donde están las bestias e instala en el bosque, en la rápida pendiente que cae hacia el mar, una cabaña de ramajes, desde donde espían las idas y venidas de los animales. En el momento oportuno, se desliza hasta la costa, arponea a uno, lo remata, y después va por tierra a buscar su canoa para embarcarlo. Así es posible capturar a varios animales por el día. En la caza de focas, los perros están de más. Hay que dejarlos en el campamento. El cazador actúa generalmente solo.

El caso es raro, pero a veces es posible arponear a la foca cuando pasa al alcance de la canoa. El guardiamarina Byron tuvo ocasión de observar la habilidad extraordinaria de los indios para cazar a la foca cuando ésta se hallaba en el agua. La arponean a gran distancia y hieren sin errar nunca el tiro.

También capturan con arpón al delfín en plena agua, cuando pesca, moviéndose lentamente en la cercanía de la playa, entre los sargazos, donde los peces son más abundantes.

No se sabe si el método de caza referido por el P. García Martí, en el relato de sus viajes entre los chonos, era utilizado en tiempos más antiguos por los alacalufes. Según este misionero, los indios caucahués (chonos) se acercaban silenciosamente a la foca con su embarcación. Después se metían al agua, con un rebenque pendiente del cuello, para efectuar la última parte del trayecto ante la vista misma de los animales.

No queda en la memoria de los antiguos ningún recuerdo relativo al empleo de anzuelos, redes ni represas. Por el contrario se acuerdan de haber utilizado en tiempos no tan lejanos arpones barbelados, que mencionaba ya a mediados del siglo XVIII el comodoro Byron, "con los cuales ensartan a los peces a varios pies bajo el agua". Siempre, según Byron, que probablemente asistió a este género de pesca, los indios capturan a los peces por medio de perros especialmente amaestrados. Los perros, probablemente en bahías de poca profundidad, ayudan a los hombres a empujar a los peces hacia la costa, donde son atrapados a mano, con notable habilidad.

La pesca con arpones, represas o perros era trabajo de los hombres. En nuestros días, como en el pasado, parece, la mujer se encarga de la pesca de mariscos. Las técnicas no han variado casi en los tiempos históricos. Las mujeres no utilizan sino instrumentos rudimentarios: un bastón corto, tallado en forma de paleta, con el cual sacan de las rocas las machas y otros mariscos, una especie de gancho de cuatro puntas, de tres a cuatro metros de largo, con el cual aprehenden desde la canoa los erizos y los racimos de cholgas cuando son accesibles. Pero el modo habitual de pescar los erizos y las cholgas es el buceo. Los mariscos más gordos y sabrosos están siempre a una profundidad 7 u 8 metros y aún más, y no son accesibles por ningún otro medio.

Las mujeres parten solas con marea baja a practicar este género de pesca. Llevan consigo en la canoa algunos tizones y se dirigen hacia las rocas que eligieron. Allí encienden fuego, se desvisten y se sumergen, sin nada en las manos, si se trata de remontar a la superficie racimos de cholgas, o con un canasto entre los dientes, si hay erizos. Lo que dura la inmersión varía según los individuos. Al comienzo de la pesca, las

mujeres permanecen sumergidas por lo menos durante minuto y medio. Cuando remontan con su pesca, toman aliento y desaparecen de nuevo. Cuando una se fatiga, a menudo violeta de frío, va a calentarse y otra ocupa su lugar. Todas son más sensibles a la mordedura del aire fresco y del viento que a la temperatura del agua, y siempre dicen que "el agua no es nunca fría". Esta clase de salidas es muy apreciada por las mujeres que charlan tranquilas en torno al fuego, lejos de la choza, comiendo mariscos que acaban de pescar, parloteando, dueñas de su tiempo.

A veces también, cuando las mareas son excepcionalmente bajas, ellas parten a pescar machas. Provistas de su canasto y de su bastón de paletas, una de ellas explora una roca en seco, mientras las otras continúan parloteando en la canoa. Cuando la recolección ha terminado en una roca, se pasa a otra. Si el tiempo está bueno, el paseo se prolonga indefinidamente, de isla en isla, para recoger, al mismo tiempo, juncos para los canastos, hierba larga y fina para renovar las camas en la choza o ramas frondosas. En la estación, es decir, entre noviembre y fines de enero, aparecen las centollas en los fondos arenosos y limpios. Las mujeres no dejan de hacerles una visita. Mediante una pértiga terminada en punta, las ensartan hábilmente. Es siempre fructuoso visitar las playas después de un largo período de mal tiempo. La resaca ha arrojado allí grandes caracoles o pequeños piures.

La nutria, el coipú y el huemul. Las nutrias en otro tiempo muy numerosas en los archipiélagos, viven en las bahías ricas en peces, en las costas bajas y boscosas. Establecen sus madrigueras de dos aberturas debajo de rocas o matorrales, bastante lejos de la orilla y sus huellas son fácilmente descubiertas por una especie de sendero bastante ancho y por los desechos que dejan a la entrada de sus cuevas, restos de pescado y excremento. Perseguida por los cazadores chilotes de pieles que destruyen a los animales jóvenes y usan fusiles, la especie está ahora en regresión. Por lo demás, su caza es poco productiva. Después de 5 ó 6 meses de faena, los chilotes vuelven a Punta Arenas con unas 10 pieles, a lo sumo con 15, si todo ha ido bien. Los alacalufes, por su lado, truecan algunas a bordo de los barcos.

Si en la caza de focas la presencia de los perros está proscrita, en la de nutrias y de coipus, por el contrario, el perro adiestrado es un auxiliar indispensable. Según dicen los indios, para este género de trabajo los perros deben estar hambrientos, precaución bien superflua, puesto que viven en estado de hambre permanente.

La nutria se caza en canoa. Primero que nada, el cazador echa sus perros al agua. Estos alcanzan la playa y después, hocico en el suelo, dan una vuelta por la bahía. Desde la canoa se los sigue, junto con observarlos. Si hay una nutria en la madriguera, los perros la despistan fácilmente y montan guardia en las dos aberturas. Si se precipita al agua, los perros las siguen a nado y, por su parte, los hombres de la canoa se esfuerzan, o por arponearla con un arpón de dos puntas o por alcanzarla de un golpe de remo, o por dirigirla de nuevo hacia la costa, donde es atrapada por los perros. En su madriguera el animal se defiende ferozmente y sus mordeduras son terribles. Los perros que han tenido crueles experiencias, puesto que su calidad de nutrieros se juzga según las mutilaciones que han recibido, hocicos colgantes o labios despedazados, son mediosos y no se enardecen hasta tratar de desalojar al animal de su madriguera. Se contentan con guardar las salidas. Es el hombre el que debe destruir la madriguera. En el momento en que la nutria se escapa, recibe un garrotazo o una terrible mordedura de perro sobre el lomo. Varios indios llevan en las manos cicatrices de mordeduras de nutrias. Mediante trueques con los chilotes, varios alacalufes han adquirido fusiles. De ellos se sirven para la caza de nutrias cuando pueden adquirir municiones que les suministran los chilotes a buen precio, a cambio de pieles.

Cuando disparan, los indios son de una habilidad notable. Generalmente los fusiles están desprovistos de punto de mira, pero eso no les importa. Casi nunca yerran el golpe.

En la actualidad, algunos alacalufes están igualmente equipados con trampas para nutrias, compradas a los cazadores de pieles. Son trampas ordinarias de resorte, como las que se encuentran en el comercio. La trampa se dispone a la manera chilota sobre el sendero trazado por el animal, con un pedazo de pescado o un marisco por cebo, y a veces sin nada. Lo colocan, no en la mitad del sendero, sino hacia un lado, de manera que la nutria sea capturada en lo posible por una de las patas anteriores, para que su piel no sea deteriorada por las mandíbulas de la trampa. En tierra, el andar de la nutria es bastante lento, con las patas separadas y un poco hacia afuera, y los dedos reposando de plano sobre el suelo. La trampa es amarrada a un árbol por medio de un pedazo de alambre o una pequeña cadena.

El coipu es un roedor de gran tamaño, que vive en colonias en las espesuras pantanosas e impenetrables de los estuarios de los ríos. Es un animal de agua dulce. Está protegido de la desaparición por la depreciación de su piel y por pariciones mucho más prolíficas que las de la nutria. Una camada de coipu puede llegar hasta 9 pequeños, mientras la nutria de los archipiélagos pasa rara vez de 4. Los coipus se refugian en matorrales espesos que los protegen relativamente de los hombres y de los perros. Buscan su alimento en los sitios herbosos de las playas y de las rocas, donde pueden dormir. Los indios cazan los coipus por sorpresa. Los grupos son cercados por los perros o los hombres y los animales son muertos a garrotazos.

La caza del huemul es muy diferente de las anteriores. Su teatro no es ya la orilla del mar, donde los animales viven en madrigueras más o menos conocidas. En las islas y en el continente, el huemul vive en las montañas, en los espacios despejados por encima del límite del bosque, entre musgos y líquenes, cerca de las rocas desnudas y de las nieves eternas. A veces, durante el invierno, vuelve a bajar cerca de la costa. Este cervídeo tiene para sí inmensos espacios, donde vive, al parecer, solitario o en grupos muy reducidos. Es, pues, difícil despistarle. El indio parte de caza acompañado de sus perros. Se interna por las veredas pantanosas desprovistas de vegetación forestal que lo llevan más arriba del bosque. Trata, entonces, de descubrir las huellas de un paso reciente: pasadas en el terreno móvil de las turberas o en la nieve blanca, algún pedazo de corteza sacado del tronco de un ciprés, una raspadura o un manojito de musgo arrancado. Cuando se descubre una pista cierta y reciente, se suelta a los perros. Con grandes ladridos se ponen a perseguir al animal. Apenas éste es descubierto, el indio se acerca a sus perros. El ciervo, perseguido casi siempre, trata de refugiarse en una roca, desde la cual intenta hacer frente a sus perseguidores. En adelante todo será fácil. Bastará con asestarle un garrotazo en la cabeza o con golpearlo con pedazos de roca. Durante las cacerías invernales, sucede que, cuando vienen a la playa a pacer en la desembocadura de los ríos, los huemules se arrojan al agua y tratan de huir nadando en dirección de otra isla. La persecución se hace en canoa y el animal es capturado por medio de un arpón armado de una larga cabeza con dos filas de dientes.

Hay que señalar también la caza de baguales o animales domésticos que se han vuelto salvajes. Al comienzo de la colonización del extremo sur, se intentaron algunos ensayos de crianza en los archipiélagos. Se fundaron tres estancias, una en el fondo del fiordo Baker, la otra en el fondo del fiordo Eyre, la tercera en Muñoz Gamero. Eran estancias bien pequeñas, y, a causa del clima, de la falta de medios de transporte y de la falta de pastizales, tales ensayos no tardaron en ser abandonados. Algunos animales que allí quedaron llegaron a reproducirse. Así es cómo, de tarde en tarde, los alacalufes pueden permitirse el lujo de cazar a algún descendiente salvaje de bovinos abandonados hace unos

40 años.

La caza de pájaros Los recuerdos ofrecidos por la caza de aves marinas no son desdeñables en la economía alimenticia de los alacalufes. En los archipiélagos, se puede en todo tiempo, pero especialmente en primavera, cazar el pato quetro, más conocido bajo el nombre de pato a vapor. Como todos de los ánades, es particularmente desconfiado, y, aunque no pueda volar, es inútil tratar de perseguirlo en canoa: remando poderosamente con sus alas, deja atrás al bote más rápido.

A veces, especialmente hacia el mes de octubre, cuando estas aves empiezan a construir sus nidos, siempre ocultas en los matorrales, a buena distancia de la orilla, los indios irrumpen bruscamente en la playa y les cortan la retirada hacia el mar. Al sentir el peligro, el quetro se hunde entre las matas o bajo los troncos secos y se hace el muerto. Pero pronto los alacalufes los descubren y les tuercen el cogote. Sin embargo, deben de contar con la vitalidad increíble de este pájaro, que es capaz de recobrar sus sentidos y de escaparse en el momento menos pensado. Los indios le cruzan rápidamente las alas por encima de la espalda y los dejan en su sitio. El ave, aunque vuelva a la vida, no puede levantarse.

Pero más corrientemente la caza se practica de otra manera y es especialmente fructífera en la primavera, en los días tranquilos. En las apacibles bahías donde los quetros se reúnen en gran número, el cazador alacalufe construye muy cerca del agua y, si es posible, sobre un talud a medio metro de altura, una pequeña choza bajo las ramas, apenas suficiente para refugiar a un hombre tendido boca abajo. La trampa está formada por una vara, la más larga y delgada que sea posible hilar. En el extremo se amarra un lazo o nudo corredizo muy abierto, hecho de una liana deshilada. El cazador se coloca detrás de su alero y espera que los pájaros hayan olvidado su presencia. Mantiene una perfecta inmovilidad y extiende su pértiga horizontal sobre el agua. Cuando ha vuelto la calma a la bahía, modula la llamada del macho. Prontos pájaros derivan lentamente en la dirección del que llama. La vara evoluciona sobre ellos y el lazo cae suavemente sobre el cuello de un quetro que es amarrado hacia el refugio y estrangulado. La maniobra recomienza varias veces. Por extraordinario que esto parezca, un solo hombre en su jornada puede capturar sin dificultad una docena de quetros, cada uno de los cuales pesa, por término medio, 7 kilos. El mismo método era empleado hace más de un siglo (W. Webster, 1829), pero en su lugar de la trampa de nudo corredizo, los indios estaban armados con su arco.

La avutarda de los archipiélagos, llamada caiquén colorado, es capturada también en gran número en la época de la muda, es decir, hacia fines de enero. Privadas de sus plumas, las avutardas se reúnen en bandadas miserables y compactas en las playas de las bahías tranquilas. Están flacas y extenuadas. A la menor alarma, se deslizan en el agua, pero los alacalufes las persiguen en canoas, las cercan y dirigen el grupo de nuevo hacia la playa, donde su captura es fácil. Este método ha de ser bien antiguo, pues el P. García Martí lo observó al otro lado del istmo de Ofqui, en la laguna San Rafael, cuando se hallaba ahí con un grupo de indios que conducía a su misión de Chiloé: "Los indios llevan en sus botes un montón de piedrecillas, y cuando ven un grupo de caiquenes, se dirigen hacia él. Lanzando piedras a los pájaros que se apartan, los conducen como rebaño de corderos hacia un acantilado, que domina a una playa sobre la cual los obligan a abandonar el agua y los cogen por centenares".

El mismo misionero describe también una cacería de cormoranes que no se practica ya en nuestros días: "Aquí se efectúa la caza de los patos-liles (cormoranes) (observada en el Canal Messier), más grandes que una gallina, finos y de buen sabor. El cazador va de noche, provisto de un bastón delgado, de 6 a 7 palmos de largo y de una antorcha de

cortezas secas infladas, hasta los acantilados donde duermen los pájaros. Estos, deslumbrados por la luz de la antorcha, no huyen, y el cazador les da un bastonazo en la cabeza. El continúa su trabajo y vuelve atrás, en seguida, para recoger su presa. En poco tiempo y sin mayor esfuerzo, llega a un mejor resultado que el que el mejor europeo hubiera obtenido en una jornada, gastando pólvora y municiones". El joven guardiamarina Byron, durante su odisea con los indios que lo llevaron desde el lugar de su naufragio hasta Chiloé, fue también testigo de estas cacerías nocturnas, a la luz brillante y clara de una antorcha de cortezas de haya, agitada ante los cormoran esposados en las grietas de los acantilados a pico. Los pájaros, deslumbrados, caían al agua y eran liquidados a bastonazos. Este modo de cazar ha sido completamente abandonado en nuestros días pero no desde hace mucho tiempo, pues hay aún jóvenes que participaron en estas cacerías nocturnas. Tampoco la caza de pingüinos en la franja de islotes cerca del Pacífico tiene ya adeptos. El pájaro bobo de los archipiélagos, sin duda instruido por la experiencia, no es el ave bondadosa y familiar que se complacen en describir. Salvo en la estación de los nidos, apenas divisa a un ser humano, se echa al agua. Los indios tienen que proceder con astucia, construyendo murallas de piedra o cavando fosos en el roquerío, para retardar la fuga del pájaro y permitir su captura.

Una verdadera excitación se apodera del campamento en primavera, motivando fugas subrepticias, melancolía en los que no parten y conversaciones en las chozas sobre la recolección de huevos y la caza de pájaros jóvenes. Esta era, en otro tiempo, la época de los viajes anuales, durante los cuales visitaban las rocas de la costa del Pacífico, allí donde miles y miles de gaviotas hacían sus niños. Sternes, pingüinos, quetros, caiquenes, fil-fils anidaban por todas partes, a lo largo de la costa. Eran días de segura abundancia. La recolección de huevos no induce ya a largos viajes sino a dos familias. Los que quedan en Edén hacen también alguna excursión corta, hasta los acantilados sembrados de guano donde anidan los cormoranes. Los indios no son siempre accesibles. Los más altos son privados de sus pequeños con ayuda de pértigas, y, los jóvenes, aun desprovistos de plumas, semejantes a pequeños reptiles negros, caen al agua. En este caso, no destruyen sino los nidos que contienen a estos pequeñuelos. Los indios que bordean los acantilados en canoa, al escuchar los gritos de los pájaros nuevos, se dan cuenta de la edad de éstos. Si la hembra del cormorán está todavía echada, el nido es respetado, mientras salen del huevo los polluelos. Si no, es recogido todo lo que esté al alcance de la mano, huevos en todas las fases de la incubación o pequeños pájaros. Para despojar los nidos, los indios no temen escalar acantilados a pico, sin preocuparse por el vértigo ni por el peligro, a menudo con una sola mano libre, pues la otra sujeta un bastón. Algunos se matan al caer sobre las rocas. La recolección de los huevos de quetros es menos peligrosa: basta seguir las costas boscosas, notar la presencia del macho que nunca se aleja mucho del nido, y seguir el sendero que conduce a él, ocultándose en los matorrales. Casi siempre, al mismo tiempo que se encuentran de 6 a 8 huevos de gran tamaño hundidos en un colchón de cálida plumilla, se apoderan del quetro hembra. Aparte los miles de huevos de golondrina de mar, cuyos nidos están agrupados en islotes herbosos, la recolección de los huevos de otras especies de aves marinas es más aleatoria y mucho menos fructífera.

Al mismo tiempo que la recolección de los huevos, se efectúa la caza de los nuevos pájaros de mar, cuando empiezan a nadar. La maniobra consiste en llevar la pollada hacia la playa. Al cabo de algunos días, los pollos de quetros y caiquenes tienen una talla respetable y su carne es muy apreciada.

¿Existían en otro tiempo medios más perfeccionados para cazar pájaros? Imposible saberlo. El abandono del arco, de la honda y del arpón para pájaros ha debido, por cierto, modificar las técnicas.

La honda y el arco. Entre los instrumentos utilizados en otro tiempo por los indios, hay, en efecto, dos, la honda y el arco, cuya importancia debe de retener nuestra atención. La honda subsiste en nuestros días sólo como juguete. Por lo demás, ha perdido su antigua forma. La confeccionan de una manera muy simple: un pequeño mosaico de juncos trenzados y dos largas trenzas de juncos. Con este instrumento rudimentario, los indios, y aun los jóvenes, lanzan piedras a los pájaros o a un trozo de madera que flota en el mar. En este género de ejercicio, son de notable habilidad. Los niños, en particular, en los días nevados durante los cuales los tordos²⁶ se reúnen en grupos, llegan a matar una cantidad apreciable. Pero la honda no es utilizada, como en otro tiempo, como instrumento de caza. En las antiguas relaciones de viajes, su uso es pocas veces mencionado. Sin duda, esta arma no debía de atraer mucho la atención pues, cuando no se la usaba, tenía un uso bien definido, el de servir de cinturón, sosteniendo en las caderas la capa de piel. Según la relación de la Santa María de la Cabeza (1785-86), el sitio donde se ponía la piedra era de cuero y las cuerdas, "de tripas de pescado". Según Weddell (1822-24), la honda era el arma de tiro más utilizada. Era de cuero de foca o de nutria y tenía más o menos 3 pies de largo. Las cuerdas estaban hechas de tiras trenzadas y terminaban en nudos de ingenioso trabajo. El comandante Parker King (1826-36) vio con sus propios ojos a un indio que quiso demostrarle su habilidad de la siguiente manera: dio vuelta la espalda al objetivo que se había asignado, en este caso una canoa, tiró la piedra en dirección opuesta, sobre un tronco de árbol, de donde rebotó y pasando por encima de su cabeza, vino a caer al lado del cañón. Según Fitz Roy, un hondazo tiene mayor alcance que un tiro de mosquete, y en manos de tiradores tan hábiles, la honda podía llegar a ser medio de ataque muy eficaz. Eso lo experimentó la tripulación del Beagle, cuando vio llegar al buque una tropa de indios visiblemente malintencionados, hondas en mano y con una provisión de guijarros redondos en los faldones de su capa de piel de foca.

No nos ofrece la historia documentos en que se pueda apreciar la repartición del arco entre las poblaciones nómades de los archipiélagos. Especialmente en lo que concierne a los grupos que vivían entre el Golfo de Penas y el Estrecho, las informaciones nos faltan por completo. En este punto, como en muchos otros, por lo demás, las referencias más interesantes y numerosas conciernen a los indios encontrados en la parte occidental del Estrecho. En 1669, Wood señala que en la isla Isabel y en Agua Fresca, los naturales tenían arcos y flechas. En la parte occidental del estrecho, según la relación de la Santa María de la Cabeza, una de las armas de los indios era "un arco de madera groseramente trabajado, con una cuerda de tripas de pescado. La flecha, de madera lisa, de 2 a 3 pies de largo, estaba armada en un extremo con un trozo de sílex bien tallado, en forma de corazón, y llevaba en el otro extremo pedazos de pluma unidos con una ligadura muy fina". Los indios hicieron una demostración: la flecha se clavaba en un árbol, y la piedra se separaba entonces del mástil.

Bougainville precisa que los indios encontrados en la bahía Francesa, en 1767, estaban provistos de flechas fabricadas con madera de una berberis con hojas de acebo (que no puede ser otra que el michai, berberis ilicifolia), que da varillas cilíndricas y rectas, armadas de puntas talladas con bastante arte. La cuerda del arco era de tripas. En el cabo Quod y en el Cabo Froward, el comodoro Byron señala en la misma época que, entre los

²⁶ Un ingenioso procedimiento de caza empleado por los yaganes y referido por Fitz Roy merece señalarse. Atrapan un pájaro pequeño, le amarran un lazo en la pata y lo empujan al hoyo donde los petreles azules empollan sus huevos: éstos se precipitan sobre el intruso y son capturados por el lazo. El tordo es un pájaro propio de la falda occidental de la Cordillera. Tiene un hermoso color negro de reflejos metálicos y vive siempre en bandadas numerosas. Es más o menos de la talla del zorzal de Europa.

indios que frecuentó, algunos estaban armados de arcos y flechas de madera muy dura que trocaban de buen grado, por lo demás, a bordo del Delfín, por bagatelas y abalorios. Los arcos estaban cuidadosamente alisados y eran muy flexibles y su cuerda era de tripas torcidas. Las flechas tenían 2 pies de largo y terminaban en la base en plumas y en lo alto en una piedra verdusca en forma de arpón, tallada con tanta delicadeza como la que podría poner un lapidario.

Weddell, un poco más tarde, da medidas más precisas: los arcos tienen, generalmente, 3 pies 8 pulgadas de largo y las flechas, 25 pulgadas. Las cuerdas son de piel de foca o de tripa trenzada y las puntas de flecha se hacen con un sílex agudo triangular, fijado en una hendidura en el extremo de la flecha. Los indios que vio en el Canal Bárbara estaban equipados de arcos y flechas.

En la misma región (Canal Gabriel), los indios se presentaron muchas veces durante el viaje de Fitz Roy, a bordo del Adventure, armados con sus arcos. Pero ya es esta época, fabricaban en gran número puntas de flecha con vidrios de botella, para cambiarlas con las tripulaciones.

Si, dejando al margen los datos de la historia, nos atenemos a las excavaciones en los sitios recientes de campamento, hallamos puntas de flechas en las costas de los Senos de Otway y de Skyring y en los Senos Última Esperanza y Almirantazgo. Tal vez los nómades marinos utilizaban el arco y la flecha sólo en las regiones vecinas del hábitat del guanaco, pues esta arma se les hacía inútil cuando pasaban a los archipiélagos del Oeste. Sería curioso, sin embargo, que poblaciones tan nómades no hubieran usado esta arma sino en un sector delimitado de su dominio. Se podría explicar esta particularidad por el hecho de que, en los archipiélagos, los seres humanos llegan a ser esencialmente tributarios del mar, ya que las focas y los mariscos forman la base de su alimento. La foca no puede cazarse con arco y la caza del huemul exige una técnica particular. El arco tampoco puede servir en los espesos bosques de los archipiélagos occidentales.

Por cierto, los documentos históricos son escasos, pero sería bien curioso que navegantes como Ladrillero, que invernaron meses en el Canal Picton, no lo hubieran advertido y anotado, si los indios que los visitaban hubieran estado armados con arcos y flechas. Tampoco se pudo recurrir a las excavaciones arqueológicas, porque en los archipiélagos, hasta los campamentos recientes son rápidamente invadidos por los matorrales. Nos quedamos en una ignorancia casi completa acerca de la antigua repartición del arco.

Sin embargo, el arco no es desconocido para los indios actuales que viven en Edén. Los más antiguos de ellos lo conocieron en su infancia, es decir, hacia 1910, probablemente cuando se encontraban en el Estrecho. Son capaces de construir modelos de ellos en madera de canelo y algunos detalles de factura revelan, no una simple improvisación sobre datos vagos, sino conocimientos precisos, de una forma ciertamente tradicional. Estos datos conciernen, en particular, al tamaño de las extremidades, a la fijación de la cuerda y a la extremidad inferior del mástil de la flecha que reposa sobre la cuerda. Los indios saben también que la emplumadura es de plumas de colas de pájaros, divididas en dos, que las puntas se hacen con vidrios de botella, pero también con láminas afiladas de hueso de ballena. Siempre, según el testimonio de los antiguos, el arco nunca les ha servido, sin embargo, sino como juguete de niños. Pero, ¿no son los juguetes supervivencia de objetos ahora sin uso?

Finalmente, no se sabe si en el pasado el arco y la flecha fueron armas tradicionales de los indios alacalufes, o si éstos los adquirieron ocasionalmente de sus vecinos del sur. Los yaganes, o del este, los tehuelches. Entre todos los pueblos primitivos, los nómades marinos tienen un área de extensión mucho más grande y más contactos con otros

pueblos. Se hallan en condiciones de ambiente más variadas que otros. Sus formas técnicas pueden ser, por eso mismo, sujetas a mayores variaciones.

La pesca. De la pesca tradicional, no subsiste nada ya en estado viviente. Es preciso recurrir a los recuerdos de los antiguos. A veces, sin embargo, en radas de suave pendiente, donde desemboca un río, vuelven a hallarse los restos de antiguas pesquerías, constituidas por murillos de piedra que bloquean completamente la entrada. Esta especie de dique permanente no es muy elevada. Tiene unos 30 centímetros a lo sumo y debe ser bastante recubierta por la alta marea, a fin de que los peces puedan entrar cómodamente en el cerco que forma y ser allí retenidos en el momento de reflujo. Tales pesquerías existían en Chiloé a comienzos del siglo XVIII, pero estaban constituidas, según el P. Agueros, por barreras hechas con puntales y ramas entrelazadas. Los pescadores de Chiloé las llamaban corrales, y podían recoger en una sola marea baja hasta 500 róbalo. Se ignora si estas barreras de palos eran igualmente utilizadas en los archipiélagos.

Si nos atenemos a lo que cuenta el narrador de la expedición de la Santa María de la Cabeza, "no se sabe cómo pescan, pues no tienen ni redes ni anzuelos. . .; cuando salen en canoa, llevan pértigas puntiagudas, con las cuales matan a los peces, poniendo en el extremo una carnada pendiente de un pedazo de cuerda. Pero nunca se ha podido obtener que ellos explicaran su manera de pescar y no se ha podido obtener que ellos explicaran su manera de pescar y no se han podido ver nunca tampoco sus astucias a este efecto". Se trata, tal vez, del mismo método señalado 35 años más tarde, en 1829, por Webster, cirujano de la corbeta Chanticleer, quien relata un curioso modo de pesca practicada por las mujeres por medio de un artificio que reemplazaba al anzuelo. "Amarran una pequeña lapa en su concha, en el extremo de una cuerda. El pez se traga la carnada y el pescador pone entonces el mayor cuidado en tirar lentamente al pez hasta la superficie del agua, sin dejarle soltar su presa. La mujer espera el momento favorable, y con gran destreza, mientras sujeta con una mano el pescado en el cabo de la cuerda, lo atrapa con la otra y lo arroja rápidamente a la canoa. Es evidente que esta operación exige mucho cuidado y que es difícil mantener la carnada en el interior del pez. Las mujeres son muy expertas en este método de pesca y nos hemos entretenido más de una vez mirándolas".

Capítulo Séptimo

El mundo y las relaciones humanas

Las nociones objetivas sobre la vida material de un grupo humano son relativamente fáciles de obtener. Sea que la vida material de los alacalufes actuales conserve ciertos vínculos con la tradición, sea que haya sido modificada por el contacto con formas superiores de cultura, para establecer su inventario completo basta observar sus gestos, su destino y su eficiencia. Los hechos se presentan por sí mismos. Llegado el caso, podrían aun ser suscitados, sin que su valor se afectara por ello. La descripción de técnicas, tan simples y tan reducidas en número, en un grupo poco evolucionado, como el de los alacalufes, no exige criterios especiales y es difícil que contenga errores. Cuando es imposible observar tal o cual técnica, los resultados de la investigación no presentarán sino una laguna, sin perjudicar a las otras observaciones. Con un mínimo de conocimientos del lenguaje, una observación profunda originada de una prolongada frecuentación, en caso necesario con informantes bien escogidos, se pueden reunir los elementos de un saber completo y

objetivo de las técnicas del grupo alacalufe.

Mientras los hechos estén ligados a la materia, las probabilidades de error, en la reconstitución de técnicas que no están ya en uso, son mínimas. En efecto, el número de hipótesis plausibles sobre la destinación de ciertos gestos, el empleo de ciertas materias, es reducido: los documentos de segunda mano y el uso de la encuesta por interrogatorio siguen siendo válidos o, por lo menos, su verosimilitud es fácilmente verificable. Por lo demás, puesto que existe un fin técnico realizable, nada se opone a la reconstitución o a la experimentación. Pero estos hechos materiales por sí solos no bastan para constituir una civilización.

Las dificultades por vencer son mucho más grandes y los resultados más inciertos, cuando se trata de observaciones que se refieren a una vida mental profundamente modificada por aportes nuevos, a hechos religiosos y sociales caídos en desuso o relegados, apenas comprendidos o tan tenues, en el fondo de la memoria de unos hombres cuya vida está, a la vez, en plena transformación y cerca de su fin. En caso semejante, se peligroso pedir a los indios que reproduzcan una ceremonia o gestos de otro tiempo. El resultado de tales experiencias debe ser considerado como nulo si no se le aplican las reglas de una crítica estricta. Es bien fácil guiar una ceremonia y suscitar reacciones que se registran en seguida como auténticas. En todo lo que se refiere a la vida mental, es preferible eliminar las narraciones de segunda mano, y los interrogatorios son, a lo sumo, utilizables para conocerla existencia o las grandes líneas de un hecho, pero de nada valen en cuanto a los detalles. El único lote de documentos valiosos es suministrado por la conversación espontánea y la experiencia directa, por un conocimiento en profundidad, aun cuando, al fin de cuentas, los resultados obtenidos presenten más lagunas que adquisiciones.

En los dos capítulos que siguen, vamos a pasar revista a lo que subsiste, en forma accesible al observador, de la mentalidad, la organización social y los fenómenos religiosos de la antigua cultura alacalufe. Aunque la sociedad actual, formada por los alacalufes en declinación, haya perdido casi todas sus instituciones tradicionales, existen supervivencias en una forma u otra. Los hechos observados tienen, pues, una doble pertenencia: en cierta medida, a la tradición: a fenómenos de transculturación o, más simplemente, de disgregación, por otra parte, y no es simple fácil distinguir una cosa de otra. Esto es tanto más difícil cuando los datos antiguos no tiene ya a los ojos de los interesados ningún sentido: son inorgánicos. Los indios continúan viviendo de ellos, pero todo vínculo racional entre los actos y las creencia, completas o fragmentarias, ha desaparecido irremediablemente de su espíritu. Lejos de constituirse sobre bases diferentes, la vida étnica de los alacalufes se ha desintegrado desde hace tiempo.

1. Observaciones de los navegantes

¿Cuáles son los rasgos de la psicología primitiva de los alacalufes antes de sus contactos de última hora con los blancos? Es casi cierto que nunca sabremos nada de ello, pues los navegantes que vieron a los indios de los archipiélagos, viviendo a menudo meses enteros a su lado, o no prestaron jamás atención al problema, o, cosa que se produjo a partir del siglo XVIII, consideraron a estos salvajes bajo un ángulo particular. Su opinión se expresa siempre de la misma manera: los indios son salvajes, repugnantes, que apenas pueden ser distinguidos de los animales. Las opiniones de Darwin y de algunos otros sabios no revelan tampoco la actitud serena del hombre de ciencia, aunque ellos mismos lo fueran. Por otra parte, los indios actuales no están ya ligados a su vida de otro tiempo. Ya no poseen la personalidad que se había formado libremente en el curso de siglos de vida aislada. El

contacto con los blancos ha determinado un corte irreversible con el pasado. Aun aquellos alacalufes que no acepten el estado de cosa actual sino con reticencia, han perdido el vínculo que los unía a su vida étnica y, en consecuencia, su mentalidad, su vida psicológica, tienen poca relación, o relaciones muy débiles, con la vida de sus antepasados, que fueron conocidos por los navegantes del Estrecho y los archipiélagos.

Los fueguinos, tanto yaganes como alacalufes, merecían ciertamente el título de salvajes que se les atribuía, no sólo por su aspecto, sino también por su conducta. "Salvajes y sin razón", según el decir de Ladrillero, mostraron ante las primeras tripulaciones una agresividad feroz, que da que pensar, por otra parte, que hubo acaso provocaciones frecuentes de parte de los blancos. La tripulación holandesa de Simón de Cordes y de Sebald de Weert (1598-99) fue acogida con una granizada de piedras. Los holandeses respondieron y mataron a 4 ó 5 "salvajes". Pero estos últimos no se quedaron tranquilos. Como algunos marineros se apartaron del grupo, los atacaron inopinadamente y mataron a tres, a quienes sus compañeros enterraron en el mismo sitio. Los "salvajes" los sacaron de su sepultura, se encarnizaron con los cadáveres, los atravesaron a flechazos, les aplastaron la cabeza a golpes de maza, los mutilaron, y, aun, se llevaron un cuerpo, que nunca más fue encontrado.

Mas, en general, durante las primeras décadas que siguieron al descubrimiento del Estrecho, los indios huían a la vista de un buque, abandonando sus canoas y sus chozas para ocultarse en el bosque. Sarmiento (1579-1584) cuenta que, habiéndolos hallado en el mar, debió usar la astucia para acercárseles y ofrecerles perlas, cascabeles y peines. Esta clase de cebos era frecuentemente empleada por los navegantes de los archipiélagos y, mientras se distribuían menudos regalos, capturaban prestamente a algunos de los indios y lo llevaban a bordo, donde tenían la esperanza de usarlo como intérpretes. A menudo el cautivo, cuyo espanto debía no conocer límites, recargado con vestiduras extrañas y de un hedor insoportable, sabía esperar el momento en que podía engañar la vigilancia de que era objeto, se arrojaba al agua y lograba distanciarse de sus perseguidores, más diestro que ellos en el caminar sobre las rocas o en internarse en la selva virgen.

Inversamente, los indios usaban a veces astucias para sorprender a las tripulaciones. Ladrillero, náufrago por varios meses en el Canal Picton, con toda su gente, debió mantenerse constantemente alerta. Lo que podían conseguir por la fuerza, los indios trataban de obtenerlo por vías indirectas. "Nos llegaban canoas con indios a los cuales dábamos mantas y otras cosas, a cambio de las cuales nos daban mariscos y aves marinas. Pero, cuando creían que estábamos sin desconfianza hacia ellos, simulaban partir, y cuando estaban fuera de nuestra vista, saltaban a tierra y venían a quitarnos las piezas (servidores de color a bordo de las naves españolas) que lavaban la ropa en un arroyo. Era imposible apoderarse de estos indios, pues era difícil agarrar su piel impregnada de aceite, y, cuando se los cogía por su vestidura de cuero, lo dejaban en manos de los perseguidores y escapaban desnudos".

Un día, Cavendish (1587 - 1592), que acababa de recoger al único sobreviviente de Puerto de Hambre, que consintió en embarcarse en un buque herético, iba con algunos marineros a renovar su provisión de agua en un río del Estrecho. Los indios simpatizaron con ellos, les regalaron una pieza de caza y con su actitud trataron de comprometerlos a venir al mismo sitio al día siguiente. Los ingleses volvieron y, si no hubieran contado con la experiencia del sobreviviente español, que estaba al corriente de las emboscadas de los indios, se habrían hecho cercar y masacrar. Abrieron a tiempo un fuego nutrido de arcabuces y obligaron a los indios a huir a través del bosque, abandonando unas veinte canoas que Cavendish quemó, y un refugio, bajo el cual encontraron toda una reserva de armas de metal quitadas a los españoles en la ciudad arruinada de Rey Felipe.

Otras veces los indios sabían permanecer en buena inteligencia con los intrusos. La tripulación de Spilbergen (1614 - 1618) pasó una semana en el Estrecho " con una grupo de indios que vivía allí, haciéndose mutuamente regalos, como cuchillos y vino de España, que los naturales encontraban muy bueno". A cambio de eso, los holandeses recibían collares y diversas provisiones. Pero ocho días después, cuando el barco volvió al mismo sitio y unos marineros bajaron a cazar a tierra, los naturales hicieron irrupción y mataron a dos hombres.

A veces, pero tal vez mucho más tarde, hacia fines del siglo XVIII, los indios parecían francamente pacíficos frente a los extranjeros. Lo eran también entre ellos, según parece. "Las disputas, manifestaciones de cólera o de venganza no parecen existir", según el autor de la relación de viaje de la Santa María de la Cabeza (1785 - 1786). Este, a pesar de una larga permanencia entre los indios del Estrecho, a caso no pudo observar la vida íntima del grupo, aún con todo el deseo que tenía de hacerlo. Sin embargo, el hecho sigue siendo posible. Los alacalufes actuales son bastante pacíficos entre sí y las escenas de violencia no existen sino con ciertos motivos determinados.

Sería, sin duda, injustificado considerar como característica de los alacalufes de los siglos pasados esos actos de violencia, de traición y de astucia, con los cuales se enfrentaban a grupos más poderosos que ellos. A menudo acogieron de este modo a los blancos que desembarcaban en otras comarcas. Se trata de una reacción muy general que no expresa sino la defensa y el miedo. Los intrusos que, insólitamente, con el intervalo de una o dos generaciones humanas, venían a turbar la quietud de los archipiélagos, eran, tal vez, a los ojos de los indios seres de tal modo diferentes, que no correspondían a su noción de hombre, a la noción que enemigos de razas vecinas que tienen que combatirse tienen unos de otros. Es posible también que la piel descolorada de los europeos les haya inspirado una especie de repugnancia incoercible. Esta sensibilidad al color de la piel se ha manifestado, aunque en sentido inverso, un día de 1947: los alacalufes de Edén fueron presa de un pánico súbito a la vista de la tripulación hindú de un barco británico. El sentimiento de hospitalidad natural espontánea que pueden mostrar ciertos pueblos, es el producto de largos siglos de cultura.

Entre los demás rasgos de carácter que resaltan de las relaciones de viaje, es muchas veces citada la protección celosa de los indios con respecto a sus mujeres, celos que no podían los marinos dejar de observar. Casi siempre eran los hombres solos, o acompañados por niños, quienes subían a bordo, como si estuvieran solos en el mundo. Por cierto, apenas advertían un barco a lo lejos, las mujeres se eclipsaban sin dejar huellas, en el bosque o en las rocas, tal vez con los perros. Aun actualmente no les gusta ser sorprendidas cuando están solas en la pesca. Cuando un buque entraba en una bahía donde los indios estaban ya instalados, las mujeres se retiraban a una sola choza para estar al reparo y mejor defendidas en caso de necesidad. Los marinos de Bougainville (1766) excitaron en los indios un vivo descontento, tratando de ver lo que pasaba en la choza en que se habían amontonado todas las mujeres del grupo. Sin embargo, los indios invitaron a los franceses a venir a las otras chozas, "donde ofrecieron a esos señores choros que ellos chupaban antes de regalarlos".

Wallis (1766 - 1768) cuenta un episodio análogo. Mientras unos indios estaban a bordo, echaron al agua una chalupa del barco, para ir a la playa a buscar la provisión de agua y leña. Algunos indios habían permanecido en sus canoas: "éstos mantuvieron los ojos fijos en la chalupa, mientras la echaban al agua y, desde el momento en que se alejó del barco, llamaron con grandes gritos a los que estaban a bordo. Estos, vivamente alarmados, saltaron con prisa a sus canoas después de haber echo bajar a sus hijos y se alejaron sin haber pronunciado una sola palabra. Nadie podía adivinar la causa de una

emoción tan repentina. Los indios remaban detrás de la chalupa lanzando grandes gritos, mostrando un trastorno y espanto extraordinario. La chalupa era más rápida que la canoa. Cuando llegó a la orilla, los marinos divisaron a algunas mujeres que recogían mariscos en las rocas. Todo el misterio se explicaba: los indios temían que estos extranjeros atentaran por la fuerza o por la seducción a los derechos de los maridos, de los cuales parecían mucho más celosos que los habitantes de muchos otros países, en apariencia menos salvajes y menos groseros que éstos. Para tranquilizarlos, los marinos permanecieron en la chalupa sin remar y se dejaron pasar por las canoas. Por su lado, los indios no paraban de gritar para hacerse oír de sus mujeres hasta el instante que ellas mismas se alarmaron y desaparecieron de la vista. Apenas los maridos estuvieron en tierra, dejaron sus canoas en la playa y siguieron a sus mujeres con la mayor celeridad".

El comportamiento de los indios a la vista de un buque y de todo lo que a bordo podía suscitar su asombro, ha sido relatado en varias oportunidades. Las descripciones que de ellos tenemos podían datar de nuestros días. Podrían presentarles las cosas más extraordinarias con el fin de asombrarlos y, sobre todo, de gozar con su asombro, y los indios se quedaban impávidos. Como en nuestros días, sin duda debían sonreír, murmurando algo entre dientes. Si los marinos los hubieran comprendidos, se habrían dado cuenta que lo que ellos manifestaban no tenía la menor relación con lo que les era presentado. Cuando los dejaban solos, su admiración iba a cosas mucho más simples, como espejos o ropas. "Cuando pusieron allí los ojos por primera vez, se volvieron de inmediato, mirándonos primero y mirándose entre ellos. Volvieron a mirar, bruscamente y como por sorpresa, volviéndose como antes. Después de lo cual iban a mirar detrás del espejo, con aire de urgencia. Cuando se familiarizaron por grados con este objeto, sonreían ante el espejo y, viendo sonreír a la imagen, manifestaban su alegría con grandes carcajadas. Parecieron, sin embargo, dejar lo que habían visto con la más completa indiferencia. Al parecer, lo poco que poseían bastaba a sus deseos" (Wallis, 1766).

Refiriéndose a lo mismo Bougainville agrega a sus observaciones consideraciones filosóficas propias de su época. Colma a estos "salvaje" de todas las atenciones que pueda ofrecerles a bordo, y trata también, sin éxito, de asombrarlos, "pero no manifiestan ninguna sorpresa, ni a la vista de los buques, ni ante los objetos diversos que ofrecían a sus miradas. Ocurre, sin duda, que, para sorprenderse ante las obras de arte, es preciso tener algunas ideas elementales sobre ellas. Estos hombres brutos trataban a las obras maestras de la industria humana tal como trataban a las leyes de la naturaleza y sus fenómenos".

A veces los indios ponían toda su buena voluntad en ayudar a los europeos que, en el siglo XVIII, les manifestaron un cierto respeto que los navegantes no habían guardado hacia ellos 200 años antes. Byron, en su segundo viaje (1765), aunque siempre distante, va a tierra sólo con alguno de sus oficiales, para no asustar a los indios. A cambio de algunos abalorios, cintas, etc., que los encantaba, los indios ofrecían moluscos y bayas. Como los marinos de Byron se pusieron espontáneamente a cortar pasto para los últimos corderos de a bordo, los indios se pusieron espontáneamente a ayudarlos y en pocos instantes el bote estuvo lleno.

Sin duda, antes de Byron, ningún alacalufe oyó nunca ningún instrumento musical. Un oficial del Dolfin les tocó el violín y algunos marineros danzaron. Los indios estaban maravillados ante ese espectáculo. Uno de ellos bajo rápidamente a su canoa y volvió a subir con un pequeño saco que contenía grasa roja, con la que frotó la cara del tocador de violín e insistió para hacer otro tanto en el rostro del propio Byron. En muchas circunstancias, los indios marcaban su preferencia por el color rojo de sus vestidos, hecho que fue señalado por Wood y por Frézier. A pesar de la amistad demostrativa que a veces los europeos les manifestaban, los indios, sin embargo, continuaban la mayor parte del

tiempo en actitud desafiante. Estas demostraciones les parecían más bien sospechosas. Ante de subir a bordo de la *Jane de Weddell* (1823)²⁷, conversaron interminablemente con mucha vivacidad a unas diez brazas de la nave, y dieron una vuelta de ella ante de decidirse a abordarla. "Como había mujeres en la canoa, probablemente la seguridad de estas últimas era lo que motivaba tales conciliábulos. Finalmente los hombre subieron a bordo y las mujeres se quedaron en la canoa". "Los hombres mostraron asombro ante todo lo que veían, y las obras de hierro llamaban su atención más que cualquier otra cosa. Una olla de fundición de 200 galones los sorprendió hasta el punto de que no se atrevían a acercárseles. Al ver su predilección por este metal y como tenía a bordo una cantidad de aros de hierro, di uno cada uno, con lo cual se sintieron plenamente satisfechos y, apenas recibieron estos presentes, nos dejaron y volvieron a su wigwam".

Los indios aprendieron rápidamente, si es que antes no la conocían la noción del tráfico. "A cambio de ciertas herramientas de su fabricación, cuenta aún Weddell, pedían cosas brillantes, como botones, pero los pedazos de aros de hierro eran los objetos particulares de su estimación". La propensión de los alacalufes por el robo era también muy grande y su habilidad para apoderarse de un objeto era sin igual, cualquiera que fuese la vigilancia que ejerciera sobre ellos. A penas había pasado un día desde que Weddell les distribuyó zunchos de hierro, fueron a buscar a otro grupo de indios para venir a visitar el *Beaufroy*, donde los trataban tan bien. Sin que los marinos se dieran cuenta, desguarnecieron a un barril de sus zunchos y hurtaron una pesada clavija de ensamblaje. Weddell señala también en sus relatos, observaciones y experiencias, que habían en la tribu un bello adolescente de 14 años, a quien le habría gustado dejar con ellos, pero, a penas él comprendió este deseo, volvió a su canoa y nada pudo persuadirlo a regresar otra vez al barco.

Uno de los latrocinios cometidos a bordo del *Beaufroy* muestra cuan grande era el poder de imitación de los indios. "Un marinero había dado a un fueguino una olla de hojalata llena de café, que él bebió, y en seguida puso en práctica todo su arte para sustraer la olla. Como el marinero recordaba que la olla no había sido devuelta, la reclamó, mas, dijera lo que fuese, todas las palabras que empleaba eran repetidas con una perfecta imitación por el fueguino. El marinero se impacientó al ver sus demandas exactamente copiadas y, tomando una actitud amenazante, le dijo con cólera: "Pícaro, color de cobre, ¿dónde está mi olla de lata?". La imitación era tan perfecta que todos se pusieron a reír, excepto el marinero, que se puso a registrar al indio y le halló bajo el brazo lo que le pedía. Algunos días más tarde, Weddell vio a los indios dejar su campamento con una discreción anormal y sospechosa, bordeando la costa sin una voz y sin un ruido. Tenía alguna razón para sospechar que, a pesar de la vigilancia, se habrían robado algún objeto de a bordo. Lanzó tras ellos una chalupa. Al ver aquello, los indios remaron con todas sus fuerzas, pero fueron pronto alcanzados y, todos corridos, se aprestaron al registro. Para su gran sorpresa, Weddell, en lugar de castigarlos, dio a cada uno de los hombres un pedazo de aro de hierro y a las mujeres una moneda nueva con un hoyo al medio para llevarla a modo de medalla.

Hasta este momento de su relato, Weddell se limitaba a observar. Desgraciadamente, el interés es distinto cuando quiso experimentar. La experiencia que realizó, absurda en sí misma, es curiosa, sin embargo, por las reacciones que suscitó. Weddell reunió a los indios en torno suyo y les leyó un capítulo de la Biblia "haciendo, al mismo tiempo, signos de muerte y resurrección y de invocación al cielo. No me probaron por ningún signo que comprendieran lo que yo quería hacerles entender; mas, como yo leía

²⁷ Los relatos de Weddell son a veces difíciles de localizar y pueden relatar hechos que han pasado tanto entre los alacalufes

haciendo los gestos, me imitaron, siguiendo la lectura con un ruido confuso de voces, bajando y elevando el tono, según mi ejemplo. Sin embargo, durante este tiempo, estaban profundamente atentos y me miraban fijamente con marcas visibles de asombro. Uno de ellos apoyó su oreja en el libro y otro mostró el deseo de llevárselo a su canoa".

No se necesitó de mucho, sin embargo, para romper esa armonía. Un indio particularmente astuto había logrado subir al palo mayor y se dedicaba a arrancar los fierros. Weddell le intimó la orden de bajar. El indio no consintió en ello sino bajo la amenaza de la pistola apuntando sobre él para asustarlo. Bajó por fin, con expresión de cólera en el rostro. Apenas hubo tocado el puente, recogió un tornillo y lo arrojó a la cara del capitán. Weddell lo amenazó de nuevo con su arma. Esta vez, toda la tropa de indios se apelotonó en la proa del barco, profiriendo gritos de espanto. Este malentendido había roto para siempre la armonía. Weddell trató de hacer paces, pero los indios se retiraron a su campamento mucho más temprano que de costumbre. Al otro día, toda una tropa de indios, 40 ó 50, hizo irrupción a bordo, amenazado a la tripulación, con el designio visible de apoderarse de la nave. Pero retrocedieron ante la sola presencia de Weddell y se mantuvieron tranquilos. Otra cosa habría sucedido si la tripulación misma se hubiera aterrorizado ante la amenaza y hubiera tratado de rechazar a los indios. Ante la expresión de la fuerza, ellos volvieron, por lo menos aparentemente, a una actitud inofensiva.

Hacia la misma época, los indios que veían los capitanes Fitz Roy y Parker King (1826-1836), en el Estrecho y los archipiélagos, parecían más familiarizados aún con los blancos. Los buques que pasaban por esa zona eran, sin embargo, muy escasos. Diez, veinte años y aun más podían pasar sin que se organizara ninguna expedición a esa parte del mundo. Es probable que se estableciera una tradición oral entre los indios. La visita de un buque y de hombres blancos siguió constituyendo un gran suceso en su vida, pero no les inspiró ya el temor de los primeros encuentros. La presencia de extranjeros de mejores maneras que los de otro tiempo, menos agresivos y que no trataban de aterrorizarlos a tiros de arcabuz y de cañón, dejó de producir entre los indios aun el menor malestar. El relato de Fitz Roy lo atestigua. Las observaciones de los comandantes del Adventure y del Beagle dan cuenta de los mismos rasgos de carácter, descontando ahora la agresividad, que anotaron Weddell y los otros. "Nos divertimos mucho con la sorpresa que mostraron los indios ante las cosas que teníamos y por el efecto producido en ellos por todo lo extraordinario que veían. Su expresión no era de alegría o de sorpresa, sino una especie de mirada vacía, estupefacta. Se miraban unos a otros. Debían sospechar de nuestras intenciones, o estar muy excitados por lo que habían visto ese día, pues toda la noche escuchábamos en su campamento su incesante parloteo, interrumpido por el ladrido de los perros". Parker King, que relata el hecho, encuentra a los indios del Estrecho más tímidos y desconfiados que los tehuelches de las Pampas, lo que indicaría, según él, que eran más desagradables. Es verdad que en esa época los tehuelches eran poseedores de una gran cultura: hablaban español, poseían caballos, comerciaban con los buques y no vivían en el extremo sur sino unos cuantos meses al año. Los indios nómades marinos se entregaban menos fácilmente. Al lado de observaciones muy justas, Fitz Roy cuenta también sus ingenuas experiencias. La idea de las creencias de este pequeño grupo de indios que frecuentaban familiarmente el buque durante casi cuatro años, lo preocupaba. "Puse mi reloj en su oreja. Se asombraron mucho y cada uno vino a su vez a escuchar su tic tac. Mostré el reloj y después el cielo; sacudieron la cabeza y de pronto parecieron tan graves que, por sus maneras y por todo lo que pude comprender de sus signos, sentí con certidumbre que tenían la idea de un ser superior, aunque ellos no tuvieran nada semejante a una imagen y no nos parecieran poseer ninguna forma de adoración".

El don de imitación, señalado por todos los navegantes, asombró también a Fitz Roy. Este don tenía su lado pintoresco y sus cosas cómicas, pero presentaba también inconvenientes para los que querían informarse, pues, "en lugar de fijar su atención sobre nuestros esfuerzos para tratar de informarlos, no hacían otra cosa que repetir nuestras palabras y nuestros gestos". (Relación del viaje de la Santa María de la Cabeza, 1785-86).

En cuanto a los misioneros, sus observaciones de orden psicológico son bastante escasas. Las del P. García Martí (1766-67) se limitan a comprobar, en hombres y mujeres, la ausencia del sentimiento "de ese natural pudor que produce la desnudez. Les era absolutamente indiferente que yo los viera desnudos".

En cuanto al período que se extiende de 1870 hasta nuestros días, sobre el cual se posee el menor número de documentos, es preciso dejar al margen una cantidad de leyendas tan absurdas, tan inverosímiles, que no pueden merecer ningún crédito. Parecen haber sido construidas pieza por pieza, acaso para disculpar a sus autores de algunas villanías. Según lo que se cuenta aún en ciertas estancias de Tierra del Fuego, los alacalufes habrían masacrado, en la costa del Seno del Almirantazgo, a un grupo de blancos que inspeccionaban los pastizales y se los habrían comido. El autor de la leyenda, uno de los primeros colonos ingleses o escoceses, el único sobreviviente de la aventura, habría sido testigo de la escena. El hecho debe de ser invención pura, o tuvo por fundamento una pequeña emboscada de indios o acaso un simple encuentro, y en este caso es bien probable que no fueran los blancos las víctimas.

Como entre los yaganes, lo que desde el punto de vista que nos interesa, no tiene importancia esencial. Un cierto número de relatos, más o menos fabulosos, y exagerados en cada etapa de la transmisión oral, muestra que, hace 50 años, los alacalufes no vacilaban en atacar a los más débiles. Uno de esos hechos, que es preciso retener, porque presenta mejores garantías, es relatado por el primer colono alemán del actual departamento de Última Esperanza, el capitán Eberhardt. Los indios frecuentaban mucho esos parajes, atraídos, sin duda, por el nuevo establecimiento aislado y sin relación con el resto del mundo. No había que dudar, por cierto, de sus intenciones cuando rondaban en buen número por el pequeño canal marítimo que se extiende delante de la estancia. El capitán Eberhardt debía de mantenerse en guardia. Otro alemán, de humor bastante misantrópico, vivía solo en un rancho alejado de la estancia Eberhardt, a donde venía regularmente de visita. Como no se lo había visto desde hacía varias semanas, el capitán Eberhardt fue a ver lo que hubiera podido pasarle. El rancho del viejo alemán estaba vacío. Sólo mucho más tarde, a unos 60 kilómetros de allí, se encontró su cadáver. Nadie, fuera de los alacalufes, habría podido transportarlo por mar y es bastante probable que ellos mismos fueran los autores del crimen.

Otras veces los alacalufes se han apoderado o han tratado de apoderarse por la astucia de las chalupas de los loberos. El resto de los robos que pudieron cometer contra gentes que disponían de una fuerza superior a la suya, no representa sino latrocinios insignificantes, que ellos, sin embargo, pagaron a menudo con una represión sin piedad. Tan grande era el temor que inspiraban en los primeros tiempos de la colonización del estrecho de Magallanes. Una leyenda tenaz los hacía ser siempre considerados como seres crueles, hasta antropófagos. Crueles, habrían podido serlo si hubieran tenido fuerza. En cuanto a la antropofagia, para hallarla mencionada tenemos que remontarnos a la relación de Darwin, sujeta a beneficio de inventarlo, y a los testimonios más antiguos y un tanto inquietantes de los marinos holandeses de comienzos del siglo XVII²⁸. Para hallar

²⁸ La misma acusación de antropofagia es mencionada como probable en una obra poco conocida del P. Sánchez Labrador (Ed. Vial y Zona, Buenos Aires, 1936), fechada en 1772. Ella habría sido la causa de la ruina de las dos colonias españolas de Sarmiento en el Estrecho.

pruebas verdaderamente válidas, tenemos que remontarnos todavía más lejos y atenemos a los datos proporcionados por la arqueología. En los montones de conchas de las costas y las islas del Seno Skyring, hemos hallado, entre la masa de restos alimenticios, una cierta cantidad de osamentas humanas fracturadas, dispersas, mezcladas a los huesos de animales y que representan, como éstos, marcas de quebraduras intencionales. Por cierto, estas osamentas son poco numerosas, pues a lo sumo pertenecían a cuatro cadáveres distintos. Un cráneo de mujer, privado de su mandíbula, había sido abierto por medio de un instrumento de piedra. Estos pocos fragmentos de huesos largos y de huesos de caja craneana parecerían indicar que la población fueguina que tenía sus lugares de campamento en una terraza baja del Seno Skyring, hace dos o tres milenios, podía ser, por lo menos ocasionalmente, antropófaga. Desde este lejano período, ningún documento arqueológico prueba formalmente que esta tradición de antropofagia, ritual o simplemente alimenticia, haya sido continuada. Sea como fuere, era interesante plantear este problema, tan a menudo abierto, que continúa subsistiendo en estado difuso.

2. La oposición entre las nuevas y las viejas generaciones

Es evidente que el carácter de los alacalufes ha cambiado a causa de su prolongado contacto con los blancos. Se podría afirmar tal cosa a priori, como una especie de necesidad, como una fase del proceso de transculturación. En todos los casos, nada hay de común entre lo que pueden denotar las pocas briznas acerca de la vida psicológica de los indios recogidas desde Magallanes, con la mentalidad de un alacalufe actual. Los rasgos de audacia, de ferocidad aun, han desaparecido hoy. ¿Cómo habrían podido subsistir en una comunidad tan reducida? Estas modificaciones de la mentalidad pueden observarse en la escala de las tres generaciones agrupadas en torno a Puerto Edén.

Las diferencias entre los viejos y los jóvenes son sorprendentes. Esta observación tiene acaso un alcance menor de lo que a primera vista parece, porque en todas las sociedades estas diferencias existen de una manera más o menos sensible. Entre los alacalufes se pueden determinar cuatro estadios en la evolución de la mentalidad. Aquellos que podrían ser llamado antiguos, de los que, desgraciadamente, no hemos alcanzado a conocer a ninguno, que han debido desaparecer hacia 1930, y que eran los representantes auténticos del grupo. En el espíritu de los alacalufes actuales, su leyenda está nimbada de una admiración sin reservas. Se alaban sus hazañas de caza, su habilidad, su audacia. Ellos sabían pintarse; ellos sabían encontrar ballenas varadas en torno de las cuales se organizaban las fiestas o se danzaba durante la noche, en Puerto Bueno, en el Canal Fallos, en grandes cabañas comunes, de las que las mujeres eran mantenidas alejadas. Todo eso constituía lo que no se sabrá nunca en el ritual de iniciación de los alacalufes. La tradición no se extinguió lentamente. Hubo una brusca ruptura. Los blancos determinaron la pérdida rápida y total de las tradiciones. De algunos de esos antiguos quedan en los archivos privados unas pocas fotografías de aficionados, en las que aparecen hirsutos, con el rostro hundido en una inmensa cabellera, deambulando completamente desnudos y muy a sus anchas sobre el puente de un buque, fumando un cigarrillo con supremo desdén por los espectadores.

Los descendientes de estos antiguos son los de más edad entre los alacalufes actualmente vivos. A fines de 1953, no eran más que 2 ó 3. Pero, entre 1946 y 1948, su número era de unos 1, cuyo género de vida era ya muy diferente al de sus descendientes

inmediatos. Esta vida estaba marcada sobre todo por la no transmisión de las tradiciones, que se habían disipado en un tiempo anormalmente breve. Sin embargo, como la vida material casi no había evolucionado, los viejos alacalufes de Edén conservaban aún intactos en su memoria los recuerdos de los que fueron el modo de vida y las técnicas tradicionales del grupo. La ruptura completa y definitiva había afectado sobre todo a la vida social, que no era vivida ya por nadie, que había llegado a ser cosa muerta y cuyos despojos estaban desligados de todo sistema.

En cuanto a la generación siguiente, la de los adultos escalonados entre 20 y 40 años, está también en discordancia profunda con las anteriores. Participan, por cierto, de una vida material más o menos ligada a las tradiciones, pero interiormente están liberados de ellas. Aspiran salir de ellas y su ideal, aquello a lo cual sienten que podrán llegar, es la vida de sus propios vecinos, loberos, cazadores de pieles o leñadores. Lo que buscan, en suma, es la vida independiente y la ruptura con el grupo. Estos sentimientos eran ya precisos en 1948. En 1953, un gran número había debido ya realizar parcialmente sus deseos. Casi todos los adultos, sea en grupo, bajo la dirección de Lautaro, sea de una manera independiente, hacían la vida de los cazadores de pieles o habían ligado su suerte a la de los chilotes. En este estadio, el lazo, ya tan tenue, con la vida tradicional del grupo se había roto. De las tradiciones que hubieran podido recoger, no saben nada y, aún más, no desean saber nada.

Los hechos genealógicos son uno de los temas inagotables de conversación y comentarios. En este punto se denota el profundo foso que ahora separa a los viejos de los jóvenes: éstos escuchan con indiferencia, no toman parte en la conversación y, por lo demás, ignoran de qué se trata. Estos relatos genealógicos tienen un valor profundo, que muestra hasta qué punto los antiguos alacalufes tienen conciencia de los vínculos que los unían al grupo. Este sentimiento de participación es la misma naturaleza que el que acompaña al tchas, o donaciones a la colectividad.

Los viejos han sido suficientemente impregnados del mundo de la tradición, al cual han tenido acceso en otro tiempo, como para conservar todavía un cierto conocimiento de ella y no sentir la necesidad de cambiarla. Por lo demás, este cambio no sería posible para ellos. Por su edad y por su vida, están fijados en ese mundo que es el suyo y del cual hoy tratan de escapar sus descendientes. La nueva actitud de los jóvenes no se debe solo a la ignorancia de una época desaparecida, sino también a la adquisición de una nueva mentalidad.

Los jóvenes, por la simple frecuentación de los blancos, han adquirido una especie de sentido práctico que no poseen los viejos. Abandonado voluntariamente todo lo que pueden de la vida tradicional, no han extraído de la nueva forma de civilización sino sus aspectos materiales, que se esfuerzan, en cierta medida, por imitar, aun cuando les sean totalmente inútiles. Se los ve, por ejemplo, confeccionar perchas o esbozos de guitarras, que atestiguan un excelente don de imitación y un cierto entendimiento de la música. Han adquirido o confeccionado cofres de madera para guardar sus cosas, y estos cofres están adornados por dentro con recortes de revistas americanas. Los jóvenes son menos perezosos que sus padres, en cuanto se crean una actividad diferente a la del grupo, desinteresándose definitivamente de ésta. Tampoco tienen más gusto por la mendicidad que los viejos. Por el contrario, sienten una especie de vergüenza y se refuerzan por disfrazarla bajo una forma aceptable. Por ejemplo, no les gusta acercarse a los buques en tránsito en sus canoas, para esperar a lo largo del casco que les arrojen desde arriba pan, vestidos y cigarrillos. Prefieren hallar un pretexto para subir a bordo, sea porque deben de ayudar en alguna maniobra, sea con cualquier otro pretexto fútil, y pedir a los marineros de la cocina lo que necesiten. Se sienten molestos si deben, como los otros miembros del

grupo, esperar sentados en la canoa los efectos de la buena voluntad de a bordo, si, como sucede, se les ha prohibido el acceso al puente del barco. Sobre todo, y es esto lo que los diferencia más de los viejos, tienen la noción precisa de que llegarán a salir de esa vida, de la cual están moralmente separados. Esta esperanza no habría podido siquiera rozar a la generación de sus padres.

Esta actitud de desprendimiento crea, sin embargo, en numerosos planos un empobrecimiento muy neto de los jóvenes frente a los viejos. Lo poco de español que han podido aprender entra muy difícilmente en las categorías de su espíritu y se superpone mal a la expresión de su pensamiento acostumbrado, cuyo soporte sigue siendo el alacalufe. En esto no marcan ningún progreso y bajo muchos respectos los viejos son mucho más finos y expresivos, con un sentido de la poesía que los jóvenes han perdido. Son también menos aptos y más lentos en captar el pensamiento personal. Como los jóvenes repudian voluntariamente todo lo que ante el extranjero los pudiera presentar demasiado incorporados al grupo, sus posibilidades de expresión se han limitado, sin haberse enriquecido, sin embargo, con ningún aporte nuevo. Algunos llegan al extremo de hablar de los otros, tratándolos de indios. Ahora somos civilizados y vestidos como los demás. Se puede oír a veces frases de este tipo en la boca de jóvenes de unos 20 años que, bajo la chaqueta que los llena de orgullo, viven en la promiscuidad de la choza y se alimentan de mariscos.

Toda la vida de los jóvenes está vuelta hacia el exterior. Hacen proyectos, discuten acerca de las ocasiones favorables que podrían presentarse, de tal o cual lobero que podría contrastarlos, de tal o cual maderero con el cual podrían trabajar. Se dejan deslumbrar por los atractivos de una nueva vida y, después de muchas vacilaciones, negativas, ocasiones frustradas seguidas de arrepentimiento, algún día uno de ellos realiza el gran deseo y desaparece sin posibilidad de retorno. Las mujeres jóvenes esperan también la evasión, pero bajo una forma bien definida: estarán listas para dejarse raptar en la primera ocasión favorable.

3. El espacio, el tiempo, los números y los nombres

Las divisiones del tiempo y del espacio. La división más elemental del tiempo es para los alacalufes, como para el resto de los humanos, la del día y la noche, el corte más natural en la serie de sus actividades normales. La palabra lafk, que indica el día de hoy, significa también el momento presente, joven, fresco, reciente o pronto. El día transcurrido o el día por venir se confunden en la misma designación, aswalek: el pasado o el futuro se indican por la forma del verbo. Los días pasados o venideros se designan por la repetición de la palabra. Anteayer o pasado mañana se dicen tawaswalek (taw=otro). Para decir "hace dos días" o "en dos días más", se emplea aswalek taw aswalek. Para tiempos más antiguos o más lejanos, el juego de los dedos ayuda a precisar el número de los días de que se trata. La misma palabra lafk puede también estar asociada a aswalek para significar mañana -o ayer, según el caso- temprano en el día. Los diferentes momentos del día están indicados por la posición del sol: aswal lafk, el sol levante; aswal oykyemna, el sol alto; aswal akyewena, el sol muy bajo, cerca de la noche.

Las expresiones que indican el momento de acciones o acontecimientos que deberán hacerse o que se han producido ya, con respecto al momento presente, son muy numerosas. El instante inmediato que sigue o precede al momento presente, el instante en que se producirá una acción que no podrá producirse sino después de otra, los diferentes tiempos que debe durar una espera, etc., para no citar sino algunas, tienen su forma

particular en esta gradación muy matizada del tiempo.

Durante un mismo día, la alternativa de las mareas sirve también de referencia necesaria para la evaluación del tiempo. En efecto, las mareas condicionan una parte de los actos de la vida, como la pesca o ciertos trayectos, que son favorecidos o retardados por los cambios de corriente. Las mareas dividen al día en cuatro partes con respecto a las cuales se sitúan las actividades del grupo: las mujeres volverán de la pesca antes de la marea alta, nosotros partiremos cuando la marea comience a subir, etc., son las maneras más frecuentes de expresar la hora del día.

El ciclo más importante es el ciclo lunar que sirve para evaluar intervalos de tiempo más largos. El que debe partir del campamento indicará por lunas el tiempo de su ausencia, cuando salen gira de caza: *tákso arkakseles yerfaláy*, partir por una luna. Con la ayuda de los dedos se llega a expresar intervalos de tiempo considerables, seis, ocho, diez lunas. Duraciones mayores que no corresponden en ninguna necesidad de la vida, no se expresan.

La vuelta de las estaciones marca ciertos acontecimientos, da ritmo a la vida, pero no sirve para apreciar intervalos de tiempo. El término estación no posee, por lo demás significación que bajo otras latitudes. Una estación no corresponde a una modificación climática importante ni a una detención marcada en el régimen de lluvias ni a una renovación sensible en la vegetación. Sólo dos acontecimientos marcan realmente el ritmo estacional para los alacalufes: la postura de los huevos y el nacimiento de los polluelos, por una parte, y la parición de las focas, por la otra. Estos acontecimientos se sitúan entre octubre y enero. En otro tiempo, este período correspondía a un cambio en la vida de los alacalufes. Era el momento de las grandes excursiones en busca de nidos a lo largo de los acantilados de los canales y sobre las rocas desnudas del Pacífico, la caza fácil y fructífera de focas en las playas, donde se juntan por miles. La vuelta del verano marcaba la multiplicación de la vida animal y era la época de una gran agitación en el grupo.

Para marcar la sucesión de los acontecimientos en el pasado, los alacalufes tienen un cierto número de puntos de referencia, escalonados en la memoria de un antiguo a través de unos 40 años, tales como el naufragio de tal o cual buque, las excursiones de ciertas goletas de loberos en tiempos en que la caza de focas era fructuosa, etc.

A causa de su propia existencia de nómades, los alacalufes tienen una percepción muy nítida del espacio en el cual viven. Llegan hasta orientarse con la mayor facilidad en el laberinto insular que forma el marco de sus correrías. Todos los detalles topográficos de los archipiélagos les son familiares. La precisión de sus acontecimientos relativos a lugares asombra al europeo. ¿Que género de representación poseen del espacio, de la situación de un lugar situado a veces a varios centenares de kilómetros de distancia? ¿Por qué proceso mental pueden representarse, decidir, explicar un itinerario? Evidentemente, no lo aprehenden en su conjunto, sino de una manera fragmentaria, yuxtaponiendo en el orden las diferentes etapas sucesivas, de lugar de campamento en lugar de campamentos escalonados a través del viaje. Con respecto a cada una de estas etapas, ellos aprecian la duración del trayecto y los sucesivos cambios de orientación que lo señalan. Cada etapa es apreciada según el tiempo necesario para cubrirla, según el ritmo habitual de la navegación en canoa. Finalmente, todo ensayo de explicación de un itinerario es siempre largo y embrollado y denota una dificultad extrema para expresar lo que es percibido intuitivamente.

Por el contrario, las diferentes áreas del espacio son designadas por subdivisiones bastante sutiles. El Oeste parece ser la posición fundamental, la dirección del sol poniente y del Pacífico, aquella de donde soplan los vientos dominantes. Con respecto a este punto de referencia, los indios sitúan las otras áreas del espacio desde donde soplan los diferentes

vientos: Noroeste, Noreste, Este, Sureste, Sur y Suroeste, cada uno de los cuales tiene su nombre distintivo en alacalufe, que ellos pueden, por otra parte, traducir al español.

Cada detalle de la complicada topografía de los archipiélagos tiene su designación propia en lengua alacalufe, pero el empleo de estos nombres indígenas está ahora en regresión. Los indios adoptaron primero las designaciones topográficas de los loberos, descriptivas o anecdóticas, por ejemplo Puerto Rana, Bahía Escondida, distintas de la nomenclatura oficial de las cartas. El fiordo Eyre, por ejemplo, en lengua de lobero es la Bahía Escarchata. Pero desde que algunas decenas de faros automáticos jalonan la ruta, de los buques, los loberos lo han adoptado como puntos de referencia para sus itinerarios, más cómodos que las diversas particularidades de la ruta. Al mismo tiempo, han adoptado un número cada vez mayor de términos de la nomenclatura oficial. Por imitación, los alacalufes han prolijado también el nombre oficial de cierto número de islas, cabos y canales.

Los alacalufes tienen conocimientos precisos de los menores detalles topográficos de los archipiélagos. Toda modificación de un perfil de costa es inmediatamente interpretada como canoa de indios o chalupa de loberos que pasa a la cuadra. El indio se engaña raras veces. Sabe inmediatamente de qué se trata y a donde se dirige el que pasa. La señal de llamada es el humo denso de una fogata de ramas verdes que indica la presencia de un ser humano y exige un desvío. El método indio ha pasado, por lo demás, al dominio común: los loberos y aun los colonos que viven aislados en las costas desiertas o en las islas del Seno Skyring, lo emplean como sistema de llamada o de socorro. Toda humareda que se eleva desde un punto bien destacado, desde donde puede ser vista por el que pasa a la cuadra, es una señal de reunión. Se insiste encendiendo varios fuegos a la vez. Parker King, primer comandante de la expedición del almirantazgo inglés en la Tierra del Fuego y en los archipiélagos, menciona en las instrucciones náuticas que " los buques que pasan por el Estrecho divisan ordinariamente a pocos indios.

Lámina XIII



28. Yuras descuartiza una foca 29. Alacalufes en sus canoas junto a una goleta chilota

Lámina XIV





30. La fabricación de la canoa, separando los dos lados del casco

Pero la rapidez con la cual un centenar de ellos y aun más se reúnen cuando husmean la presencia de un buque o de una pequeña embarcación es increíble. La manera cómo puedan darse cita es un misterio, pero se ven, por millas y millas, fogatas que arden en las costas y de cada caleta parte una canoa que enfila hacia el lugar de reunión".

En cuanto a saber cómo se representan los alacalufes en el tiempo y en el espacio, parece que el problema fuera actualmente de solución imposible. Si han existidos mitos acerca de los orígenes, no queda de ellos la menor señal. Simplemente, con el tráfico de los barcos a través de los archipiélagos, los alacalufes han adquiridos conciencia de un mundo diferente fuera del cual viven, un mundo que sitúan globalmente den dirección Norte, de donde llegan los buques. La barrera helada de la Cordillera marca el límite por el Este. En cuanto a las dos ciudades de Puerto Natales y Punta Arenas, están situadas en un dominio conocido de la mayoría y no presentan otras particularidades topográficas que el formar dos centros de atracción, a los cuales los más jóvenes sueñan con llegar a incorporarse.

El lenguaje y la conversación. No se trata aquí de un estudio sobre el lenguaje alacalufe, sino sólo de algunas observaciones que se refieren a su vida psicológica. El contacto prolongado con los blancos no ha puesto a los indios en posesión de otro modo de expresión que su propio lenguaje. Han podido aprender, sobre todo los jóvenes, algunas palabras de español que les bastan para cambiar varias expresiones elementales, para dar una respuesta incierta cuando son interrogados y para preguntar lo que desean a bordo de los buques. Pero de ninguna manera conocen suficientemente un vocabulario ni modalidades de expresión tan diferentes de las suyas, para expresarse o para comunicar ideas, por simples que sean, y para traducir adecuadamente las cosas de su universo.

Como, además, su capacidad de atención sostenida y prolongan es mediocre, se hallan en la imposibilidad total de traducir no sólo del alacalufe al español, sino también, lo cual debería ser más simple, del español al alacalufe. Por lo demás, para los alacalufes cada palabra significa algo y no llega a ser concebida fuera de su significación. La palabra no está nunca en reserva, por decirlo así. Es siempre empleada cuando se tiene algo que decir. Ejemplos precisos y reales nos ayudarán a comprender este aspecto de su mentalidad. Se pide a un indio joven, bastante familiarizado con el español como para poder responder, que traduzca alacalufe: "La madre mece a un niño". El responde de inmediato, en alacalufe: "Porque está llorando". Asimismo, a la pregunta: "¿Cómo se dice: mañana saldré de pesca?". La respuesta viene, siempre en alacalufe: " No, no habrá buen tiempo".

En todos los ensayos de vocabulario que fueron intentados en otros tiempos, se

observan errores del mismo tipo. La numeración empleada por los alacalufes aparece curiosamente transformada de la manera siguiente en un informe de exploración de fines del siglo XIX²⁹ : "uno" se traduce por "una mujer", "dos" por "un hombre", "tres" por "otra mujer", "cuatro" por una palabra en la cual se reconoce la palabra "piel", y así sucesivamente. El procedimiento de interrogatorio se deduce bastante bien en las respuestas. El encuestador quiso hacer contar a las personas presentes, y los indios no comprendieron. Otro ejemplo de estos errores es la traducción de la palabra "agua" por aret (balde) por un indio. Este sin duda comprendía la palabra española agua, y deseaba informar a su interlocutor, pero el continente llamaba más la atención que el contenido.

En la vida corriente, la expresión de ciertos sentimientos se traduce por una mímica muy complicada y por verdaderos modismos del lenguaje. Para expresar una cosa asombrosa, anormal, nueva o muy grande, las sílabas de cada palabra son cortadas con lentitud y suavidad, apenas pronunciadas; las vocales son suavemente moduladas en una larga, y la final prolongada en un calderón. La elocución se hace con la punta de los labios. El lenguaje propio de la mofa es también expresivo: se separan lo más posible las comisuras de los labios, con el borde externo replegado hacia los dientes, se inflan los carrillos, se arrugan los párpados. La elocución, moderada en volumen, es, sin embargo, articulada. Unos "clics", que son el acompañamiento de todo lenguaje afectivo, se intercalan rítmicamente. El lenguaje de las madres con sus hijos se manifiesta también por una elocución particular: con las mejillas recogidas y los labios hacia adelante, algunas consonantes son suavizadas con una entonación de ternura: por ejemplo, leyesk (yo veo) se pronuncia yeyesk.

En el lenguaje común, que no es emocional, se pueden distinguir dos modos. El de la conversación corriente es apenas perceptible, lentamente modulado, con "clics" y guturales muy atenuadas. Es una especie de canto en voz baja, acompañado por gestos bien cortados, amplios y lentos. El otro modo es ligeramente enfático. Quiere marcar insistencias y llamar la atención. Sigue el mismo ritmo, pero su volumen es más elevado, las sílabas, los "clics" y los sonidos guturales mejor marcados y a veces vigorosamente cortados.

Existe también una especie de conversación que se podría llamar puramente narrativa. Sus temas son infinitos, y se desarrolla durante largas veladas en la choza. Ella corresponde también a un modo especial. La gente está recostada, agazapada bajo una delgada manta, con la cabeza reposando sobre un brazo. Con la otra mano, armada de un bastón, se aparta a los perros, se remueven los mariscos en la ceniza caliente, se rectifica la posición de los leños. O bien el cuerpo está desnudo, con la espalda vuelta hacia el fuego. La conversación se desliza en voz casi baja, indistinta, por largos períodos, extremadamente suave. Algunos pasajes son aun más lentamente enunciados, pero son entonces marcados silábicamente a golpes de glotis y terminan en calderones. Varias personas expresan así simultáneamente, de un modo casi musical, una especie de monólogo, al cual cada uno de los asistentes tiene que acordarse si desea tomar parte de la conversación.

La numeración y los nombres. La numeración es muy simple. Se limita a la unidad y al dos. La expresión de cantidades superiores es englobada en el vocablo taw (otro), completado por el juego de los dedos. Toda cantidad superior a la que los dedos pueden expresar, o cuya numeración sería inútil, es dada con el término akwal (muchos), si se trata de cosas, o por el término akyay, si se trata de seres vivientes.

²⁹ Capitán JUAN JOSÉ LATORRE: Exploraciones de las aguas del Skyring y de la parte austral de la Patagonia. (Dic. 1878)

Nombrar las cosas es la función de la inteligencia, que las distingue de lo indeterminado, por oposiciones y relaciones. En las categorías de seres humanos que establecen los alacalufes, hay oposición nítida entre ellos y los otros con los cuales están en relación. Existen primero ellos mismos, los kaweskar, los hombres, literalmente los que llevan una piel. La palabra kawes, en efecto, designa la piel, tanto la de los hombres como la de los animales (arkasi o lahaltel: kawes yetapana, la capa de piel de foca o de nutria cosida) y la palabra kar designa todo lo que es materia dura o soporte. Es kaweskar todo lo que se refiere al indio de los archipiélagos; por ejemplo, kaweskar asaré, el alimento indio. Es un término genérico, que se aplica también a los términos hombre, eksenes y mujer, esatap. Por oposición a lo que no es indio, existe lo que es chilote, taporay, y blanco, yema. La persona misma del extranjero es designada con la palabra pektchewé.

Los alacalufes no se designan jamás a sí mismos con este nombre, cuyo origen es desconocido, y parece haber sido empleado por primera vez por Fitz Roy, que designa así a un grupo de indios que halló en las islas del sudoeste del Estrecho. El término fue muchas veces vuelto a usar después y sufrió las numerosas transformaciones fonéticas que le conocemos (alakaluf, alakulof, alikkolif, alakwulup, etc.). Un término cuya consonancia es extrañamente vecina a la palabra alakaluf fue escuchada dos veces en 1946. Estábamos en una choza colocando anzuelos en una lienza, cuando una mujer preguntó si podíamos alakala takso (darle uno) y que, a cambio de eso, ella "alakala" un canasto. Después de varias explicaciones, nos dimos cuenta de que la palabra "alakala" era una deformación de la palabra española regalar. Acaso de alacalufe, que recordaría el tiempo, no tan remoto en que los kaweskar de los archipiélagos subían a bordo de los barcos a pedir hierro y trajes.

El término con el cual los navegantes, siguiendo a Bougainville, designaban a los indios del Estrecho, era la palabra petcheray con todas las deformaciones. Pues bien, como acabamos de ver, la palabra que sirve para designar al extranjero es justamente pektchewe. No ha variado, sin duda, desde 1764, y sin duda ésta era la voz que aullaba los indios cuando rondaban en torno del casco de los barcos de Bougainville. "Los habíamos llamado pecheré porque ésta fue la primera palabra que ellos pronunciaron al vernos", escribe Bougainville. Y agrega: "los pecherés de que he hablado son pequeños, feos, flacos y de un hedor insoportable".

A su nacimiento, los niños no reciben nombre. Sólo cuando comienzan a hablar y caminar el padre les elige uno. Muy a menudo este nombre es un lugar geográfico, un canal, una bahía, un paso vecinos al lugar del nacimiento; a veces también el nombre de un animal (ganso, mosquito, nutria, coipu, etc.). Puede designar también una particularidad corporal (ojos pequeños, ombligo en forma de ojo, brazo tieso, manchas blancas en el cuello), o hacer alusión a objetos extraños. Cada indio se designa, en general, bajo dos o más nombres sea el de un animal, pero el hecho es difícil de verificar, pues a menudo sucede que los indios, junto con reírse, se niegan a decir uno u otro de sus nombres.

Desde que se dictó la ley de protección y después del breve paso de un misionero, se estableció, por lo menos teóricamente, un estado civil, que incluye un nombre y un apellido usuales en el país para cada indio. Se les ha impuesto, según las circunstancias o la fantasía del momento, el nombre de personajes políticos que se interesaban entonces por su suerte, o apellidos corrientes en Chile, como González, Molina, Martínez, Sotomayor, o los nombres de los descubridores de los archipiélagos, como Ladrillero, Ulloa, Magallanes, y hasta nombres geográficos: Messier, Campana, Molinaré, Meidel, Canales, Norte, Wide, Edén, Wellington. . . Pero a los indios les importa bien poco el nombre prestado. Muchos se han apresurado a olvidarlo, puesto que para ellos no evoca nada. A lo sumo conservan el nombre de pila que les ha sido impuesto, pero no se sirven sino raras

veces de él cuando se trata de nombrarse entre ellos.

Los perros tienen también un nombre, que es con frecuencia una palabra de la complicada nomenclatura que designa la posición de las manchas de color sobre el pelaje, en combinación con la densidad de la piel, el porte de la cola, la talla del cuerpo, etc. Se puede, también, darles un nombre cualquiera: flaco, lenteja o corbata.

4. La vida social

Las relaciones entre individuos. En el interior del grupo, las relaciones entre individuo e individuo están marcadas por cierta indulgencia. En principio, todo lo que es indio es bueno. No se excluyen de este calificativo sino los ladrones, es decir, los que se apropian de los bienes del vecino, reservándoselos para su uso personal o los que huyen con tales bienes. No se pueden infringir impunemente las leyes del cambio, del tachas, que tolera para cada uno la libre disposición del haber de otro. Usar el arpón, la canoa, el fusil, la ropa de otro es completamente lícito, a condición de que el usuario esté en buenos términos con el propietario. Si no es aprobado es, entonces, un ladrón, y como tal es reprobado por su víctima, y, generalmente, por una porción importante del grupo, si no por todos.

Sea que se trate del robo de una canoa nueva, o del raptó de una mujer, el juicio sobre el acto es el mismo. Pero el interesado es el único que tiene que explicarse con aquel que lo engañó. En toda discusión, los otros se mantienen al margen y se abstienen de tomar partido, por lo menos exteriormente. Los dos interesados son los únicos jueces que arreglarán, aun por la fuerza, un diferendo que no concierne al resto del grupo. Todo robo que afecte a algún extraño al grupo es considerado como un acto que no daña a nadie, y el hecho no sólo no suscita la reprobación, sino, por el contrario, realza el prestigio del que lo ha cometido.

Los hombres arreglan sus diferendos entre ellos y las mujeres entre ellas, y nadie interviene en los asuntos ajenos. Los robos son más frecuentes entre las mujeres, quienes son, por lo demás, liberales para pasarse unas a otros vestidos, adornos, artículos de costura. Sus tesoros son mucho más abundantes que los de los hombres y rellenan sus cajas o canastos, donde cada una guarda sus cosas. Aprovechando una ausencia momentánea, otra mujer puede introducirse en la choza y apoderarse de lo que desea. La explicación entre ladrona y robada no tiene la misma reserva que entre hombres. La reacción es tan inmediata como ruidosa.

La mujer lesionada se deja llevar a un desborde de gritos y palabras, no para expresar su sorpresa, ni para llamar la atención hacia el hecho -pues la ladrona, el objeto y las circunstancias del robo eran ya conocidos por todos-, sino para afrontar al autor del robo. La tensión de todo el grupo al acecho se canaliza y presta al acontecimiento una atmósfera de gravedad. Los hombres continúan atendiendo a sus ocupaciones, simulando indiferencia. Las otras mujeres escuchan en silencio el despliegue verbal que constituye, no el proceso de la ladrona, sino una revista general de todos los actos reprobables de su vida o, en caso necesario, la exhibición de las propias miserias de la interesada.

La sesión puede alcanzar a una grandeza casi bíblica. Las antagonistas están a veces alejadas una de otra. La mujer está sentada en el suelo, cerca de su cabaña. A los gritos del comienzo, sucede una alocución solemne, amplia, armoniosa casi, puntuada por gestos de los brazos y de las manos, amplios y lentos. El discurso es interrumpido. Sin recuperar aliento ni permitirse una pausa, durante una hora o más, la mujer continúa, hasta el momento en que, los labios babeantes, ebria de sus propias palabras, cae agotada y regresa a su choza. Sólo en ese momento se restablece la vida normal del campamento.

He aquí algunos aspectos del tema oratorio que se desenvuelve sin lágrimas ni

contorsiones, en una digna inmovilidad, los ojos fijos en el vacío, como tomando por testigos del hecho al mar y las montañas. Era una pobre vieja, a la sazón en los últimos meses de su vida, a quien habían debido de robar algún andrajo desflechado: "No has cuidado a tus hijos. Tenían hambre, frío y sed. Tú, tú comías. Eras siempre la primera a bordo de los buques para tener los mejores trajes, que guardabas para ti en tu caja; hilo y agujas, que guardabas en tu canasto. Te emborrachabas con los chilotes, y tus hijos no tenían ni agua que beber. Estabas calentita con tu ropa, mientras tus hijos lloraban. Además, no has tenido muchos hijos: tres solamente (y los enumera con sus nombres y en orden, contándolos con los dedos) y tú no eres valiente para pescar. Yo soy vieja y ya no veo y apenas puedo caminar despacio con mi bastón. No tengo a nadie, pues todos los míos murieron. Todos nos tenemos que morir y nadie puede quedarse vivo aquí³⁰. Todos mis hijos murieron ahogados en la isla Solitario un día de gran viento (sofhyas kastapoyok+ = viento que arranca los pelos). Mi marido se ahogó. Meseyen (su hijo mayor) fue muerto por un cristiano (volvía a contar con los dedos los seis hijos ahogados: Atarmeroks, Taksé, Aywoneyakanay, . . . Ateskowayera, el más pequeño, que no caminaba todavía. . .) Durante una hora, el campamento escucha esta improvisación épica con una indiferencia que es, por lo demás, del todo convencional.

Fuera de estos períodos de crisis, los alacalufes manifiestan poco sus sentimientos. Se inclinan poco a la ternura. Las caricias que se pueden dedicar a un niño son más de la madre que del padre. De la ternura materna por los hijos se hallan muchos ejemplos contradictorios en los documentos históricos, desde la indiferencia hasta las violentas manifestaciones de dolor ante los raptos de niños que se practicaban en otro tiempo. Durante dos años de observación, en un período de coexistencia reciente, nunca se vieron casos de madres manifestando indiferencia por sus hijos aún pequeños. El hecho señalado por Simón de Cordes y Sebald de Weert de la indiferencia de una madre, a la cual habían quitado su hijita de cuatro años para llevarla a Ámsterdam, donde, por lo demás, murió poco después de su llegada, debe, sin duda, ser atribuido al terror que experimentaba esa india ante los marinos holandeses. Si un niño muere en los primeros días o en las primeras semanas que siguen al nacimiento, el hecho no es acogido con demostraciones de dolor y la pena interna parece limitada. Pero si el niño muere de más edad, su pérdida es vivamente sentida por los padres.

A partir de los primeros días que siguen a su nacimiento, el recién nacido alacalufe está materialmente ligado a todas las idas y venidas de su madre. Bien amarrado en un vestido viejo a su espalda, le deja así las manos libres para remar. En otro tiempo, se apegaba en la misma espalda de su madre, en el interior de una especie de saco que formaba la capa de pieles, amarrada a la cintura y al cuello. El niño está siempre enteramente desnudo, como lo estará en los años venideros hasta que encuentre algún harapo no utilizado por los adultos y siempre desmesurado para su talla, a menos que algunos pasajeros de buques regalen a la madre vestidos para su hijo. En tiempos más antiguos, los recién nacidos no habrían estado enteramente desnudos en el vestido de su madre, sino envueltos en una pequeña piel de foca o de pingüino. En la choza, el niño se agazapa en el pecho de su madre y, si ésta tiene que ausentarse, el padre toma al niño y lo apoya en él con mucha ternura y atenciones. Cuando está un poco más grande, el padre juega de buenas ganas con él, lo hace saltar en sus brazos, le sonrío, le habla suavemente canturreando.

Cuando el niño crece, no se ejerce sobre él coacción de ninguna especie. Nadie le

³⁰ Textual: el resto del discurso es prácticamente textual.

corrige las acciones, aunque sean causa de molestia para los padres. Sin embargo, tales hechos no son frecuentes, pues los niños no se entrometen en el dominio de los grandes. En el lapso de dos años, una sola vez un niño penetró al dominio separado de los adultos y se permitió soltar la canoa de su padre, que partió a la deriva. El padre pidió otra canoa y se fue mar adentro a recuperar la suya, pero no hizo ningún reproche al niño. Los padres pueden pedir algunos pequeños servicios a los niños, como ir a buscar agua o mariscos a una choza vecina. Suele suceder, aunque raras veces, que el niño ponga oídos sordos y, en este caso los padres, más generalmente la madre, se incomoda sin recriminar, o protestando de un modo tan leve que no produce efectos en el comportamiento del niño.

En la edad en que el niño puede participar eficazmente en la vida familiar, lo hace de buen grado. Ayuda a remar, acompaña a los adultos en las salidas de caza o va con ellos a buscar leña. Pero sólo los niños de poca edad son llevados por los adultos a la pesca.

Los indios manifiestan ante los pequeños animales una ternura que llega a ser conmovedora. Antes de destruir una pollada de pájaros nuevos, contemplan sonriendo a los pequeños seres que pían estirando el cuello, que un instante después van a retorcer con la más perfecta indiferencia. A veces traen al campamento algún polluelo de ganso o de gaviota, una pequeña nutria o un pequeño coipu. Lo alimentan, lo acarician, se entretienen, se regocijan con su torpeza. Tienen una especie de ternura por los perros recién nacidos, y las mujeres llegan a darle el seno si su madre no basta para alimentarlos.

Manifestaciones estéticas. Las manifestaciones estéticas de los alacalufes son escasas. Ellos ignoran, actualmente, toda creación artística, por tosca o elemental que sea. Acaso no haya sido siempre así, pues en varios sitios arqueológicos, verosíblemente antiguos, que datan de 2.000 ó 3.000 años tal vez, se hallan algunos arpones gravados con finas incisiones geométricas. Estas formas de arte han desaparecido. En cuanto a las pinturas corporales que han subsistido por más largo tiempo, correspondían más a manifestaciones religiosas que a necesidades estéticas. Los alacalufes no son, sin embargo, indiferentes a las bellezas naturales, aunque no sean ya capaces de crear objetos bellos. Saben percibir la belleza de los colores de una puesta de sol, por ejemplo. La expresión verbal de los colores, sin embargo, es pobre, y está limitada al blanco (yerarya), al negro (semen), al rojo (keyero) y al azul (arka). Estas denominaciones van más allá de los colores: el negro significa también ofensa, era en otro tiempo el color de la guerra, y afseksta semen, significa "decir palabras ofensivas", "hablar negro". El azul, arka, significa también lo que está de pie, lo que se levanta, lo que esta lejos.

Los alacalufes sobresalen en la imitación de las actitudes de todos los animales. En este juego, son notables actores y saben expresar a la perfección el carácter más típico de un animal, desde la ballena al zorro, sin olvidar a los pájaros. Esta imitación de los animales forma el tema de la mayoría de sus cantos, que son pantomimas completas, pues no sólo se representan las actitudes por los movimientos correspondientes del cuerpo del actor, sino, además, por la descripción de esas actitudes que forman el texto de cada canto y que son subrayadas por una modulación de canto apropiada. Existía un gran número de tales cantos. Muchos han sido, ciertamente, olvidados, pero se recuperada todavía el tema de gran número de ellos, retazos de música, mímicas de circunstancias. Los alacalufes cantaban así a todos los animales de los archipiélagos, en cortas frases indefinidamente vueltas a tomar con ritmos diferentes³¹ :

³¹ Los alacalufes cantan lentamente, siempre a media voz y con un timbre rasgado. Alguien comienza a cantar primero. Los asistentes se unen poco a poco al cantor: el ritmo se hace entonces más rápido. Todos los cantos conocidos se caracterizan por una acentuación muy fuerte en las sílabas, todas bien cortadas, por grandes contrastes de intensidad y por notas ornamentales.

- - la ballena: "la ballena ha pescado peces: se hunde en el agua con la cola levantada". Este canto es dicho de una manera enfática. Como si los cantores tuvieran ante sus ojos el espectáculo de la ballena hundiéndose majestuosamente.
- - el ciervo (huemul) que, "sobre la montaña, a lo lejos, vigila los alrededores y come". Se canta yektcal, apuntando con el dedo en dirección a la montaña, con la cabeza inclinada y el ojo arrugado, como para decir: el ciervo pasta, inquieto, y se interrumpe a cada instante para asegurarse de que está en seguridad, pero nosotros también lo observamos.

El huemul

(PENTAGRAMA)

-el fil- fil: este pájaro negro, de pecho blanco, con patas y largo pico rojos, rectilíneo, que se pasea con

paso un tanto solemne por las playas abandonadas por la marea: "Peyeycka, tiene un cuchillo que usa para comer". Y Peyeyeka es imitado por el cantor, que agacha la cabeza, simula el pico del pájaro poniéndose la mano extendida a la altura de la boca, imitando el movimiento de la cabeza del fil-fil en cada uno de sus pasos.

-Tereksat, el coipu, seguido por sus pequeños, va de una planta a otra en el pantano, coge una hierba con la manita, la saborea, la bota y elige otra: "Tereksat combina cortando la hierba con sus dientes para los pequeños". El propio ritmo del canto imita los movimientos de vaivén de las mandíbulas del tereksat, armadas con sus cuatro enormes incisivos³².

-Yasoep, el carancho, es un ave rapaz de gran talla que, para comer gusanos, "rasca con sus uñas, mientras combina, la arena de la playa a lo lejos, kwol, kwol, kwol". Aquí también el ritmo indica el movimiento rabioso de las patas del pájaro, y el canto termina imitando el grito que lanza girando la cabeza.

El carancho

(PENTAGRAMA)

-kuntcar, el zorro: "La piel del zorro es vieja: él endereza su cola que en otro tiempo estaba enrojecida".

³² La palabra kariesré, que designa a los cuatro incisivos cortantes y curvos del coipu, se aplica por analogía para designar el hacha de metal.

El zorro

(PENTAGRAMA)

-Lahaltel, la nutria "que sigue su sendero, las patas separadas, por las ramas que lo rasmillan, aw, aw, aw". Existen aún muchos otros cantos: el del pingüino, cuyo grito es como una llamada; el de la foca, que berrea sobre sus roqueros; el de la rata, de la araña, de atayoesap, el ganso; el palpal, el loro. . . En los cantos mimados se insertan también el canto y la danza de las piedras de fuego. El danzarín, sujetando en las manos sus dos piedras las golpea una contra otra, puntuando cada sílaba con la percusión de las piedras y el movimiento de sus pies: "Yo danzo firme (lanzo lejos mis piernas) para que tú me des fuego".

El fuego

(PENTAGRAMA)

Se canta también la rojez del cielo en el poniente, que indica el fin del mal tiempo. Algunos de estos cantos son de invención reciente, como el del tabaco, que se ejecuta fingiendo presentar una pipa imaginaria a quien posee el tabaco. "Mi tabaco ha disminuido; dame algo para que yo no robe".

El tabaco

(PENTAGRAMA)

Los juegos y las distracciones. La existencia actual de los alacalufes es sombría y carece de relieve. La vida del grupo no tiene ya la homogeneidad ni la cohesión de antaño. El puesto de edén ha tratado de suministrarles una distracción, la más popular de Chile, la pelota. Cuando eran numerosos, agrupados en torno al puesto, casi todos los jóvenes jugaban a lanzar la pelota al campo contrario. Después de un período de excitación que se debió a la novedad del juego, la pelota cayó en el olvido y la indiferencia.

Los niños juegan poco: bajar corriendo la pendiente del talud, luchar a quien echa al otro a tierra, rodar sobre la pendiente o vagar en equipo por la playa, son las distracciones ordinarias. Por períodos, se asiste a juegos nuevos: por ejemplo, hacer bogar embarcaciones pequeñas de cortezas, lanzar sobre montones de tierra arpones en miniatura, confeccionados por los padres. Sólo las niñas construyen pequeñas cabañas en las cuales hacen fuego y cuecen mariscos. Imitando la división del trabajo de los padres, los niños cazan pájaros a pedradas o capturan pequeños roedores. Es probable que se traten estos casos de juegos auténticos. Todos estos juegos de niños son graves, apenas ruidosos. No hay gritos, ni carreras locas ni disputas. Los niños manifiestan ya la gravedad y la reserva que caracterizan la vida de los adultos.

Entre los grandes, no subsiste sino un juego tranquilo, que se practica

ordinariamente en posición horizontal. Consiste en fingir que se amarra lo más rápido posible la canoa a uno de los postes de la choza y se juega por medio de juncos o de cabos de cuerda. A una señal dada, cada uno se amarra el dedo o la muñeca, que representan la canoa, a un poste de la choza. A la segunda señal, "desamarrad la canoa", se trata de deshacer rápidamente el nudo, y el que se atrasa en liberarse, pierde. El juego puede así durar horas.

Pero las risas y los juegos son escasos. La nota dominante del grupo es una vida silenciosa, que no implica, por lo demás, necesariamente la tristeza. Simplemente, las manifestaciones exteriores de alegría o de contentamiento, tanto como de dolor, son siempre medidas. Esta propensión natural explica tal vez el gran placer que los alacalufes experimentan con el uso del tabaco, que puede ser fumado lenta y tranquilamente en la choza, al lado del fuego.

El uso del tabaco no debe remontarse a una época muy lejana. Hacia 1880, como lo advirtió Coppinger, cirujano del Alert, la adaptación de los indios del Canal Trinidad al tabaco debió de ser difícil. "Las mujeres truecan sus capas de pieles por paquetes de tabaco". Es difícil de comprender que esta gente conceda valor al tabaco, pues no sólo no poseen ninguna pipa indígena, en la cual puedan fumar, sino, además, en la medida en que podamos juzgar, nunca han disfrutado de ocasiones suficientes para hacer a este hábito agradable. Sin embargo, la expectativa del tabaco les procura, ciertamente, un gran placer. En el hecho, una o dos bocanadas les bastan para poner a un hombre en ese estado de molestia del corazón y aturdimiento, familiar a todo estudiante que hace su primera prueba con el tabaco".

Los alacalufes actuales piden tabaco sin cesar, pero son indiferentes a su calidad. No fuman sino en reposo, en la choza, o bien si están fuera en compañía de extraños. Pero el fumar no ha llegado a ser aún para ellos un gesto automático y soportan muy bien la privación de tabaco. Las mujeres son menos moderadas que los hombres. Mujeres u hombres sacan algunas bocanadas de un cigarrillo o de una pipa y los pasan después al vecino. Después de una o dos vueltas, si no está terminada, la apagan y guardan el resto para otra ocasión. Como los regalos de pipas son raros, los indios las fabrican ellos mismos, haciendo una buena imitación tallada, con cuchillo, en un pedazo de madera excavada con un alambre de hierro al rojo.

La organización social. Todo lo que se conoce de la vida antigua y actual de los alacalufes no evoca, a primera vista, ninguna sociedad muy estructurada. Es posible que esta última fase desorganizada de su vida no tenga mucha relación con las antiguas estructuras. No se puede casi hablar de sociedad al referirse a esta reunión artificial creada en Edén desde fuera, a esta agrupación que, junto con desaparecer, se desmembrar y rompe con la tradición. Una parte de los alacalufes no tiene otras relaciones con el grupo que el lenguaje y la pertenencia, pero no se sienten ligados a él. A pesar de todo, es posible que el despojos recogido acerca de la sociedad alacalufe no sean sólo el producto de la disgregación, sino también el reflejo fragmentario y a menudo incomprensible de una organización muy antigua.

La agrupación fundamental, la unidad básica del grupo, es la familia, en sentido estricto, cuyos lazos se fundan en la consanguinidad real, y cuya cohesión está asegurada por la subordinación de los miembros a la autoridad del jefe de familia que, por su vigor físico, impone su voluntad a su o sus mujeres, a su descendencia menor y a los ascendentes, que son puestos bajo su guardia. Actualmente, no hay por encima del jefe de familia ningún jefe de grupo y parece que ha sido siempre así. Hace cerca de dos siglos, en el diario de bitácora de la Santa María de la Cabeza, se señala que nada entre los indios

"denota subordinación, comando o superioridad". Esta ausencia de jefe es igualmente mencionada por Darwin. El grupo actual está formado por la simple yuxtaposición de familias independientes. Ninguna autoridad viene a interponerse entre el grupo y las familias. A consecuencia de la cohabitación voluntaria o accidental de varias familias en un mismo lugar, se crean relaciones más o menos complejas, pero éstas son voluntariamente aceptadas y no impuestas. Por simple decisión de su jefe, cada familia puede recobrar su independencia cuando quiera ir a establecerse a otra parte.

La autoridad del jefe de familia se aplica directamente, sobre todo, a la mujer. La violencia es escasa, pero algunas veces estallan querellas y llueven los golpes por motivos tan insignificantes, como la pérdida de una aguja. Por el contrario, los hombres no parecen mostrar autoridad para impedir las infidelidades de sus mujeres con los loberos. Por lo demás, se las arreglan para obtener algunas compensaciones y están dispuestos a todo si la moneda de cambio es una botella de alcohol.

La autoridad incumbe al jefe de familia mientras conserva las fuerzas necesarias para las excursiones en canoa. En caso de vejez o enfermedad prolongada, se pone bajo la protección de uno de sus hijos o bajo la del algún otro grupo amigo. Algunos ancianos, muy fastidiosos, pueden ser puestos al margen por su grupo familiar, cuando son elementos de trastorno o de disputa, por ejemplo cuando sus gemidos o sus discursos durante sus insomnios impiden dormir a los demás, o cuando se hacen demasiado irritables. Se les construyen chozas aparte, suficientes para una sola persona. El viejo o la vieja expulsado del grupo puede, sin embargo, obtener leña o alimento de las personas con quienes vivía anteriormente. A veces alguna mujer, sobre todo una mujer soltera, si no puede entenderse con otra mujer de la choza, construye su propia vivienda, donde vive sola, por lo menos durante algún tiempo.

La vida familiar, tal como la sobrellevan los alacalufes actuales, no está ya regida - cosa que, por lo demás, se repite en la mayoría de los cactus de su existencia- ni por las creencias ni por la tradición. En lo que concierne al matrimonio, no queda ningún vestigio de las ceremonias que debían de existir en otro tiempo. Esta desaparición debe de ser de antigua data, y la memoria de los antiguos, que es la única fuente de informaciones sobre los restos de la vida tradicional del grupo, no ha conservado huellas. Durante el período 1946-48, la mayoría de las uniones entre jóvenes se ha efectuado, en el campamento de Edén o en el curso de largas excursiones de caza, sin ningún acto público. Las visitas del joven a la choza de los padres de la muchacha se transformaban, en un plazo más o menos largo, en cohabitación definitiva en esa misma choza, si el entendimiento con sus padres no presentaba dificultades. Tal era el caso más frecuente. El día en que surgía algún diferendo, o, bien, simplemente, por razones de convivencia personal, el marido llevaba a su mujer a la choza de sus propios padres. Muy raras veces, al comienzo de su unión, la pareja se separa de los grupos familiares. La vida entre dos es difícilmente practicable, mientras no hay niños en edad de proporcionar una ayuda eficaz a sus padres. En efecto, se necesitan varias personas para maniobrar la canoa. Por eso los nuevos cónyuges se unen a uno de sus grupos familiares o aun a un grupo extraño.

Una sola vez se efectuaron preparativos que podían parecerse a una ceremonia de matrimonio. El hecho no tenía ningún carácter público y concernía solamente al grupo familiar de la joven. Se trataba del matrimonio de un joven de 17 años y de una muchacha de más o menos la misma edad. Esta había vivido durante un tiempo con un grupo de loberos y había vuelto embarazada al campamento de Edén. Se instaló de nuevo en la choza de sus padres: su madre vivía con otro hombre, pero bajo el mismo techo que su antiguo marido. Desde la llegada de Kayekyo al campamento, Lucho comenzó sus asiduidades. Al cabo de algunos días, barrió completamente la choza de los padres de ella,

puso en orden las pieles que cubrían el suelo, renovó la cama de ramajes de todos los ocupantes. Después de eso, se instaló definitivamente³³.

Lámina XV



32. Canoas alacalufes.



33. Cobertura de la choza: pieles de focas, sacos, vestidos, planchas metálicas.

Lámina XVI



34. La choza en la nieve. 35. Campamento alacalufe en un día de invierno.



En el estado actual de las cosas, el asentimiento de los padres de uno u otro cónyuge no es tomado en cuenta. El joven escoge él mismo a su mujer y trata de hacerse aceptar por la familia de ésta. Puede suceder, y el caso se produjo en varias oportunidades, que el joven rechace los avances de su pretendiente. En este caso, nadie trata de influir sobre su decisión ni de obligarla a aceptar. Ella es libre para elegir. Como en todos los

³³ Los dos jóvenes murieron dos años después: Kayekyo de un ictus hemipléjico y Lucho a consecuencia de una breve enfermedad acerca de la cual no pudimos obtener noticias. En 1948, Lucho había sido enviado a Santiago a hacer el servicio militar. Murió poco después de volver a Edén.

actos de su existencia, desde la primera infancia, los niños son absolutamente libres y ninguna orden o coacción de los padres interviene en su vida, con un carácter absoluto que exija obediencia. Ciertamente, puede producirse una falta de entendimiento entre los suegros y la pareja. En este caso, la pareja resuelve la dificultad yéndose a vivir en otra parte o agregándose a otra familia no muy numerosa, o adoptando a algún aislado que no pida otra cosa que afiliarse a un grupo. Estos aislados son, en general, viudos o jóvenes que no han sido aceptados por las mujeres o alguna mujer abandonada por su marido. Existen, en el pequeño grupo de los últimos alacalufes, algunos abandonados, a quienes se denomina a menudo con el término español botado, adoptado en el vocabulario alacalufe, desdeñados por las mujeres o que no han sabido conservar la suya. Estos viven con una familia o con otra, y están siempre dispuestos a arreglárselas con alguna pareja que se halla en dificultades.

La estabilidad de las uniones es muy variable. A menudo, tras un período más o menos largo de vida común, las parejas se separan. Generalmente, es el hombre quien, hallando otra mujer a su gusto, se va a vivir con ella. Sucede que el marido de esta última, aunque frustrado, se preste a la transacción, y en este caso, todo pasa normalmente. La mujer abandonada y el marido bonachón cansado no tienen más que agregarse a algún grupo de su elección, si desean vivir solos, o actuar como mejor les parezca. Si, por el contrario, un hombre está profundamente amarrado a su mujer, se opondrá a su partida por todos los medios y estos pueden llegar hasta el asesinato del nuevo pretendiente demasiado audaz. Cuando una mujer no puede librarse de la tutela de su marido para seguir a otro hombre que desea vivir con ella, les queda a los dos cómplices el recurso de la fuga clandestina. Durante meses, no reaparecerán en el campamento, por precaución contra posibles represalias. Suele suceder, también, que un hombre, al cabo de cierto tiempo de vida común, abandone a su mujer y vuelva por su entera voluntad a la vida de soltero. Cuando hay separación, bajo cualquiera forma, los niños siguen con su madre.

Sin embargo, en el pequeño grupo de un centenar de personas que formaban el último de los campamentos alacalufes, la mayoría de las parejas de edad eran uniones estables, que a veces databan de varias decenas de años, lo no impedía, por lo demás, que se admitiesen algunas licencias pasajeras de una y de otra parte. a veces la mujer iba de visita a los campamentos de loberos y el hombre, si tenía la posibilidad, hallaba, por su lado, algunos consuelos. Mientras tales relaciones no fueran sino pasajeras, mientras no adquirieran el carácter de una fuga o no se prolongaran demasiado, no afectaban a la estabilidad de la pareja.

la edad del matrimonio se sitúa hacia los 15 ó 16 años para los muchachos y 13 ó 14 años para la mujeres, es decir, para los unos y los otros, un año después de la pubertad. Esta empieza entre los muchachos, en la medida en que nos pudimos dar cuenta, hacia los 14 años, tal vez un poco antes. Desde esta edad dejan de andar desnudos. Entre las muchachas, la pubertad tiene lugar hacia los 12 ó 13 años. Las relaciones sexuales empiezan muy pronto entre los muchachos, hacia los 14 años, y tienen, generalmente, como pareja a muchachas de más edad, pero nunca muy jóvenes. Estas últimas, mucho antes de la pubertad, han sido ya partenaires de los botados o de los hombres que han roto su matrimonio.

Aunque la homosexualidad no parezca habitual, hemos podido comprobar, sin embargo, varios casos de relaciones de hombres que han roto su matrimonio, con muchachos. El matrimonio y todas las relaciones sexuales entre hermanos y hermanas y primos hermanos, padres e hijos, probablemente en línea materna, tanto como en línea paterna, están prohibidos, pero el grupo era ya tan pequeño, que es imposible extraer conclusiones generales de las observaciones que se hicieron.

Por lo demás, todo lo que se relaciona con el matrimonio gira en un grupo minúsculo, en el cual, desde hace tiempo, las posibilidades de combinaciones son muy reducidas. En consecuencia, el estado actual de las cosas puede no corresponder a las instituciones del pasado.

Según lo que dicen los antiguos alacalufes, la poligamia parece haber sido la regla general, por lo menos en la medida en que tal estado de cosas era posible. Cada uno de los ancianos de Puerto Edén y sus ascendentes de la generación anterior, han tenido dos mujeres simultáneamente y tres en un solo caso. La poligamia era objeto de consideración, pero cierto número de hombres eran, por necesidad, monógamos y otros permanecían solteros. En 1946, la poligamia había desaparecido del grupo, espontáneamente, sin que este hecho se pueda imputar a la breve estada de dos semanas de un misionero en Edén. En 1953, la poligamia hizo una cierta reaparición en el grupo, pues se presentaron dos casos: uno era el de Lautaro Wellington, ex suboficial de aviación, que en su calidad de jefe se adjudicó tres mujeres, y el otro era el de una familia cuyo jefe recogió a la mujer de su hermano menor después de la muerte de este último.

La poligamia correspondía siempre a una cierta superioridad, fuerza física o habilidad, por ejemplo. Los polígamos de otro tiempo habían logrado imponerse en el grupo. Todavía se habla de ellos con admiración, designándolos, no por su nombre indio, sino por el nombre que les habían dado los blancos, Santiago Grande, por ejemplo. En cambio, la situación del botado, el que nunca logró tener o conservar mujer, correspondía a los más enclenques, a los enfermos, a los torpes. Entre ellas, las mujeres se burlan de estos hombres pero con una especie de conmiseración. El ocupa, ciertamente, su lugar en el grupo, pero reducido y sin prestigio. Su estado deficiente es para él un estigma del que ni siquiera trata de librarse. Acepta su estado de inferioridad y se satisface de su condición menor. Por lo demás, los otros lo dejan tranquilo. Ocupa su sitio en una choza, sea con sus padres, de edad avanzada, al lado de los cuales sigue como un niño, o bien se las arregla con algún matrimonio de su conveniencia que le ofrezca hospitalidad y en cuya vida participa, pero sin autoridad ninguna.

El matrimonio confiere al hombre un estatuto social nuevo que lo libera de la sujeción a sus padres. En adelante tiene la posibilidad de vivir independiente, es decir, de tener su propia canoa, de adoptar decisiones de partida y de campamento cuando le parezca. Si lo desea puede vivir por un tiempo con otra familia, con sus padres o con los de su mujer, junto con conservar su libertad, mientras se construye su canoa. La posesión de la canoa confiere al individuo su independencia absoluta, mucho más que la construcción de la choza personal. La joven pareja puede vivir con cualquiera de su elección que consienta en albergarla, con tal que aporte su contribución de cueros de foca para cubrir la choza. Si ésta es insuficiente para albergar a dos nuevos ocupantes, la agrandan. El día en que los nuevos ocupantes deciden hacerse a la mar, vuelven a tomar sus pieles, las ponen en su canoa para el próximo campamento y los que se quedan reducen las dimensiones de la choza, de modo que sus propias pieles bastan para recubrirla. Pero, mientras no haya logrado construir su canoa, el recién casado se pone, necesariamente, bajo la tutela de otro jefe de familia. La construcción de la canoa y de la choza personales se acompaña, necesariamente, de la adquisición de perros.

El tchas. En los archipiélagos, el conflicto del hombre y su ambiente es, por cierto, más arduo que en muchos otros sitios del mundo. El indio de los canales extrae de este medio la totalidad de su subsistencia, según un modo que le es propio y es bien evidente que el conocimiento que el blanco puede tener de ese medio, aun cuando lo conozca perfectamente, es muy diverso al de los indios. Por lo demás, para el indio el conocimiento de su ambiente incluye una especie de personalización de los elementos de ese medio. los

guijarros de la playa no son simples pedruscos, sino algo que no puede mover a voluntad, o mezclar a otros elementos, tales como el fuego, sin arriesgar los castigos de Ayayema. El peligro de los vastos pantanos, que es preciso atravesar para ir a cazar huemules en la montaña no reside en el hecho de que se trate de un terreno inestable que puede hundirse bajo el peso de un hombre, lo que, con un poco de habilidad, se puede evitar fácilmente, sino en la presencia de espíritus subterráneos, de los cuales no es posible defenderse. El medio está mucho más directamente ligado al hombre y su conocimiento es mucho más complejo que lo que se puede imaginar desde fuera. el indio vive allí en una participación más total que cualquier otro ser extranjero a los mismos lugares. Las ocasiones de defenderse contra el medio son mucho más complejas y ramificadas que lo exigiría la simple búsqueda de subsistencia.

En este género la sociedad en que la división del trabajo, excepto la división sexual, prácticamente no existe, y en que el saber vital del grupo es exactamente igual al saber del individuo, la existencia de éste depende mucho más del ambiente que de los otros hombres. En teoría, las únicas relaciones sociales obligatorias existen en el interior de la familia. En el hecho, ellas son reforzadas, durante la cohabitación espontánea en un mismo lugar, por una serie de trueques, sea bajo forma de cooperación que une las fuerzas físicas de varios individuos para un trabajo, sea bajo la forma de la transmisión de individuo a individuo de objetos materiales, como alimentos

o vestidos, sea todavía por el libre uso de lo que pertenece al vecino, especie de fondo común de los medios de subsistencia, para la duración del vínculo territorial que se forma entre varias familias. Aislada de nuevo, cada familia recupera su independencia y no conserva sino sus relaciones, obligaciones y dependencias hacia el ambiente.

Existe en el interior del grupo, y de una manera más precisa, entre las diferentes familias que acampan en un mismo lugar, una serie de ofrendas, llamadas tchas, a las cuales cada uno se somete espontáneamente. Se ofrece, se da (tal es la traducción de la palabra tchas, ofrenda, dádiva, intercambio), aunque no háyanla que esperar en trueque por el momento. Se trata, ante todo, de un acto gratuito, un acto de correspondencia, de participación entre los individuos o las familias del grupo del momento. Por ejemplo, el alimento es repartido entre todas las familias del grupo sin que el que lo proporciona sea objeto de un reconocimiento especial por el esfuerzo o el trabajo que le ha costado. Es el tchas colectivo, al cual cada uno, según las circunstancias, se somete libremente y que admite por beneficiarios a todos los miembros del grupo provisional. Ya Darwin había señalado este espíritu de participación: "Cuando se da a uno de ellos un pedazo de tela, la despedaza, para que cada uno tenga su parte".

Existe también un tchas individual, trueque o regalo, de individuo a individuo, sin reciprocidad inmediata, ni aun necesariamente intercambio posterior de valor igual con la persona que ha hecho el regalo. El beneficiario no está obligado a una dádiva equivalente hacia quien lo ha gratificado ni hacia alguna otra persona del grupo. No existe plazo fijo para cumplir con la reciprocidad de un tchas. Basta que cada uno se integre en el ciclo de los cambios en el interior del grupo, corresponda en la medida de su elección con otro y de algún modo acepte participar en la vida del grupo. El tchas se manifiesta también por lo que se podría llamar el espíritu de visita y se halla en la base de un continuo ir y venir de unos y otros durante el día, cuando se dirigen a las chozas vecinas para charlar, comer y dormir. Bajo esta forma, ahora un poco tosca, parece cierto que el tchas es el vestigio de una institución que en otro tiempo era mucho más importante³⁴.

³⁴ Institución ciertamente muy antigua, que se prolongó, intacta cerca de tres siglos. El filibustero Jean de la Guilbaudiere, náufrago durante alguno meses probablemente en el archipiélago de la Reina Adelaida, cuenta que en las chozas de los indios el de más edad reparte los mariscos cocidos y "cuando han matado algún

La vida de relación entre alacalufes y chilotes no presenta ninguna dificultad particular. Por su género de vida, los dos grupos están muy cerca. Los chilotes se sienten más próximos a los indios que a los blancos. Los loberos entran casi en el círculo del tchas y suele ocurrir que los indios les lleven espontáneamente mariscos o les proporcionen leña para su campamento. Pero se producen también a menudo verdaderos intercambios, en los cuales los alacalufes desempeñan con frecuencia el papel de víctimas. Los chilotes saben a las mil maravillas hacer espejear ante los ojos de los indios ciertas posibilidades de trueque, un fusil viejo corroído por el agua de mar o harina, contra pieles de nutria o de foca. A veces el negocio es exorbitante: veinte pieles de nutria contra un fusil viejo fuera de uso y para el cual no es posible obtener municiones. Los alacalufes se preocupan poco de la contraparte, con tal de tener una satisfacción.

Las relaciones con los blancos son de muy otra naturaleza. No son más que una simple yuxtaposición y no implican ninguna participación real. El indio se coloca momentáneamente bajo la dependencia del blanco, hasta que haya obtenido de él lo que desea, o de una manera de aprovechar lo que él dejará a su partida. Pero su primera actitud es la desconfianza y su intención más nítida es siempre recobrar su independencia apenas haya alcanzado el fin que persigue.

Las ocasiones de tráfico con los blancos son bastante limitadas, pues éstos frecuentan poco los archipiélagos. Fuera de los pasajeros y de las tripulaciones de los barcos que hacen escala en Puerto Edén, esta posibilidad es prácticamente nula. Desde hace ya mucho tiempo las mujeres preparan por adelantado una cantidad de pequeños canastos de juncos, que regalarán como recuerdo a los pasajeros a cambio de cigarrillos, vestidos y aún rouge para los labios. Bruscamente, hacia 1947, apareció una nueva moda, la de botellas recubiertas con cestería de juncos. Es probable que no nos hallemos ante una innovación espontánea, sino ante la respuesta a un encargo y a explicaciones y botellas suministradas por los marinos. La moda de las botellas no tuvo sino un tiempo, pues los pasajeros prefirieron los pequeños canastos que tenían un aspecto de recuerdos indios más auténticos y más personales. En 1953, las botellas rodeadas de cestería habían desaparecido completamente, pero fueron reemplazadas por minúsculas canoas de cortezas, aproximadamente de las mismas formas y dimensiones que los que los yaganes ofrecen a los viajeros del Canal Beagle, pero de un trabajo mucho más ordinario. Trátese de cestas, botellas o canoas en miniatura, son las mujeres quienes se encargan de la confección y del comercio a bordo. Los hombres se presentan con las manos vacías. Las mujeres, en espera de la próxima visita de un barco tienen también una pequeña provisión de mariscos que les servirán como moneda de cambio.

En 1948, el uso del dinero era aún ignorado de los alacalufes. En cambio, en 1953, los hombres pedían claramente dinero o alcohol, a cambio de pieles de nutria o de foca. Estas proposiciones eran clandestinas y se hacían en los pasadizos del buque o en los puestos de la tripulación, y con marinos muchas veces encontrados antes. Los loberos fueron los instigadores de este nuevo sistema de cambio. Ellos actúan a veces como intermediarios en favor de los indios o controlan el producto de la venta. Como el negocio de los chilotes, desconfiados por naturaleza, está siempre rodeado de misterio, los alacalufes jóvenes actúan del mismo modo.

animal o pájaro o pescado peces y mariscos, se lo reparten entre todas las familias, teniendo nosotros la ventaja de que no tienen casi nada sino en común en lo que concierne a la subsistencia".

Cf. GABRIEL MARCEL: Les Fuégiens a la fin du xvii siècle; Congres International des Américanistes. C.R. 8ª sesión, Paris, 1890, p.485.

Capítulo Octavo

Ayayema, el espíritu del mal

Los fenómenos religiosos sobreviven entre los alacalufes en actos materiales que en otros tiempos les servían de soporte y que se hallan hoy considerablemente alterados. Vida mental, probablemente, auténtica entre los más antiguos del grupo, instituciones truncadas, religión muy disminuida que no se expresa ya sino por retazos de los antiguos ritos, forman actualmente los elementos confusos de que dispone el observador. La dificultad consiste, primero, en descubrir los hechos que tengan relación con estas creencias religiosas moribundas, en determinar en la vida cotidiana la parte cubierta por lo sagrado, empresa difícil en una sociedad en la cual de lo sagrada que, por decirlo así, ha perdido su vida, no subsisten ya sino algunos actos materiales que cierto número de individuos transgrede y que otros continúan observando. A veces la trasgresión es voluntaria, mediante ciertos subterfugios, y, a veces, es inconsciente.

Es probable que en la vida de los actuales alacalufes la parte de los fenómenos religiosos no represente sino un fragmento, inorgánico y bien leve, de lo que era en otro tiempo. La ausencia de figuraciones y de símbolos dista mucho de favorecer a la investigación. Aun cuando las respuestas sean completas y de buena fe, no pueden dar sino una visión fragmentaria de los fenómenos religiosos. Más bien a menudo el informador eludirá las preguntas o se negará a responder, movido por una especie de vergüenza. Los pocos restos de obligaciones religiosas se observan secretamente y sólo por los más antiguos. Los cantos, danzas y mímicas son, a los ojos de los propios indios, cosas proscritas que no harían sino excitar la mofa de los blancos: es preciso, pues, abandonarlos. Sólo después de largos meses de frecuentación se pueden exhumar de la memoria de los de más edad, que son los únicos en conocerlos, los pocos cantos que no han caído aún en el olvido. Los ritos positivos son raros. No se manifiestan, y eso no siempre, sino en los casos de extremo peligro o de muerte, y su significación profunda escapa aun a los interesados. En cuanto a los ritos negativos, las interdicciones, no son siempre fáciles de descubrir. Su observancia es tan sutil que pueden pasar por simples actos de la vida corriente. ¿Cómo reconstituir en estas condiciones un conjunto de creencias casi completamente olvidadas?

Los fueguinos, y los alacalufes en particular, ¿han conocido en otro tiempo un sistema totémico? En todo caso, tal sistema ha desaparecido, y parece que desde hace largo tiempo. Sin embargo, uno se pregunta cómo explicar esta especie de culto difuso del zorro, que se traduce en cantos y en una atención particular por este animal, o ciertos ritos que consisten en romper un arpón para focas en la espalda de un enfermo, en picar la cuerda de pescar en pequeños pedazos, en ponerlos al fuego y hacerlos tragar, quemantes, por el paciente. Con la mejor voluntad del mundo, los alacalufes son incapaces de dar una explicación de esos ritos completamente aberrantes.

Las fiestas de iniciación han desaparecido sin dejar huellas, aparte un vago recuerdo de detalles materiales sin valor. Sólo los ritos de la muerte, que se observan sólo en pequeña parte, siguen la vigencia entre los alacalufes. No forman un conjunto coherente. Con toda evidencia, una parte ha desaparecido y los indios actuales zurcen formas religiosas incompletas a una vida étnica disminuida y diferente.

Establecer lazos entre estas migajas es una tarea prácticamente imposible, si se quiere conservar la objetividad a los hechos expuestos en este capítulo. En lugar de un sistema, presentaremos hechos yuxtapuestos, a los cuales nos esforzaremos por no dar un contenido o conexiones que no estarían de acuerdo con la realidad actual, o que irían más

allá del contenido suministrado por el informante.

1. Creencias e interdicciones

Los espíritus del mal. La existencia de un ser superior bueno no tiene prácticamente lugar en la vida religiosa de los alacalufes. ¿Se ha perdido esta tradición, habrá caído en el olvido? No podríamos decirlo, pero, en el hecho, toda la existencia de los indios de los archipiélagos está centrada en la presencia de un genio perverso y poderoso, antropomorfizado en las representaciones que de él se hacen. Su personalidad y su acción poseen la imagen de la desolación de su tierra. Ayayema -tal es su nombre- es el perseguidor obstinado de cada uno de los indios. El tiene un gran poder de difusión y maniobra a su arbitrio los elementos naturales. Su dominio durante el día es el pantano, el papi. Durante la noche ronda a lo largo de las costas en la espesura del bosque. Imaginemos esas noches en los canales, intensamente oscuros, ahogadas en torrentes de agua, sumergidas por el ruido lúgubre de la tempestad contra la cual el indio no tiene más refugio que su cabaña de pieles ni otro socorro que el fuego que arde en torno suyo. ¡Cómo podría no experimentar el sentimiento de un asalto continuo contra su propia vida! Ayayema dispone de las fuerzas naturales y, en particular, del terrible viento del noroeste, que tumba la canoa. El dispone del fuego de la choza, cuyas llamas alarga hacia lo alto para incendiarla, mientras sus ocupantes dormitan. Es él quien hace crepitar las brasas y las proyecta sobre la piel desnuda. Las enfermedades, los accidentes son producidos por sus persecuciones asiduas y personales. Cuando todo el campamento está dormido, él viene a tomar posesión de los indios, ronda en la choza desde el suelo hasta el techo. Cuando Ayayema impone su presencia maléfica en los sueños, en las enfermedades, es preciso cambiar de campamento, emigrar a otra playa menos frecuentada por el espíritu del mal.

Ayayema tiene olor de podredumbre. Los alacalufes son muy sensibles a ciertos malos olores, sobre todo a los que provienen de la descomposición de las materias que impregnan el suelo. Cuando el suelo de la choza empieza a desprender ciertas emanaciones, ése es un mal signo y denota la visita insólita del espíritu del mal. En su avance subterráneo, él ha descubierto la choza. Es, pues, necesario cambiar de campamento. Esta circunstancia no implica siempre un cambio de bahía o de playa, sino, simplemente, que se vaya a establecer un poco más lejos.

Kawtcho es, como Ayayema, el espíritu rondador de la noche. Es descrito como un hombre de muy alta estatura, una especie de gigante. Durante el día, camina bajo tierra, pero emerge de pronto en la noche a lo largo de las playas. Su olor de podredumbre despierta a los perros que aúllan y dan noticia de su temida presencia. Cuando los perros arman una algazara nocturna, Kawtcho está en la vecindad. Los indios no salen de la choza y montan guardia. Si un hombre fuera sorprendido caminando solitario por la playa, sentiría de pronto las manos enormes y ganchudas de Kawtcho estrechándole la cara y vaciándole los ojos, hasta dejarlo muerto. Sus dedos se recurvan en garras. No ataca sino por detrás. Es invulnerable y nadie puede escapársele por la fuga ni dominarlo en la lucha. Su cabeza está cubierta de cabellos "duros y rectos como clavos" y tocada con un bonete "duro como hierro". De su frente emergen dos cuernos igualmente "duros como hierro". En su pecho, dos luces que él enciende y apaga a voluntad sirven para guiarlo en su camino cuando él emerge sobre la tierra. Frecuentemente, en las negras noches de tempestad, los alacalufes, los viejos y a veces los jóvenes, pretenden haber divisado las dos luces de Kawtcho.

Otro espíritu, menos dañoso que Ayayema y Kawtcho, es el que ronda en la cima de las montañas y los glaciares. Tal es Mwonon. El no abandona sus dominios y su acción no se ejerce sino contra los intrépidos que se aventuran cerca de los glaciares, en el fondo de los fiordos. Mwonon es el espíritu del ruido. Es él quien precipita con gran estrépito las avalanchas y hace deslizarse a lo largo de los pendientes pedazos enteros de montañas, que arrastran a rocas y árboles.

Sobre todo, las turberas son las mansiones de los espíritus maléficos. Hay que acercarse a ella con muchas precauciones. Sobre todo, si está solo, el indio no se aventura sin aprensión por esos espacios desnudos donde, por encima de un líquido gelatinoso, flota un tapiz de hierbas ásperas que se hunde peligrosamente a cada paso. Este tapiz engañoso está roto en algunos sitios, por donde aparece el magma subyacente, en el cual nadan nubes de algas algodonosas. Si se hinca allí una pértiga más alta que un hombre, desaparecerá sin la menor resistencia. Sobre una superficie oscilante a cada paso, se necesita caminar con precaución y rapidez, fijar por adelantado puntos de apoyo más firmes sobre excrecencias formadas por la acumulación de musgos. Cuando, durante sus salidas a la montaña a la caza del huemul, un indio se ve obligado a pasar por ahí, el pensamiento de Kawtcho lo acompaña, o el Ayayema, que podrían emerger tras él, en un relente de podredumbre, y arrastrado para siempre a través de una desgarradura del tapiz vegetal. Nada debe, pues, revelar la presencia humana, que no debe estacionarse en este dominio maldito sino el tiempo necesario. Hay que caminar sin descanso, no manifestarse encendiendo el fuego, o, simplemente, alumbrando un cigarrillo.

En el extremo norte de la Siberia oriental existen también tundras pantanosas, cerca de los montes Tas-Haiakh-Takh. Una creencia de los iakuts y tunguses, que se refiere a ellas, se acerca mucho a la de los alcalufes. "El mundo animal evita esas tundras turbosas llamadas de engullimiento, lo mismo que el hombre. Toda vida parece allí extinguida. Los tunguses y los iakutas están convencidos de que las vastas mansiones de "taion cheitan", del príncipe del infierno, se hallan bajo ese tapiz engañoso, y en tales lugares se desarrollan los relatos de sus leyendas"³⁵.

Los sueños y los presagios. No es casi posible, en el estado actual de las cosas distinguir, entre los actos de la vida de los alcalufes, los que están sometidos a un pensamiento religioso de los que no lo están. Sólo algunos acontecimientos de su vida conservan manifiestamente huellas de vida religiosa, aisladas, no integradas a un sistema. Se trata, sobre todo, de los que se relacionan con la enfermedad, la muerte y la vida en el Más Allá. La muerte es el gran problema, pero la actitud ante ella es toda de pasividad y aceptación. Sólo sus síntomas, aún lejanos, son objeto de ansiedad: sueños, presagios, alucinaciones o los síntomas más benignos de la enfermedad. En este dominio no hay distinción entre viejos y jóvenes. Estos últimos se ligan al pasado. Aunque no creen ya en los sueños, en la presencia de los antepasados en su vida y en Ayayema sino de una manera muy confusa, están atentos a lo que en su organismo pueda revelar cualquiera falla, por mínima que sea.

El corazón es considerado como el órgano de la vida. La regularidad de sus pulsaciones es un síntoma del buen funcionamiento del cuerpo. Cuando se produce una palpitación más sensible o dolorosa, se trata de un presagio de muerte. El indio dice que su corazón salta. Se crispa de súbito, retiene su respiración. Se quedará en una actitud lúgubre y aplastada en el rincón del fuego, pensativo e inmóvil, hasta que una diversión le haga olvidar la advertencia y lo introduzca de nuevo en su vida normal. Todos los dolores internos son interpretados de la misma manera. La mayor parte del tiempo son reales y

³⁵ E. W. PFIZENMAYER: Los Mammouth de Sibérie, 1939.

corresponden a las deficiencias de que hemos hablado antes. Es posible que sean las numerosas muertes que diezman a la actual población alacalufe la causa de este estado de hiper ansiedad. La especie de letargo, hecho de inacción, de semi sueño perpetuo y de ensueño, la monotonía de los días, la inclemencia prolongada del tiempo (que es el principal elemento de la vida indígena), contribuyen a crear un ambiente favorable a la continua auscultación del propio cuerpo, al hábito de espiar todas las anomalías reales y de suponer otras. No se trata de una actitud individual. Toda la colectividad cae a la vez en esa actitud de tristeza o de desesperación que se crea durante los interminables períodos de tempestades, de lluvia y de días sombríos. Que se sobrevenga un día de calma y de buen tiempo, una partida de caza o el paso de un buque, y esa atmósfera de terror aplastante o de tristeza termina por un tiempo.

Mucho menos dependientes de un clima en cierto modo externo, los sueños son la relación directa con otro mundo. No representan un trastorno pasajero, sino una premonición de un peligro amenazante, enfermedad o muerte. Estos sueños significan la visita nocturna de los muertos del grupo que, de esta manera, vuelven a entrar en el mundo de los vivos. En el momento de su deceso se había intentado separarlos del grupo, dotándolos para su vida en el Más Allá de lo que le era necesario; quemando y dispersando todo lo que les había pertenecido, para cortarles el camino de vuelta entre los vivos. Cada uno de estos sueños, en el cual actúa un padre o un conocido, es una intromisión en el mundo de los vivos, tanto más peligrosa cuando la aparición esté ligada al sujeto del sueño por lazos de parentesco o de amistad. Amigo se traduce por kotchalakso, el que va con. La presencia del amigo, del pariente en el sueño, significa que será preciso "ir con él" por el reino subterráneo de Ayayema. El muerto no se resigna a su soledad. Tiene necesidad de la ayuda de sus conocidos y en la noche viene a tratar de apoderarse de ellos. El poder del muerto es más fuerte que la resistencia del vivo. La advertencia debe de ser tomada en consideración. Marca un fin tanto más próximo cuando más repetidas son las intervenciones del difunto.

Las noches en la cabaña indígena dejan a veces una alucinante impresión de terror. El sueño es entrecortado por quejas, gemidos y llamados, por despertares huraños de seres aterrados.

Es preciso evitar con cuidado todo lo que recuerde la vecindad perniciosa de los muertos. Evidentemente, no se trata de acampar en un sitio próximo a una sepultura. Este sitio está definitivamente proscrito. Tampoco hay que llamar la atención del muerto, pasando demasiada cerca de la grieta de rocas, en la cual hay un cadáver disecándose en su envoltura de pieles de foca. Todo lo que está asociado a la muerte es de mal augurio: el jote que pasa por haberse rellenado de carne humana, la noche que sorprende al indio solitario y que envuelve a todos los muertos, el claro de luna que alarga las sombras, los gritos de las aves nocturnas. Cuando la wauda viene a posarse en el borde de la canoa y lanza ante las cabañas su grito siniestro, cuando el gran búho de Magallanes ulula en la noche, los alacalufes oyen las llamadas de un muerto.

La creencia de los mensajes del Más Allá es acaso la más viva de las creencias de los alacalufes. Ellos consideran siempre que están unidos a sus muertos. Su desaparición progresiva y cierta no es, por lo demás, extraña a la atención particular que consagran a estos mensajes de los difuntos, que son a menudo seguidos por la partida de uno de los vivos. Ya no tienen actualmente nociones claras sobre la vida de los muertos en el otro mundo. Solamente saben que actúan en nombre de Ayayema. Un hecho recientemente acaecido ha provocado un gran trastorno en sus espíritus. Cuatro indios se ahogaron, en

1953, en el fiordo Baker. Algunos días después se halló su chalupa vacía y el cadáver de una de sus víctimas, un muchacho de 14 años, botado en una playa. Al lado del cadáver, una gran foca parecía montar guardia. Ante este cuadro, los indios fueron presa del terror. Esta especie de aparición reavivó en aquellos en quienes estaba flaqueando la noción de las relaciones con el Más Allá.

Los tabúes. Aunque numerosas, las interdicciones no son siempre observables, por ser muy grande la similitud entre la manera como son respetadas y simples gestos naturales. Conciernen principalmente a la alimentación que proviene del mar y a todo lo que a ésta se refiere.

El consumo de ciertos mariscos, que forman el fondo alimenticio de los alacalufes, está sometido a algunas reglas y restricciones. Las diferentes especies de choros, cholgas y, en la medida en que se consumen, los quilmahues, no deben jamás comerse crudos. Las machas y los erizos pueden consumirse crudos el mismo día en que han sido pescados, pero deben cocerse desde el día siguiente. Las conchas no deben ser arrojadas al mar. Las conchas de machas y de erizos que han sido consumidos crudos no deben ser arrojadas al fuego. Las de erizos son recogidas cuidadosamente en un canasto o una caja y alguien va a botarlas lejos de la choza. Lo mismo debía de ocurrir hace algunos milenios, pues en ciertos sitios arqueológicos se hallan aún las conchas cónicas de las machas apiladas unas sobre otras. Ninguna concha es arrojada voluntariamente al mar. Son vaciadas hacia la pendiente por la puerta de la cabaña.

Por no haberse dado cuenta de estas observancias, el guardiamarina Byron, náufrago desde hacía varios meses en los archipiélagos (1741), suscitó involuntariamente la cólera de una familia de indios a la cual se había unido con la esperanza de llegar a Chiloé. Mientras comía machas, arrojó las conchas al mar. Al ver eso, los indios estuvieron a punto de echarlo al agua, canoa abajo. Después, actuó prudentemente, imitando a sus huéspedes, que amontonaban las conchas en el fondo de la canoa y, una vez en tierra, las llevaban hasta más arriba de la marca de las altas mareas. Aun en nuestros días, cuando un fragmento de concha de erizo cae al fuego, se apresuran a sacarlo, aun con los dedos, al precio de quemarse. La transgresión de este tabú, como de todos los otros, se paga con mal tiempo, con el terrible viento del Noroeste que pillará al indio cuando esté de viaje.

A este grupo de interdicciones alimenticias se agregan otras concernientes a la foca. El corazón, los pulmones y, en general, todas las glándulas y ganglios se sacan y se botan, para que los coman los perros.

Los perros son también objetos de interdicción. Esta prohibido matarlos y comerlos. Más hay fáciles subterfugios para transgredir la ley. Se espera que se anuncie un período de buen tiempo, y se lo aprovecha en matar los perros que sobran y comerlos. El riesgo de tempestad es así evitado. El hecho se ha producido muchas veces. Parece que hay una oposición precisa entre el fuego y el mar, pero ignoramos su verdadero sentido. Numerosas son las interdicciones que de ella dependen. No se debe hacer fuego en la playa, sino más arriba del nivel de las altas mareas. Asimismo, ninguna piedra o roca que haya estado en contacto con el agua de mar puede acercarse al fuego. No se puede verter agua de mar sobre el fuego, ni hacerla hervir. El fuego es descubierto, aun sobre la tierra firme, no debe de hacerse sino en ciertas circunstancias y siempre en pleno día, nunca de noche. Las mujeres de pesca, por ejemplo, después de haber buceado muchas veces desnudas, pueden encender fuego en un islote para calentarse, pero, en la noche, todo fuego descubierto señala a Ayayema o a Kawtcho la presencia humana. Se trata, sin duda, en este caso, más de una precaución que de un interdicto.

Mencionemos también que las armazones de cabañas abandonadas son objeto de interdicción y que no son nunca destruidas.

Todos estos hechos son prácticamente imperceptibles para un observador desprevenido y no se hallan registrados en los diarios de los navegantes. Fuera de las aventuras de Byron, no se puede citar a este respecto sino una observación del P. García Martí. El venía al sur del Golfo de Penas a buscar gentiles para llevarlos a su misión de Caillín, y señala que uno de estos indios se indignó cuando un español que acompañaba al misionero lavó su poncho con agua de mar, porque eso traía mal tiempo. El indio tuvo el mismo sobresalto cuando el español se puso a cocer cochayuyo (gran alga laminar que se consume en Chiloé), pues el mar se pondría malo. El indio se pintó la cara para pedir buen tiempo.

La importancia de los cabellos. Los alacalufes atribuyen cierto número de muertes súbitas, de otra manera inexplicable, al hecho de haber venido alguien subrepticamente, durante su sueño, a cortar a la víctima un mechón de sus cabellos. Al hacer tal cosa, ha adquirido poder sobre la vida del otro. Esta visita maléfica puede, por lo demás, hacerse en sueños tanto como en la realidad. En nuestros días, a los alacalufes no les gusta ya usar sus cabellos largos, como en otro tiempo. Se los cortan con tijeras, y a veces, para que la operación tenga mejores resultados estéticos, piden la ayuda de un blanco. Hace algún tiempo, se los cortaban unos a otros por medio del filo del hacha, afilado como una navaja. Las guedejas, para ser cortadas, se apoyaban en un pedazo de madera que hacía el papel de tajo de cocina. Para conjurar todo posible maleficio, si la operación se desarrollaba en la propia cabaña, la persona a quien le cortaban los cabellos arrojaba un mechón al fuego. Si no, tomaba un puñado y se iba inmediatamente a arrojarlos en su propio fuego.

Dos siglos antes, las cosas eran más complejas, mas el principio era el mismo: "Un tayjataf (de la isla Wellington) dice que la muerte por maleficio se produce así, pues él tuvo un hijo muerto de esta manera. Por razón de guerra o de simple enemistad, cuando se quiere perjudicar a un enemigo, se busca la ocasión, y se la encuentra ordinariamente, de cortarle los cabellos de lo alto de la cabeza cuando está dormido. Se amarra este mechón de cabellos con una fibra de barbas de ballena, y, para producir el maleficio, ante la familia reunida, el paquete de cabellos es puesto entre dos piedras y todos danzan alrededor durante toda la noche, invocando al demonio. De tiempo en tiempo, golpean, aplastan y agujerean el mechón y, si quieren que el sujeto del maleficio muera pronto, no cesan de danzar y de golpear. Cuando van a pescar mariscos, amarran el mechón a un alga, para que las olas lo golpeen. Cuando van a buscar leña, echan por tierra al mechón desde lo alto de un árbol, persuadidos de que el enemigo siente en su cuerpo, aunque esté lejos, grandes olores y grandes fatigas, que sangra abundantemente y que, por fin, muere. . . Toda la gente que hallé tiene cortados los cabellos de lo alto de la cabeza, por temor del maleficio". (P. García Martí. 1766-1767).

Asimismo, el capitán Parker King (Fitz Roy, 1826) tuvo la ocurrencia de cortar un mechón de cabellos de la cabeza de un indio, "y éste se mostró muy ofendido por ese gesto; recuperó los cabellos y los pasó a su mujer que los envolvió cuidadosamente en el canasto en el cual guardaba perlas y pintura". Por el contrario, en 1842, el capitán James Clark Ross, mediante intercambio de rizos de su propia cabellera, pudo conseguir que los indios se dejaran cortar los cabellos, y mostraron aun gran satisfacción por tener su pelo alivianado.

El gesto que los indios efectúan en nuestros días, quemando un mechón cualquiera de sus cabellos, se vincula, pues, a una lejana tradición.

2. Los ritos del nacimiento, de la enfermedad y de la muerte

Ritos y fiestas del pasado. La mayoría de los ritos y las fiestas han desaparecido, y no se encuentran sino alusiones o descripciones demasiado breves en los antiguos relatos.

Entre los ritos que no están ya en uso, pero que no han caído aún en el olvido, es preciso citar algunas fiestas, que se efectuaban hace unos 50 años y acaso aún más recientemente, pero en las cuales ninguno de los alacalufes vivientes ha participado de una manera efectiva. Se trata de una tradición oral insospechable, pero cuyos detalles no son de absoluta certidumbre. Estas fiestas tenían lugar en las cabañas, cuando se producía algún acontecimiento feliz, como una caza particularmente fructífera, o, con frecuencia, cuando hallaban alguna ballena varada y un gran número de familias podía reunirse en torno a ella. Sucedió también, pero en esto nos enfrentamos a problemas inciertos relacionados con las ceremonias periódicas sobre las cuales no es ya posible obtener detalles, que los alacalufes reunidos en gran número construyeran una vasta cabaña que podía contener a todos los hombres y que ellos llamaban el tchelo ayayema (la gran cabaña de Ayayema).

en estas circunstancias, todos los hombres, sin duda ellos solamente, se pintaban el cuerpo de rojo, se ponían un bonete de plumas y alas de petreles, y rodeaban su cuello y sus brazos con collares y brazaletes de plumas blancas ensartadas en tiras de cuero. se pasaban carbón de leña por las cejas. Se limitaban la cara con rayas rojas, dos, simétricas, que iban desde la oreja hasta el mentón y otras dos desde la base de la nariz a la comisura de los labios. el pecho estaba adornado con anchas fajas rojas, dos en diagonal desde los hombros al esternón, y otras difusas en los pectorales, con la tercera dando vuelta por la cintura.

Byron parece haber sido el único navegante que, durante los meses que pasó entre los indios, fue testigo de "ceremonias" religiosas. Desgraciadamente, sus descripciones del "salvajismo" de los indios son muy rudimentarias y él no intentó en lo más mínimo penetrar en el sentido de lo que veía. Según él, los indígenas no tienen épocas fijas para sus ceremonias religiosas. Los antiguos comienzan la fiesta "por algunos gruñidos profundos y sin gracia, que llegan gradualmente a una especie de canto espantoso", y de ahí pasan a una especie de frenesí. De pronto se ponen a saltar, cogen pajuelas ardiendo, se las meten en la boca y corren quemando a todos los que se les acercan. Otras veces se cortan unos a otros con conchas de choros afiladas, hasta quedar completamente untados de sangre. Estas orgías continúan hasta que les brota espuma de la boca y, chorreantes de sudor, se desploman de fatiga. Cuando los hombres ya no pueden más, las mujeres los siguen haciendo aun con más ruido y con mayores gritos.

De todo eso nada queda. Sólo puede citarse un hecho que tiene tal vez relación con fiestas antiguas. Periódicamente, en los períodos de depresión, que son propicios a la formación de una psicosis de pesimismo colectivo, favorable a los sueños lúgubres y a los presagios de muerte (lo que muestra, por lo demás, que el hecho no tiene relación con la busca de excitaciones por medio del alcohol), un hombre o, más a menudo, una mujer, declara que va embriagarse. El o ella toman entonces un cigarrillo o varios y se pone a tragar humo, ávidamente, con aspiraciones cortas y rápidas. Pronto palidece, siente que sus miembros se hinchan y experimentan un vértigo que lo invade. El paciente se derrumba, a menudo sobre el fuego, de donde los asistentes lo sacan cubierto de terribles quemaduras, a las que en una ocasión uno de ellos llegó a sucumbir. El sentido de este gesto es bien difícilmente definible. Cuando se les pone la pregunta, los indios responden: Tchetchekyuyefne kyena. "A mí me gusta embriagarme". Kyuyefna significa tener vértigo, sufrir de náuseas y, sin duda, por extensión, embriagarse, en el sentido propio del término.

¿Habrá que relacionar con este hecho esa especie de euforia, moderada, por lo demás, que se apodera de los indios en el momento en que maduran los frutos del canelo? Los alacalufes absorben grandes cantidades, por puñados, a pesar del sabor picante, casi intolerable del fruto. ¿Contendría un ligero alcaloide? ¿Estamos frente a un resto de tradición religiosa, a una sobre vivencia muy aminorada? Imposible decirlo. Actualmente el canelo no es objeto de consideración sino por un follaje odorífico y las virtudes medicinales de su corteza, y por esa utilización de sus granos con el fin de producir una excitación real o ficticia. Su uso no parece de ninguna manera legado a una noción de lo sagrado.

Tratamiento de las enfermedades. Los alacalufes agrupados en Edén reciben ciertos cuidados elementales en caso de accidentes, cuando hay en el puesto algún militar que haga las veces de enfermero. Una pequeña farmacia contiene los elementos necesarios para una intervención de urgencia. Los indios de prestan voluntariamente a toda clase de cuidados y exámenes. Aceptan escrupulosamente los remedios que les dan, particularmente si su administración va acompañada de un cierto ritual de asepsia, como cuando se trata de inyecciones.

La facilidad que tienen de obtener, cada vez que lo piden, un cierto número de cuidados, no les impide abandonar su propia terapéutica, a menudo en contradicción con lo que se les ha prescrito. Continúan administrándose, además, como una garantía complementaria de eficacia.

Las heridas producidas por cortaduras o quemaduras se mantienen largo tiempo sin cicatrizar, a causa de su contacto constante con el agua. Se difunden y la infección se propaga rápidamente a causa del desaseo. El indio siempre se impresiona mucho por una herida que sangra y supura, aunque sea indolora. No sale de su cabaña, ni trabaja. Permanece tendido al lado del fuego, bajo sus restos de sacos y de mantas, ocupado en cuidarse. Cada uno se cura sus propias heridas, espolvoreando las más leves con ceniza, y aplicando a los mayores remedios de origen vegetal. Los más comunes son líquidos producidos por la maceración en agua de plantas aromáticas como la corteza de canelo, finalmente raspada por medio de una concha, y los tallos, hojas y raíces de una mirtácea rampante. El tabaco es también empleado en los mismos usos y según los mismos procedimientos.

El agua de maceración sirve para lavar la herida y la estopa de corteza de canelo o el tabaco mojado se mantienen en aplicaciones. Si la llaga es dolorosa, o si el enfermo siente fiebre, además de los cuidados anteriores, el miembro enfermo, pierna, pie, brazo, mano o dedo, es ligado con un garrote hecho con una tira de cuero o corrientemente con una cuerda o un tallo de esparto. Se procede de la misma manera cuando hay que tratar luxaciones, torceduras o contusiones, dolores internos sin lesión aparente, todo lo que el indio traducen su lenguaje por "sufrir de los huesos", es decir, tanto los dolores reumáticos, las rigideces y anquilosis de los miembros, como cualquier dolor difuso que no llega a localizar. Todos los males del vientre, indistintamente, son tratados de una manera diversa: se muelen ortigas frescas, se calienta la pasta así obtenida, y se la aplica sobre el abdomen del enfermo. Cuando se trata de erupciones cutáneas ligeramente dolorosas e infectadas, el tratamiento consiste en coger entre el pulgar y el índice el punto doloroso, metiendo los dedos juntos en la boca y sacándolos bruscamente al expulsar el aire, es decir, el mal, con un chasquido sonoro. Esta tradición es secular, pues, a fines del siglo XVIII, el narrador del viaje de la Santa María de la Cabeza anotaba ya que, cuando a los indios "les duele alguna parte, aplican la mano en el sitio doloroso y soplan sobre él mirando el cielo".

Los curanderos. El asiento de las enfermedades más graves, más dolorosas, que se

manifiestan con fiebre, debilidad y abatimiento, son la garganta, o el conjunto corazón-pulmón, donde residen las funciones vitales. El tratamiento, entonces, no deriva ya de la terapéutica individual, sino de los recursos del curandero, es decir, de la intervención de otra persona, cuando, en cambio, en los casos anteriores cada uno trataba sus propios males. Un paciente del enfermo (en los casos observados se trataba siempre de una persona de edad) practica sobre la parte enferma, cuello y busto, algunas incisiones lineales de algunos centímetros de largo, grabando bastante profundamente la piel. El instrumento utilizado era la arista aguzada de una concha de choro. Actualmente se emplean también el cuchillo y la hoja de afeitar.

La sangre que fluye de cada incisión se aspira por la boca, largamente y con fuerza. El operador permanece largos minutos inmóvil, con los labios oprimiendo la piel del paciente. Se echa la sangre enferma en una concha. Esta operación de succión se repite cuantas veces sea necesaria para recoger una cantidad apreciable de sangre. Una vez llena, la concha es depositada sobre las cenizas calientes cerca del fuego, y cuando la sangre se coagula y comienza a calcinarse, se la coloca bajo la cama del enfermo. Además de este tratamiento, el enfermo debe bañarse, "para que su corazón no salte más", es decir, para calmar su fiebre. Al amanecer, después de una noche agitada, se desliza completamente desnudo fuera de la choza, a pesar de la lluvia o del viento glacial. Si el mar está helado, rompe el hielo y se sumerge completamente durante algunos instantes, y después se vuelve tiritando al lado del fuego. El uso de baños forma parte del bagaje tradicional de los indios. El P. García Martí señala el tratamiento que seguía uno de los indios que él llevó a su misión de Cailén: "Un pagano de los que trajimos se bañó y entró en su choza; en seguida, su mujer se sentó a su lado y empezó a frotarle el pecho y la espalda. Algunas veces ella lloraba, otras veces cantaba y otras se quejaba, y otras veces, aplicándola boca sobre el hombro, aullaba, como quien se espanta de algo. Pronto llegó otra mujer, que lo ungió, impregnándolo con colo (?) en los brazos, el pecho y los hombros, acompañando a la otra con sus cantos, quejas y gritos, y el paciente hacía lo mismo. Pregunté de qué se trataba y los remeros chilotos me respondieron que era un machitún para curar a ese hombre enfermo de la espalda. Entre los gritos, su mujer lo salpicaba de agua con la boca. Numerosas veces al día el enfermo se echaba al agua a nadar".

He aquí otro modo de tratamiento descrito por Bougainville, que lo observó en un grupo de indios acampados en Puerto Galante. "Uno de sus hijos, de más o menos doce años, el único de toda la banda cuyo rostro fuera interesante a nuestros ojos, tuvo de pronto unos esputos de sangre seguidos de violentas convulsiones. El desgraciado había estado a bordo del Etoile, donde le dieron pedazos de vidrio y de cristal, sin prever el funesto efecto que debía seguir a este presente. Estos salvajes tienen el hábito de meterse en la garganta y en la nariz pequeños pedazos de talco. Tal vez la superstición concede alguna virtud a esta especie de talismán; tal vez lo miran como un preservativo para alguna incomodidad a la cual están sujetos. Verosímilmente, el niño había hecho el mismo uso del vidrio. Tenía los labios, las encías y el paladar cortados en varios sitios y perdía sangre casi continuamente. Este accidente produjo consternación y desconfianza. Sin duda los indios nos echaron la culpa de algún maleficio, pues la primera acción del que se apoderó inmediatamente del niño fue despojarlo precipitadamente de una casaca de tela que le habían dado. El quiso devolverla a los franceses y, como se negaran a tomarla de nuevo, se las arrojó a sus pies. Es verdad que otro salvaje, que sin duda era más amante de la ropa que temeroso de los encantamientos, la recogió inmediatamente. El brujo tendió primero al niño de espalda en una de las cabañas y, poniéndose de rodillas entre sus piernas, se curvó sobre él, y con la cabeza y las dos manos le apretaba el vientre con todas sus fuerzas, gritando continuamente, sin que se pudiera distinguir nada de articulado en sus gritos. De tiempo en

tiempo se levantaba y parecía tener al mal entre sus manos juntas, las abría de pronto en el aire, soplando como si hubiera querido expulsar a algún espíritu maligno. Durante esta ceremonia, una vieja llorando aullaba al oído del enfermo hasta dejarlo sordo. El infortunado niño parecía sufrir tanto del remedio como de su mal. El brujo le dio alguna tregua, mientras iba a ponerse sus adornos ceremoniales, pero en seguida, con los cabellos empolvados y la cabeza adornada con dos alas blancas semejantes al gorro de Mercurio, recomenzó sus funciones con más confianza. aunque con tan poco éxito como antes. Como el niño entonces parecía peor, nuestro capellán le administró furtivamente el bautismo. Los oficiales habían vuelto a bordo y me contaron lo que pasaba en tierra. Allí me dirigí de inmediato con M. de la Porte, nuestro cirujano mayor, que hizo traer un poco de leche y una tisana emoliente. Cuando llegamos, el enfermo estaba fuera de la cabaña. El brujo, al cual se había añadido otro, ataviado con los mismos ornamentos, había reiniciado su operación sobre el vientre, las nalgas y la espalda del niño. Daba piedad verlos martirizar a esa infortunada criatura, que sufría sin quejarse. Su cuerpo estaba ya todo martirizado, y los médicos continuaban aún el bárbaro remedio con fuertes conjuraciones. El dolor del padre y de la madre, sus lágrimas, el vivo interés de toda la banda, interés manifestado por signos inequívocos, la paciencia del niño, nos mostraban el espectáculo más enternecedor. Los salvajes se dieron cuenta, sin duda, de que nosotros compartíamos su pena. Por lo menos, su desconfianza nos pareció disminuir. Nos dejaron acercarnos al enfermo, y el cirujano examinó su boca ensangrentada que el padre y otro indio succionaban alternativamente. Costó mucho convencerlos de hacer uso de la leche. Fue necesario probarla varias veces y, a pesar de la invencible oposición de los magos, el padre al fin se decidió a darla a beber a su hijo. Aun aceptó que le regalaran la cafetera llena de tisana emoliente. Los magos manifestaban celos de nuestro cirujano, a quien parecieron reconocer por fin como un hábil hechicero. Aun abrieron para él un saco de cuero que llevan siempre colgando a un costado y que contiene su gorro de plumas, polvo blanco, yalco y otros instrumentos de su arte; pero, apenas él lo hubo mirado, volvieron a cerrarlo. Notamos también que, mientras uno de los magos trabajaba por conjurar el mal del paciente, el otro no parecía ocuparse sino de prevenir, por sus encantamientos, el efecto de la mala suerte que, según se sospechaba, habríamos echado nosotros sobre ellos. Volvimos a bordo a la entrada de la noche. El niño sufría menos. Sin embargo, un vómito casi continuo que lo atormentaba nos hizo temer que hubiera pasado vidrio al estómago. En seguida tuvimos lugar de creer que nuestras conjeturas habían sido justas. Hacia las dos de la mañana, se oyeron desde el buque reiterados aullidos, y desde el alba, aunque hiciera un tiempo horrible, los salvajes se hicieron a la mar. Huían, sin duda, de un lugar mancillado por la muerte y de esos extranjeros funestos que, según ellos creían, no habrían venido sino a destruirlos. Jamás pudieron doblar la punta occidental de la bahía. En un instante más tranquilo, volvieron a hacerse vela, pero un chubasco violento los arrojó a la cuadra y dispersó sus frágiles embarcaciones. Cuándo se apresuraban en alejarse de nosotros. . . Abandonaron en la playa una de las piraguas, que tenía necesidad de reparaciones. Se formaron la idea de que nosotros éramos seres maléficos, pero, ¿quién no les perdonaría su resentimiento en semejante coyuntura? Qué pérdida, en efecto, para una sociedad tan poco numerosa, la de un adolescente escapado a todos los azares de la infancia. . . ".

Existe aún ahora en el grupo alacalufe un cierto número de curanderos, pero su papel no supone honores ni privilegios. El ceremonial y los adornos han desaparecido y los cuidados se limitan a las pocas manipulaciones descritas más arriba. 1

El paso de la vida a la muerte. El problema de los ritos que se refieren al nacimiento, a la enfermedad o a la muerte entre los indios de los archipiélagos de Magallanes son difíciles

de abordar. En los casos más simples, la observación directa de los hechos es suficiente. Cuando las enfermedades o las heridas son benignas, la eficacia de los gestos se adivina fácilmente y el fin curativo es visible. Sea eficaz o no, comprendemos el sentido de la aplicación de tal o cual decocción vegetal sobre una herida o una cortadura. Pasado este grado elemental, es claro que un simbolismo, es decir, el mundo del mito, entra en juego. La simple observación es, entonces, insuficiente, y se hace errónea si no nos ponemos en el plano de una mentalidad afectiva cuyas relaciones nos desconciertan y se nos escapan.

En lo que toca al nacimiento, el sentido de algunos ritos que son aún respetados, sigue siéndonos oscuro, y tenemos que consternarnos con su simple notación. Cuando está cerca el momento del parto, todos los hombres abandonan la choza. sólo las mujeres deberán ocuparse de la madre. Cuando el niño está a punto de nacer, ellas ponen los pies en el pecho de la parturienta y se apoyan con todas sus fuerzas. En el instante del nacimiento, la madre de la parturienta corta el cordón umbilical. si ella falta, es la propia madre nueva quien lo corta con un cuchillo y lo guarda, colgado de los ramajes de la choza. La abuela del recién nacido envuelve, entonces, la placenta en un trapo o en un pedazo de cuero y va a enterrarlo en un hoyo hecho en el pantano, lejos de la cabaña. A falta de la abuela, otra mujer se encargará de este oficio. Después del nacimiento, las asistentes lavan al recién nacido: toman un trago de agua, lo hacen circular en la boca hasta entibiarla y salpican con ella al recién nacido. En cuanto a la madre, una vez desembarazada, va a bañarse al mar. a partir de ese momento, los hombres pueden entrar de nuevo en la choza. El padre toma el cordón y lo trenza en una especie de anillo, que llevará suspendido al cuello durante varias semanas. Durante 5 días, no tendrá relaciones con su mujer y se acostará separado de ella.

La observación y la descripción de las diferentes fases de la enfermedad y de la muerte permiten aproximarse mejor, y en cierta medida comprender el conjunto complejo, el mundo de los hechos religiosos que a ella se refieren, mundo infinitamente más variado y complicado que los actos mismos que suscita. Las actitudes psicológicas del individuo ante la enfermedad y la muerte revelan que el concepto de muerte no tiene para el indio alacalufe la misma acepción que para nosotros. y, sin embargo, este valor concedido al término muerte por los alacalufes actuales es probablemente diverso del que le concedían cuando eran un grupo étnico más poderoso, cuando la desaparición de uno de los suyos no les afectaba socialmente. Como el grupo se ha empequeñecido, la noción de muerte ha llegado a ser diferente para ellos y, desde que están reducidos a una mínima minoría, ¿no se ha acercado a nuestra noción de la muerte? O bien, ¿se habrán superpuesto estas dos nociones? Son éstas otras tantas preguntas a las cuales no se puede responder sino por la descripción minuciosa de los hechos materiales, junto con tomar siempre en cuenta en su interpretación que está próximo el fin de este pueblo, que los sobrevivientes tienen conciencia de ello, y que para ellos las nociones y los valores tradicionales están a la vez casi extintos y en parte renovados.

Tal vez, como en otro tiempo, la muerte continúa señalando el tránsito a una existencia total, real, fuera del mundo de los vivos. Pero a esta idea se agrega la que se impone: la desaparición. La lenta decadencia numérica del grupo que se produce a la vista de los sobrevivientes añade la idea de destrucción definitiva. En otro tiempo la muerte no afectaba sino a la familia, al campamento momentáneo; mas ahora, que el grupo está reunido, asiste a su propia desintegración. Y no se trata con esto de una simple hipótesis sino de una deducción fundada en síntomas evidentes, como son conversaciones escuchadas.

Los síntomas de la enfermedad grave no escapan al indio alacalufe. Cuando, a pesar de todas las incisiones curativas, el mal continúa empeorando, los cuidados son más y más

espaciados y aun suprimidos. No se trata ya de devolver la salud al enfermo, sino de entregarlo a su destino. De todas maneras, es el fin y no queda más que esperarlo, cuidándose sólo de alejar a Ayayema por ciertos ritos. A partir de este momento, no existe ya distinción precisa entre la enfermedad, la agonía y la muerte real. El instante del tránsito no tiene importancia. El moribundo pertenece ya a otra esfera.

se toman disposiciones premortuorias mucho antes de los síntomas evidentes del fin, pero este ceremonial no tiene lugar seriamente sino en los casos de excepcional gravedad. si se trata de una enfermedad que se prolonga sin mejoría, el enfermo es simplemente abandonado a sus propios recursos.

El estado de duelo se instaura en la choza y en el campamento por el ceremonial destinado a la vez a preservar al enfermo que pierde sus fuerzas del imperio de Ayayema, y a preservar de ello a los vivos. Tres piquetes de madera coloreados de rojo son hincados en tierra y se juntan sobre la cabeza del moribundo, formando las aristas de una pirámide, cuya base triangular reposará cerca de la cabeza y de los hombros. Si el moribundo es varón, los extremos superiores son ligados por un fragmento de cuerda de arpón. La cuerda misma es trenzada en torno a la parte inferior de esta especie de baldaquín, como para formar un emparrado cerca de la cabeza del moribundo. si es una mujer, la cuerda de arpón es reemplazada por trenzas de plumas blancas suspendidas de los piquetes, sobre los cuales se apoya la paleta que sirve para sacar las manchas de las rocas.

En la pared interna de la choza, cerca del moribundo, se tiende una tela blanca, sobre la cual se fija una cabeza disecada de albatros. En las dos entradas de la cabaña, y en exterior, se clavan hachas con sus mangos hacia tierra y los filos vueltos hacia afuera. En el centro de la cabaña arde un gran fuego claro. Todos estos dispositivos están destinados a ahuyentar a Ayayema. es muy probable que en otro tiempo el interior de la choza estuviera pintado de blanco y que la tela blanca, fácilmente obtenida a bordo de los buques, no sea sino la sobre vivencia, bajo forma diferente, de una antigua tradición.

En la actualidad, el papel de los vivos se detiene en la observancia de esos ritos. Por largo tiempo que la agonía se prolongue, el moribundo es abandonado a sí mismo, y no recibe ningún socorro. Los asistentes lo observan, consternados, debatirse en su última lucha con la muerte. No hacen nada, ni siquiera gestos de alivio, aun ilusorios, como tratar de limpiar la ceniza que vuelve a caer en capas espesas sobre la cara del agonizante.

La apreciación del instante de la muerte no corresponde, por lo menos para los alacalufes de más edad, al instante del último suspiro. La muerte, desde el momento en que se producirá con certidumbre, ha empezado ya, apenas el enfermo comenzó a perder rápidamente sus fuerzas, y se acostó para no volver a levantarse. En ese momento ha terminado su papel entre los vivos. "Ya está muerto", dicen los alacalufes.

El luto. Si la muerte no sobreviene en una choza aislada, donde sólo los pariente desempeñan el papel de testigos y ordenadores de lo ritos fúnebres, todos los miembros del campamento participan del luto, de la misma manera y con los mismos sentimientos que la familia del moribundo. Mucho antes de que sobrevenga la muerte, son las idas y venidas entre las chozas. Se establece un silencio consternado. Los rostros son graves y herméticos. Las ocupaciones de la vida cotidiana, caza, pesca, recolección de leña, se suspenden o se reducen a la indispensable necesidad.

La participación en el duelo de u miembro cualquiera del grupo es absolutamente colectiva y se manifiesta con una sinceridad y una profundidad de sentimiento extraordinarias. Toda la comunidad está estrechamente ligada al suceso. ¿Qué pasaba en otro tiempo, cuando los alacalufes eran más numerosos y más dispersos y no tenían aún el sentido de su extinción numérica y espiritual? Tal solidaridad, ¿es un hecho tradicional o un

efecto de su declinación? Para un observador contemporáneo de una agrupación cercana a su fin, el pasado está lleno de oscuridades, y es difícil decir si la muerte de uno de los suyos ha tenido siempre sobre el grupo repercusiones tan profundas. Es posible que sea el sentimiento preciso de la decadencia el que haya creado un vínculo más estrecho entre los miembros de esta minoría. Es indudable que para cada fallecimiento los invade un verdadero pánico. Es posible también que esta participación colectiva en el duelo sea de la misma naturaleza que el vínculo que existe entre comunidades familiares que viven aisladamente, sin ninguna jerarquía y que, por el tchas, se imponen la obligación de servicios recíprocos y de intercambios continuos de objetos. En el momento de la muerte, este lazo podría ser sentido con más intensidad por los vivos, haciéndose, a la vez, más estrecho, a consecuencia de su continua disminución.

Cuando, por fin, llega la muerte, niños y grandes se amontonan en la choza hasta que ésta no puede contener más gente, formando un círculo en torno al cadáver. Este es extendido, sin ropaje fúnebre, por lo menos actualmente. Las viejas mujeres hacen su elogio, interminablemente, según el modo de la lamentación. Sus palabras, lentas y moduladas, son oídas en un silencio interrumpido sólo por los gemidos de uno u otro de los asistentes, o por las entradas y salidas fortuitas. El cuadro es de una tristeza desgarradora. Una gravedad angustiada se lee en los rostros. El campamento está más siniestro que de costumbre. En las chozas se observa el silencio y se escucha. Una atmósfera de terror se descarga sobre el grupo.

En la noche el aspecto cambia. Llega a ser aún más aterrador que las noches en alguna rada perdida de los archipiélagos. La obsesión de los misterios de la noche, habitual a los alacalufes, se intensifica. Ayayema ronda en torno a la choza mortuoria, invisible, pero activo. Escucha lo que se dice en las cabañas, observa lo que allí pasa, esperando el momento favorable para dejarse caer sobre uno de los vivos, así como ha tomado ya posesión de uno de los miembros del grupo.

El ronda el campamento, cerca de la cabaña del muerto, donde los indios permanecen amontonados sin dormir ni comer. Mantienen toda la noche una gran fogata para que ningún rincón de la choza quede en la oscuridad, pues Ayayema no puede acercarse a la luz. Si logra atravesar sin daño la barrera de las hachas en el exterior, se quemará en las llamas. el mismo estado de vigilia reina en las otras cabañas. La lamentación de un viejo, murmurada en voz baja y casi ininteligible, es entrecortada por gemidos, quejas, y por el crepitar del fuego. La tristeza de los rostros revela una pena interior profunda.

Esta intensa participación del grupo en el drama de uno de sus miembros cesa, por lo demás, de una manera bastante curiosa apenas se manifiesta la presencia de blancos. A veces, en la pequeña comunidad de Edén, se han interrumpido veladas fúnebres por la simple llegada del Jefe del Puesto, que obedeciendo a un movimiento de compasión, se dirigía a la cabaña. Esta aparición fortuita bastaba para que se hiciera desaparecer instantáneamente todo el aparato funerario, para que detuvieran las lamentaciones y cada uno se volviera a su casa, abandonando el cadáver al cuidado de los huéspedes habituales de la choza que, por lo demás, no tardaran en dormirse. Sucedió también que al día siguiente el Jefe del Puesto decidiera que el cadáver fuera transportado bajo un hangar. Allí lo exponían entre dos velas que se consumían en tarros de hojalata, lo cual pretendía ser un honor cristiano póstumo. Los indios venían de tiempo en tiempo a visitar furtivamente al muerto, pero el verdadero duelo se verificaba en la choza de donde habían sacado al cadáver. Si sucedía que el muerto pasara una noche en el hangar, ellos no iban a visitarlo, y este abandono forzado de uno de los suyos los turbaba profundamente. "Nosotros velamos a los muertos a la luz de un gran fuego, sin dormir, ni comer", decían.

La última morada. El difunto que durante su vida se sustrajo como pudo a la persecución maléfica de Ayayema y a la miseria ambiente después de haber terminado con ésta, es defendido de la otra por los vivos, guardado por los bastones pintados, los collares de pluma, las telas blancas que rodean su cuerpo y las hachas plantadas a la entrada de la cabaña. Mas en el día termina la procesión de los vivos, y el muerto va a ser abandonado a Ayayema. Según las circunstancias, será colocado bajo una pequeña choza, instalado en el horcón de un árbol, sumergido, o enterrado en el pantano o aun depositado en una grieta de rocas, al abrigo de la lluvia y del mar. Todos los indios que mueren en Edén son enterrados en un pequeño islote vecino al puesto, sembrado de cruces blancas, pero, cuando alguien fallece en cualquier punto de los archipiélagos, se observan los ritos ancestrales de la sepultura.

En la mañana, el muerto, retorcido sobre sí mismo en la posición fetal, es envuelto en un cuero de foca que a continuación se cose y se parte a edificar una cabaña mortuoria (lalat), pequeña y recubierta de pieles de la propia choza del difunto. Fue sin duda una choza mortuoria de este tipo la que vio Spilbergen en la isla Isabel, a comienzos del siglo XVII. Ella contenía, "dos cadáveres, colocados a la manera de estas gentes entre arcos clavados en tierra y ramas de haya; estaban cubiertos con un poco de tierra. Uno era de talla ordinaria, y el otro no medía más de dos pies y medio. Estaban envueltos en pieles y, en torno al cuello, tenían collares, relucientes como perlas y confeccionados con arte".

Los bastones coloreados que protegieron al enfermo durante su agonía servirán para sostenerlo. Lo amarran sólidamente a ellos por los brazos y la cintura, Si se trata de una mujer, su bastón para machas es fijado por tierra, oblicuamente, sosteniendo a su canasta. Si es hombre, se colocan a su lado sus atributos de cazador, la cuerda y las puntas del arpón. Se enciende una pequeña fogata y algunos mariscos se ponen a un costado. Se recubre la choza y todos se retiran precipitadamente. A partir de este momento, el muerto se transforma en propiedad de Ayayema. Se convierte en un ser perverso, que va a asediar los sueños de los vivos, llevándoles la enfermedad. Todos lanzan piedras contra la choza, diciendo: Ofsik tcawhs atktaal kuterek aloyerso tcaw yekwakar sekweker: "Ahora vas a dejar que nos sentemos en paz en tu cabaña".

En adelante, el emplazamiento de kana kyeratlalat será maldito. Nadie vendrá a instalarse en esta playa, pues Ayayema viene a hacer causa común con el muerto. Los buitres vendrán a planear por encima, a montar su guardia silenciosa sobre los árboles vecinos, a estirar el cuello y precipitarse sobre las carnes descompuestas. Ellos también son los pájaros malditos, que se llevan en su cuerpo fétido algo del muerto. Ni siquiera los perros querrán saber nada de ellos. Los huesos se hundirán poco a poco en el barro. Las hierbas, los arbustos y los musgos cubrirán todo eso, y no quedará sino el recuerdo de una playa tal vez acogedora, pero cerrada a todo campamento. El espíritu del muerto vagará siempre por esos lugares.

Para marcar una separación más nítida con el mudo de los vivos, el muerto es algunas veces sumergido. Parece que es éste el modo de sepultura más a menudo practicado. De esta manera, el muerto es substraído para siempre de Ayayema, espíritu de los pantanos, de las aguas gelatinosas y burbujeantes, del bosque y de las rocas. En el fondo del agua las grandes focas devoran el cadáver. ¿Hay en eso una forma de sacrificio propiciatorio, destinado a favorecer la caza? No es imposible. El cadáver, cosido en un gran cuero de foca, es colocado en su canoa. Dos grandes piedras se le amarran sólidamente en el pecho. Es sumergido en el agua profunda, lejos de la orilla. Lanzan piedras al sitio donde se ha hundido, y todas las otras canoas se retiran precipitadamente la canoa del muerto es abandonada al azar del viento y las corrientes.

Otras veces, pero con menos frecuencia, un acantilado, a buena altura sobre el mar,

constituye el último refugio del muerto. Semejantes abrigos existen a lo largo de los acantilados que dominan el mar, pero su acceso es difícil y los árboles ocultan su entrada. El cadáver, envuelto en una piel de foca, es adosado contra la pared, los piquetes pintados de rojo son puestos a su lado, así como el bastón de machas y el canasto o, según el caso, las armas masculinas de caza.

Se halla en el primer viaje de Byron la curiosa mención de una sepultura en gruta: "Nuestro cirujano, que estaba entonces solo, descubrió en las rocas un hoyo muy grande, que parecía conducir a algún cubil o refugio. No parecía natural, sino barrido y hecho más accesible por la mano del hombre. Durante algún tiempo, el cirujano vaciló en aventurarse adentro, pues temía la recepción que podría tener de sus habitantes, mas, como su curiosidad se sobrepusiera al miedo, se decidió a entrar. Debí de avanzar sobre las manos y las rodillas, pues la pasada era muy baja para poder entrar de otro modo. Después de haber recorrido un largo trecho de esta manera, llegó a una cámara espaciosa, que no supo bien si era natural o excavada a mano. La luz llegaba a esta cámara por un agujero abierto en lo alto. En el medio había una especie de ataúd hecho con bastones entrecruzados apoyados en piquetes de 5 pies de altura, más o menos. Sobre este ataúd habían tendido cinco o seis cuerpos, que en apariencia habían sido puestos allí desde hacía largo tiempo, pero no habían sufrido deterioro. No estaban cubiertos y la carne de sus cuerpos se había secado y endurecido perfectamente. Yo no podría determinar si esto sucedió gracias a algún artificio o secreto de los salvajes, o por alguna virtud desecante del aire de la gruta. . . He olvidado mencionar que había otra fila de cuerpos depositados de la misma manera en otra plataforma, bajo el féretro" los loberos, que acostumbran explorar todos los rincones de los archipiélagos, han visitado esta gruta, que está probablemente situada en la Punta Cavernosa en la Península Forelius, al norte del Golfo de Penas. Como suelen ser saqueadores de restos y buscadores de tesoros, es probable que la hayan deteriorado. En todo caso, según ellos, los cadáveres extendidos serían de náufragos. El acceso de la península es muy difícil, y ninguna misión científica ha podido visitarla nunca. Aunque situada al norte del dominio de los alacalufes, el estudio de esta gruta proporcionaría tal vez datos interesantes sobre un antiguo modo de sepultura de los indios de los archipiélagos.

Es excepcional enterrar al muerto en el pantano. ¿Es un homenaje directo a Ayayema el hundirlo directamente en su dominio? Los indios no parecen haber tenido conciencia de ello. En este caso, el muerto es acostado en un hoyo, sin bastones, sin arma, sin canasto. Otro modo de sepultura que no está ya en uso, pero que se encuentra algunas veces en los archipiélagos, es la acumulación sobre el cadáver de un enorme montón de grandes piedras. Una sepultura de esta clase, que databa de varios siglos, descubierta en un islote rocoso del Estrecho, contenía cuatro esqueletos, un hombre, dos mujeres y un niño, cuyos huesos estaban deshechos bajo la acumulación de varias toneladas de piedras. Al pie de los cuerpos, cuya posición fetal podía aún reconocerse, se notaban los restos de cuatro pequeñas fogatas, con ofrendas de mariscos, anchos cuchillos de piedra y algunos trozos de madera de tepu no calcinados. Bajo las osamentas, en una especie de nicho cavado en el suelo, había una ofrenda de instrumentos de piedra: grandes puntas de flechas finamente trabajadas, una punta de arpón y diversos guijarros de cuarzo coloreado.

Una vez enterrado el difunto de una manera o de otra, había que hacer desaparecer todas sus pertenencias. La canoa no era quemada, sino abandonada al viento; el canasto de machas, el alimento del muerto, sus ropas, todo lo que era preciosamente guardado en el canasto o en el kyakyon, todo debía ser quemado. Se permitía, sin embargo, salvar de la destrucción a algunos de los mejores vestidos. La cabaña es abandonada. Sólo mucho más tarde podrá hacerse instalaciones en el mismo emplazamiento. Ayayema va a rondar varias lunas en torno de la antigua mansión. El muerto mismo llega a ser guía en el mundo de los

vivos. El vendrá en la noche a perseguir a los que duermen. Su sueño estará poblado de pesadillas y será impresionante escuchar los gemidos lastimeros de los que duermen. Se sueña en tal o cual de los desaparecidos. Es él quien viene a atormentar, a despertar de un sueño doloroso en el frío y la lluvia que gotea sin tregua sobre las mantas y las ropas. El muerto traerá el mal tiempo, la enfermedad, la caza infructuosa y la invalidez. El traerá el asedio y el miedo.

Apéndice I

INVENTARIO DE LAS MATERIAS PRIMAS AUTOCTONAS Y DE LOS APORTES EXTRANJEROS CONTEMPORANEOS

1. Materias primas y procedimientos autóctonos (cultura reciente)

Para la Choza.

En el exterior:

- Pértigas de 3 a 4 metros de largo y de 5 cm. De diámetro, hincadas por presión en el suelo y que sirven de armadura a la choza.
- Pieles de foca que sirven de cubiertas.
- Cortezas para tapar las aberturas a ras del suelo en todo el contorno de la choza.
- Lianas de juncos para unir las pértigas y amarrar las pieles.
- Paquetes de hierbas o de ramajes para obturar la abertura del techo, con el fin de evitar la entrada masiva de lluvia, sin impedir la salida del humo.
- Ramas frondosas de roble o de coihue que sirven para tapar la choza improvisada, en el caso de armar cabañas de caza o en caso de sorpresa por mal tiempo.
- Armadura de cabaña simplificada y provisional en las mismas circunstancias.

En el interior:

- Ramas frondosas de roble o de coihue que sirven de cama, dispuestas en una capa mullida, de un extremo a otro del fogón y del pasadizo central.
- Hierbas secas (en la misma disposición y con el mismo fin).
- Haces de ramas dispuestos a una y otra parte de las entradas, para preservar del aire frío y servir de apoyo a cuatro ocupantes notables.
- Pieles de ciervo que sirven de frazadas.

Para la Canoa.

El casco:

- Cortezas de coihue de dimensiones suficientes según la importancia de la embarcación.
 - Piedra bruta, naturalmente cortante, o quebrada, que sirve para hacer incisiones por medio de golpes en el contorno de la corteza.
 - Bastones y cuñas de hueso para levantar la corteza.
 - Hueso de ballena destinado a la confección del punzón que servirá para abrir los ojetes.
 - Lianas de voqui para la costura de las tres cortezas.
 - Conchas cortantes con mango o sin él para dividir las cortezas y cortarlas en la dimensión y las formas requeridas. Sirven también para tallar los remos.
 - Tierra arcillosa plástica mezclada con raíces de hierbas de pantanos para calafatear a lo largo de las costuras.
 - Varillas delgadas y rodrigones de canelo para largueros, travesaños y nervaduras.
- Los remos y el aparejo:
- Troncos de ciprés para la confección de remos, entre los cuales uno, más largo, sirve de remo-timón.
 - Pértigas que sirven de mástiles y vergas.

- Pieles de focas, que sirven de velas.
- Tallos de copihue o juncos trenzados o acordados para servir de cables de atraque.
- Achicador de piel de foca.

Instrumentos de Caza.

El arpón:

Está hecho de hueso de ballena encontrado en las playas. Sus formas y dimensiones varían según que esté destinado a la caza de focas, de nutrias, de coipus, de lirones o de pajarillos.

- Asta del arpón, de madera de canelo.
- Cuerda del arpón en cuero de foca.
- Red para focas en tiras de cuero de focas nuevas,
- Garrote para rematar las focas.

Las trampas:

- Nudo corredizo de junco en el extremo de un pértiga para capturar los que vienen a los alrededores de la cabaña.
- Nudo corredizo de voqui para pato a vapor.
- Choza de ramas para la caza al acecho del pato a vapor.
- Teas de ericáceas para la caza nocturna de cormoranes.

El arco:

- Arco de madera de canelo o, mejor, de calafate.
- Cuerda de cuero de foca.
- Flechas de madera de calafate terminadas en una punta de hueso.

Varios:

- Honda de cuero o de junco trenzado.
- Piedras de honda o de lanzamiento para toda clase de usos.
- Piedras para rematar al ciervo en la montaña.

Instrumentos de Pesca.

- Canastos de juncos trenzados, utilizados por las mujeres en la pesca por buceo.
- Piquetes de madera para desprender las colonias de choros o de cholgas en agua clara.
- Fisga para erizos. Es una larga pértiga, cuyo extremo tiene ramales hendidos que se mantiene separados por una liana.
- Arpones de hueso para los peces grandes.
- Barreras de piedra, para pescar con marea baja.
- Piquetes de madera para pescar centollas y picos.
- Bastones para cavar la arena (pesca de tacas).
- Bastones cuyo extremo está tallado en paleta para sacar las machas.

Utensilios Domésticos, Alimento, Bebida.

- Pieza de piel de foca fresca para conservar la grasa de foca.
- Liana de voqui que pasa por los ojales de esa misma pieza y forma un cordón de bolsa.
- Excavación de un hoyo en el suelo pantanoso donde se reúnen las aguas de infiltración.
- Baldes de corteza de roble o de ciruelillo que sirven como recipiente de agua potable en la canoa o en la choza.
- Bastón hendido para mantener juntas las cortezas durante el trabajo de costura del balde.
- Lianas de voqui para las costuras y el asa.
- Conchas cortantes para el trabajo de las cortezas.
- Punzón de hueso para abrir los hoyos de la costura.
- Rama ganchuda para mantener sobre las brasas los trozos de carne.
- Piedras para romper las conchas de caracoles.

- Bastón portátil para ahuyentar a los perros.
- Canastos de juncos trenzados de mallas finas para guardar los objetos preciosos (mujeres).
- Cajas de corteza con la misma destinación (hombres).
- Canasto de voqui con armadura.
- Canastos de juncos trenzados de mallas grandes para conservar los mariscos (hombres y mujeres).
- Escondites para conservar el alimento fuera del alcance de los perros (ramas de árboles, en la intersección de los ramajes de la choza, bajo la cama).
- Arista cortante de una concha de choro para dividir el alimento y despedazar los animales.

Vestidos, Ornamentos y Conservación.

- Para los hombres, taparrabos de piel, sujeto a la cintura por una tirilla de cuero.
- Para hombres y mujeres, capas de pieles que recubren los hombros. Pueden ser hechas de una piel de foca común cuidadosamente adelgazada, de una piel de foca fina igualmente adelgazada, de pieles de nutrias cosidas con tendones de ballenas, de pieles de coipu cosidas de la misma manera.
- Las mismas capas sirven también de mantas.
- Collares de conchas para mujeres.
- Brazaletes, collares y diademas de plumas para hombres.
- Bonetes de plumas de alas de gaviotas.
- Ornamentos funerarios (pieles de pájaros: ganso blanco, garza, albatros); cuernos de huemul; pértigas pintadas de rojo.
- Depilación con conchas bivalvas.

El Fuego: Obtención, Mantenimiento y Uso.

- Piritas y cuartizas: por percusión.
- Pelusilla de pájaro y madera esponjosa (interior de cipreses secos) como primer combustible.
- Fragmentos de cipreses secos o matas secas de ericáceas que se encuentran en las rocas acantiladas, como segundo combustible.
- Incendios de bosques en las épocas propicias para tener leña seca con más facilidad.
- Conservación del fuego en la choza y en la canoa, por medio de tizonas.
- Provisión de combustible cerca de la puerta de la choza.
- Fuego permanente en la choza para la calefacción y la cocción de los alimentos.
- Fuego encendido en la vecindad del lugar de la pesca y del buceo.
- Fuego fuera de la choza para el tratamiento de las cortezas de grandes dimensiones.
- Fuego en el interior de la choza para los pequeños trabajos de corteza, de juncos, de lianas y para la confección de la vaina del asta del arpón.

2. Aportes extranjeros contemporáneos.

Para la Choza.

En el exterior:

- Trapos viejos, secos, andrajos sobre el techo.
- Latas, planchas y cualquier objeto plano de cierta superficie para obturar las aberturas inútiles (aun los objetos más inesperados, como un cepillo).

En el interior:

- Mantas y trapos que sirven para defenderse del frío.
- Cajas de madera que forman un cofre individual.
- A veces aun un colchón fuera de uso y marcos metálicos dejados por la marina.

Para la Canoa.

El casco:

- Instrumental (hacha, hachuela, martillo, tenazas, clavos). Son generalmente herramientas de desecho, excepto el hacha.
- Tablas aserradas para levantar los bordes de las embarcaciones, hacer los bancos y las chumaceras.
- Materiales muy diversos (tablas, latas de conservas) para cegar las hendiduras o consolidar las partes demasiado débiles o apolilladas. Material heterogéneo, como pedazos de botas recortados.
- Trapos para el calafateo.

Remos y aparejo:

- Muesca en el fondo del casco, donde se introduce la base del mástil.
- Banco de proa horadado o sesgado, sobre el cual se apoya el mástil.
- Mástil y verga.
- Maniobras con cordajes.
- A veces poleas.
- Velas de tela de desecho o de sacos viejos.
- Remos más largos.
- Achicador de lata de conserva.

Instrumentos de Caza y de Pesca.

- Prácticamente no han variado.

Utensilios Domésticos, Alimento, Bebida.

- Víveres (arroz, pastas, azúcar, leche en polvo, fréjoles, etc.), distribuidos por el puesto de Puerto Edén.
- Galletas, café de higos, etc., de los chilotes.
- Marmitas de hierro y cocción de alimentos hervidos.
- Cuchillos.
- Algunos platos de hierro esmaltado.
- Cajas de conserva o tarros para conservar agua.
- Gusto por el alcohol.

Vestidos, Ornamentos y Conservación.

- La mayoría de los vestidos europeos en estado de andrajos o de viejas sobras.
- No figura la ropa interior.
- Calzado solamente para los hombres.
- Peines o pacotilla de materia plástica sólo para las mujeres.
- Jabón dado por el puesto de Edén, pero poco utilizados.

El Fuego.

- Uso general de los fósforos.
- Ocasionalmente, papel para encender el fuego.

Apéndice II

BIBLIOGRAFIA SUMARIA CORRESPONDIENTE A LOS NOMBRES CITADOS EN LA OBRA

Se hallará una bibliografía más o menos completa, hasta su época, de los trabajos relativos

a los alacalufes y los viajes realizados en sus territorios, en:

John M. Cooper. Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin N°63, Washington, 1913.

Padre Pedro González de Agüeros. Descripción historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé en el Reyno de Chile, y obispado de la concepción, Madrid, 1791.

Louis Antoine de Bougainville. Voyage autour du monde par la frégate du Roy "La Boudeuse" et le flûte "L'Etoile" en 1766, 1767, 1768 y 1769, París, 1772.

John Byron. The narrative of the Honourable John Byron containing an account of the great distresses suffered by himself and his companions on the coast of Patagonia, from the year 1740 till their arrival in England, 1746, London, 1768.

John Byron. An account of a voyage round the world in the years 1764, 1765 y 1766 by the Honourable Commodore Byron in H.M.S. the "Dolphin", publicado en Hawkesworth, I.

Cavendish. Cf. Knivet.

James Cook. Captain Cook's Journal during his first voyage round the world made in H.M. bark "Endeavour", 1768-1771, Londres, 1893.

- A voyage toward the South Pole and round the world in H.M.S. "Resolution" and "Adventure", in the years 1772, 1773, 1774 y 1775, including Captain Furneaux narrative, London, 1877.

Richard W. Coppinger. Cruise of the "Alert", four years in Patagonian, Polynesian and Mascarene waters (1878-1882), London, 1883.

Simon de Cordes y Sebald de Weert. Relation du voyage (1598-1599), traducción francesa del holandés en Renneville, Recueil des Voyages, I.

Francis Drake. The world encompassed by Sir Francis Drake, collected out of the notes of Master Francis Fletcher, preacher, and others, London, 1635; se encuentra en Hakluyt, 2ª. Ed., III.

Fitz Roy. Narrative of the surveying voyages of H.M.S. "Adventure" and "Beagle" between the years 1826 y 1836, London, 1839.

Frezier. Relation du voyage de la mer du Sud aux cotes du Chily et du Pérou, fait pendant les années 1712, 1712 et 1714, París, 1716.

Padre García Martí. Diario del viaje i navegación hechos por el Padre García (1766-1767), desde su misión de Cailín en Chiloé, hacia el Sur, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, XIV, 1889.

Miguel de Goicueta. Viaje del Capitán Juan Ladrillero (1557-1558) al descubrimiento del Estrecho de Magallanes, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, VI, 1880, pp.482-

520.

Anthony Knivet. The admirables adventures and strange fortunes of Master Anthony Knivet, which went with Master Thomas Candish in his second voyage to the South Sea, 1591, republicado en Hawkins, IV.

Ladrillero. Cf. Goicueta.

Capitán Juan José Latorre. Exploración de las aguas del Skyring y de la parte austral de la Patagonia por la Corbeta "Magallanes", diciembre, 1878. Febrero, 1879, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, VI, 1880.

Lemaire y Spilbergen. Speculum orientalis occidentalis que Indiae navigationum quarum una Georgii a Spielgergen classis cum postestate praefecti, altera Jacobi Le Maire auspiciis imperioque directa, annis 1614, 1615, 1616, 1617, 1618, Lugduni Batavorum, 1619.

L'Hermitte. Relation de voyage, 1623-1626, traducción del holandés en Renneville, IV, 2ª. Ed.

Padre Pedro Lozano. Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, Madrid, 1755.

José de Moraleda y Montero. Exploraciones geográficas e hidrográficas practicadas por don José de Moraleda y Montero (1792-1795), en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, XIII, 1888.

John Narborough. Sir John Narborough's voyage to the South Sea, 1669, London, 1711.

Baldomero Pacheco. Exploración del archipiélago Reina Adelaida por la cañonera Magallanes, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, XIII, 1888.

Pedro Sarmiento de Gamboa. Viaje al Estrecho de Magallanes por el Capitán Pedro Sarmiento de Gamboa en los años 1579 y 1580. noticia de la expedición que después hizo para poblarle. Madrid, 1768. reeditado en inglés en la Hakluyt Society, 1895, vol. XCI, y en español en el Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, VII, 1881.

Capitán Ramón Serrano Montaner. Reconocimiento del río Buta-Palena y del Canal Fallos, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, XI, 1886.

Spilbergen. Cf. Lemaire.

Van Noort. Relation de Voyage (1598-1600), traducción francesa en Renneville, II.

José de Vargas y Ponce. Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S. M. "Santa María de la Cabeza", en los años 1785 y 1786, Madrid, 1788.

Samuel Wallis. An account of a voyage round the world in the years 1766, 1767 y 1768 by Samuel Wallis, commander of H.M.S. the "Dolphin", en Hawkesworth, I.

W.H.B.Webster. Narrative of a voyage to the Southern Atlantic Ocean in the years 1828,

1829.1830 performed in
H.M Sloop "Chanticleer", London, 1834.

James Weedell. A voyage towards the South Pole, performed in the years 1822-1824,
London, 1825.

Sebald de Weert. Cf. Simon de Cordes.

Hermann Wiegart. El Territorio de Magallanes, tomo VI, Indígenas fueguinos y patagones,
Santiago, 1896.

John Wood. Captain Wood's voyage through the Strait of Magellan (1670), se encuentra en
Dampier, IV, traducción francesa, V.